

# ECONOMÍA COLONIAL DE VENEZUELA

— Tomo I —

Eduardo Arcila Farías

BCV

BANCO  
CENTRAL  
DE VENEZUELA



COLECCIÓN MEMORIA DE LA ECONOMÍA VENEZOLANA  
**Serie Textos Pioneros**



BANCO CENTRAL DE VENEZUELA

## **DIRECTORIO**

José Ricardo Sanguino Cárdenas  
*Presidente*

Eudomar Tovar

José Salamat Khan Fernández

Pablo Pinto Chávez

Pedro Maldonado

Sohail Hernández Parra

## **ADMINISTRACIÓN**

José Ricardo Sanguino Cárdenas  
*Presidente*

Sohail Hernández Parra  
*Primera Vicepresidenta Gerente (E)*

José Salamat Khan Fernández  
*Segundo Vicepresidente Gerente (E)*

COLECCIÓN MEMORIA DE LA ECONOMÍA VENEZOLANA  
**Serie Textos Pioneros**

# ECONOMÍA COLONIAL DE VENEZUELA — *Tomo I* —

---

**Eduardo Arcila Farías**



BANCO CENTRAL DE VENEZUELA

---

**Catalogación en fuente de Biblioteca Ernesto Peltzer**

Arcila Fariás, Eduardo

Economía colonial de Venezuela / Eduardo Arcila Fariás. – Tercera edición. – Caracas : Banco Central de Venezuela (BCV), 2017. – 2 v.

**Colección Memoria de la Economía Venezolana (Serie Textos Pioneros).**

Primera edición 1946 ; segunda edición 1973.

Incluye Referencias Bibliográficas e Índice.

ISBN: 978-980-394-096-6.

1. Economía – Historia – Venezuela 2. Venezuela – Condiciones económicas  
3. Tenencia de la tierra – Venezuela – Historia 4. Tenencia de la tierra –  
Leyes y legislación 5. España – Colonias – América 6. Comercio – Venezuela  
I. TÍTULO II. Compañía Guipuzcoana (1728-1749). III. León, Juan Francisco  
de (1749-1752) IV. Colección Memoria de la Economía Venezolana.

Clasificación Dewey: 330.987/A674

Clasificación JEL: N16, N56, N76, N86.

Hecho el Depósito de ley

Depósito legal: lf35220143302610

---

© *Primera edición:*

México, Fondo de Cultura Económica, 1946

© *Segunda edición:*

Caracas, Italgráfica, 1973

© **De esta edición Banco Central  
de Venezuela, 2017**

**Producción editorial**

Gerencia de Comunicaciones Institucionales

Departamento de Publicaciones, BCV

Avenida Urdaneta, esquina de Las Carmelitas

Torre Financiera, piso 14, ala sur

Caracas 1010, Venezuela

Teléfonos: 801.5514 / 8380 / 5235

Fax: 536.9357

publicacionesbcv@bcv.org.ve

www.bcv.org.ve

RIF: G-2000011-0

**Diseño gráfico y diagramación**

Diana Chollett

**Corrección de textos**

Xoralys Alva

Hecho el Depósito de Ley

Depósito legal: lf35220143302610

ISBN: 978-980-394-096-6

## ÍNDICE GENERAL

---

### — Tomo I —

NOTA EDITORIAL	15
PRÓLOGO A LA TERCERA EDICIÓN	17
PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN	25
PRÓLOGO (PRIMERA EDICIÓN)	29
 <i>Capítulo I</i> ESPAÑA EN EL MOMENTO DE LA CONQUISTA	 35
El descubrimiento, hazaña del capitalismo	39
La industria española y causas de su decadencia	41
Alza de los precios	48
El sistema monetario	50
Administración de los negocios de Indias: la Casa de Contratación	58
La colonización española	63
 <i>Capítulo II</i> INICIACIÓN DEL COMERCIO COLONIAL	 73
Comercio de españoles con indígenas de Venezuela	77
El hábito de comercio de los indígenas	81
El choque entre indios y españoles	85
La economía indígena y su destrucción	87
La primera concesión en Venezuela y la presencia de ingleses en aguas venezolanas	91
Los Welser	93
La mano de obra indígena y la propiedad territorial	95

<b>Capítulo III</b>	<b>EL RÉGIMEN DE ENCOMIENDA Y REPARTIMIENTO</b>	<b>99</b>
Establecimiento de la encomienda		102
La primera ordenanza de encomienda en Venezuela		103
Tratamiento de los indios		106
Resistencia indígena a las encomiendas		108
Función de la encomienda		109
La pesca de las perlas		113
Reparto y provisión de las encomiendas		114
Composición demográfica de las encomiendas		115
Servidumbre personal		117
La encomienda de repartimiento		117
El trabajo indígena		120
Régimen de repartimiento en Mérida		123
El tributo en el siglo XVI		123
Consolidación de la encomienda de tributo-servicio		125
El régimen de tributos		126
Final de la encomienda de servicio		128
Censos de tributarios		130
Encomienda y propiedad territorial		132
Extinción de la encomienda		133
<b>Capítulo IV</b>	<b>EL COMERCIO EN LOS SIGLOS XVI Y XVII</b>	<b>135</b>
Fabricación de tejidos		143
Regulación de precios		145
La moneda		146
La ganadería y el comercio de cueros		149
Comercio de tabaco		153
<b>Capítulo V</b>	<b>EL COMERCIO DEL CACAO</b>	<b>169</b>
Los holandeses y el cultivo del cacao		172
Los precios del cacao		173
Comercio con México		174
Los privilegios de Caracas y el cacao de Guayaquil		176
Las remesas de México		179



<b>Capítulo vi EL DESARROLLO DE LAS REALES RENTAS</b>	<b>189</b>
Fundación de la Real Hacienda	191
Los primeros ingresos a la Tesorería	194
Escasez de moneda	197
Residencia de la Real Hacienda	197
Las atribuciones de los oficiales reales	199
Ingresos en las reales cajas	201
Las reales rentas en el siglo xvii	205
Los situados	207
Producción de oro	208
Minas de cobre	211
Perlas	213
 <b>Capítulo vii CONTRABANDISTAS Y PIRATAS</b>	 <b>215</b>
Hawkins, Sore y Juan de Buen Tiempo	217
Las arribadas forzosas	223
Represión del contrabando	225
Los extranjeros se establecen en el Caribe	227
Complicidad de los españoles con los contrabandistas extranjeros	228
Negligencia y complicidad de los funcionarios	231
El contrabando de oro y plata	234
 <b>Capítulo viii LOS TREINTA PRIMEROS AÑOS DEL SIGLO XVIII</b>	 <b>237</b>
La Guerra de Sucesión	239
La Compañía de Guinea	242
La situación económica antes de iniciarse la guerra	243
Miseria durante la guerra	245
El contrabando durante este período	249
Pobreza de las reales cajas	250
Período de la Compañía Inglesa	251
Estadística de la producción y estado de la Provincia en 1720	256
Exportación de cacao	263

<b>Capítulo ix PRIMER PERÍODO DE LA</b>	
<b>COMPañÍA GUIPUZCOANA (1728-1749)</b>	<b>265</b>
Compañías de comercio: antecedentes	267
Formación de la Compañía Guipuzcoana	270
La Compañía en actividad	273
La rivalidad inglesa	276
Dificultades con el comercio local: polémica sobre el tercio de buque	278
Primeras exportaciones de cacao	281
Disputa sobre el comercio con Nueva España	284
Baja de los precios	288
Nuevas concesiones	293
Acusaciones contra la Compañía	295
 <b>Capítulo x INSURRECCIÓN DE JUAN FRANCISCO LEÓN (1749-1752)</b>	 <b>303</b>
Levantamiento de negros y otras sublevaciones contra la Compañía	305
Atropellos cometidos por la Compañía	307
Otras revueltas y conspiraciones	309
Características del movimiento de Juan Francisco León	311
La insurrección	313
Política pacificadora de Arriaga y reformas económicas pedidas por León	317
Final de la revuelta	320
Ayuda de la Provincia y armas de los holandeses para León	321
Representación del alférez Quintero de Toledo	323
Efectos del monopolio sobre la Real Hacienda	326
Opiniones de algunos autores sobre la revuelta	332
 <b>Capítulo xi RÉGIMEN DE REGULACIÓN DE PRECIOS</b>	
<b>Y TÉRMINO DE LA COMPañÍA</b>	<b>339</b>
Reforma de la Compañía y concesiones a la Provincia	341
Aumento de las exportaciones de cacao	343
Dificultades económicas de la Compañía	345
Gran incremento del contrabando	346
La junta fijadora de precios	348
Fomento de la agricultura: café, añil, algodón, azúcar	358
Otros debates sobre precios	361

El comercio durante la guerra de 1779	365
Comercio con España a través de Curazao y Holanda durante la guerra	369
Fin de la Compañía Guipuzcoana	373

— *Tomo II* —

<b>Capítulo XII LA INTENDENCIA</b>	<b>9</b>
La Intendencia y la población indígena	13
Fomento de la población y de la agricultura	15
Derogación de las primeras ordenanzas	17
Sucesión de intendentes	18
El intendente Abalos	19
Predice la pérdida de las colonias americanas	30
 <b>Capítulo XIII ESTANCO DEL TABACO</b>	 <b>37</b>
Establecimiento del estanco	42
Oposición al estanco	44
Reglamento para los administradores subalternos	46
Resultados finales	48
Comercio con los países del norte de Europa	51
La fábrica de rapé de Sevilla	56
Cultivo de tabaco aromático	56
Discusiones sobre supresión del estanco	58
 <b>Capítulo XIV RÉGIMEN DE COMERCIO LIBRE</b>	 <b>63</b>
El comercio libre en Venezuela	71
Comercio extranjero	73
Comercio con los Estados Unidos	75
Oposición a la libertad de comercio y su defensa	77
Pródromos de la Independencia	84
La nobleza y su lucha por la hegemonía en el país	87

<b>Capítulo xv EL REAL CONSULADO</b>	<b>91</b>
Los consulados en América	95
Los gestores del Consulado de Caracas	97
Las Ordenanzas	107
Mercaderes y hacendados	111
Mayor poder para los criollos	115
Conflictos de jurisdicción	118
Conflictos con el intendente	121
Atribuciones y realizaciones	123
El consulado y la Independencia	129
 <b>Capítulo xvi COMERCIO DE ESCLAVOS</b>	 <b>139</b>
Comercio de esclavos indígenas	141
Introducción de esclavos negros	145
Contrato con los Welser para la introducción de negros	148
Licencia para nuevas introducciones	150
Primeras introducciones de negros en Venezuela	152
Asentistas portugueses, españoles, italianos y franceses	153
Asentistas ingleses	155
Introducción de negros por la Compañía Guipuzcoana	158
Trueque de mulas por esclavos	161
El comercio de negros y la agricultura	164
Licencia de exportación de frutos para la compra de negros	165
Reglamentación del comercio libre de negros	167
Nuevo contrato con el inglés Barry y su fomento del crédito para la adquisición de negros	172
Fin del comercio de negros	174
 <b>Capítulo xvii NAVEGACIÓN</b>	 <b>177</b>
Las flotas de Nueva España y de Tierra Firme	179
La Armada de Barlovento	184
El tráfico entre Venezuela y España	187
Patentes de corso	190
Los registros	190
Violaciones del reglamento y “arribadas forzosas”	192

Reformas en la política comercial	194
La flota mercante venezolana	196
Proyecto del monopolio del tráfico a México	203
Rivalidad entre la Guipuzcoana y los navieros venezolanos	208
El comercio intercolonial	209
Puertos habilitados y clausuras incidentales	211
Método para el cobro de los impuestos	214
El derecho de avería	215
Derecho de almojarifazgo	217
Derecho de alcabala de mar	220
Media annata de buque	221
Otras gabelas	221
Reducción de derechos	222
Licencias para navegar	223
El seguro marítimo	224
La navegación fluvial	226
 <b>Capítulo xviii EL RÉGIMEN DE LA PROPIEDAD TERRITORIAL</b>	
<b>EN HISPANOAMÉRICA</b>	<b>239</b>
Formas de la propiedad en Hispanoamérica	241
La propiedad privada española	242
La propiedad comunal indígena	248
La propiedad privada indiana	257
La propiedad derivada de la conquista por los criollos	258
Las Misiones como empresas militares	260
Las propiedades municipales	267
Propiedades de las Misiones y de la Iglesia	269
Propiedad del Estado	272
La distribución de la tierra	273
 <b>FUENTES Y BIBLIOGRAFÍAS</b>	<b>279</b>
Fuentes manuscritas	281
Fuentes impresas	287
Obras diversas	291
Índices analíticos	299



*A la memoria de Delfín Arcila, mi padre,  
modesto comerciante.*





## NOTA EDITORIAL

La colección Memoria de la Economía Venezolana reúne textos introductorios representativos del pensamiento económico y social en Venezuela, los cuales corresponden a distintas épocas y coyunturas de la sociedad colonial y la republicana. El propósito que anima esta colección es retomar y difundir la importancia de obras agotadas cuya reedición se considera una contribución fundamental para la percepción, comprensión y explicación acertada de los fenómenos y procesos socioeconómicos de nuestro país. Con ella se promueve el estudio y la difusión de trabajos referidos al desarrollo económico, histórico, político y social de un pensamiento ajustado a la idiosincrasia predominante en nuestras latitudes.

Esta colección comprende tres series: Desde el BCV, Visión Foránea y Textos Pioneros. La serie Desde el BCV contiene obras de quienes estuvieron o están vinculados con la historia del Instituto y que han contribuido con la génesis y el desarrollo del pensamiento económico del país. Es la visión institucional del Banco Central de Venezuela sobre temas especializados y procesos socioeconómicos y políticos que se han desarrollado desde su fundación en 1941. La serie Visión Foránea reúne diagnósticos de carácter contemporáneo elaborados por equipos o instituciones extranjeras de índole económica acerca de lo que podría llamarse las primeras manifestaciones de la moderna organización capitalista de Venezuela. El contexto temporal de estos análisis se asienta a partir de la tercera década del siglo xx. La serie Textos Pioneros publica trabajos de distinta naturaleza escritos en los albores de la sociedad colonial en los inicios de la República de Venezuela o en tiempos más recientes acerca de situaciones, procesos y realidades

que tienden a explicar fenómenos sociopolíticos de la historia del país. Además esta serie incluye lo que podría llamarse el primer plan de la nación formulado en 1938, durante la presidencia del general Eleazar López Contreras.

Con este aporte editorial el Banco Central de Venezuela quiere contribuir a retomar el enfoque científico que evita la abstracción del discurso y lo sitúa en el contexto específico de cada sociedad particular, en su tiempo histórico y en su circunstancia, ofreciéndose como alternativa epistemológica, teórica y conceptual a la cosmovisión engendrada en la matriz intelectual de otras sociedades diferentes en su origen, naturaleza e historia.

Completan esta acción editorial del Banco Central de Venezuela la colección Científicos Sociales Latinoamericanos y el suplemento de la *Revista BCV* de economía, *Biblioteca del Pensamiento Económico*, en los cuales se recogen preferentemente textos de científicos sociales latinoamericanos que han enriquecido el acervo intelectual de la ciencia y la comprensión de los hechos y procesos del entorno inmediato y de la sociedad mundial.

## PRÓLOGO A LA TERCERA EDICIÓN

Estimado lector, quien suscribe estos breves párrafos, es el último discípulo que tuvo el doctor Eduardo Arcila Farías<sup>1</sup>, pues junto al Maestro, y durante sus últimos diecisiete años, formé parte de diversos proyectos de investigación histórica. Por tal razón, el presente texto quizá no sea un prólogo en su exacta concepción de presentar el ya viejo libro, no solo en virtud del amplio reconocimiento intelectual de la obra, sino también de la ya larga experiencia en la investigación y fructífera circulación académica, y que aún experimenta este respetable trabajo entre los estudiantes; pero si tengo el interés, en propiedad, de reseñar la trayectoria de cómo llegó Arcila Farías a escribir esta importante obra y, sobre todo, cuál fue su posición ante la misma.

Atraído por lo narrativo, desde muy joven, Arcila Farías se aferró a este género literario; estilo que en parte lo llevó a dedicarse con gran pasión en el ejercicio del periodismo en Maracaibo, su ciudad natal. Allí fue reportero del diario *Panorama* (1933-1934), dirigió el diario *El País* (1935-1936) y publicó artículos en *El Norte*. Durante sus años mozos, cuando apenas se inauguraba la frágil apertura democrática venezolana en 1936, estableció su residencia en Caracas. Tras continuar en el periodismo como redactor del semanario *Fantoches* (1937), Jefe de Redacción del diario *Ahora* (1938) y más tarde de *El Tiempo*,

---

1 Eduardo Arcila Farías nació en Maracaibo, en febrero 2 de 1912, y murió en Caracas, en enero 7 de 1996.

colaborador de *El Nacional*, *El Universal* y la *Revista Nacional de Cultura*, por entonces compartió el tiempo de ese oficio, con los estudios que inicia y no concluye en la Universidad Central de Venezuela, donde cursa hasta el tercer año de derecho (1936-1938) y luego, hasta el segundo año de economía (1940-1941)<sup>2</sup>.

Fue a raíz de estos últimos años de escolaridad universitaria, cuando adquirió una nueva inquietud intelectual, que lo condujo a la cada vez más acentuada inclinación por el conocimiento de la historia; en particular, fueron cuestiones de historia económica las que pronto absorbieron su atención, haciendo de la investigación y el análisis de tal materia sus tareas principales y, por tanto, casi exclusivas, pues además, ya se ejercía como director de la sección de economía y finanzas del diario *Crítica* (1939-1941).

Tales actividades intelectuales si bien guiaron a Arcila Farías a dar respuesta a ciertas tareas académicas, también se aplicó al estudio de la historia hispana y,

sobre todo, en la recopilación de material documental —en archivos, centros especializados y bibliotecas— para una obra de historia económica colonial, trabajando desde luego, de un modo intuitivo porque entonces no existían en Venezuela instituciones para la formación profesional del historiador<sup>3</sup>.

Tras un quinquenio de impresionante investigación histórica, tanto con la regular visita a diversas bibliotecas y archivos en Caracas, como con la asidua consulta de los viejos tomos y legajos liados del Archivo General de la Nación, Arcila Farías no se contentó con la mera revisión del material, toma de innumerables notas y crítica de aquella colosal base documental, sino que también se abocó a la denuncia del mal estado de conservación y del pésimo tratamiento que recibían aquellos documentos, debido tal vez a su preocupación por conservar las limitadas fuentes de información, o bien por el cuestionamiento y crítica sobre los tradicionales criterios conceptuales como base de análisis de aquella

---

2 Vivas Ramírez, Fabricio, "Eduardo Arcila Farías: su contribución historiográfica" en *Ensayos históricos. Anuario del Instituto de Estudios Hispanoamericanos*. Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1998, N° 10, pp. 147-170. De allí he tomado algunas de las siguientes ideas.

3 Brito Figueroa, Federico, *El historiador profesional Eduardo Arcila Farías*. Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1974, p. 4.

historia. Como resultado de esas experiencias, publicó tres artículos sobre tales asuntos de importancia vital para la nueva empresa en que se iniciaba, referidos bien a la historia en general, así como también a la biografía histórica<sup>4</sup>.

En cuanto a las investigaciones de historia que por estos años Arcila Farías realizaba con una clara idea del oficio<sup>5</sup>, dados los excelentes progresos alcanzados en su novicio quehacer, publicó una nueva trilogía de pequeños ensayos, donde además de ejercitarse en estos originales combates, comienza por exponer novedosos y variados tópicos sobre la historia económica y fiscal colonial, desde cuyos puntos de vista, los hasta entonces temas de historia política, militar y religiosa no fueron tocados; no solo pasaban a un segundo plano tras quedar en evidencia lo mal concebidos que estaban, sino que además argumentó lo erróneo como fueron planteados, la debilidad de su formulación y hasta lo escasamente desarrollados que aparecían, así como también lo inédito en que todavía permanecían muchos temas dignos de investigación<sup>6</sup>.

Luego del compulsivo exilio que lo llevó a México por causas políticas y que sufrió junto con su familia en octubre de 1945, ordenado por la Junta Revolucionaria de Gobierno y ejecutado por mano del ministro del Interior venezolano<sup>7</sup>,

---

4 Arcila Farías, E., "Evolución de la crítica y su importancia actual" en *Revista Nacional de Cultura*. Caracas, junio de 1939, N° 8; del mismo, "La naturaleza en Aristides Rojas" en *Revista Nacional de Cultura*. Caracas, octubre-diciembre de 1939, N° 11-12; y del mismo, "Juan Vicente González, periodista" en *Revista Nacional de Cultura*. Caracas, febrero-marzo de 1940, N° 15-16. Los dos últimos artículos, los recogió Arcila en un trabajo mayor titulado, *Historia de la soberbia y otros ensayos*. Caracas, Dirección de Cultura, Universidad Central de Venezuela, 1963.

5 El Dr. Brito Figueroa, aun cuando muy prudente, dice que fue por no existir una institución para la formación profesional, la causa fundamental (además de circunstanciales razones políticas conectadas con la pequeña historia política) del viaje de Arcila al exterior y su residencia en México. Brito Figueroa, F., *El historiador profesional...*, p. 4.

6 Arcila Farías, E., "El comercio de Venezuela en los siglos XVI y XVII" en *Revista de Hacienda*. Caracas, Ministerio de Hacienda, 1944, N° 16; del mismo, "Comercio de cacao en el siglo XVII" en *Revista Nacional de Cultura*. Caracas, marzo-abril de 1944, N° 43; y del mismo, "Desarrollo de las Rentas Reales" en *Revista de Hacienda*, junio de 1945, N° 18.

7 Arcila se desempeñaba al frente de la Dirección de Economía del Ministerio de Hacienda, cargo del que fue excluido, al ser derrocado por un golpe de Estado el presidente electo Isaías Medina Angarita.

fueron acogidos por cierta tradición política que mantenía aquel Gobierno en materia de refugiados, a quienes les brindaron un noble recibimiento. Desde el comienzo de su destierro, al tiempo que decide continuar con sus estudios superiores, de igual forma inicia un fecundo camino académico que respaldará con la investigación histórica.

Sin embargo, cuando Arcila Farías llega a México, ya era medianamente conocido en el campo de las letras por sus cuentos de profundo contenido social<sup>8</sup>. De allí que por enero de 1946 y tras reconocerle su amplia y bien ganada trayectoria de escritor, como cuentista y como historiador, consiguió que El Colegio de México lo aceptara en sus cursos de posgrado. Desde el comienzo de la carrera, Arcila Farías solicitó los sabios consejos de sus maestros sobre investigación y, sobre todo, para que examinaran la temática del trabajo que terminaba de escribir como requisito de escolaridad, con lo cual si bien inició una extraordinaria dedicación a la especialidad, también le dio mayor solidez a la formación profesional de historiador. Aquel texto de inmediato se transformó en su primera obra de historia, *Economía colonial de Venezuela* [(Colección Tierra Firme, 24) México, Fondo de Cultura Económica, 1946]<sup>9</sup>, prologada elogiosamente por uno de sus maestros, don Rafael Altamira y Crevea, quien lo señalara como “su discípulo americano”, cuando apenas contaba con treinta y cuatro años.

La obra de Arcila Farías constituía, por una parte, el punto de arranque de una intensa labor heurística, con el afán de presentar una nueva y mejor reconstrucción del pasado y, por la otra, cubrir la escasez de monografías que sobre esta materia existía y cuya exigencia era de carácter prioritario para la academia.

A diferencia de la abundante historiografía tradicional y un tanto parcializada, que en general describían el devenir sin cambios ni contradicciones y solo centrada en aspectos políticos, sociales y jurídicos a partir de la metrópoli, Arcila Farías investiga y analiza en profundidad lo endógeno, destacando las actividades

---

8 Arcila Farías, E., *Sudor: cuentos del mar y de la tierra*. México, Fondo de Cultura Popular, 1941, con “Prólogo” de Mariano Picón Salas; otra impresión en México, Ediciones Morelos, 1941; otra en México, Talleres Cooperativa Cuauhtemoc, 1941; otra en Caracas, *Revista Nacional de Cultura*, noviembre-diciembre de 1941, N° 30.

9 Eduardo Arcila Farías fue junto con Mariano Picón Salas y Arturo Usler Pietri, los únicos escritores venezolanos que hasta ahora figuran en dicha prestigiosa editorial.

financieras y comerciales de lo que él llamó la colonia. La nueva visión panorámica que deja entrever la obra, al tiempo que corregía algunos juicios errados sobre el proceso, permitió rebatir el criterio lineal de la historia y, por tanto, detectar en el corto tiempo colonial, pequeños cambios en que se diferenciaban algunos momentos de otros en su devenir y, en lo fundamental, a partir del último tercio del siglo XVIII, cuando la Corona llevó a cabo una serie de reformas, por las cuales se aplicaron de prisa y tímidamente ciertas libertades políticas y económicas que, de hecho, iniciaron la transformación del régimen indiano.

Sobre esta materia se refirió certeramente don Rafael Altamira<sup>10</sup>, cuando escribió en el prólogo que para tal fin entregara:

No puede caber duda de que una de las mayores utilidades de este libro de Arcila Farías ha de constituir en despertar la composición de investigaciones de esta última especie [temáticas], y llamar la atención acerca de lo fundamental de ese orden de problemas que toda colonización lleva consigo<sup>11</sup>.

Con esta, su primera obra como historiador, fruto de las intensas investigaciones realizadas primero en Caracas y más tarde en México, Arcila Farías no solo le dio un vuelco total a la tradicional manera de abordar, hacer y conocer el pasado, sino que además, abrió un nuevo e importante campo para los estudios universitarios sobre historia. Desde entonces,

introdujo entre los historiadores venezolanos en primer lugar el interés por la Historia Económica, que hasta esos años, había permanecido arrinconada entre montañas de historia retórica e inútil, infectada de una historia política, heroica y boba, historia servil y oportunista<sup>12</sup>.

---

10 Rafael Altamira y Crevea (nació en Alicante, en febrero 10 de 1886, y murió en México, en junio 1 de 1951). Escritor, humanista y americanista español; en su abundante producción intelectual como historiador, abordó problemas sobre la propiedad comunal, las ideas económicas, el derecho indiano, la política española en América y la enseñanza de la historia; además fue impulsor de la historiografía en España.

11 Altamira y Crevea, Rafael, "Prólogo" en *Economía colonial de Venezuela*, t. 1, pp. XIV-XV.

12 Medina Rubio, Aristides, "Eduardo Arcila Farías" en *Tierra Firme, Revista de Historia y Ciencias Sociales*. Caracas, 1996, N° 53, p. 54.

Ahora bien, al final del prólogo del sabio español, tras su experiencia y amplio conocimiento sobre la materia que trataba Arcila Farías, advirtió con mucho tino, el profundo deseo para su joven discípulo sobre “el recibimiento público que, en su patria y en toda América, obtendrá seguramente su *Economía colonial de Venezuela*”.

No se equivocó el venerable Maestro español. Pues al decir de Arcila Farías, “la primera edición de 1946, seguida de varias reimpressiones, quedó finalmente agotada hacía ya varios años”<sup>13</sup>. Aunque había recibido diversas solicitudes tanto de estudiantes y profesores, como de algunas casas editoriales en demanda de una nueva edición, aún se resistía a tales tentaciones de revisar aquel original, “pues siempre creyó, que era más importante andar nuevos caminos, iniciar nuevos esfuerzos en un campo del conocimiento que tanto lo necesita, y evitar el repaso de la senda que ya se anduvo, o el dedicarse a rehacer lo que ya se hizo”<sup>14</sup>.

Sin embargo, algunos amigos le advirtieron que el libro no solo había cumplido con su objeto de formación docente e intelectual, sino que además se había incorporado a la historiografía de Venezuela y de Latinoamérica,

como el primer tratado de historia moderna y científica en la que no había ya héroes, ni el escenario era el de la guerra, ni el personaje principal el hombre, sino la institución, el comercio, la economía nacional, base de nuestra organización y germen de nuestro ser nacional<sup>15</sup>.

Pero el gran mérito de la *Economía colonial de Venezuela*, además de iniciar en Venezuela los estudios de historia económica, fue el de acometer nuevas investigaciones y publicaciones sobre estas materias con otras visiones. Pues el hecho socioeconómico, tan despreciado por la historiografía tradicional, a partir de ese momento incorporó a instituciones económicas como la Intendencia y el Consulado, al igual que a nuevos actores sociales como los mercaderes y los agricultores que finalmente entraron en la historia.

---

13 Arcila Farías, E., “Prólogo a la segunda edición” en *Economía colonial de Venezuela*. Caracas, Italgráfica, t. I, p. XVIII.

14 *Ibidem*.

15 *Ibidem*.



Aunque la academia seguía solicitando la reedición del texto original, esta vez los interesados alegaron que el libro formaba parte de los Pensa de estudio en educación media y universitaria, por lo cual no era justo someter a maestros y alumnos a tantas dificultades para su consulta; quizá fue esta la razón final por lo que veintisiete años después de aquella primera edición de *Economía colonial de Venezuela*, Arcila Farías aceptara emprender una segunda edición que revisó, corrigió y amplió con capítulos como la Encomienda, el Consulado y la propiedad territorial.

La tan ansiada espera finalmente terminó con la nueva edición de *Economía colonial de Venezuela* [Caracas, Italgráfica, 1973, 2 Vols.]; pero al igual que la anterior, progresivamente la publicación desaparecía no solo de las librerías, sino que también fue cada vez más difícil su consulta en las bibliotecas. De allí que nuevamente profesores, amigos y estudiantes, ante tal carencia del libro, arreciaron las demandas para realizar una tercera edición; pero como ocurrió con las anteriores peticiones, el Maestro de nuevo se negaba a tomarlas en cuenta, respondiendo que no tenía sentido una nueva edición, pues los olvidos y deficiencias que todavía existían en aquella obra, se subsanaban poco a poco con los significativos resultados del proyecto *Hacienda Pública Colonial de Venezuela*<sup>16</sup>, cuya edición no solo contaba con una sección de estudios bastante enjundiosos, sino que además se apoyaba en una importantísima sección documental inédita.

En todo caso, las ya viejas reflexiones sobre la reconstrucción histórica de la economía colonial que Arcila Farías hiciera en este trabajo pionero, no solo conservan hoy día plena vigencia en el campo de la investigación histórica, sino que además, hasta ahora nadie lo ha superado como estudio científico de aquel tiempo histórico; además, es necesario agregar, que el texto mantiene una alta

---

16 Arcila Farías, E. (Coord.), *El primer libro de la Hacienda Pública Colonial de Venezuela, 1529-1538*. Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1979, Vol. I; del mismo, *Hacienda y comercio de Venezuela en el siglo XVI*. Caracas, Banco Central de Venezuela, 1983, Vol. II; del mismo, *Libros de la Hacienda Pública en Nueva Segovia (1551-1557) y Caracas (1581-1597)*. Caracas, Banco Central de Venezuela, 1983, Vol. III; del mismo, *Libros de la Real Hacienda en la última década del siglo XVI*. Caracas, Banco Central de Venezuela, 1983, Vol. IV; del mismo, *Hacienda y comercio de Venezuela en el siglo XVII: 1601-1650*. Caracas, Banco Central de Venezuela, 1986, Vol. V. Ediciones ya agotadas hace mucho tiempo.

demanda como fuente de consulta entre los novicios profesionales de la Historia y, más aún, entre los estudiantes que se inician en este apasionante campo de las Ciencias Sociales.

Sin lugar a dudas, hoy más que nunca se considera a ese primer trabajo de Arcila Farías, *Economía colonial de Venezuela*, una obra fundamental de la historiografía económica colonial tanto venezolana como latinoamericana.

***Fabrizio Vivas Ramírez***

INSTITUTO DE ESTUDIOS HISPANOAMERICANOS  
DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA

## PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

La primera edición de 1946, seguida de varias reimpressiones, quedó finalmente agotada hace ya varios años. Desde entonces he recibido constantes insinuaciones, particularmente de estudiantes y de profesores, en demanda de una nueva edición y no han faltado algunas proposiciones de casas editoriales. Sin embargo, he resistido estas presiones y tentaciones pues pensaba que antes de intentar una nueva edición, era preciso esperar la culminación de otros trabajos en proceso, pero ocurrió que al terminar uno emprendí en seguida otro, y así sucesivamente, sin darme tiempo a la propuesta revisión, pues creía y aún sigo creyéndolo, que es más importante andar nuevos caminos, iniciar nuevos esfuerzos en un campo del conocimiento que tanto lo necesita, y evitar el repaso de la senda que ya se anduvo, o el dedicarse a rehacer lo que ya se hizo.

Cierta vez intenté la revisión del viejo texto, pero no alcancé a pasar de las primeras páginas, pues pronto comprendí que la revisión ibame a conducir a un libro muy diferente y me detuve a pensar si sería preferible escribir una nueva historia económica de Venezuela, que comprendiese diversos períodos, y dejar esta tal como ella salió de mis manos en aquel ya lejano año de 1946, sin intentar su reedición. Pero varios amigos se encargaron de advertirme que ese libro cumplió una misión y que por tanto él mismo se había incorporado a la historia de la historia en nuestro país, como el primer tratado de historia moderna y científica en la que no había ya héroes ni el escenario era el de la guerra ni el personaje principal el hombre, sino la institución, el comercio, la economía nacional, base de nuestra organización y germen de nuestro ser nacional.

Tiene el mérito este libro de haber iniciado en Venezuela los estudios económicos con un enfoque histórico, y donde no había tratados de esta naturaleza, proliferaron en poco tiempo y hasta le siguió el plagario que sirve finalmente para darle mayor relieve al original. El hecho económico tan despreciado por nuestros llamados historiadores clásicos, adquirió a partir de ese momento título de suficiencia que le permitió a la Intendencia y al Real Consulado, a los mercaderes y a los agricultores, entrar en los Programas oficiales de Historia; y presentar otras batallas, sin espadas ni pólvora, ni fusiles, libradas por los traficantes criollos del cacao frente a los codiciosos guipuzcoanos; y mostrar con orgullo otra odisea continental, que en nada cede a la de los libertadores por el sur, realizada por los navieros y mercaderes caraqueños en los remotos mercados de México, frente a sus rivales de las tan lejanas tierras de Guayaquil.

Por otra parte, estudiantes y profesores han seguido urgiéndome por la reedición, esta vez por una razón muy sencilla, pero que parece de una evidencia abrumadora: ese libro está en los Pensa de estudio de la educación media y universitaria y no es justo que mantenga tantas dificultades para su consulta. He convenido, pues, en hacer esta nueva edición, aunque no he podido sustraerme a revisarla, introduciendo modificaciones importantes en muchas partes de su texto, además de agregar tres capítulos que había dejado deliberadamente pendientes en la primera edición, como son los del Régimen de la Encomienda, estudio que constituyó mi tercer libro en el campo de la historia económica venezolana; el del Real Consulado, otro volumen que dio comienzo a una serie de estudios sobre esta olvidada institución, y el Régimen de la propiedad territorial, que fue objeto de un vasto trabajo multidisciplinario de equipo, que estuvo bajo mi dirección y en el que participaron D. F. Maza Zavala, Federico Brito, Carlos Salazar, Ramón A. Tovar y otros investigadores.

Cierta duda, o no debiera decir duda, sino cierto rubor, me asaltó al releer las páginas del Maestro don Rafael Altamira y Crevea, donde el venerable sabio conduce de la mano al joven que se dispone a hacer su tímida entrada en la República de las Letras, como quien sube al escenario de un gran teatro pleno de espectadores y de críticos, o de quien salta por primera vez al entarimado de la plaza pública para intentar con su voz, dominar al vocerío de la multitud. Pero a poco de andar abandoné mis vacilaciones y dejé ese prólogo, esta vez como un homenaje a mi admirado Maestro y, sobre todo, por respeto a su voluntad última en esta América que le tendió su mano al desterrado y le ofreció su lecho final

a uno de los más dignos e insignes hombres que la guerra civil española arrojó a los azares del exilio. Pues fue don Rafael quien una tarde me invitó a visitarle en su casa. Ya estaba muy cerca su muerte y quizás ya él escuchaba sus pasos. Tenía lágrimas en sus ojos cuando me pidió que le permitiera prologar mi libro: “Yo quiero Arcila que usted sea mi discípulo americano”. Lo era en efecto y sigo siéndolo no tanto por sus lecciones en la cátedra como por aquella otra: la que enseña que la indignidad no la justifican ni los años ni las calamidades aliadas con la vejez.

Quedó así explicado lo que pareció en aquel momento un desaire a ese otro gran Maestro, forjador de las mejores generaciones de historiadores de América, Silvio Zavala, a quien correspondía prologar un trabajo que él dirigió en México y al que dio sus certeros golpes de tallador. El lector sabrá advertir al comparar la fecha de aquel prólogo de don Rafael, escrito en 1946, que ya el joven de esa historia dejó de serlo y que el discípulo regresa nuevamente, paso a paso, a la eterna casa del Maestro.



## PRÓLOGO

De todas las especies de esta forma literaria que ofrece el idioma castellano –aun dejando aparte la que el Teatro clásico griego y latino creó para su propio uso y que aún utiliza la dramaturgia moderna–, la que me parece más natural en la vida docente y en la relación de profesor a discípulo, no existe concretamente en el *Diccionario* de nuestra Academia. La acepción que más se le aproxima, dentro de su amplia significación, es la que define el prólogo como un “Discurso antepuesto al cuerpo de la obra de un libro de cualquiera clase, para dar noticia al lector del fin de la misma obra o para hacerle alguna otra advertencia”. Esta última frase es la que abre la puerta a la especie de prólogos que, no siendo escritos por el autor de la obra, tiene por sustancial propósito presentar a ese autor en el mundo de la República de las Letras.

Con esto, el prólogo queda reducido a una sola clase de autores; a saber, los primerizos y, por primerizos, desconocidos para el público. Se convierte, pues, en una presentación que a nadie puede ser más grata que al profesor, si se trata del libro de un alumno que merece ser presentado. Tal es el caso del prólogo presente.

He conocido al joven Arcila Fariás en el curso que sobre la “Formación profesional del historiador” he venido explicando, durante algunos meses, en El Colegio de México. El grupo de alumnos que constituyó mi auditorio estuvo formado principalmente por jóvenes de ambos sexos poseedores de una preparación universitaria avanzada, en los cuales era natural que una parte, a la vez que buscaba explicaciones sobre aquella finalidad docente, estuviese ya trabajando

en el terreno de sus propias investigaciones con el propósito de presentar una tesis doctoral o de cualquier otra aplicación administrativa docente. Algunos de esos discípulos se dirigieron a mí para que, independientemente de los trabajos de la cátedra, les aconsejase acerca de las monografías que estaban preparando o del texto de las que ya habían escrito. A esta última clase pertenece la de Arcila Farías.

Su título es el del presente libro: *Economía colonial de Venezuela*. Está dividido en 14 capítulos que, empezando por una especie de introducción que expone el cuadro general de la Hacienda española en los comienzos de la colonización americana y oceánica, va exponiendo los acontecimientos y las vicisitudes de la vida comercial de la región venezolana y sus relaciones con la Nueva España, hasta los finales del siglo XVIII y comienzo de las tentativas de independencia con respecto al gobierno español. En conjunto, 563 páginas folio en que el autor ha ido ordenando y estructurando una cantidad considerable de noticias sacadas de la numerosa documentación estudiada por él; primeramente, en su patria y, más tarde, aquí en los archivos mexicanos. A la vez va corrigiendo los errores de algunos historiadores hispanoamericanos que esporádicamente trataron de esta parte de la vida económica de las dos regiones mencionadas, particularmente la venezolana.

La primera nota que hace de este libro una novedad considerable y plausible, procede de la escasez de monografías de esta clase. Puede decirse, en tesis general, que así como la historia administrativa del régimen colonial, la jurídica de su legislación propia (Leyes de Indias), y algunas cuestiones muy trascendentales del gobierno espiritual y temporal de los países descubiertos y conquistados o adheridos pacíficamente, como la de la libertad y el trato social de los indios, han sido ya muy estudiadas y nos son conocidas con bastante claridad; por el contrario, la historia financiera de España en sus colonias, apenas si la conocemos. No puede caber duda de que una de las mayores utilidades de este libro de Arcila Farías ha de consistir en despertar la composición de investigaciones de esta última especie, y llamar la atención acerca de lo fundamental de ese orden de problemas que toda colonización lleva consigo.

De lo que sabemos hasta ahora —y una gran parte se lo debemos al autor de quien me ocupo aquí— resultan dos hechos principales: el primero, que en la historia económica hispana en sus Indias, como todas las historias de hechos humanos, presenta una serie de curvas y variaciones que diferencian enormemente



el cuadro de su ejecución en cada uno de los períodos colonizadores, desde el siglo primitivo de ellos (el xvi) hasta el xviii, que tanto difiere de aquél, sobre todo en esta materia, puesto que en él se cumplió la gran novedad de las libertades económicas que transformaron de tan alta manera el régimen indiano. El segundo de esos hechos consiste en el enorme progreso que representa el siglo xviii en el orden de doctrinas y realizaciones económicas. El autor detalla no pocas de ellas; y yo, por mi parte, he llamado la atención, en varios de mis libros más modernos (de 1939 a 1943), respecto de la importancia que ofrecen, por ejemplo, los trabajos de ordenación y sistematización de la Hacienda colonial que presentan los trabajos realizados por el virrey Revillagigedo y las que, en las más amplias esferas de la Administración general, testifican los archivos coloniales del siglo xviii en algunas regiones.

Picoteando aquí y allá en los capítulos de Arcila Farías y en el numeroso acopio de sus noticias, mencionaré las que se refieren a la especialidad de las encomiendas venezolanas, al descubrimiento de particularidades legislativas hasta ahora no conocidas (v. gr. la especie de autos procedentes de un obispado); el cuadro interesantísimo de las mejoras que en materia agrícola ofrece el último tercio del siglo xviii, a partir de 1767; el funcionamiento de célebres congresos de cabildos de cuya historia general sabemos todavía tan poco, y otra porción de hechos que completan noticias conocidas, pero en menor escala de las que Arcila va exponiendo. Cito de ellas las relativas a la existencia de muchos ejemplos de costumbres contra ley que vienen a enriquecer la voluminosa Parte Sexta, tomo I de mi “Derecho consuetudinario indiano”, escrito en 1941 y comenzado a publicar por la *Revista de la Facultad de Jurisprudencia de México*, D. F.

Con todo lo que va dicho, creo que la presentación de este libro queda cumplida y, por lo tanto, el motivo e intención del prólogo que con tanto gusto acabo de escribir; no sin desear a mi joven discípulo el recibimiento público que, en su patria y en toda América, obtendrá seguramente su *Economía colonial de Venezuela*.

**Rafael Altamira y Crevea**

MÉXICO, SEPTIEMBRE, 1946



# ECONOMÍA COLONIAL DE VENEZUELA (\*)

EDUARDO ARCILA FARÍAS

(\*) La presente edición tiene algunas enmiendas ortotipográficas con respecto al texto publicado en 1973. Por lo demás, se siguen fielmente todos los otros aspectos de la obra.



— *Capítulo 1* —

## ESPAÑA EN EL MOMENTO DE LA CONQUISTA



**ANTES DE INICIAR EL ESTUDIO DEL PROCESO ECONÓMICO** de cualquiera de estos pueblos de la América española, conviene examinar, así sea ligeramente, el estado en que se hallaban el comercio y la industria en tierras de España hacia la época del descubrimiento, magno suceso que la Europa, aún no despierta de la Edad Media, vio anunciarse en el pintoresco desfile de Colón con sus raros hombres cobrizos, los llamativos papagayos y las fantásticas leyendas sobre las riquezas, las costumbres y la belleza natural de las nuevas tierras. Este ligero examen así como el de las principales ideas políticas de la época, nos ayudará a explicarnos muchos de los fenómenos de orden económico y social que más tarde encontraremos en el curso de la historia americana.

Con una gran intuición de la verdadera causa que había de convertir a la antigua colonia inglesa de la América del Norte en una poderosa nación, dotada de una fuerza evolutiva que parece incontenible, mientras las colonias españolas del resto del continente son ahora naciones lentas en su progreso, dice el gran pensador argentino José Ingenieros:

Inglaterra marchaba económicamente a la cabeza de Europa, alcanzando antes que cualquier otro país del mundo las formas superiores de producción y de cambio que preludieron el sistema capitalista; la colonización inglesa trasplantó a la América del Norte —no por abstractos sentimientos altruistas, mas por la clara evidencia de su propia utilidad económica— los elementos y los factores de su adelanto, sus métodos productivos; inculcó virus de fuerza y superioridad, sembrando gérmenes que ahora se traducen por la supremacía de ese país sobre el continente americano, tal como Inglaterra la adquirió sobre el continente europeo. España, por el contrario, al emprender la conquista de América, estaba agotada por una

larga guerra de reconquista que había durado siglos. El *xvi* señaló para ella el comienzo de una decadencia que la llevó a ocupar un rango inferior en la civilización europea<sup>1</sup>.

Aunque históricamente no es demasiado rigurosa la exactitud de este juicio, contiene, sin embargo, elementos preciosos para el análisis. Puesto que surgimos de España, necesariamente heredamos de ella su debilidad económica, sus vicios administrativos, la soberbia de su nobleza, como también heredamos muchas de sus instituciones de innegables méritos, su cultura y el conjunto de cualidades, buenas y malas, que forman el “alma española”.

Vivieron y se desarrollaron estas colonias bajo la influencia de la mentalidad política del oficialismo español. Heredaron defectos de la madre patria; pero recibieron también, y en gran medida, lo mejor de la cultura española. Padecieron, lo mismo que el propio pueblo de España, los errores de sus gobernantes, su timidez y vacilación para emprender la reforma de los sistemas económicos y políticos, la testarudez de muchos de ellos y la vanidad y ambición de los valídos. Todo esto ha dejado una marca muy profunda en los pueblos de la América hispana. De ahí que para seguir paso a paso la evolución de estas naciones, sea preciso volver constantemente la mirada a España y no perder de vista la influencia ejercida por su propia historia, sus instituciones y sus características locales, en la formación de las modernas repúblicas americanas.

Conviene tener presente en todo instante que las más poderosas naciones de Europa miraban con envidia y temor la unión de los pueblos iberos y el poderío resultante de aquel vasto y numeroso imperio, y no dejaron pasar oportunidad alguna para dislocarlo o por lo menos debilitarlo. Fue un inglés, Jorge D. Flinter<sup>2</sup>, quien escribió que “precisamente la conquista de América vino a dar a los enemigos de España una ventaja, de que se aprovecharon al momento, porque si ella ensanchaba de una parte sus dominios, por otra perdía de su vigor diseminándole en una vasta superficie”. Es fácil advertir, a través de la historia de aquellos siglos, que las naciones europeas enemigas no quedaron nunca en actitud pasiva en espera de que ese debilitamiento se produjera por la acción del

---

1 José Ingenieros, *Sociología argentina*, Buenos Aires, 1918, p. 42.

2 Jorge Dawson Flinter, *Consideraciones sobre la España y sus colonias*, Madrid, 1834.



tiempo o por relajamiento de las fuerzas internas, sino que pusieron en juego todos sus recursos militares y toda la astucia de su diplomacia para precipitar el desastre de España. Los contrabandistas y corsarios que esas naciones lanzaron a los mares como una jauría, acosaron durante siglos su comercio hasta destruirlo. Las innumerables guerras en que Inglaterra y Francia envolvieron a los políticos españoles terminaron por abatir su antiguo poderío. Toda la política exterior inglesa de los siglos XVI, XVII y XVIII fue esencialmente *anti-española*: su propósito fundamental consistía en la destrucción de aquella enorme organización colonial, celosamente preservada de la penetración comercial de las naciones extranjeras, como los ingleses celaban la suya. Desgarrada su economía por culpa de sus enemigos y por los errores de sus dirigentes, anulada su potencia militar, España sobrevivió junto con su imperio, y en algunos momentos resulta inexplicable por qué razones los dominios españoles en América conservaron y aún defendieron los vínculos políticos con la metrópoli, cuando en realidad los lazos económicos eran ya tan débiles que, en algunos casos, se les podía considerar poco menos que inexistentes.

## **EL DESCUBRIMIENTO, HAZAÑA DEL CAPITALISMO**

Cuando España se lanzó a la grandiosa aventura ultramarina, nuevas ideas económicas comenzaban a circular en toda Europa. Una economía activa, codiciosa de bienes materiales, se enfrentaba a la ética económica que la Iglesia medieval predicaba por boca de Santo Tomás de Aquino, para quien el préstamo a interés es contrario a la justicia, y tanto más cerca de la gloria divina se encuentra el rico cuanto mayor sea su desprendimiento. Y de aquel nuevo tipo de economía de la abundancia, que podríamos llamar *herética* (pues significaba una rebelión contra los dogmas económico-sociales de una sociedad que la iglesia, en un esfuerzo por salvar de las civilizaciones bárbaras los elementos de la cultura clásica, había querido organizar de conformidad con los principios de las Sagradas Escrituras), es fruto el audaz proyecto del navegante genovés.

Puede así decirse que el descubrimiento de América fue la primera gran hazaña del capitalismo. En efecto, el siglo XV es de profundas reformas. Las ideas centrales de lo que más tarde había de ser comprendido bajo la denominación general de *mercantilismo* se encuentra ya en desarrollo. La era capitalista se inicia. El comercio se lanza resueltamente a la lucha contra la organización feudal y la rompe

y desarticula; el rico mercader de la ciudad sustituye al señor de pesada armadura y de muchos y obedientes siervos, y el poderío de los reinos ya no se cifra en el coraje de sus caballeros, sino en la antes despreciable riqueza material y en la disponibilidad de dinero en abundancia para hacer frente a los nuevos gastos públicos, pues también en esa época, y no por mera coincidencia, fue cuando el Estado moderno comenzó a formarse y el concepto de nación a echar sus cimientos.

Desde los últimos siglos de la Edad Media, dice Gonnard<sup>3</sup>, comenzó a ceder la regla medieval de moderación en busca del lucro y la reprobación de la ganancia por la ganancia; la propiedad mobiliaria rivaliza con la propiedad territorial; las *artes pecuniativae* se tomaron el desquite de su prolongado descrédito subordinándose a ellas las *artes possessivae*; ya no se discute la legitimidad del comercio y del beneficio comercial, y el desarrollo de la riqueza trae consigo una gran transformación política: la constitución de monarquías independientes y centralizadas.

La formación de ejércitos mercenarios, a causa de la desaparición de las prestaciones personales propias del vasallaje, acrecen las necesidades del poder público. Los príncipes tienen urgencia de grandes cantidades de dinero para pagar a sus soldados, a sus administradores y a sus representantes extranjeros; y como no pueden procurarse tales recursos en sus propios reinos por medio de nuevos impuestos, salen a buscarlos fuera de casa y se unen esta vez a un personaje hasta entonces oscuro, pero que en adelante no faltará en ninguno de los proyectos reales, ni en expedición armada o empresa pacífica alguna: el modestísimo mercader de otros tiempos, convertido ahora en hombre respetable e influyente, cuya mano ningún monarca se atreverá a rehuir. Comienza así la guerra por los mercados. La conquista del oro y de la riqueza engendró la política colonial. No debe olvidarse que Colón partió del puerto de Palos en una misión netamente comercial: encontrar la ruta más corta de comunicación con las ricas islas de las especias en el mundo oriental. Las ideas medievales, que condenaban el lucro y predicaban el desprecio por las riquezas y por la profesión *ruin* del mercader, no habrían conducido jamás al descubrimiento de América.

El mercantilismo, reformador en sus albores, pues encabezó la revuelta contra las pesadas ideas medievales, dio origen a la monarquía centralizada, y con ella al sentimiento nacionalista; este sentimiento se oponía a la dispersión

---

3 René Gonnard, *Historia de las doctrinas económicas*, Madrid, 1938, p. 58.

caracnacionalista; este sentimiento se oponía a la dispersión característica del sistema feudal, en el que la autoridad se encontraba fragmentada y no permitía que se formase ese sentimiento de nacionalidad firmemente diferenciado que apareció después. Por ello ha dicho Heckscher que el mercantilismo presenta la doble peculiaridad de tender a la unidad en lo interno y a la división en lo externo, en oposición al universalismo característico del feudalismo<sup>4</sup>. El Estado asumió la responsabilidad de dirigir las actividades económicas en todas direcciones, llegando hasta reglamentar los precios y las transacciones mercantiles; fomentaba el comercio y las industrias y constituyó poderosas empresas comerciales. Con el aumento considerable de las operaciones de cambio se desarrollaron y perfeccionaron entonces los sistemas monetarios, y el mundo occidental sintió una gran necesidad de metales preciosos. Por otra parte, el crecimiento de la riqueza fomentó la demanda de mercaderías de lujo. De esta manera nos encontramos, pues, con el escenario y el ambiente preparados para iniciar la era de la navegación, que habría de conducir al descubrimiento de las ubérrimas tierras de América. Por obra del comercio, el mundo hasta entonces conocido se había vuelto pequeño y era necesario ampliar sus límites y acortar las distancias.

## LA INDUSTRIA ESPAÑOLA Y CAUSAS DE SU DECADENCIA

Comencemos por examinar el estado de la industria española en el momento de producirse el descubrimiento. El siglo xv fue para España acaso el más importante de su historia, pues se realizó, bajo el estandarte de los reyes católicos, y a costa de sangre y destrucción, la magna empresa de la unidad ibera; entonces España se encontró fuerte, dueña de sí misma y apta para alcanzar una grandeza como pocas naciones la han tenido. A fines del siglo, las provincias españolas se hallaban en pleno desarrollo. En Castilla, gracias a las medidas adoptadas por Alfonso X para favorecerla, se había extendido la industria de tejidos a muchas de sus principales ciudades; así también la industria del hierro, y luego la del acero. Las dos ferias anuales de Sevilla, establecidas por el mismo rey, las de Cuenca, Murcia, Cáceres, Baeza y Medina del Campo, fomentaron el comercio y adquirieron gran renombre en su época. En Cataluña se fabricaban paños en grandes cantidades, productos de alfarería, cuero, tornería, cordelería, vidrio y

---

4 Heckscher, Eli F, *La época mercantilista*. México, 1943.

muchos otros. Valencia, aunque particularmente agrícola, fabricaba también paños y telas de algodón. En Navarra se producían hilados para sargas, cordobanes, badanas y lonas, y sus ferias y mercados eran muy notables.

La agricultura estaba en auge. En Valencia y Navarra los sistemas de riegos permitían aprovechar grandes extensiones de tierra. En Granada abundaba el trigo y se criaba el gusano de seda y la cochinilla para teñir hilados; se extraía también azúcar, de que se hacía comercio. La ganadería, sobre todo, alcanzó una apreciable expansión por la abundancia de pastos.

En cuanto al comercio exterior, las ferias y mercados eran oportunidad para un intenso intercambio, pues a ellas acudía un considerable número de extranjeros. Por su parte, los españoles fundaban establecimientos o sucursales en Brujas, Gravelinas y Lille, y en las plazas comerciales europeas en cuyos puertos dominaban los barcos españoles.

Ese incremento se aceleró en los primeros años del siglo xvi, de tal manera que Sevilla, en tiempo del emperador Carlos V, llegó a tener 15.000 o 16.000 telares que daban empleo a más de 130.000 obreros. Pero este movimiento se estancó y no tardó en retroceder a grandes pasos. Ya las Cortes de 1537 se quejaban de la mala calidad de los paños fabricados en España, y quejas análogas se encuentran en las de 1542, 1548 y 1552. Como resultado de esta decadencia aumentaron las importaciones. Según testimonios de la época, en el siglo xvi los numerosos telares de Cuenca quedaron reducidos a tres o cuatro, si bien otros prolongan el florecimiento de aquella población hasta el siglo xvii. Bajó la producción de seda en Granada, y en Sevilla los telares quedaron reducidos a 400 y luego a 60. De acuerdo con un memorial elevado a Felipe II por Luis Ortiz en 1558, Toledo había perdido en esa fecha la mayor parte de sus telares de seda y las Cortes de 1573 dan por anulada esta producción, así como también la de la lana, quedando de esta manera reducida a la miseria la mayoría de la población. En 1665 solo quedaban en Toledo 13 telares de lana, y de 698 vecinos boneteros que tuvo la parroquia de San Miguel, solo 10 trabajaban. Las Cortes de 1592 dicen que de 30.000 arrobas de lana que se tejían anteriormente, solo se utilizaban entonces 6.000<sup>5</sup>.

---

5 Rafael Altamira y Crevea, *Historia de España y de la civilización española*, Barcelona, 1928, t. III, p. 444.

La industria de guantes se encontraba también arruinada. Según los memoriales dejados por Damián de Olivares, industrial toledano, ya en 1620 se habían perdido totalmente numerosos oficios, de ellos ocho de laboreo del hierro, siete de otros metales y los de calafates, carpinteros de ribera, impresores, boneteros, lanceros, tapiceros, sombrereros, ebanistas, silleros y muchos otros. Después de la expulsión de los moriscos habíase aniquilado la producción de seda, cueros, lino, soguería y otras industrias que ellos exclusivamente trabajaban. En cuanto al estado de la ganadería otrora floreciente, de los siete millones de carneros de la Mesta quedaban solamente dos millones al morir Felipe II. Las Cortes de mediados del siglo *xvi* abundan en quejas por la decadencia de los oficios del calzado, metales y varios más, por la carencia de obreros competentes, la exportación de las materias primas, etcétera. El informante de Felipe II en 1558 llega a decir que España no posee industria alguna, y que por eso la chupaban los extranjeros peor que a las Indias. Según algunos testimonios, a fines del siglo *xvii* habían desaparecido de Castilla las fábricas de jabón, cristal y vidrio; de Andalucía, las de azúcar, lino, cáñamo, algodón, pelo de camello y de cabra; de Ocaña y otros lugares, las de guantes; Segovia no producía más de 400 piezas de paño de mala calidad; Cuenca solo unas 3.000 arrobas de lana; los telares de seda no pasaban de 400 en todos los lugares de producción; los de terciopelo eran insignificantes; Cuenca y Ávila preferían exportar la lana en bruto, y la población obrera había abandonado los oficios del papel, sombreros, hebillas y botones de metal, alfileres, peines, porcelana, latón y casi todos los metalúrgicos<sup>6</sup>.

Ballesteros Beretta, por su parte, afirma<sup>7</sup> que la agricultura se encontraba en plena decadencia, en tanto que el progreso industrial se resentía del marco cerrado de la reglamentación gremial. Debido al monopolio de Sevilla, la marina mercante sufrió una gran disminución en los demás puertos. Barcelona, que había sido la plaza mercantil más importante, decayó rápidamente, y el comercio, floreciente en otras épocas en Valencia y Mallorca, sufría una crisis aguda.

Todas estas circunstancias hicieron decir a Leroy Beaulieu<sup>8</sup> que España, en los días del descubrimiento de América, era la nación menos apta de Europa

---

6 Rafael Altamira, *ibíd.*

7 Antonio Ballesteros Beretta, *Síntesis de Historia de España*, Barcelona, 1936, p. 220.

8 Citado por Haring, *Los bucaneros de las Indias Occidentales en el siglo xvii*, Brujas, 1939, p. 13.

occidental para emprender la colonización del Nuevo Mundo, pues no era rica, ni populosa; por siglos se había visto obligada a mantenerse en guerra continua contra los moros, y tan larga lucha no solo le impidió adquirir el hábito del trabajo, sino que también la indujo a mirar con desdén las labores manuales; luego sobrevino la expulsión de los judíos, que formaban una de las partes más sobrias y laboriosas del pueblo español. Debilitada de esta manera, se vio

arrastrada a una política extranjera para la cual no tenía los recursos ni la inclinación, y estableciendo en casa una política casi epiléptica en sus consecuencias, vio disiparse sus fuerzas y descendió gradualmente a un estado de impotencia económica y política.

Alonso Ortiz, en sus notas a la traducción de la obra de Adam Smith, en 1794, realizó un breve y conciso análisis de las causas que influyeron en la decadencia de la industria española.

Desde el descubrimiento —dice— hasta fines del siglo *xvi*, fue especialmente España la señora de aquellos mares, proveyendo con abundancia sus colonias de géneros y manufacturas europeas fabricadas dentro y fuera del Reino; pero cuando debió pensar en ampliar aquel comercio dando mayores fomentos a la industria nacional, se vio en la fatal necesidad de haber de sostener unas guerras pertinaces y muy poco interrumpidas con casi toda Europa, que duraron por espacio de siglo y medio, hasta el año de 1700. Estas circunstancias impidieron la libre comunicación con sus colonias y ocasionaron la decadencia de las artes, de la industria y del comercio, dando las ventajas al extranjero. Felipe II sostuvo guerras con holandeses, ingleses y franceses, mantuvo armadas y guarniciones en Italia, en África y en las dos Indias. Con esto derramó todos los tesoros de América por las naciones extranjeras, arruinó sus propias fuerzas, desbarató sus mismas armadas, perdió el señorío del mar, quedó sin caudales, interrumpió su comunicación franca con las Indias, tuvo que cargar de impuestos a sus vasallos, cesó la industria y se cortó el comercio. Valiéronse de la ocasión los extranjeros, tanto en aquel reinado como en los sucesivos, especialmente aquellos que tenían establecimientos en América; e hicieron liga ofensiva contra España. Llenáronse los mares de piratas, como los célebres filibusteros que en las Antillas, y después en el mar del Sur, cometían las mayores atrocidades. Los corsarios ingleses y franceses molestaron infinitamente nuestras costas americanas desde el año 1600. En el de 1625 formaron un punto de reunión cerca de la

Tortuga, desde donde hacían las depredaciones más violentas, en virtud de cuyo pacto se apoderó el francés de la Martinica, Guadalupe y otras provincias, y el inglés se quedó con la Antigua Monserrat y la Barbada. Poco después atacaron a Santo Domingo y tomaron Jamaica: todo era en aquellos mares crueldades, guerra y latrocinios... Los tesoros de América trasladados a los países extraños por causa de las guerras, la industria de estos que por lo mismo ganó indecibles ventajas, y la ruina de la nuestra que era una consecuencia inevitable, fueron causa de que los extranjeros se alzasen por medio del contrabando con el comercio ilícito de nuestras colonias, y de que los españoles, aun en el lícito de sus flotas, de veinte partes del cargamento llevasen una de géneros y manufacturas propias y diez y nueve del extranjero, quedando por este medio reducida España a ser un mero canal de las riquezas de las demás naciones. Es necesario, pues, confesar que la máxima de los galeones y de las flotas fue una práctica perjudicial; pero, igualmente, que fue adoptada por necesidad de los tiempos y de las circunstancias. No hay duda que desde sus principios no fue el más ilustrado el plan de comercio que se estableció con nuestras colonias. La necesidad y las causas citadas lo empeoraron mucho: el modo de imponer las contribuciones sobre lo que se introducía y extraía, por aquella práctica que llamaban derecho de toneladas y el de palmeo, introducido en el año de 1720, era gravísimo y desproporcionado<sup>9</sup>.

Adam Smith, en un pasaje de su obra, dice que “las colonias de España y Portugal dan en realidad mayor fomento a la industria de las naciones extranjeras que a la de su patria”; y añade:

El capital que surte aquellas colonias de tan grande cantidad de lienzos se distribuye con sus ganancias regulares, constituyendo un principio productivo de rentas para los habitantes de aquellos países extranjeros, y las únicas ganancias que de dicho comercio quedan a España y Portugal son las que se añaden por razón de remitirse por conducto de las citadas naciones.

Adam Smith no titubea en colocar estos dos países entre los más atrasados y miserables de Europa después de Polonia.

---

9 José Alonso Ortiz, comentarios a la obra de Adam Smith, *Investigación de la naturaleza y causas de las riquezas de las naciones*. Traducción de Ortiz. Reimpresión de “España Bancaria”, Madrid-Barcelona, 1933, t. II, p. 349.

España no se encontraba apta para la colosal empresa de administrar los inmensos territorios del Nuevo Mundo, pues se requería para ello una madurez económica que estaba muy lejos de tener. Después de la lucha contra los moros, y una vez realizada la unidad ibérica, hallábase necesitada de un largo período de reposo que le permitiese recuperar las fuerzas perdidas, templar sus virtudes políticas, adquirir mayor experiencia en el comercio y en el trabajo industrial, y adquirir también mayores conocimientos en materia de administración pública. Para su desgracia, no disfrutó nunca de una paz prolongada, pues a una guerra la seguía otra más cruenta. Muchas veces sostuvo más de una guerra al mismo tiempo; y, diestra en las artes del combate, pero torpe en las del comercio, que no daban ni títulos, ni honores, ni gobierno, se encontró en posesión de los enormes recursos coloniales antes de haber aprendido a administrar los propios.

En estas condiciones, América, con sus fabulosas riquezas, fue un fardo demasiado pesado y creó problemas muy graves para la economía de la madre patria. Los gobernantes españoles carecían de los conocimientos precisos para comprender el alcance de los descubrimientos. Como los ingleses y los franceses de su tiempo, atribuyeron a los metales preciosos cualidades que en sí no tienen, ignorando sus propiedades económicas y leyes que las regulan, y vieron en ellos la única causa y origen de la riqueza. Se entregaron, pues, a la búsqueda de oro y plata, despreciando cualquiera otra ocupación. La abundancia de metales preciosos trajo la poca estimación de estos y el valor extrínseco de la moneda fue cada vez menor. El mundo vio entonces, sin llegar a comprender bien el fenómeno que presenciaba, la paradójica situación de un país que, nadando en oro y plata, era, sin embargo, uno de los más miserables de Europa. Y es que la abundancia de esos metales no representa en sí riqueza alguna sino cuando marcha paralela con un aumento en los frutos del trabajo. El oro no tiene más valor que el que le dan las cosas que con él puedan adquirirse; y fuera de sus funciones de instrumento de cambio, es el menos útil de los metales. Los gobernantes españoles miraban con asombro el movimiento ascendente de los precios que acentuaba cada vez más la miseria. Para detener esta no pensaban en otro remedio que en lanzar al mercado nuevas cantidades de oro y taponar todas las grietas que pudiesen permitir su salida a las naciones extranjeras.

Pero en descargo de estos gobernantes —aunque no es justificación de sus errores— es preciso aclarar que España no hacía otra cosa sino aplicar los principios del mercantilismo, cuyos representantes científicos más notables se encontraban



en Italia (Antonio Serra, Broggia y Genovessi), en Inglaterra (Bacón de Verulamio y Tomás Mun), y en Francia (Forbonnais y Francisco Melon). Además, los resultados obtenidos por hombres de Estado como Colbert, Guillermo I y Cromwell, parecían una evidencia de lo acertado del sistema. El mercantilismo identificaba la economía política con el interés económico-privado, y su principal preocupación era la de elevar la riqueza pública, pues así como un individuo es tenido por más rico cuanto más dinero posea, así también una país podría enriquecerse solo con el aumento del dinero, que era identificado con los metales preciosos<sup>10</sup>. Pero ni Francia ni Inglaterra, las principales devotas de estos principios, disponían de fuentes de donde tomar esos metales. Para lograr el aumento de dinero y atraer el oro y la plata de las colonias españolas, no les quedaba otro recurso que desarrollar sus industrias y su comercio, a fin de alcanzar la dorada meta de una balanza de comercio favorable.

España, en cambio, una vez que fueron descubiertas las minas de México y Perú, se creyó dueña de la única base efectiva de la riqueza, y todo su cuidado se limitó entonces a impedir que esos metales saliesen para territorios extranjeros. Descuidó su industria y su comercio, que comenzaron un retroceso a grandes pasos. Pero si esas minas hubiesen caído en manos de Inglaterra y Francia, estas naciones habrían adoptado la misma política española; y habríamos visto a España entregada a fomentar la producción nacional y la navegación para arrebatar a aquellas, por medio del comercio, parte de sus riquezas metálicas. La historia habría sido distinta. Acaso nos encontraríamos hoy con una Inglaterra macilenta y atrasada y una España próspera. El mercantilismo causó grandes daños a España, daños irreparables; pero proporcionó a Inglaterra grandes beneficios, pues nadie negará que la *Carta de Navegación* de Cromwell, fruto legítimo del pensamiento mercantilista, contribuyó notablemente al desarrollo de su marina mercante.

## ALZA DE LOS PRECIOS

El descubrimiento de América no solo produjo una revolución comercial en el mundo al trasladar la economía del Mediterráneo al Atlántico; también

---

10 J. Conrad, *Historia de la Economía*, Madrid, 1933, pp. 35-40.

produjo una revolución de los precios, que alcanzó a toda Europa y particularmente a España.

Los tesoros de México y del Perú, y la posterior explotación de sus minas, repartió en España y en toda Europa una masa enorme de metales preciosos. Durante el siglo xvi la producción media anual de oro sobrepasó los 8.000 kilogramos; la de plata era inferior a 100.000 kilogramos en la primera mitad del siglo, pero después del descubrimiento de las minas de Potosí, en 1545, llegó a 300.000 y 400.000 kilogramos por año<sup>11</sup>. La relación entre los dos metales antes de la época del descubrimiento era habitualmente de 10 a 1, pero la gran abundancia de plata la hizo caer hasta  $\frac{1}{15}$  o  $\frac{1}{16}$  del valor del oro. El conjunto de la producción de estos dos metales en el siglo xvi era ocho o diez veces mayor que la masa monetaria preexistente. Esta producción fue aún mayor en los siglos siguientes. El rápido crecimiento de la cantidad de oro y plata en uso produjo el alza de los precios, y aligeró también el peso de las deudas, al punto de decirse que Colón llevó de América la liberación de los deudores. Según los cálculos hechos por Navarrete, de 1519 a 1617 entraron legalmente a España 1.536.000.000 de pesos en oro y plata, a los que se deben agregar las entradas clandestinas, en cantidad cuando menos igual a la mitad de esa cifra.

La afluencia de los metales preciosos de las Indias, al aumentar la circulación, hizo bajar el valor del dinero. Comparando varias cuentas y presupuestos de los años de 1519, 1580 y 1586, dice Altamira<sup>12</sup>, se advierte que los artículos de primera necesidad, tales como aceite, tocino, queso, arroz, harina, etcétera, valían en la segunda fecha dos o tres veces más que en la primera. En los granos se advierte que su precio va siempre en aumento. Felipe II estableció en 1558 la tasa de trigo en 9 reales y 22 maravedíes la fanega, y la de cebada en 4 reales y 12 maravedíes. En 1571 la fanega de trigo subió a 11 reales, y en 1582 a 14; la de cebada subió también a 6 y 7 reales, respectivamente. Felipe III alteró estos precios en el año de 1600, elevando el trigo a 18 reales y la cebada a 9. Pese a la existencia de esta tasa oficial, los mercaderes imponían precios aún más elevados vendiendo la fanega de trigo a 20, 28, 36 y aun a 48 reales. La tasa oficial misma sufrió un aumento extremadamente sensible al ser elevada en 1699 de 18 a 28

---

11 C. Colson, *Cours l'Economie Politique*, París, 1924, t. IV, p. 166.

12 Rafael Altamira, op. cit., t. III, p. 473.

reales de vellón<sup>13</sup>. El gobierno español no era capaz de comprender la causa del alza, y para ponerle remedio solo se le ocurrió tomar medidas que tendían a evitar la salida de moneda, con lo cual no hacía otra cosa sino acentuar el mal.

Según refiere el acucioso investigador norteamericano Earl J. Hamilton, la arroba de aceite de oliva, que en Castilla la Vieja tenía, para el año de 1502, un valor de 240 maravedíes, en 1630 llega a valer 1.258 mrs la botija de vino, de 84 mrs que costaba en 1503, llega en 1641 a valer 526; el arroz, de 163 mrs la arroba, sube en 1650 a 1.271; el trigo, de su más bajo precio, 61 mrs la fanega, sube hasta 599 en 1631. El número índice de los precios de los granos en esa provincia de España pasó, en relación con el periodo base de 1517-1580, de su nivel inferior de 24,22 en 1509, al elevadísimo de 171,25 en 1650. En Castilla la Nueva el alza general de los precios es aún mucho mayor. De 87 mrs que costaba la fanega de trigo en 1501, llegó a valer hasta 1.210 en 1647. Allí el nivel de precios para los granos, también en relación con el citado periodo base, ascendió escandalosamente, de 21,68 en 1509, a 472,73 en 1650.

Y comenta el autor citado:

La brusca alza de precios, que comenzó en 1569, continuó hasta 1601, cuando el apogeo representado por un número índice de 143,55 sobre la base de los años de 1571-1580 fue alcanzado. Si consideramos solamente los años de 1501 y 1601, el nadir y el cenit respectivamente, hallamos que los índices regionales de precios por término medio se habían más que cuadruplicado. Para concretar: el nivel medio de precios era 4,32 veces más alto en 1601 que en 1501. En vez de afirmar que los precios de la plata nunca descendieron completamente por debajo del punto alcanzado a fines del siglo xvi, parece correcto decir que hacia 1600 los precios de la plata en España se habían elevado gradualmente a un nivel cuatro veces más alto que en 1501<sup>14</sup>.

Esta elevación de los precios se extendió como una onda por todas las naciones europeas, bajo la influencia de los tesoros americanos que España, a pesar

---

13 José Alonso Ortiz, op. cit., t. I, p. 251.

14 Earl J. Hamilton, *American Treasure and the price revolution in Spain, 1501-1650*, Cambridge-Harvard University Press, 1934, p. 202.

suyo, distribuía por todo el continente en cantidades cada vez mayores, a medida que su producción industrial iba descendiendo y para suplir su falta acudía a mercados extraños; pero en ninguna parte, naturalmente, alcanzó esa alza la intensidad que en España.

## EL SISTEMA MONETARIO

Las modificaciones en el sistema monetario han sido para los gobiernos, y siguen siéndolo, uno de los medios más a su alcance para salir de sus embarazos económicos. España acudió con excesiva frecuencia a este recurso, y resultado de esto fue su legislación extensa y complicada sobre el curso y valor de la moneda. Las alteraciones eran adoptadas un poco a la ligera; de ahí que, apenas dictada una ley, otra la dejaba sin efecto. En 1652, por ejemplo, fue retirada de la circulación la moneda conocida con el nombre de calderilla; pero en 1654 era autorizada de nuevo.

Las monedas acuñadas por los reyes católicos, *excelentes y medios excelentes* de oro, *reales, medios reales* de plata, etcétera, continuaron sirviendo de base en el reinado de Carlos I con adición de otras llamadas *coronas* y *escudos*. Estas mismas monedas circulaban aún en tiempo de Felipe II, junto con los *escudos sencillos* y *dobles*, los *ducados*, los *castellanos* de oro, *los reales* y otros, que se acuñaban en las siete Casas de Moneda oficiales<sup>15</sup>. Pero esto no excluyó la acuñación de monedas regionales. Los particulares podían llevar sus metales para fundir, pues estaban autorizadas “todas y cualesquier personas que quisieren fundir y afinar cualesquier monedas de oro y de plata y de vellón”, pero habían de hacerlo en alguna de las Casas de Moneda, ya que de lo contrario incurrían en pena de muerte y pérdida de la mitad de sus bienes; en las mismas penas incurrían quienes cercenaran o fundieran la moneda; una vez acuñadas, debían las monedas entregarse a sus dueños por peso y no por cuenta<sup>16</sup>, para evitar de esta manera que los fundidores, metiesen menos metal del que se exigía y se mezclase en la circulación moneda incompleta. Pero los mercaderes que llevaban a fundir oro

---

15 Rafael Altamira, op. cit., t. III, p. 472.

16 Ley de los Reyes Católicos de 13 de junio de 1497. *Novísima Recopilación de las leyes de España*, París, 1855, lib. IX, leyes I y II.

y plata no se cuidaron de recibir la moneda por peso, prefiriendo recibirla por cuenta, bien porque confiasen en que los fundidores no les habían de engañar, o bien, y es lo más probable, para evadir el proceso de la entrega ante el escribano y los oficiales. Esta irregularidad debió dar origen a algunos abusos, pues pasado poco tiempo los reyes católicos dieron otra ordenanza más severa, haciendo obligatorio el uso de la balanza para la entrega de la moneda labrada, debiéndose pesar pieza por pieza, y al mismo tiempo hicieron más severas las penas para quienes diesen o poseyesen monedas de falsa ley<sup>17</sup>.

Por pragmática de 14 de octubre de 1686 dispuso Carlos II que el marco de plata de la ley de once dineros y cuatro granos, que en pasta o vajilla tenía el valor de sesenta y cinco reales, y el de sesenta y siete en moneda, valiese ochenta y un reales y cuartillo en pasta o vajilla y ochenta y cuatro en moneda; que según este aumento la moneda labrada con el nombre de *real de a ocho* quedase con el valor intrínseco de diez reales de plata, que había de correr por quince de vellón con nombre de *escudo de plata*, y a este respecto las demás monedas de reales de a cuatro, de a dos y sencillos; y que la nueva corriese con el valor intrínseco de ocho reales de plata el real de a ocho, y a este respecto los de a cuatro, de a dos y sencillos. En cuanto a la moneda de oro, se mandó que el escudo con valor de quince reales de plata tuviese el de diecinueve, y que el doblón de a dos escudos, que valía treinta reales de plata, valiese treinta y ocho, y a este respecto los doblones de a cuatro y de a ocho<sup>18</sup>. Pero casi inmediatamente, el 4 de noviembre del mismo año, se hizo otra modificación por la cual el real de a ocho, que conforme a la dicha pragmática quedó por escudo de plata con valor de diez reales de plata debía valer ciento veintiocho cuartos de vellón; el real de a cuatro, sesenta y cuatro; el real de a dos, treinta y dos; y el real de plata, dieciséis cuartos, pues existía una diferencia que, aunque pequeña, creaba dificultades para el trueque de las piezas menores.

La moneda de vellón (moneda de plata de ley muy baja) era objeto de innumerables falsificaciones sobre todo en Cataluña y Aragón. Por esto Felipe V dio en 1718 una pragmática mandando recoger toda la moneda de vellón y fabricar en su lugar otra redonda de cobre que correría en todos los reinos de

---

17 Ordenanzas de 22 de febrero de 1502. *Ibíd.*, lib. IX, ley III.

18 Cédula de 14 de octubre de 1686. *Ibíd.*, lib. X, ley XIX.

España, de un valor intrínseco proporcionado, y compuesta de cuartos, ochavos y maravedíes. En cuanto a la correspondencia de esta moneda con la de plata y la de oro, debía guardar la misma regulación que la moneda de vellón tenía en Castilla, de manera que un real de plata doble venía a ser igual, en cuartos a dieciséis, en ochavos a treinta y dos, en maravedíes a sesenta y cuatro; y la de un real vellón, en cuartos, ocho y medio, en ochavos, diecisiete, y en maravedíes, treinta y cuatro<sup>19</sup>.

El mismo Felipe V dio en 1730 una nueva ordenanza de una gran trascendencia dentro del régimen monetario español. Se trataba nada menos de suprimir las acuñaciones de los particulares. Desde ese momento todas las acuñaciones que se hicieren en moneda de oro, plata y cobre, estarían a cargo de la Real Hacienda, terminando así con una tradición monetaria de siglos. La Tesorería compraría todo el oro que le llevasen los particulares, reduciéndolo a la ley de 22 quilates, y la plata a 11 dineros; pero el costo de reducirlos a esta ley debía ser por cuenta de los propietarios vendedores de estos metales, y las operaciones subsiguientes, hasta su conversión en moneda, por cuenta de la Real Hacienda<sup>20</sup>. De este modo se daba un paso de indiscutible importancia hacia la centralización.

Siete años más tarde, Felipe V introdujo otra modificación. Por pragmática de 1737 ordenó que el escudo de plata, que hasta entonces había valido 18 reales y 28 maravedíes de vellón, corriese por 20 reales de a 34 maravedíes; el medio peso debía en adelante estimarse en 10 reales u 85 cuartos; la pieza de 2 reales debía valer 5 reales de vellón o 42 cuartos y medio, y en esta misma proporción los reales y medios reales de su especie. Siguiendo esta misma regla, cada pieza de 2 reales de plata regional debía tener el valor de cuatro reales de vellón justos o 34 cuartos, en lugar de los 32 que había valido hasta ese momento; el real de plata de su especie, 2 reales de vellón o 17 cuartos; y el medio real, 8 cuartos y medio o 34 maravedíes<sup>21</sup>. En esta ley se hace un nuevo reajuste de la moneda regional y de su equivalencia con la de Castilla.

---

19 Cédula de 24 de septiembre de 1718. *Ibíd.*, lib. IX, ley VI.

20 Cédula de 16 de julio de 1730. *Ibíd.*, lib. IX, ley VII.

21 Pragmática de 16 de mayo de 1737. *Ibíd.*, lib. IX, ley VIII.

La existencia de las monedas regionales hacía extraordinariamente complejo el sistema monetario español, entorpecía las transacciones comerciales y daban origen a innumerables disputas entre los mercaderes. Felipe V trató de crear un sistema general; pero este no se obtuvo sino tras un proceso lento. Ya por decreto de 1º de agosto de 1733 se había prohibido absolutamente el curso de los dinerillos falsos de Aragón y se mandó recogerlos en las Cajas Reales y labrar una nueva moneda de vellón como los ochavos de Castilla, previniendo que estos corriesen en Aragón y Castilla y también los dinerillos buenos, mientras se labraba la nueva moneda; se permitió en Cataluña el curso de los dineros catalanes de la antigua fábrica de 1653 y de los dinerillos del gobierno intruso de los partidarios de Carlos de Austria (1705-1715), hasta que se verificase la nueva labor de moneda, igual y común para aquel principado y reinos de Aragón.

En 1743 el capitán general, la Audiencia y el intendente de Cataluña pidieron al rey mandase correr y admitir en todo aquel reino la moneda de vellón de Castilla a fin de evitar las disputas y disensiones que por falta de su uso se originaban entre la tropa y los paisanos cada vez que entraban allí nuevos regimientos, y con el objeto también de remediar la escasez de moneda de vellón. Como las mismas razones eran válidas para todas las ciudades de Aragón, se ordenó que el vellón de Castilla corriese en todos los reinos de Aragón, Cataluña, Valencia y Mallorca<sup>22</sup>.

Se daba el caso de que monedas de una región circulaban en otra; esto no habría importado nada, pero la falta de un control riguroso facilitaba las falsificaciones y contribuía a hacer más confuso y desordenado de lo que era en sí el sistema monetario español. En 1772 Carlos III se vio obligado a mandar retirar de la circulación todas las seisenas falsas y legítimas, y con ellas las tresenas y dineros valencianos que hubiere en Cartagena, dándose en cambio la equivalente cantidad de moneda corriente de Castilla, y para evitar que se repitiesen los abusos dispuso que estas monedas solo circularan en el reino de Valencia<sup>23</sup>. Cinco años más tarde tuvo de nuevo que legislar sobre las mismas piezas, y ordenó que no tuviesen curso sino en el distrito de Valencia, prohibiendo su

---

22 Decreto de 20 de octubre de 1743. *Ibíd.*, lib. IX, ley X.

23 Cédula de 27 de octubre de 1772. *Ibíd.*, lib. IX, ley XV.

uso, expedición y admisión en el comercio de otros lugares bajo pena de nulidad del contrato; fueron renovadas con toda su fuerza y severidad las leyes sobre falsificaciones<sup>24</sup>.

Las islas Canarias tenían también su moneda, pero esta fue suprimida totalmente en 1776, debiendo correr solo las de oro, plata y vellón labradas en las Casas de Moneda y las de oro y plata de los dominios de Indias, con el mismo nombre y valor que tuviesen en la Península. No se comprendían en esta disposición los reales de plata columnarios que por error se habían confundido en Canarias bajo el nombre de *fiscas* y *bambas* que se daba en esas islas a su antigua moneda recogida, pues esos reales de plata seguirían corriendo en ellas lo mismo que en el resto de los dominios y territorios españoles<sup>25</sup>. Pero ninguna de estas medidas acabó definitivamente con las monedas regionales, aunque la circulación de estas quedó restringida y sometida a cierto control.

De la multiplicidad de la moneda, y de la falta de un control severo por parte del Estado, sacaban preciosas ventajas los usureros, siempre al acecho de una oportunidad en que el precio de los metales difiera de la paridad legal, pues la diversidad de las piezas de todo género y valor y la coexistencia de monedas nacionales y regionales, restaba capacidad al Estado para modificar la paridad de acuerdo con los precios que adquiriesen los metales en el mercado.

Ocurría con frecuencia que la plata o el oro tenían más valor en barras que en moneda, y entonces los especuladores retiraban esta de la circulación para fundirla como metal. Para impedir esta especulación, los reyes, demostrando una gran ingenuidad o ignorancia, aplicaron en varias ocasiones el remedio para disminuir las monedas de cobre, dejando solo la cantidad que se juzgaba indispensable para los usos menores. Pensaban que encareciendo el cobre obligarían a salir el oro y la plata. En 1743 el retiro de los metales preciosos hizo crisis. Los mercaderes escondían las monedas de oro y plata, rehusaban pagar en estas especies y obligaban, a quienes las solicitaban, a pagarles un crecido interés,

y conviniendo que vigile siempre el Gobierno a que no solo no se estanque la moneda, y principalmente las de oro y plata, sino que antes bien circule

---

24 Cédula de 29 de julio de 1777. *Ibíd.*, lib. IX, ley XVI.

25 Decreto de 20 de marzo y Pragmática de 20 de abril de 1776. *Ibíd.*, lib. IX, ley XVII.



y gire por el Reino, con la reflexión de que, por cuantas más manos pase, produce más utilidades así a la Real Hacienda como a los particulares.

Resolvió el rey por decreto de octubre de 1743 prohibir el que se llevara premio ni interés alguno por reducciones de moneda, no pudiendo esta pasar como especie vendible. Los contraventores serían penados de acuerdo con una pragmática del siglo anterior, o sea la del 14 de noviembre de 1652, que imponía la pena de privación de oficio y cuatro años de destierro por la primera falta y de galeras por reincidencia, a la persona que llevase interés por cambio o conducción de la moneda de un lugar a otro. Por el decreto de 1743 se dio al real de vellón un poder liberatorio limitado: no podrían hacerse con él pagos mayores de trescientos reales<sup>26</sup>.

Una innovación muy útil introdujo Fernando VI en 1747 al ordenar que las monedas se labrasen con cordoncillo o laurel al canto. Esta modificación, aparentemente sencilla, constituía una garantía de la integridad de la moneda, y hacía fácil la comprobación de que a esta no se le había restado metal; la confianza del público era mayor, y, por consiguiente, la moneda podía correr y contarse por pieza sin necesidad de pesarla para recibirla. En adelante las monedas se recibirían por todo su valor, y las que de alguna manera estuviesen cercenadas debían ser consideradas como perdidas, y, por lo tanto, no se admitirían en el comercio. A las personas que trataran de hacer pasar estas monedas defectuosas se les seguiría juicio. Pero esta ordenanza no acabó definitivamente con el sistema contra el cual iba dirigida, pues como medida de transición mandó que todas las demás monedas de oro, pesos y medios pesos gruesos de plata que no tuviesen en la circunferencia el laurel o cordoncillo y estuviesen labradas a martillo o en otra forma, continuaran recibándose por peso como hasta entonces se había practicado, y se descontaran las faltas que se hallaren<sup>27</sup>.

Como podrá apreciarse por esta ojeada general a la legislación monetaria española, esta se hallaba llena de imperfecciones, y en ella se manifestaba, mucho más que en cualquier otro aspecto de la administración pública, la falta de un correcto sentido económico. Las constantes mutaciones en el sistema monetario

---

26 Decretos de 20 de octubre y 9 de noviembre de 1743. *Ibíd.*, lib. IX, ley X.

27 Pragmática de 22 de diciembre de 1747. *Ibíd.*, lib. IX, ley XII.

traían consigo graves trastornos y hacían en extremo vicioso el sistema. No faltaron hombres dotados de una mejor concepción del vasto problema, pero muy poco o nada llegaron a influir. Tal es el caso del jesuita Mariana, que en 1609 publicó una obra, acaso inspirada en escritos de italianos y de franceses famosos, en donde afirmaba que los príncipes no tenían derecho a modificar las monedas, porque esto era lo mismo que crear impuestos a sus súbditos sin su consentimiento, y distinguía ya claramente los dos valores de la moneda en natural o intrínseco y legal o extrínseco<sup>28</sup>. Para comprender mejor la intención de las palabras del jesuita Mariana, debe tenerse presente que las diferencias en los cambios de valor de las monedas eran pagados por los pueblos, pues generalmente era retirada de la circulación una especie dada cuando por su abundancia estaba depreciada, y el Tesoro no daba el equivalente del valor nominal, sino que la pagaba por el valor de la pasta y según los precios del mercado. Al producirse la escasez, la moneda sustraída de la circulación se valorizaba, se la ponía de nuevo a circular y era así como el gobierno hacía un excelente negocio.

Fue Carlos III, el más ilustrado de los monarcas españoles, quien más hizo por modificar el sistema monetario y dar a España una moneda sana. Dio primero un decreto, el 5 de mayo de 1772, mandando recoger toda la moneda antigua de vellón y acuñarla de nuevo hasta la cantidad de seis millones de reales. Esta vez, para no incurrir en la especulación que dejamos referida, ordenó que el Tesoro recibiese aquella por todo su valor, y como el Tesoro español normalmente andaba mal de fondos, fue preciso dar un plazo demasiado largo (seis años) para llevar a su término esta operación. Entretanto la moneda antigua podía continuar circulando con el poder liberatorio anteriormente señalado de trescientos reales, y podía pagarse con ella hasta la décima parte de lo que se adeudase a la Real Hacienda por contribuciones<sup>29</sup>.

Por otro decreto de mayo del mismo año, Carlos III ordenó la extinción de todas las especies de plata y oro, con el objeto de hacer una nueva acuñación de monedas que tuviesen todas el cordoncillo, para acabar así con el malicioso desgaste de los bordes, robustecer la confianza del público y evitarle a este la

---

28 René Gonnard, op. cit., p. 77.

29 Pragmática de 5 de mayo de 1772. *Novísima recopilación de las leyes de España*, lib. IX, ley XIII.

molestia, origen de disputas y dilaciones en los negocios, de pesar la moneda para asegurarse de que no se le había restado metal. No se hizo novedad en cuanto a la ley y pesos establecidos, y se tuvo mucho cuidado de no causar la menor pérdida a los tenedores de moneda: el Tesoro debía cargar con la diferencia que resultara entre los dos valores de la moneda, costos de afinación y braceaje. Solo se modificó el doblón de ocho escudos, dándole una equivalencia de trescientos reales de vellón y en su proporción las monedas subalternas. El plazo para retirar las monedas antiguas de la circulación fue de dos años<sup>30</sup>. Pero este decreto no acabó con las monedas regionales de España, antes bien, las autorizó de nuevo, dejando así en pie uno de los defectos más perjudiciales del sistema.

También Carlos III, para mantener la proporción entre la moneda de plata y la de oro, mandó en 1779 que el doblón de a ocho valiese dieciséis pesos justos, en lugar de quince pesos de a veinte reales y cuarenta maravedíes que valía desde 1737. Aumentó el valor de los veintenes de oro o *escuditos* a veintiún reales y cuartillo de vellón<sup>31</sup>; pero en 1786 ordenó se les fundiera de nuevo para darles otra vez el valor de veinte reales.

Véase cómo una moneda fue fundida, labrada y vuelta a fundir en siete años. Esto permite apreciar la tremenda inestabilidad monetaria que existía, y esas continuas alteraciones trastornaban los negocios y minaban lo que es base y fundamento de todo sistema monetario: la confianza del público en la moneda circulante. Esa confianza no podía existir en un régimen que tan pronto devaluaba como acrecía el valor de la moneda.

## **ADMINISTRACIÓN DE LOS NEGOCIOS DE INDIAS:**

### **LA CASA DE CONTRATACIÓN**

La superintendencia de los asuntos mercantiles de Indias estuvo en un comienzo a cargo de un miembro del Consejo Real, Juan Rodríguez de Fonseca. Pero el incremento cada vez mayor de los viajes creó un fuerte volumen de negocios, y muy pronto un solo individuo resultó insuficiente para atender a los

---

30 Pragmática de 29 de mayo de 1772. *Ibíd.*, lib. IX, ley XIV.

31 Decreto de 15 de julio y Pragmática del mismo mes. *Ibíd.*, lib. IX, ley XVIII.

numerosos y complicados problemas administrativos de los nuevos dominios. Fue entonces cuando se fundó un organismo destinado a cuidar del comercio de España y las Indias: la Casa de Contratación, con sede en Sevilla.

Las primeras ordenanzas están fechadas en Alcalá de Henares a 20 de enero de 1503<sup>32</sup>, y son al mismo tiempo la primera reglamentación del comercio entre la metrópoli y sus colonias americanas. Las ordenanzas mandaban construir una casa en donde se acumularían las mercaderías, mantenimientos y aparejos necesarios para el comercio de Indias, y en donde se recibiría todo cuanto llegase de estos dominios, para que allí se vendiera lo que hubiese de ser vendido, o se enviara a vender a otras partes. La Casa debía construirse dividida en apartamentos a fin de colocar en ellos las mercancías según su calidad, y para que todo estuviese bien guardado. En una sala separada debían reunirse los oficiales, y juntos proveer a todo cuanto conviniera a la negociación. Estos oficiales eran tres: un factor, un tesorero y un contador y secretario; debían participar conjuntamente en las operaciones de compra y venta y en la recepción del oro y de las mercaderías.

Se ha dicho que la intención de los reyes católicos fue la de establecer el monopolio a favor de la Corona. En los primeros años que siguieron al descubrimiento existió de hecho ese monopolio por fuerza de las circunstancias, pues los riesgos de la navegación a distancias tan considerables, el desconocimiento acerca de cuáles eran los artículos más necesarios en estas tierras, y otros factores no menos importantes, mantuvieron al comercio particular un tanto reservado, y era la Corona la que costeaba la mayor parte de los viajes y atendía al aprovisionamiento de las nuevas fundaciones. En las primeras ordenanzas de la Casa se observa la tendencia a monopolizar el comercio de América, o por lo menos a competir con ventaja extrema. El factor y el tesorero debían tener mucho cuidado de informarse de todas las mercaderías que fueren provechosas para esta contratación y del tiempo en que convenía enviarlas. Se les autorizaba a tomar mercaderías al fiado a fin de mantener la Casa bien provista, de manera que no hubiera retardo en los despachos. y aún más, se les ordenaba informarse del costo que por concepto de fletes ocasionaran los navíos para determinar si convenía a la Corona mandar fabricar algunos navíos para exportar sus propias mercaderías.

---

32 *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y colonización de las posesiones españolas en América y Oceanía*, Madrid, 1864, t. VI.

Los oficiales debían nombrar a los capitanes de los navíos que viajaran a América, y asimismo a los escribanos antes quienes debía hacerse el registro del cargamento. Los registros o manifiestos iban firmados por el maestre, se entregaban a los factores reales en las Indias, y se debía traer recibo al regreso.

Todo el oro que llegase de las Indias debía ser recibido por el tesorero en las mismas condiciones que las otras mercaderías, y escribiría inmediatamente al rey para informarle de las cantidades que hubiesen llegado y a cuánto podía montar después de ser labrado. Los oficiales de la Casa tenían prohibición de tocar ese oro sin licencia especial; pero en tanto se dispusiese el destino que hubiese de dársele, debían enviarlo a la Casa de Moneda de Sevilla para su acuñación. Los patronos y escribanos de los navíos que trajeran el oro y otras mercaderías de Indias estaban obligados a presentar una certificación o copia firmada por los oficiales de las Indias a fin de que los oficiales de la Casa de Sevilla se guiasen por ella en el momento de la descarga.

Especial cuidado se les ordenaba tener en lo tocante a la contratación en los dominios en cuyos mares hubiese perlas. Los oficiales debían estudiar la mejor forma de realizar la pesca, ver de los aparejos que fuesen necesarios y de qué manera se haría menos costosa la explotación y más útil el trato.

Las nuevas tierras que se descubriesen debían ser objeto de inmediata atención de los funcionarios de la Casa, que debían informarse de las cosas que hiciesen falta y de la manera de hacer más provechosa la adquisición de esas tierras.

Todas las mercaderías que se remitiesen por cuenta de la Corona quedaban exoneradas del almojarifazgo y otros derechos, así de entrada como de salida, y de alcabala de primera venta. Esto concedía, naturalmente, una incalculable ventaja a la Corona en sus relaciones comerciales con América, y alejaba la competencia de los mercaderes de Sevilla.

Además de los negocios de Indias, la Casa tenía a su cargo los de la colonia de Berbería, y se mandaba a los oficiales que “con mucha astucia e diligencia procuren saber y sepan de todas las cosas que hay en las dichas islas de Canaria de que se pueda hacer provecho” para que, sabido esto, se dieran órdenes sobre las cosas que debían aprovecharse y contratarse en España, cómo debían negociarse el azúcar y otros productos que allí hubiere, y cuáles derechos convenía imponer en esas islas.

Estas primeras ordenanzas fueron derogadas por otra fechada en Monzón el 15 de junio de 1510, mucho más severa en sus disposiciones que las anteriores, si bien en ella se encuentra menos acentuada la tendencia al monopolio de la Corona. Son de un mayor rigor las medidas y precauciones impuestas sobre la conducción del oro. Cuando llegara un navío, luego de practicadas las diligencias ordinarias, toda la tripulación debía ser sacada a tierra, y los oficiales pasaban a registrar y catear la nave por si viniese algún oro hurtado por marcar, y el que fuere hallado de esta manera, se confiscaba en beneficio de la Real Cámara. Quienes resultaran culpables debían ser detenidos y sus bienes confiscados. También se castigaba severamente a quien registrara oro ajeno como suyo. La persona que comprara oro sin marcar incurría en la misma pena que el introductor. Al delator de estos fraudes se le premiaba con un tercio de los tesoros y bienes embargados. Debe observarse que el contrabando de oro llegó a ser escandaloso, y muchas veces más de las dos terceras partes pasaba sin marcar. Para evitar este fraude que privaba a la Real Hacienda de una fuerte porción de sus rentas, fueron adoptadas numerosas medidas cuya severidad llegaba a los mayores extremos. En las ordenanzas de 1510 se establecía que las naves, al partir de Indias, debían llevar mantenimientos para ochenta días, sin cuyo requisito no se las dejaría zarpar, con el fin de que nada les faltase hasta llegar a Sevilla, a donde debía ser conducido todo el oro de América y depositado en la Casa de Contratación, en donde lo recogerían sus propietarios.

Pero estas providencias nada pudieron contra las crecientes introducciones ilegales, pues de otra manera no se explicaría el rigor siempre en aumento de las penas y los ricos premios a los delatores. Según parece, los funcionarios resultaban no pocas veces culpables de los fraudes y, años más tarde, fueron señalados los castigos que debían ser aplicados a los jueces, oficiales y otros empleados públicos que incurrieran en este delito.

En estas segundas ordenanzas se mandó publicar la pragmática por la cual se tenía dispuesto que no se introdujera en España ninguna cantidad de palo brasil que no proviniese de Indias.

Cuando algún maestre de navío notificaba a la Casa que deseaba fletar para las Indias, los tres oficiales debían juntarse y examinar

si la tal nao es perteneciente para el viaje y los fletes que merece, y hasta aquella cantidad que halláredes que merece e vos parece, le deis licencia

para tomar cambio para el fornecimiento de la nao e sus necesidades y después hasta que se acabe de cargar la dicha nao y el maestre della vos hubiere entregado el registro de la ropa que lleva y tomado todo su despacho des a Casa, no le visitéis y hecho esto visitadle luego y después de visitado no consintáis que tome más carga de la que determinaren los visitadores, porque a causa de la demasiada carga no corra peligro en su viaje.

Al maestre de la nave se le darían además las instrucciones sobre la forma como debía hacer la travesía de ida y de retorno, con declaración de las penas que se le aplicarían en caso de no obedecerlas.

Según la ordenanza de 1503, los tres oficiales de la Casa asumían la responsabilidad de todos los negocios y debían resolverlos en común acuerdo. En cambio, el reglamento de 1510 atribuye a cada uno de ellos completa autonomía en sus funciones. Una vez que los oficiales determinaran los negocios que debían estar a su cargo individualmente, serían libres de desempeñarlos sin que se entrometiera el uno en los del otro, pero los tres debían firmar cada partida<sup>33</sup>.

Al mismo tiempo que se daban estas ordenanzas, se mandó poner en una tabla el arancel de los derechos que podían llevar los escribanos del reino y los derechos de los pleitos, así como una tabla con los vedamientos y libertades de que debía gozar la Casa “porque venga a noticia de todos y ninguno pueda pretender ignorancia”<sup>34</sup>. Por esta tabla quedaba prohibido pasar a las Indias oro, plata, moneda, caballos, yeguas, esclavos y armas. No se podía vender armas ni metal de ninguna especie a los indios ni a persona alguna fuera de España. Mandaban también “que no puedan tomar a los caníbales por esclavos”. A partir de la fecha de estas segundas ordenanzas comienza a transformarse la Casa de la Contratación, tal como apunta Haring, en un verdadero Ministerio de Comercio por cuyas oficinas se tramitaban y resolvían todos los asuntos que en general tocaban a la Real Hacienda, la navegación y la economía de las colonias españolas en América.

En 1511 fueron dictadas unas terceras ordenanzas que no hacen sino ampliar las anteriores para que no hubiese duda sobre su cumplimiento. La única

---

33 Segundas ordenanzas de la Casa de la Contratación, fechadas en Monzón a 15 de junio de 1510. Colección de documentos *inéditos*, t. VI, pp. 249 y ss.

34 Traslado de un memorial que llevó el comendador Ochoa de Isasaga. *Ibid.*, t. VI, pp. 249 y ss.

novedad que se hizo en ella fue la imposición de multas a los oficiales de la Casa cuando por alguna causa injustificada dejaran de asistir a las horas de despacho fijadas en el reglamento, pues esta irregularidad era frecuentemente motivo de dilaciones y de entorpecimiento de los negocios.

Al principio, los barcos podían recibir carga en cualquiera de los puertos habitados de la Península, pero debían hacer sus registros ante los funcionarios de la Casa. Sin embargo, esta formalidad ofrecía grandes dificultades debido a lo arriesgado del tránsito por la barra de San Lúcar. Los marineros y las colonias mismas se quejaron, y se dispuso que los barcos pudiesen cargar y registrar en Cádiz y Sevilla, bajo la vigilancia de un visitador cuyo nombramiento fue asignado primero a la Corona, luego a la Casa y finalmente al Consejo de Indias en 1530; este cuerpo decidió que cada uno de los funcionarios de la Casa residiría en Cádiz durante cuatro meses al año. Pero estas ausencias traían confusión en los negocios de la Casa, por lo cual cinco años más tarde se convino en nombrar un residente fijo para Cádiz que actuase junto con los delegados de los tres funcionarios sevillanos. Así fue establecido en Cádiz el “Juzgado de Indias”. Con esto la rivalidad entre las dos ciudades se agudizó, pues mientras la Casa redoblaba sus esfuerzos dirigidos a restringir las atribuciones del juzgado de Cádiz, este ponía en juego todos sus medios de influencia para ampliar los privilegios que le habían sido otorgados. Uno de los motivos más poderosos de rivalidad entre los mercaderes de las dos ciudades era la cuestión del cupo de las embarcaciones que partían hacia las Indias Occidentales, pues en tanto que los mercaderes sevillanos tenían derecho a una cierta proporción del tonelaje de los barcos que zarpaban del puerto de Cádiz, los capitanes de las naves de Cádiz no podían solicitar fletes en Sevilla.

Cualquiera que fuese el puerto de partida de las naves sueltas y de las flotas, estas debían a su regreso tocar en Sevilla, y las infracciones a esa disposición eran duramente castigadas. Tal medida, cuyo cumplimiento, además de causar numerosas molestias, elevaba el costo del transporte de los productos de Indias, la motivó el temor de que los tesoros de América pudiesen ir a parar al extranjero, por lo que se confió su guarda a la Casa de Contratación, la cual insistió muchas veces en que el juzgado de Cádiz debía transferirse a San Lúcar o bien suprimirse del todo, a causa, según alegaban los funcionarios de aquella, de los frecuentes fraudes que se descubrían en los registros y de otros muchos que ellos no podían evitar mientras funcionase el juzgado. En 1664 la Corona ordenó a todos los



capitanes y comandantes de flotas y de armadas zarpar del Guadalquivir y regresar allí con toda su carga. Dos años más tarde el juzgado fue suprimido; pero en 1679 el comercio de Cádiz hizo una dádiva al rey por la cantidad de 80.000 coronas, obteniendo así que el juzgado fuese restablecido sobre sus primeras bases. La situación cambió totalmente el año siguiente, cuando el rey dispuso que en adelante todas las flotas iniciarían y terminarían sus viajes en Cádiz. En 1717 la Casa de Contratación fue trasladada a Cádiz; a Sevilla se le dejó solo el juzgado de Indias. Finalmente la Casa fue suprimida el 18 de junio de 1790, pues sus principales funciones habían pasado ya a los Consulados de Mar, y, por lo tanto, habían cesado las razones de su existencia.

## LA COLONIZACIÓN ESPAÑOLA

Digan lo que quieran los censores de nuestro sistema colonial –dice Colmeiro– hay algo y aun mucho digno de alabanza en la política de España respecto a sus colonias. Mientras Inglaterra desterraba de sus posesiones de América las artes mecánicas, nosotros teníamos fábricas de paños bastos en los virreinos de Méjico y el Perú, telares de seda en la Ciudad de los Ángeles de la Nueva España, ingenios de azúcar en la Isla Española y otras partes, y se labraba la pita y el algodón, y sobre todo el lino y el cáñamo en Chile<sup>35</sup>.

Sin duda alguna la mayoría de los críticos de la política colonial española son notoriamente injustos y parciales al calificarla solo por sus resultados menos afortunados, sin fijarse en lo que tuvo de positivo y bondadoso. Muchos de los críticos contemporáneos parecen olvidarse de la época en que esos acontecimientos ocurrieron, y sus juicios resultan falsos y anacrónicos, pues aprecian los hechos como si correspondiesen al presente momento, y a la luz de las últimas concepciones políticas y sociales.

No puede negarse que España cometió muy graves errores y que su sistema administrativo estaba plagado de defectos. Así, en la legislación indiana influyeron los más diversos prejuicios, sobre todo los de origen religioso. Por disposición de los reyes católicos se estableció en las terceras ordenanzas de la

---

35 Manuel Colmeiro, *Historia de la Economía Política en España*, Madrid, 1863, t. II, p. 396.

Casa de Contratación que todo el que quisiese pasar a América debía probar ser hijo de cristianos viejos, y no podría residir en Indias ningún conciliado ni hijo ni nieto de condenado; el aparato burocrático se hizo pesado; fue trasladada al Nuevo Mundo toda la pompa cortesana, y las rivalidades de la nobleza restaron empuje y audacia a estos pueblos jóvenes. Los males se arraigaron tanto, que, cuando los gobernantes ilustrados quisieron combatirlos, la tradición pudo mucho más, o por lo menos le hizo muy fuerte oposición. El virrey Revillagigedo de la Nueva España se quejaba en 1793 de la lentitud desesperante con que marchaban los negocios en el virreinato, los interminables expedientes que requerían los asuntos de menor monta y las numerosas objeciones de orden legal que surgían contra las iniciativas del gobierno en cuanto a comercio, vías de comunicación y agricultura, y solicitaba facultades extraordinarias que le permitiesen poner en ejecución aquellas medidas sin intromisión de la Audiencia ni del consulado ni de ninguna otra institución semejante<sup>36</sup>. Casos como este son abundantes.

Los motivos que dieron origen al desplazamiento de la población peninsular hacia América fueron económicos. No había influencia religiosa ni política. El deseo de hacer fortuna lanzó a los hombres de España a la peligrosa aventura del Atlántico, tal como en épocas remotas los hombres de otros países se lanzaron a la del Mediterráneo. Los descubridores no vinieron con intenciones de quedarse. Emprendieron el dilatado viaje animados por un afán grosero, vulgar y despreciable, si se quiere, pero al cual suele deber la humanidad sus mayores progresos: el de la ganancia; y afrontando con denuesto todos los peligros cruzaron una y otra vez el océano para cambiar sus productos por aquellos que los indios podían ofrecerles, mercancías estas en extremo valiosas para el civilizado europeo, pues se trataba de pepitas de oro, algunas especies vegetales muy apreciadas y particularmente perlas. Para asegurar la permanencia de este trato fundaron establecimientos en las Antillas y allí se hicieron fuertes. El descubrimiento y conquista de los inmensos y ricos imperios de México y del Perú produjo un cambio en las primeras relaciones entre Europa y el Nuevo Mundo, pues aceleró la conquista de toda la tierra firme e hizo que la colonización española tomase

---

36 Informe del virrey conde de Revillagigedo sobre el estado de Nueva España y remedios para hacerla feliz, del 31 de agosto de 1793. *Correspondencia de Virreyes*, t. 26, fols. 42-100 (AGN-México).

esas características y peculiaridades que la distinguen de toda otra empresa colonizadora de su época.

No se contentó España con establecerse en unos cuantos puertos y crear factorías, a la manera de Portugal, y de Venecia en el Oriente. Una vez comprobados los inagotables recursos del Nuevo Continente, decidió colonizarlo y adueñarse de todo el territorio, hasta donde sus armas pudiesen llegar; crear un mundo hecho a su imagen y semejanza, poblado solo por españoles para el solo provecho de España y sus nacionales. El caso de los Welser no rompe la unidad de este criterio, pues además de haber sido una experiencia desafortunada, la presencia de alemanes en los territorios americanos no fue nunca bien vista por los españoles, y los sangrientos sucesos que dieron por resultado la expulsión de los odiados extranjeros demuestra a las claras el ambiente hostil que rodeaba sus actividades durante el tiempo de la contrata.

Muy pronto el espíritu aventurero de los españoles amainó. La inútil búsqueda de El Dorado agotó sus fuerzas, sintieron el deseo de reposar de sus fatigas en algún sitio, y así se hicieron sedentarios; sin excesivos afanes encontraron el tesoro legendario, que tanto buscaron, en el trabajo y el cultivo del suelo; se dedicaron a la agricultura los más, y se fijaron en la tierra que ya no habrían de abandonar.

A diferencia de lo que hicieron Inglaterra, Francia y Portugal, el Estado español tomó a su cargo la administración de los territorios descubiertos, e inmediatamente organizó en ellos una sociedad constituida a la manera de la española, con sus jerarquías y sus autoridades formalmente constituidas. Los descubridores tomaban solemnemente posesión de las nuevas tierras, y no puede menos de parecernos pintoresco el cuadro de los bizarros capitanes llamando a la indiada a la obediencia al rey, por la lectura del célebre requerimiento de Palacios Rubios, plagado de latinajos y de razonamientos fundados en la Biblia. Pero estos actos denuncian la existencia de un orden con arreglo al cual obraban los conquistadores. Las ciudades no se fundaban al azar, sino de acuerdo con alguna conveniencia, y una vez resuelta la fundación se despachaba un capitán poblador con la gente necesaria para asegurar la vida del nuevo establecimiento. Llegados al sitio elegido, el capitán tomaba posesión jurídica ante un escribano público que iba con la tropa, proveía el auto de fundación, nombraba a los regidores y al alguacil mayor, y, reunidos estos en cabildo, elegían a los alcaldes. Luego se hacían los repartimientos de tierras y de encomiendas. Hay, en todo esto, un principio de organización.

Los primeros pobladores vinieron como miembros de un ejército expedicionario y colonizador, sometidos a la autoridad de un jefe desde la salida de España, en naves de la Corona, con equipo militar de la misma, con sueldo y bajo ciertas garantías. En los años iniciales del siglo *xvi* no hubo propiamente inmigración espontánea, pues los permisos para pasar al Nuevo Continente estaban sumamente restringidos y supeditados todos ellos al interés militar; pero más tarde comenzó a afluir, a los territorios cuyo dominio quedó asegurado, una débil corriente inmigratoria. Entre los primeros pobladores que llegaron a estas tierras figuraban segundones deseosos de hacer fortuna; en el ejército conquistador había un buen número de obreros y de labradores habituados a las labores del campo, y no faltaban personas cultas. No se trataba, de ninguna manera, de un ejército de rufianes, aunque hubiera excepciones. Los mercaderes seguían el rastro de los expedicionarios y sentaban sus tiendas en los territorios cuya posesión estaba asegurada por el triunfo de las armas hispanas.

Los reyes católicos prestaron gran cuidado a la calidad de las personas que pasaban a América, para asegurar sus dominios contra revueltas y sus bienes contra depredaciones. Los gobernantes que enviaron eran hombres cultos en su mayoría, y siempre de la nobleza o muy próximos a ella. La precaución de que no pasasen herejes ni hijos ni nietos de condenados no tendía sino a preservar la seguridad del Estado y la fidelidad de las colonias, ya que los tales resultaban de todas maneras sospechosos, pues los antiguos resentimientos que pudiesen abrigar podían convertirlos en desleales al rey. La autoridad del monarca pesó efectivamente en todo el continente recién descubierto, y los capitanes que pretendieron obrar por su propia cuenta fueron castigados de manera ejemplar. Los casos de Carvajal y de Aguirre, muertos por su inobediencia e insubordinación, son numerosísimos en la historia de la América española. Los derechos de propiedad territorial quedaron perfectamente definidos y garantizados desde el primer momento. Los establecimientos españoles jamás ofrecieron el aspecto de grupos inorganizados, de masas humanas sin gobierno, como es el caso de las posesiones francesas e inglesas en el Norte durante los primeros años de vida de aquellas colonias.

Pese a cuantos defectos se le quieran atribuir, con razón o sin ella, no puede dejar de reconocerse que la colonización española rindió excelentes frutos. Los dos virreinos de México y Perú alcanzaron pronto un elevado grado de prosperidad y de esplendor, y allí, como en todos los otros lugares del continente

en donde España plantó su estandarte, su cultura dejó huellas imborrables. La Nueva España llegó a ocupar un lugar muy importante en la economía mundial; su organización no era inferior en ningún respecto a la de la metrópoli, y en muchos otros la aventajaba; sus ciudades eran populosas, llenas de riquezas arquitectónicas y de una activa vida intelectual, industrial y comercial. Los numerosos hombres de letras que produjo, historiadores, poetas, filósofos y científicos, continúan siendo objeto de la admiración mundial. En Venezuela pueden observarse algunos resultados dignos de aprecio, y resulta curioso notar la fundación de numerosas ciudades y el rápido crecimiento de la población una vez que fueron liquidados los privilegios de los Welser, es decir, desde el momento en que España se encargó de toda la administración de la colonia. Hacia comienzos del siglo XVIII la población de Caracas era de unos 20.000 habitantes, en tanto que de las ciudades coloniales inglesas de la América del Norte, la única que llegó a alcanzar esa cifra fue Filadelfia en 1775, y en total solo cinco ciudades pasaban de los ocho mil habitantes.

Con sobrada razón dice Picón-Salas en su muy valioso libro *De la Conquista a la Independencia* que nunca fueron equiparables las tradiciones de vida europea y refinamiento intelectual con que España marcó su huella en Cuba y Puerto Rico, con el inferior estilo de factoría que en las mismas aguas del Caribe mantuvo la británica Jamaica.

De la Jamaica tórrida, buena productora de ron y de caña de azúcar, no han salido un Hostos o un Rizal que, como en el Puerto Rico o las Filipinas hispánicas, sean los intérpretes de la nacionalidad naciente. Y aun casi resulta imposible que en esas posesiones tropicales británicas, como Jamaica o Trinidad, se haga presente una conciencia histórica diferenciada entre grupos tan extranjeros entre sí como la masa de africanos, hindúes o “coolies” asiáticos que trabajan para el capataz blanco. Las colonias españolas —futuros núcleos de República— fueron verdaderas provincias ultramarinas.

Del atraso en que yacen algunas naciones americanas quizás debería hacerse responsables a los hombres que se hicieron cargo de su administración después de la Independencia. Es notoria en América hispana la decadencia de muchas poblaciones otrora florecientes, y que hoy, después de casi siglo y medio de vida autónoma, no tienen otros monumentos que presentar, para satisfacción de su

orgullo ante el viajero, ni otros rasgos de cultura, que aquellos con que España marcó su paso aun en los lugares en donde la naturaleza americana se muestra más fiera.

Domesticar la tierra caliente –escribe Picón-Salas–, llevar una cultura urbana hasta los climas más desapacibles y duros de la América tropical –Cartagena de Indias, Panamá, Guayaquil, etcétera–, fue una hazaña española, lograda con la pobreza de medios técnicos que existieron entre los siglos *xvi* y *xvii*. Todavía el viajero que recorre los Llanos de Venezuela, región de temperatura áspera y de naturaleza peligrosa, que contrasta con la suavidad del clima en la zona andina y en las sierras y valles litorales, no puede sino admirar en poblaciones ahora decaídas como Barinas, San Carlos, Ospino, Guanare, la marca de esa empresa urbanizadora. Templos de excelente estilo barroco o neoclásico del siglo *xviii*, casas privadas de pintoresco estilo andaluz, revelan en esos sitios, cuyos moradores prefirieron buscar después el abrigo de climas plácidos, el signo de la fuerte tradición hispánica. Hasta en los territorios más reclusos y difíciles del continente, como el Alto Orinoco y los bosques del norte paraguayo, había penetrado a fines de la colonia el impulso cultural<sup>37</sup>.

En lo tocante al régimen político, hubo siempre en estas colonias un fermento de libertad que, dentro de los límites del absolutismo, llegó a alcanzar algún desarrollo. Nuestras sociedades tenían ya conciencia de sí mismas y conocían el ejercicio de muchas facultades públicas: ellas no surgieron a la vida independiente como quien pasa de un salón oscuro a una sala iluminada. Los cabildos disponían de un poder en algunos casos mayor del que hoy se les atribuye, y en sus deliberaciones gozaban de libertad y de autonomía; intervenían en materia administrativa y disfrutaban de un elevado puesto en la consideración pública, vigilaban celosamente por los intereses de los vecinos y no solo se limitaron a defender los derechos que las leyes daban a los municipios, sino que lucharon por adquirir nuevas y mayores facultades. Por múltiples razones los gobernadores respetaban y aun temían la autoridad de los cabildos, pues las frecuentes representaciones de estos ante el rey constituían una amenaza a su posición, ya que

---

37 Mariano Picón-Salas, *De la Conquista a la Independencia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1944, pp. 35-52.

fueron en muchas oportunidades escuchadas por el monarca. La Corona tenía interés en conservar en América la autonomía municipal que en la metrópoli fue restringida cada vez más por el absolutismo borbónico, pues aquí le servía para ejercer control sobre los actos de los gobernadores y otros funcionarios. De este modo los cabildos llegaron a ser un verdadero poder local y un contrapeso para el mantenimiento del equilibrio entre el gobierno central y el de las colonias.

Los gobernadores debían temer, además, a la autoridad eclesiástica, ya que de hecho compartían con esta el gobierno de la Provincia. Era raro el navío que no llevase un despacho del gobernador lamentándose de alguna supuesta arbitrariedad del obispo por querer este entrometerse en sus asuntos, y otro del obispo en el que hacía el mismo cargo al gobernador. Los monarcas, sobre todo la reina Mariana y Carlos II, parecían fomentar deliberadamente esta dualidad. En materia de administración, se ordenaba al gobernador acordarse con el obispo y a este se le pedía que informase al rey acerca de si las reales órdenes eran acatadas por aquel. A la inversa, la autoridad civil intervenía en la administración de los bienes eclesiásticos.

En cuanto a la dureza de la ley aplicada por los españoles en América, frecuentemente se olvida que en la misma Europa la vida del hombre parecía tenerse en muy poca consideración. En España, por ejemplo, las leyes mandaban pena de muerte para las personas que mudaran de nombre en el momento de registrar sus bestias, y para el extranjero que tuviese bestia sin registro; la misma pena extrema se aplicaba a quienes introdujeran en Castilla sal y vinagre procedentes de Aragón, Navarra o Portugal. En 1628 una ley dispuso que todo aquel que hubiese intentado siquiera introducir moneda de vellón fuese ajusticiado<sup>38</sup>. En toda Europa los azotes eran un castigo corriente. Las torturas, las mutilaciones y los descuartizamientos fueron procedimientos penales muy usados durante largos años. La muerte en la pira no podía ser más cruel. En Inglaterra se colgaba aún a los niños por el robo de un penique. Las atrocidades cometidas con los judíos son inenarrables. La perversidad había llegado a un grado tal de refinamiento, que los verdugos hicieron de la tortura un arte. La sensibilidad humana se hallaba de tal modo acomodada a estos procedimientos que las multitudes encontraban placer en el espectáculo que en la plaza pública les ofrecían los ejecutores.

---

38 *Novísima recopilación de las leyes de España*, lib. IX, pp. 88-104.

Que los indígenas sufrieron violencias de manos de los conquistadores españoles, es cosa que nadie discute; también las sufrieron los indígenas del Norte, igual que en toda época las han sufrido los pueblos conquistados. Pero precisamente honra al pensamiento hispano del siglo xvi, como ya lo dijo Picón-Salas, que hubiese podido plantearse este debate aun contra la propia razón de Estado, y que hubiese sido un Bartolomé de las Casas quien denunciase esas violencias dando así los argumentos que los enemigos de España esgrimirían más tarde contra ella. Por otra parte, existe una gran diferencia, y esto es fundamental, en los dos tipos de colonización: entre la verdadera conquista que asimila o suplantata a los indígenas y la falsa que no ejerce más que una dominación superficial, según la clasificación de Burckhardt. Los españoles no desdénaron mezclarse con los aborígenes y una gran masa de estos logró subsistir, y si algo distingue a la cultura hispanoamericana de cualquiera otra, es la supervivencia de los elementos de la cultura precolombina que matizaron a la que más tarde trajeron los “hombres blancos”. Además —y no se tome esto como la justificación de un hecho reprochable—, no es extraño que los conquistadores iberos o ingleses ejerciesen en aquella época esa violencia con los pueblos conquistados, cuando un hombre de espíritu tan refinado como el mismo Burckhardt, que en la segunda mitad del pasado siglo encabezó, al lado de Nietzsche, un movimiento de retorno a la cultura helénica, pensaba que se tenía el derecho de privar a la barbarie de su eventual fuerza agresiva, y se preguntaba si no sería preferible su retroceso o su desaparición, como era el caso de América, pues tan ilustre pensador dudaba de que se la pudiese civilizar verdaderamente, y dudaba también de que el hombre culto pudiese prosperar en todos los climas<sup>39</sup>.

La causa de la decadencia y desintegración del imperio español debe buscarse en la España misma. Si exceptuamos a Carlos III y sus ministros, los gobernantes españoles, desde Carlos I en adelante, no tuvieron las condiciones de mandatarios enérgicos, instruidos y de visión política que la inmensidad del imperio requería. No tuvo España durante todo ese largo tiempo ministros de talla que enfrentar a un Cromwell inglés ni a un Richelieu francés, y menos todavía un Colbert. Abundó, en cambio, en personajes fatuos, llenos de necia vanidad, de torpe orgullo y de ambición desenfrenada que entorpecieron la organización que

---

39 Jacob Burckhardt, *Reflexiones sobre la Historia Universal*, Fondo de Cultura Económica, México, 1943, pp. 41-43.



se había creado en los primeros años de la colonización, y cargaron sobre la espalda dolorida de España un pesado burocratismo.

La política exterior española fue desacertada, y la nación hubo de soportar guerra tras guerra incesantemente. Los períodos de paz fueron escasos en su historia. Las complicaciones internacionales tejían una apretada red sobre España, cuyos diplomáticos, que habían tenido fama de ser los primeros, degeneraron luego bajo Felipe IV y Carlos II, y eran fácilmente engañados en la mesa de juego de los astutos ministros ingleses y franceses. A estos males se agregan las dificultades en la política interna, la hacienda pública siempre en déficit y la incapacidad de los funcionarios para fortalecer las bases económicas del Estado, la mala distribución de las cargas impositivas, los altos aranceles que desataron el contrabando, tanto en América como en la Península, la Iglesia con su pesadísimo aparato de monasterios y sus costosas pompas litúrgicas. Pierde a España, sobre todo, su falta de criterio económico: al presentarse los primeros síntomas de decadencia de la industria, los gobernantes no saben cómo detener la caída; los tesoros llevados del Perú y de México, en manos de gentes que pensaban que el oro, por ser oro, representaba la única riqueza apreciable, no hicieron sino traer una tremenda inflación y provocar un alza escandalosa de los precios, que dio ventaja a los extranjeros hasta originar una crisis, que parecía sin remedio, en toda la economía española.



— *Capítulo II* —

## INICIACIÓN DEL COMERCIO COLONIAL



**EL COMERCIO DE ESPAÑA CON AMÉRICA** se inicia en el momento mismo del descubrimiento. La expedición de Colón tenía sobre todo una finalidad comercial: hallar la ruta más corta para ir a las Indias Orientales, pues cerrada por los musulmanes la ruta del Mediterráneo, era preciso buscar un nuevo camino que ahorrara la peligrosa y larga vuelta por el África. Las naves del famoso navegante no habían sido equipadas solo para una expedición científica: iban bien preparadas para un trato lucrativo.

Al conocer la feliz nueva del descubrimiento, los monarcas españoles se apresuraron a asegurar sus derechos frente a su poderoso y ubicuo rival, el vecino portugués, que obtuvo, por merced del papa, una gran parte del continente americano por entonces ni siquiera descubierto, y tomaron la precaución de reservar para la Corona el privilegio del comercio con los países del ultramar desconocido.

Parecía aún remoto el día en que las naves de Colón habrían de izar sus velas, y ya los reyes católicos discutían con el almirante la participación que les tocaría en la empresa; y este a su vez forcejeaba por obtener una mayor parte en las futuras y un tanto dudosas utilidades. Según el convenio, nueve partes corresponderían a la Corona y una al almirante. Sin embargo, Colón obtuvo finalmente de los reyes que se le permitiese contribuir con una octava parte del costo del cargamento, para recibir otra octava parte de las ganancias.

En las instrucciones para el segundo viaje se adoptaron análogas providencias, en las que se decía que, si bien era cierto que la misión más importante era la conversión de los indígenas a la fe católica y ordenaban se tratara a estos “muy bien amorosamente” y se castigara severamente a los que lo contrario hicieran,

añadían luego muy cuerdamente que, como “las cosas espirituales sin las temporales no pueden luengamente durar”, a estas se dirigían especialmente las referidas instrucciones. Todos los expedicionarios debían hacer registrar sus equipajes antes de la salida, prohibiéndose en absoluto llevar mercancías para rescatar arbitrariamente, porque el comercio era prerrogativa real. Una vez que hubiese llegado a las Indias, el almirante, en su calidad de virrey y gobernador, pasaría revista exacta a la gente y secuestraría los bienes no manifestados. Los rescates se realizarían solo por él o su apoderado y el tesorero real en unión del contador, para beneficio de la Real Hacienda. Con el objeto de resguardar las mercaderías destinadas a este nuevo trato o provenientes de él, se ordenó la construcción en Sevilla de una casa de aduana que se puso a cargo del tesorero<sup>1</sup>. Pocos días antes de dictarse esas instrucciones se había dado una provisión mandando que ningún barco, persona ni mercadería podría pasar a las Indias sin licencia de los reyes, de Colón o de Fonseca<sup>2</sup>.

Esta idea de monopolio del Estado fue pronto abandonada. Bien porque los reyes católicos hubieran reconocido que la empresa era muy superior a sus propios recursos, o comprendido la necesidad de fomentar cuanto antes los descubrimientos, o bien para quebrantar los compromisos que contrajeron con el almirante, en 1495 otorgaron licencia general para descubrir y rescatar. Numerosos navegantes se dispusieron a cruzar el peligroso océano, arrastrados por la ilusión de fáciles y cuantiosas ganancias; pero tardaron tanto en organizar sus naves, que el almirante tuvo tiempo para lograr que se suspendiese el decreto alegando sus privilegios de descubridor. Por diciembre de 1498 llegaron a la Península las nuevas del descubrimiento de Paria. Divulgarónse con celeridad

---

1 Instrucción de 29 de mayo de 1493. Ernesto Scháfer, *El Consejo Real y Supremo de las Indias*, Sevilla, 1935, pp. 4-5.

2 Juan Rodríguez de Fonseca, arcediano de Sevilla y capellán de la reina, fue designado para ayudar a Colón en la organización de su segundo viaje. Tuvo en sus manos la completa dirección de los negocios coloniales hasta que se fundó la Casa de la Contratación; sin embargo, conservó su influencia y ejerció prácticamente funciones de ministro de las colonias hasta que fue creado el Consejo de Indias. Rodríguez de Fonseca tuvo serias diferencias con el descubridor, a quien hostilizó en varias ocasiones. El almirante se quejó de él, y los reyes amonestaron al arcediano; pero este incidente, lejos de hacerle perder los favores reales, pareció reafirmarlos. Fonseca conservó su influencia en la administración colonial durante treinta años.

las exageradas noticias que dio el almirante acerca de la hermosura y riqueza de aquella región, y con ellas renació más vigorosamente el espíritu de empresas marítimas, bajo el estímulo de los mercaderes de Sevilla, quienes, sin moverse de su sitio ni entender cosa alguna de náutica, contribuyeron como nadie al descubrimiento y conquista de estas tierras americanas. Algunos navegantes que habían hecho el viaje con el almirante obtuvieron, sin que fuesen estorbados esta vez, licencia para descubrir y rescatar por cuenta propia, a condición de entregar al Tesoro Real una cuarta o quinta parte de las riquezas que adquiriesen<sup>3</sup>.

### COMERCIO DE ESPAÑOLES CON INDÍGENAS DE VENEZUELA

Alonso de Ojeda fue el primero en organizar una expedición para las costas de Paria. Acompañábale Américo Vespucci, a quien podría considerarse como el más experto en asuntos comerciales de cuantos participaron en esta empresa; tenía gran práctica en el ejercicio mercantil, y, cansado de él, se había entregado al estudio de la cosmografía y de la náutica. Y no deja de ser significativo que Vespucci hubiese conocido a Colón precisamente en la casa de un comerciante, la de Berardi, en donde Vespucci adquirió sus conocimientos sobre armamentos y provisiones para Indias, según refiere Navarrete.

Con el favor de Fonseca, Ojeda encontró pronto el dinero y la gente necesarios para equipar cuatro bajeles, con los cuales entró en el golfo de Paria y saltó cerca del río Guarapiche. Haciendo abstracción de las incidencias del viaje, que nada interesan a nuestros fines, hemos de reparar en la buena disposición que halló en los indios para iniciar las operaciones de trueque, inmediatamente que entraron en comunicación. Los nativos obsequiaron a sus huéspedes con una especie de sidra hecha de frutas, y se desprendieron de algunas perlas a cambio de los artículos que los españoles ofrecían. Fueron estas las primeras operaciones de comercio que se realizaron entre España y Venezuela, es decir, entre dos razas, dos civilizaciones que hasta ese momento se habían ignorado recíprocamente.

---

3 Martín Fernández de Navarrete, *Viajes por la costa de Paria*, Madrid, 1923, p. 2. Fernández de Navarrete publicó en los años de 1825 a 1837 su *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo xv*. Es una obra utilísima, y a ella se acogió casi exclusivamente, en lo tocante a viajes, en su celebrada *Historia de Venezuela*, el ilustre Rafael María Baralt.

Sin embargo, es notable la rapidez con que llegaron a un entendimiento y el inmediato cruce de los intereses, prueba de que el comercio es una función inseparable e inherente a la sociedad, un lazo que une a los pueblos más remotos y a las civilizaciones más disímiles.

Ojeda recorrió la costa firme hasta el golfo de Cariaco, visitó la isla de Margarita, reconoció los islotes llamados Los Frailes y luego fue a dar al cabo Codera; continuó reconociendo la costa hasta Puerto Flechado, y de allí se dirigió a la isla de Curazao, que llamó de los Gigantes por suponerla habitada por hombres de estatura descomunal. Pasó al cabo de San Román y, siguiendo la costa, entró al golfo de Venezuela, descubriendo el lago de Maracaibo, al que llamó de San Bartolomé. Reconocida la parte occidental del golfo, dobló el cabo de Coquivacoa y siguió hasta el cabo de la Vela, en la península de la Guajira, de donde volvió a La Española. La expedición de Ojeda fue de escasos resultados económicos, pues, deducidas las costas, no restaron más de quinientos ducados para dividir entre cincuenta y cinco partícipes. Condujo a España doscientos treinta y dos indios que tomó por esclavos en una isla que se supone pertenecía a las Lucayas, y una apreciable cantidad de perlas, granos de oro y piedras preciosas<sup>4</sup>. De los esclavos, treinta y dos murieron durante la travesía.

La expedición más fructuosa desde el punto de vista comercial fue la de Per Alonso Niño, costeadada por el mercader Luis Guerra, quien puso por condición que la capitania la asumiera su hermano Cristóbal, acaso en garantía de que el interés del comerciante privase sobre la temeridad y marineras inquietudes del navegante. Llegaron a Maracapana y allí obtuvieron palo brasil con anuencia de los indios. Siguieron a Margarita, en donde rescataron perlas, esto es, las obtuvieron a cambio de lo que ellos ofrecieron<sup>5</sup>. Pasaron después a la tierra de Curiana, que es la costa que está enfrente y que hoy se llama de Cumaná, y comprendía la de Maracapana y los dominios del cacique Coyaraital.

---

4 Ibid., p. 10.

5 Oviedo y Baños, en su *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela*, tiene razón cuando dice que fueron estas perlas “las primeras que tributó a nuestra España este Occidente”, pues aun cuando Ojeda tocó primero en las costas de Paria y rescató perlas, las reyertas que sostuvo con Roldán en el puerto de Yáquimo le hicieron perder tiempo, y la expedición de Per Alonso Niño, adelantándosele, regresó a España dos meses antes.



Allí entraron en un puerto —dice Fernández Navarrete— semejante al de Cádiz, que tal vez sea el de Mochima o el de Manare, donde vieron un pueblo de ochenta casas, y habiendo bajado a tierra y rescatado con los naturales algunas perlas que llevaban al cuello y en los brazos, supieron que muchos de los hombres desnudos que veían eran de otro pueblo mayor, distante tres millas de aquel lugar.

*Aficionados a los cambios* [los hombres del país distante] rogaron a los españoles fuesen con la nave a su población, y así lo hicieron estos al día siguiente. La curiosidad atrajo y reunió a la gente de la comarca en número tan asombroso que Guerra y Niño temieron desembarcar, no teniendo más que treinta y tres hombres, y les dijeron por señas que fuesen a la nave a comprar o cambiar las cosas que deseaban; y por este medio adquirieron cerca de cincuenta marcos de perlas. Asegurados del buen carácter de los indios, después de veinte días de permanecer en aquel puerto bajaron por fin a tierra, donde fueron recibidos con los mayores obsequios y las demostraciones más amistosas. Las casas eran de maderos hincados en tierra y cubierta la techumbre con hojas de palma. Vieron bosques altísimos y espesos; animales salvajes de extraños sonidos en sus rugidos y voces; aunque no fieros, pues los naturales andaban sin temor por los bosques con solo sus arcos y flechas. Al ver ciervos, venados y conejos, infirieron que era costa firme, pues esta clase de animales no se había visto en las islas. No tenían bueyes, cabras ni ovejas. Para su alimento usaban el pan de raíces y de panizo o maíz, y comían las ostras de que sacaban las perlas, y algunas aves y animales salvajes, como puercos, ciervos, conejos, palomas y ánades. Sus cabellos eran negros como los de los naturales de La Española, aunque más crespos y largos. Para conservar blanca la dentadura llevaban de continuo en la boca y mascaban cierta yerba, enjuagándose cuando la arrojaban. Las mujeres cuidaban de la agricultura y cosas domésticas, mientras los hombres se ocupaban de la caza, de juegos, fiestas y otros entretenimientos. Hacían algún comercio con las provincias vecinas, de las cuales llevaban algunas mercaderías y objetos de su escasa industria, cambiando unas cosas por otras en los mercados a que concurrían<sup>6</sup>.

---

6 Fernández de Navarrete, op. cit., pp. 14-15.

Atraídos por la bondad de los naturales, de la que sacaban buen provecho, Guerra y Niño se detuvieron en estos lugares tres meses. Cualquier cosilla de metal, o cascos de loza vidriada, les bastaba para adquirir comestibles en gran variedad y copia: maíz, casabe, frutas, pescados, caza de todo género. Los indios eran muy diestros en el manejo del arco y de la flecha, y con tanta facilidad mataban el venado, el jabalí, el conejo, la tórtola, la paloma, el papagayo, como cogían los ánsares y pavos domésticos para servir a los españoles.

Se mostraban igualmente francos en permutar sus adornos, si bien a veces *con regateo y no sin distinción*. Oro había poco, y este bajo comúnmente, en joyeles de hoja delgada, y algunas perlas, dispuestas en figura de aves, ranas y otros animales. Estos, que llamaban guanines, *como raros y estimados*, se cedían con gran dificultad; pero sin ninguna las perlas, *tenidas en menos porque abundaban mucho*, como en el lugar de su nacimiento; no tardaron en descubrir este Niño y Guerra, observando a los indios con los ostiones en las manos, y viéndolos pescar ansiosamente, porque de su carne hacían ordinario alimento y servíanse de las perlas, ya para collares y otros adornos de sus personas, *ya para comerciar con las naciones vecinas y adquirir guanines*, que indicaban venirles de una provincia llamada Cauchieto, que estaba al occidente a seis soles o días de distancia<sup>7</sup>.

Niño y Guerra tomaron el rumbo que les indicaron los nativos y pocos días después dieron con la Provincia de Cauchieto, que comprendía las costas de lo que hoy decimos de Ocumare hasta Puerto Cabello. Al instante los naturales fueron a la nave sin temor ni desconfianza, con el oro propio de su país y algunos collares de perlas *que habían adquirido de los de Curiana a cambio de oro*. Vieron los españoles “bosques de algodón y fábrica de redes y de los pañetes usados generalmente para cubrir las vergüenzas”. Hallaron aquí abundante oro del que se desprendían con suma facilidad; pero a la inversa, las perlas, como eran raras y procedían de un lugar apartado, tenían para aquellos indios un gran valor y no quisieron desprenderse de ellas a ningún precio. Siguieron nuestros navegantes recorriendo las costas durante 10 días y luego regresaron a Curiana para hacer nuevos rescates de perlas. El 13 de febrero de 1500 emprendieron la vuelta a España y llegaron a Bayona después de sesenta y un días de viaje.

---

7 Ibid., pp. 15-16.

Las Casas estima que estos expedicionarios adquirieron en sus rescates más de ciento cincuenta marcos de perlas; pero el hecho es que solo noventa y seis fueron declarados, y como se sospechase que otra gran cantidad había sido ocultada para evadir el quinto que tocaba al Tesoro Real, se ordenó abrir una investigación<sup>8</sup>. Niño fue enjuiciado y preso; pero no se le pudo probar nada; y libre, en fin, gozó la reputación de autor y conductor de la expedición más lucrativa que se hizo al Nuevo Mundo por aquel tiempo.

## **EL HÁBITO DE COMERCIO DE LOS INDÍGENAS**

Llama la atención en estos relatos de los primeros viajes a las costas venezolanas la familiaridad de los indígenas con las operaciones de trueque y su manifiesta afición a ellas, y la existencia de un intercambio más o menos regular entre unos pueblos y otros de la costa y del interior del país.

Los indígenas no esperaron a que los españoles iniciaran el trato: fueron ellos los promotores apenas vieron acercarse las naves de aquellos. Causáronles extrañeza los vestidos, los modales y los objetos de los raros visitantes, como también la magnitud de las naves; pero el hecho en sí de la llegada de viajeros de otras tierras no fue para los indios sorprendente, solo que hasta ese momento se había tratado de individuos de su misma raza y costumbres, miembros de las tribus que habitaban en regiones poco apartadas: seis o diez “soles de distancia”. Niño y Guerra encontraron en Manare indios de otro pueblo retirado tres millas de aquel lugar, que habían ido allí a comerciar. Según las noticias que adquirieron, el oro que lucían los de Curiana provenía de Cauchieto y, a la inversa, en Cauchieto se usaban las perlas de Curiana. Se ve claramente que existía un tráfico diferenciado. Particularmente las poblaciones de las costas eran centros de trueque, verdaderos mercados.

Por otra parte, se observa en los indígenas cierta astucia en las operaciones de cambio, pues no daban con facilidad sino aquellas cosas que tenían en abundancia; pero de las que tenían poca cantidad, no se desprendían sino muy difícilmente o a ningún precio: tal sucedía en Curiana, donde era escaso el oro

---

8 Real cédula dada en Sevilla a 20 de marzo de 1500. Fernández de Navarrete, op. cit., pp. 87-90.

en tanto que abundaban las perlas, y en Cauchieto, donde abundaba el oro y escaseaban las perlas; y con todo, si se mostraban francos en permutar sus adornos, lo hacían a veces con regateo. La acción de *regatear* demuestra alguna experiencia en el trueque y cierto concepto ya formado de la medida del valor. Esa medida es aquí, en primer lugar, el esfuerzo para obtener los objetos de cambio, y en segundo lugar, la rareza. Los indios entregaban con facilidad las perlas en los sitios donde abundaban, pero por las más hermosas los españoles tenían que aumentar su oferta.

Debe notarse que los indígenas trabajaban el oro para convertirlo en joyeles de hoja delgada combinados con perlas y dispuestos en figuras de aves, ranas y otros animales. Estos joyeles era lo que los indios llamaban *guanines*, y por ser objetos de la industria les atribuían un mayor valor y no resultaba fácil que los cedieran. Ambrosio Alfínger, en su expedición a la región occidental de la laguna de Maracaibo, encontró un pueblo llamado Thamara, junto al río Xiriri, en donde la mayor parte de los vecinos

...labran oro e tienen sus forjas e yunques e martillos, que son de piedras fuertes: algunos dicen que son de un metal negro a manera de esmeril. Los martillos son tamaños como huevos o más pequeños, e los yunques tan grandes como un queso mallorquín, de otras piedras fortísimas; los fuelles son unos canutos tan gruesos como tres dedos o más y tan luengos como dos palmos. Tienen unas romanas sotiles con que pesan y son de un hueso blanco, que quiere parecer marfil; y también las hay de un palo negro, como ébano. Tienen las muecas e puntos para crescer y menguar en el peso, como nuestras romanas; pesan en ellas desde peso de medio castellano, que son cuarenta e ocho granos, hasta un marco, que son cincuenta castellanos, que es ocho onzas y no más; porque son pequeñas romanas<sup>9</sup>.

El trabajo, dice Adam Smith, fue el precio primitivo, la moneda original adquirente que se pagó en el mundo por todas las cosas permutables. Y en ese estado precisamente hallaron los españoles a los pueblos de América. El valor real de las cosas estaba determinado por el esfuerzo y la fatiga consumidos en fabricarlas o adquirirlas, y nuestros primitivos pobladores tenían conciencia de este hecho;

---

9 Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, *Historia general y natural de las Indias*, Madrid, 1852, t. I, p. 274.

de ahí que, frente a los extraños mercaderes llegados de regiones desconocidas, reaccionaran entregando perlas y pepitas de oro a cambio de cuchillos, tijeras, peines y alfileres. Era el encuentro de dos edades económicas, y cada una de las partes en la operación de trueque tenía una concepción diferente. Los indios tenían ante todo el sentido de la utilidad, la noción de *valor de uso*; en tanto que los españoles tenían el conocimiento más adelantado de *valor de cambio*.

“Los indios –dice Las Casas– quedaron muy contentos pensando que iban engañados los cristianos, que adquirieron en sus rescates más de ciento cincuenta marcos de perlas”<sup>10</sup>. Ingenuidad del generoso fraile, que no alcanzaba a comprender el significado del fenómeno que presenciaba. Indios y españoles tenían razón cuando suponían haber engañado a la parte contraria. Unos y otros se desprendían de lo que para ellos tenía menor valor y adquirían en cambio lo que más estimaban.

Para los indios, las perlas eran de una importancia muy secundaria, hasta el punto de no ser sino un subproducto, pues ordinariamente pescaban las ostras para comerlas, y sin duda eran un alimento apreciado. Podemos imaginarnos cuál sería su regocijo al ver que los españoles les entregaban cuchillos, alfileres, casillas de metal y aún telas, a cambio de objetos para ellos inservibles y abundantes. Los cuchillos, especialmente, tenían para los indios incalculable importancia: obligados como estaban a hacer uso de instrumentos de piedras que mal podían servirles para ejecutar tantas operaciones, muchas de ellas delicadas, el empleo de instrumentos cortantes de metal debió significar una revolución en sus sistemas de vida, pues no solo les proporcionaba grandes facilidades para la cacería y beneficio de los animales, sino también para el desarrollo de sus artes industriales, labores agrícolas y aun para la defensa. En el estado de atraso de nuestras tribus, el cuchillo tuvo que representar una innovación tan importante como el empleo de la electricidad en la sociedad civilizada.

El comercio que entre sí ejercían los indios no se limitaba a la región de la costa. Desde los puertos penetraban al interior utilizando la vía fluvial cuando podían, o por largos y difíciles caminos. Los pobladores de la serranía

---

10 Fray Bartolomé de las Casas, *Historia general de Indias*, Madrid, 1875-1876, lib. 1, cap. 171. Se refiere a la expedición de Niño y Guerra, censurando el engaño que, según él, hicieron a los indios.

comerciaban con los de los Llanos y con los del lago de Maracaibo. Los bobures compraban a los del lago el pescado, y decían que el oro lo llevaban de las serranías. Asimismo las tribus ribereñas del Chama, en la región andina, cambiaban el maíz por la sal que importaban del lago. Como indicio del comercio con los Llanos quedan las ruinas del camino entre Canaguá y Barinas, del que habla Humboldt: “un hermoso camino de cinco leguas de largo, hecho antes de la conquista, en los tiempos más antiguos de los indios: es una calzada de quince pies de alta, que atraviesa una llanura a veces inundada”. Solo un tráfico o comercio muy activo e importante —comenta Febres Cordero— pudo inspirar la construcción de esta obra y otras semejantes. A este mismo comercio hace mención fray Pedro de Aguado<sup>11</sup> al referirse a los indios de Lagunillas de Mérida, de cuya laguna extraían una especie de salitre amargo, el *urao*, que vendían a “todos los indios desta provincia de Sierras Nevadas y de muy lejas tierras, porque su rescate llega hasta la laguna de Maracaibo y poblaciones del Tocuyo y Llanos de Venezuela”. Los indios empleaban el urao a manera de moneda en las más diversas transacciones.

Alfinger, en su expedición al occidente del lago de Maracaibo, halló una tribu, los *coanao*, que, según dice Oviedo y Valdés, se componía de gente muy atractiva, que mantenía intenso comercio con la tierra adentro, llevando a vender sal a cambio de oro labrado en águilas, zarcillos y otras piezas que usaban de adornos. Estos indios llevaban mantas de algodón y bonetes de la misma fibra<sup>12</sup>. Nicolás Federmann, en la narración de su primer viaje a Venezuela, dice que las tribus caquetías de la costa de Coro, y sus vecinas las xaguas de tierra adentro, vivían en paz y tenían comercio de sal. Continuando hacia el interior y al borde de uno de los muchos ríos que atravesó<sup>13</sup>, descubrió que los caquetíos y guaycaríes hacían mercado, cambiando frutas y otros víveres por pescado. Al pedirle Federmann al cacique de Curuhamara que suministrara pescado a sus tropas, el indígena le respondió, con pleno conocimiento de sus derechos: “Los pescados me pertenecen; no los rehusaré pagándoseme”. En uno de los establecimiento de pesquería de los guaycaríes vio el expedicionario tan considerable número de

---

11 Fray Pedro de Aguado, *Fundación y población de Mérida y San Cristóbal*, Caracas, 1935.

12 Oviedo y Valdés, op. cit., t. II, p. 271.

13 Pedro María Arcaya supone que se trata del río Turén.

indios que se habían congregado allí provenientes de diversas aldeas a comprar pescado, que no se atrevió a llegar a donde estaban<sup>14</sup>.

Llamaron la atención a los españoles los bosques de algodón, con que los indios fabricaban redes y pañetes de vara y media a dos varas en cuadrado para cubrir sus vergüenzas, y aun otras ropas mayores, pues Ojeda en su segundo viaje rescató mucha cantidad de ellas. Estas grandes plantaciones de algodón silvestre las vieron los españoles en las costas de Paria, en la provincia de Coro y en muchas otras regiones.

Las hamacas tejidas por los aborígenes constituyeron uno de los primeros objetos de cambio con los españoles; estos, al comienzo, las obtenían mediante trueque; pero luego les pareció más práctico acudir al pillaje, y Ojeda, en uno de los asaltos que organizó contra los pueblos indígenas, tomó a estos “muchas hamacas, cantidad de algodón, varios enseres y aún prendieron algunas indias, de las cuales unas se rescataron por guanines, otras quedaron en plena libertad y otras se reservó Vergara para sí y para su amigo, y Ojeda solo se apropió una hamaca”<sup>15</sup>. También tomaron a los indios *ollas* y *cántaros*.

Además del palo de tinte o brasil, los españoles hallaron otros vegetales que tenían gran aplicación en Europa. Ojeda, en una incursión por las costas del golfo de Paria, encontró dos o tres clases de goma de mucho color, de las que recogió alguna cantidad, y cañafistolas y otras especies de las que tomó muestras.

## EL CHOQUE ENTRE INDIOS Y ESPAÑOLES

Un fenómeno muy importante llama la atención a través de los relatos sobre los primeros intentos de colonización española en Venezuela. Todos los autores están de acuerdo en que los indios recibieron complacidos a los extraños

---

14 *Narración del primer viaje de Federmann a Venezuela*, Caracas, 1916, pp. 60 y 90-95.

15 Todos estos sucesos constan por declaración del escribano Entramasaguas y las que dieron los testigos presentados por Vergara y Ocampo. Vergara era el escribano nombrado por los reyes para que interviniera en todos los rescates que se hiciesen durante la expedición; era al mismo tiempo, junto con García de Ocampo o de Campos, socio de Ojeda. Los tres contribuyeron en partes iguales a costear los gastos del viaje. Fernández de Navarrete, op. cit., pp. 36 y 105-110.

visitantes, y es notable la buena disposición de los indígenas para el trato con los españoles, en lo que ambos hallaron grandes ventajas.

Había ciertamente condiciones para el comercio pacífico. ¿Por qué motivos y cuándo se produjo el choque violento y se desató la guerra que había de consumir tantos esfuerzos y vidas? Los mismos relatos dan la respuesta a esa interrogante. Los indios, según hemos visto, admitieron a los españoles, les ofrecieron hospitalidad y los abrumaron con obsequios y atenciones, mientras estos se limitaron al comercio; pero una vez que intentaron levantar fundaciones permanentes, aun las tribus que hasta ese momento habían sido las más pacíficas y obsequiosas se opusieron violentamente a sus designios, y les pidieron la desocupación del territorio. Muy astutamente les ofrecían valiosos presentes a condición de que se marcharan, y para más halagarlos, les daban noticias de otros territorios que decían ser mucho más ricos, indicándoles la jurisdicción de algún cacique poderoso, generalmente enemigo de los informantes, o tan aguerrido que pudiera dar batalla a los ya sospechosos huéspedes. Fue así como nació el mito de El Dorado; y de esta manera Jorge Espira, como muchos otros, fue penetrando cada vez más en el territorio venezolano hasta el Meta, en una expedición inútil que costó la vida a más de ciento veinte de sus hombres, en busca de los *guaipíes*, cuyas ollas, tinajas y otras vasijas del servicio eran de oro y plata, según le informaron los jefes de algunas tribus en cuyos territorios había acampado. Más adelante, los españoles comenzaron a desconfiar de estas fantasías y concluyeron por no dar crédito a tales noticias, sabedores de que se trataba de una simple treta para alejarlos o hacerlos perecer.

Lo sucedido a Ojeda en 1502 demuestra que la actitud del indio frente al español mercader fue muy distinta de la que asumió ante el español colonizador. Habiendo llegado al puerto de Santa Cruz, encontró Ojeda, conviviendo con los indios desde hacía tres meses, a un tal Juan Buenaventura, que había venido en la expedición de Bastidas. Visto esto, que comprobaba la mansedumbre de los indios, determinó Ojeda hacer allí mismo asiento y población comenzando para ello a talar el monte. Al verlo en esta disposición, los naturales se le opusieron arrojándole sus flechas y no le consintieron hacer aguada. Ojeda armó su gente y se dispuso a combatirlos. Amedrentados los indios, se presentaron de paz con un rico presente de guanines y oro que recibió Ojeda, a quien dijeron que fuese a otro cacique muy cercano que le daría mayor cantidad. Así lo ejecutó, y aumentando su riqueza con la generosidad de este cacique, volvió a sus navíos.



Desembarcaron en el sitio que se les había indicado, y, conformes todos en hacer allí su asiento, comenzaron a desmontar el sitio y a fabricar la fortaleza. Apenas supo esta resolución el segundo cacique, fue a dar contra ellos, pero quedó vencido y abandonó el lugar dejándolo despoblado. Si hasta ese momento los españoles habían podido solucionar el problema de los víveres, pues fácilmente los obtenían de los indios, en adelante se les hizo extremadamente difícil, y Ojeda se vio precisado a tomarlos por la fuerza. Las tribus indígenas lo hostilizaron sin descanso hasta hacerlo fracasar en su intento de fundar un establecimiento.

## **LA ECONOMÍA INDÍGENA Y SU DESTRUCCIÓN**

Más de un siglo de luchas costó a los españoles la conquista de Venezuela. Cuando las guerras contra los aborígenes terminaron, ya el poderío de España en Europa había entrado en su fase menguante, y su industria se hallaba en franca decadencia. Esta circunstancia tuvo una indiscutible influencia en la evolución económica venezolana.

Mientras los virreinos de Nueva España y del Perú y Nueva Granada eran ya dominios florecientes a los que España debía en buena parte su grandeza, en Venezuela los colonizadores no habían podido pasar aún de la costa, e innumerables tribus continuaban guerreando en un empeño vano por sacar de sus territorios a los invasores, con éxito en muchas ocasiones. La conquista de los cumanahtos no fue terminada sino en 1634, y en ella se empleó más crecido número de hombres de los que llevó Cortés a la conquista de Nueva España. Esta lucha prolongada no solo impidió que los españoles pudiesen comenzar en una época temprana a desarrollar la agricultura, la cría, el comercio y la industria, sino que condujo a la devastación del territorio, pues los indios, en su retirada, destruyeron las siembras e incendiaron las aldeas. Era una verdadera política de “tierra arrasada” que obstaculizó la dominación española. Se consumó así la destrucción casi total de la economía indígena, y a la escasez de víveres se agregó la de brazos por la tremenda mortandad que trajeron a la población nativa las guerras y las enfermedades. Sin embargo, en la zona de los Andes la actitud de los indios fue menos discol, y, salvo contadas tribus, las otras se sometieron sin dificultad, se adaptaron a las nuevas costumbres y se mezclaron con el nuevo elemento poblador; entonces, a pesar de los obstáculos naturales de la región, surgieron ciudades importantes, y desde esa época sus campos han sido los

mejor cultivados. Por eso ya en 1579 Mérida exportaba jamones, harina, azúcar, lienzos y otros artículos, en tanto que en la Provincia de Caracas la colonización daba sus primeros pasos, y la futura capital de Venezuela era poco menos que una aldea de un centenar de habitantes.

Si hemos de creer a los cronistas, existía entre las tribus que poblaban a Venezuela un principio de división del trabajo establecido entre las mujeres, encargadas de cuidar de la agricultura y de las cosas domésticas, y los hombres que se ocupaban de la caza, la pesca, el comercio y la guerra. Sin embargo, esto no podría tomarse como regla general, pues es evidente que en algunas regiones los hombres eran excelentes agricultores.

Entre los cultivos que encontraron los españoles figura el cacao. Lo había en los Andes, y era de tal manera abundante, que existían verdaderos bosques y los indios hacían de él un extenso consumo, utilizándolo no solo como alimento, sino que de su grasa servíanse para el alumbrado, comúnmente en el culto de los ídolos, dándole también aplicaciones medicinales<sup>16</sup>. El procedimiento que se empleaba en la preparación de la bebida era en todo semejante al que se sigue actualmente: tostaban el grano y lo molían en piedras hasta convertirlo en una masa que luego cocían en una vasija; generalmente la tomaban sin dulce, pero también solían endulzarla con miel de abejas.

Los indígenas hacían frecuente uso de la miel y tenían cría doméstica de abejas. Refiere Oviedo y Valdés que supo por el primer obispo de Venezuela, Rodrigo de Bastidas, que había aquí gran cantidad de abejas salvajes en los bosques. La miel era algo agria y rala la cera; algunas la hacían amarilla y otras negra; pero la miel de la cera amarilla era mucho más dulce que la otra.

Algunas crían los indios en sus casas en unos calabazos grandes: no pican ni tienen ponzoña y son mucho menores que las de España y más vellosas; y los vasillos de los panales, aunque las abejas son pequeñas, son cada uno tan grande como una bellota<sup>17</sup>.

---

16 Tulio Febres Cordero, *Décadas de la Historia de Mérida*, en "Analectas de Historia Patria", Caracas, 1935, pp. 487-490.

17 Oviedo y Valdés, op. cit., t. II, p. 331.

Las avispas también producían alguna miel y buena, que los indios comían como la de las abejas. En otros lugares de América se conocía también la miel y la cría de abejas, y los cronistas han dejado noticias de que se formaban muy buenos panales en Tucumán, Chile y Cartagena. El padre José de Acosta escribió sobre la miel que se producía en América: “Las abejas son tan chiquitas como moscas y enjambran debajo de la tierra; la miel es aceda y negra”; los panales “son de color pardo y de muy poco jugo; más parecen paja dulce que panales de miel”. El léxico indígena ofrece una buena prueba de la existencia de esta industria en Venezuela<sup>18</sup>.

Respecto al maíz no es preciso decir mucho, puesto que, como se sabe, constituía la base de la alimentación indígena. Baste decir que Jorge Espira, ascendiendo por la parte de Barinas hacia la cordillera, encontró en uno de los pueblos un gran depósito de más de mil quinientas fanegas de maíz, o sea unos setenta mil kilogramos. La recolección de las cosechas era motivo de fiestas sucesivas, pues el dueño de cada sementera convidaba a los parientes, vecinos y amigos para que le ayudasen en la faena, convite llamado *callapa* o *cayapa*) en que había danzas y libaciones de chicha<sup>19</sup>. El maíz propio de la tierra es el conocido con el nombre de *cariaco*, que daba cosecha a los tres meses, diferente al que fue introducido más tarde por los españoles llamado *yucatán*, que tardaba cinco meses.

Tejían los indios el algodón, del que tenían abundante cantidad, y fabricaban hamacas, redes y algunos paños para vestirse. Los indios andinos, a causa del

---

18 En el dialecto de los guaraúños se encuentra la palabra *simo*, que significa miel, y por analogía se aplicaba este término para componer otras palabras que servían para designar objetos y seres que tuviesen el color de la miel. En tales palabras la derivación no era de “dorado”, pues al oro lo llamaban *buratasimo*, que se compone de los palabras: *burata*, *plata*, y *simo*, miel, o sea que al oro lo llamaban “plata color miel”. A las personas rubias las llamaban *cuasimo*, de *cua*, cabeza, y *simo*, esto es: “cabeza color miel”. Decimos que la derivación viene de miel, pues el concepto de color es una noción que corresponde a los pueblos civilizados; en los pueblos incultos se manifiesta la tendencia a designar los colores por los objetos de que ellos son atributo y sobre todo de aquellas cosas que se encuentran vinculadas a la vida cotidiana. (Sobre dialectos indígenas véase: *Contribución al estudio de la lengua guajira*, por Luis R. Oramas, Caracas, 1913; *Ensayo gramatical del dialecto de los indios guaraúños*, por el R. P. Bonifacio M<sup>a</sup> de Olea, Caracas, 1928, y José Ratto Ciarlo, *El gobierno de las madres*, Caracas, 1938).

19 Tulio Febres Cordero, op. cit.

frío, iban mejor protegidos que los de otras regiones, y usaban para cubrirse gruesas mantas de algodón a manera de camisas. Era tan apreciado entre ellos el algodón hilado, que los ovillos empleábanlos a manera de moneda en sus mercados.

La pesca proporcionaba el alimento habitual de los pueblos a orillas del mar o de los ríos. La pesca marítima hacíase con redes; pero en los ríos se empleaba ordinariamente el barbasco, planta cuyas raíces, al echarse al agua, emborrachaba a los peces, que son de esta manera fácilmente apresados.

Aunque en el comercio era el trueque la regla común, servíanse también de algunos artículos a manera de moneda, entre ellos el urao, la sal, el tabaco y el algodón. En el Tocuyo, los indígenas empleaban una moneda llamada *quiteroque*, que consistía en unas cuentas pequeñas de caracoles, de piedrezuelas de poco valor y huesos de animales, con las que hacían todo género de tratos<sup>20</sup>.

De metales no se conocía sino el oro, y este en cantidades muy pequeñas. Lo extraían de los ríos, en donde se encontraba en forma de pepitas, y fabricaban con él los adornos llamados guanines.

Las casas estaban dispuestas en barrios de cuatro en cuatro casas, o de dos en dos, separados los barrios media legua. Esto les permitía ayudarse mutuamente en sus labranzas y defenderlas contra la voracidad de los pájaros y animales silvestres. Cuando las tierras disminuían su rendimiento, quemaban sus chozas y se pasaban a otra región no explotada. La agricultura establecía ciertas jerarquías, de tal modo que no manifestaban respeto sino para quien fuese mejor trabajador y recogiese mayor cantidad de maíz y de yuca<sup>21</sup>.

Hacían los indios obras de cerámica, aunque muy rudimentarias y de un valor artístico bastante dudoso. Labraban la piedra para fabricar instrumentos

---

20 *Descripción de la ciudad del Tocuyo y de todos los lugares de su término y jurisdicción*, escrita por Juan Cataña y demás principales de la ciudad en el año de 1579. Biblioteca de la Academia de la Historia, Madrid. (Copia en la Academia Nacional de la Historia, Caracas, en la “Colección de Documentos relativos a la Gobernación de Venezuela”, vol. 7, doc. 29).

21 *Descripción de la ciudad de Nueva Segovia* (Barquisimeto). Firmada por los miembros del Cabildo, 2 de enero de 1579. Archivo General de Indias, Sevilla, est. 1, caja 1, leg. 1 (Copia en la Academia Nacional de la Historia, Caracas, “Documentos relativos a la Gobernación de Venezuela”, vol. 7).

agrícolas, y la madera para hacer muebles, armas y otros objetos. No había una organización política y administrativa uniforme y generalizada. Por eso es incorrecto hablar de una civilización indígena venezolana, dado el gran número de tribus y la disimilitud existente entre los distintos grupos indígenas, de los cuales el más culto era el de los chibchas, que habitaba en la serranía.

## **LA PRIMERA CONCESIÓN EN VENEZUELA Y LA PRESENCIA DE INGLESES EN AGUAS VENEZOLANAS**

El primer español que obtuvo una concesión en territorio venezolano con ánimo de explotarlo fue Alonso de Ojeda, con el título de “Gobernador de la Isla de Coquibacoa” por real cédula dada en Granada el 10 de junio de 1501.

Casi simultáneamente con Ojeda en su primer viaje, parece que surgieron ciertos ingleses por las inmediaciones de Coquibacoa. En la cédula que otorga la concesión a Ojeda, se ordena a este:

Que vais y sigáis aquella costa que descubristeis, que sé corre leste-ueste, según parece, por razón que va hacia la parte donde se ha sabido que *descubrían los ingleses*, y vais poniendo las marcas con las armas de Sus Altezas, o con otras señales que sean conocidas, cual vos pareciere, porque se conozca cómo vos habéis descubierto aquella tierra, *para que atajéis el descubrir de los ingleses por aquella vía*.

Y en otro lugar del mismo documento se le dice:

Asimismo Sus Altezas os hacen merced en la isla Española de seis leguas de tierra y término, a la parte de mediodía, que se llama la Maguana, para que labréis y hagáis labrar, y vos aprovechéis y podáis aprovechar de allí para lo que habéis de descubrir y en la costa de tierra firme *para el atajo de los ingleses*.

La rivalidad de intereses entre españoles e ingleses en América comenzó, pues, casi a raíz misma del descubrimiento, y, según se desprende de estas órdenes, una de las primeras tentativas de Inglaterra para fundar colonias en el Nuevo Mundo estuvo dirigida hacia el Occidente de Venezuela.

Los reyes católicos temieron seriamente esta eventualidad, y de allí su apresuramiento de enviar a Ojeda investido con el título de gobernador y en condiciones por lo que a promesas de remuneración respecta, en extremo halagadoras:

Y Sus Altezas, habida consideración a lo que gastasteis y servisteis, y por lo que ahora vos obligáis a servir, vos hacen merced de la gobernación de la isla Coquibacoa, que vos descubristeis, por el tiempo que su merced y voluntad fuere, y hayáis por razón de la dicha gobernación cada un año la mitad del provecho e renta que en la dicha isla cada un año se hubiere, con tanto que vos sea pagada en dineros de lo que en ella hubiere de provecho y valiere, y que la dicha mitad no pueda subir ni pase de 300.000 maravedís cada año, de manera que si más valiere de 600.000 maravedís cada año, vos no hayáis más de los dichos 300.000 maravedís, y lo demás sea para Nos<sup>22</sup>.

Los ingleses, según se deduce de la citada cédula, llegaron al golfo de Coquibacoa por los años de 1499 a 1500, y posiblemente conocieron el lago de Maracaibo. Esto no es sorprendente, pues, siguiendo órdenes que en 1496 dio Enrique VII, los ingleses habían navegado ya a los mares septentrionales del Nuevo Mundo bajo la dirección de Sebastián Caboto, quien pasó más tarde al servicio de España. En esa época Inglaterra se encontraba muy lejos de disponer de un poderío semejante al de su rival, y no poseía los medios necesarios para acometer una empresa de tanta magnitud como habría sido la de disputar a España el dominio del Caribe.

Ojeda se asoció a Juan de Vergara y García de Campos, navegantes, para explotar la licencia de viaje, contribuyendo con una tercera parte cada uno en los gastos causados por las cuatro naves que lograron equipar; se repartirían en igual proporción las utilidades que hubiere y lo mismo el sueldo de gobernador que percibiese Ojeda; pero de la merced que le hicieron los reyes de seis leguas en la isla Isabela no participarían sus dos socios, y él tendría enteramente el gobierno del distrito, de acuerdo con las instrucciones contenidas en el real nombramiento. La compañía duraría todo el tiempo de la licencia, y ninguno de los asociados podría separarse hasta pasados dos años. Pero un año más tarde ocurrieron disputas que provocaron la terminación del convenio. Ocampo y

---

22 Real cédula expedida en Granada a 8 de junio de 1501. Reproducida en el *Apéndice* de la obra citada de Fernández de Navarrete.

Vergara acusaron a Ojeda de apropiarse de todos los rescates y resolvieron aprehenderlo y conducirlo a La Española y entregarlo al gobernador de ella, so pretexto de crueldades cometidas con los indios y defraudo del Tesoro Real, cargos estos que a su vez Ojeda hacía a sus dos socios. La razón del disgusto parece haber sido el convencimiento del poco provecho que podía sacársele a la tierra. Se le tuvo preso en Santo Domingo durante varios meses. Se entabló pleito entre las partes y Ojeda salió absuelto mandándose restituirle todos los bienes. En esta forma fracasó la expedición, sin que se hubiese llegado a descubrir un trozo más de costa ni a explorarse la tierra ya conocida.

## LOS WELSER

La fundación de Coro en 1527, por Juan de Ampíes, marca un viraje en cuanto a la conducta seguida por España en el territorio de la primitiva Provincia de Venezuela. Ampíes logró concertarse con el cacique Manaure, y de este modo se aseguró el vasallaje de toda la nación de Caquetía, echando las bases para la penetración y conquista de todo el resto de la Provincia y su colonización.

Al año siguiente, el 27 de marzo de 1528, fue celebrado el convenio entre la Corona y los Welser para la explotación y gobierno de Venezuela. La concesión comprendía desde Maracapana hasta el cabo de la Vela, comienzo de la jurisdicción de Bastidas, gobernación de Santa Marta; hacia el sur no se especificó límite alguno. Los Welser vienen a ser de este modo la única casa comercial que tiene gobernación propia en América, casa en Santo Domingo, banco y factoría en España y en muchas ciudades de Europa, buques propios que surcaban el Atlántico y dinero colocado en la Casa Real de España<sup>23</sup>.

Los Welser pertenecían a una famosa casa de banqueros alemanes; traficaban con caudales muy crecidos en todos los puertos y contrataciones del mundo, “y sabiendo las utilidades tan considerables que producía el trato y comercio de Coriana y toda su costa, les pareció sería de conveniencia a los intereses de su compañía el tomarla por su cuenta”<sup>24</sup>. Carlos I les debía una fuerte suma que

---

23 Germán Arciniegas, *Los alemanes en la conquista de América*, Buenos Aires, 1941.

24 Oviedo y Baños, op. cit., p. 17.

ellos le habían prestado en diversas ocasiones, y por eso les fue fácil alcanzar sus propósitos. El contrato los obligaba a fundar dos ciudades en el término de dos años, y a construir tres fortalezas en el distrito de la gobernación. La compañía debía armar cuatro navíos y conducir trescientos hombres españoles y cincuenta mineros alemanes que, a costa de ella, habían de repartirse por todas las Indias para el mejor conocimiento y beneficio de los metales<sup>25</sup>. Por su parte, la Corona les concedía el derecho de conducir yeguas y caballos, les dispensaban del impuesto sobre la sal y del almojarifazgo, y les daba bodega libre en las atarazanas de Sevilla, licencia para esclavizar a los indios rebeldes y traer negros para el trabajo de las minas. Con respecto a las explotaciones mineras, no pagarían el quinto real, sino un décimo durante los cuatro primeros años y luego un noveno, un octavo, etcétera, hasta alcanzar el quinto de ley diez años después de iniciada la explotación. Aparte de esta concesión obtuvieron asiento para la introducción en todas las Indias de 4.000 negros.

La permanencia de los Welser en Venezuela no dejó otra huella conocida que las cenizas de los pueblos incendiados. No fundaron ninguna ciudad ni edificaron fortalezas, ni continuaron el comercio con las tribus indígenas. Tampoco llegaron a descubrir mina alguna. Si los historiadores que se encargaron de transmitir a la posteridad noticias acerca de todos estos sucesos no han hecho ocultación de hechos más importantes o deformado la verdad, hemos de creer que los emisarios de los ricos banqueros alemanes se dedicaron únicamente a hacer fortuna por medio de los asaltos a los pueblos indígenas, y de la venta de los indios sometidos a la triste condición de esclavos. Los empleados y colonos españoles se quejaron con frecuencia de los abusos cometidos por los alemanes. Alegaban, entre otras cosas, que les vendían a precios excesivos la sal, las armas y todo género de mercaderías. Un caballo que solía costar en la isla Española 25 pesos, en Coro costaba trescientos y aún cuatrocientos. Sin embargo, de tan triste fama parecen ser responsables Ambrosio Alfínger o Einger y Nicolás Federmann, pues Jorge Espira y Felipe de Hutten, sobre todo el último, gozaron de la mejor reputación. Debe reconocerse, además, que los Welser se arriesgaron los primeros en lo más profundo de nuestro territorio, encontraron la ruta de las montañas y de los llanos y realizaron grandes proezas. Pero llega el año de 1546,

---

25 Ibíd.



en que les son cancelados sus privilegios, y nada o muy poco había adelantado la Provincia.

## LA MANO DE OBRA INDÍGENA Y LA PROPIEDAD TERRITORIAL

Así como la fundación de Coro marca el comienzo de la colonización, la fundación de Tucuy en 1545 señala el comienzo de un nuevo régimen económico: el de las encomiendas. Carvajal, su fundador, hizo repartimientos de indios entre los pobladores de la nueva ciudad, repartimientos que fueron legitimados poco después por el gobernador Pérez de Tolosa. La encomienda no significaba posesión territorial, sino servidumbre<sup>26</sup>. Estos servicios debían prestarse a voluntad de los peninsulares en las minas, en las tierras de labranza, en la construcción de viviendas, etcétera. En la historiografía venezolana estos dos conceptos de posesión y servidumbre han permanecido muy indiferenciados y frecuentemente se les confunde; sin embargo, la legislación escrita no permite confusión alguna a este respecto, pues claramente están definidos los conceptos de encomienda y de propiedad territorial, aunque un derecho positivo al margen o aun contrario a esas leyes fue el origen de muchos títulos de propiedad.

Sin duda, las encomiendas desempeñaron un papel sumamente importante en el desarrollo económico de la colonia y en la estabilización de esta. Baste señalar que con ellas se inició la verdadera colonización. Los conquistadores dejan de ser los ambiciosos buscadores de oro y se convierten en grupos sedentarios. Las expediciones tierra adentro continúan; pero no ya tras fantasías, sino en procura de los mejores valles para cultivarlos y establecer ciudades. Disputan el territorio a los indios, una y otra vez, y erigen fortalezas y sólidas casas de piedra. Los españoles, pues, echan raíces en Venezuela y desde entonces abandonan la ilusión de El Dorado para dedicarse al trabajo de la tierra. El cambio se operó rápidamente: si desde el descubrimiento de las costas orientales hasta 1545, o sea casi

---

26 “...Las encomiendas no pueden ser, por su falta de derecho territorial, el antecedente directo de la hacienda. Este hay que buscarlo en el régimen propiamente territorial, o sea, el que se constituye a base de las mercedes de tierra”. Silvio A. Zavala, *Ensayos sobre la colonización española en América*. Buenos Aires, 1944, p. 144. Este aspecto del problema está estudiado más ampliamente por el mismo autor en su obra *De encomienda y propiedad territorial en algunas regiones de la América española*, México, 1940.

cincuenta años, solo se había fundado una ciudad de vida precaria, en el resto del siglo se fundaron no menos de veinte. Por lo tanto, la agricultura comenzó a desarrollarse y con ella el comercio. Los indios constituían necesariamente la única base para el fomento de los cultivos, pues los peninsulares eran muy pocos, y brazos suficientes para las faenas agrícolas solo podía proporcionarlos la masa indígena. El trabajo de los indios fue, a partir de ese momento, objeto de la codicia de conquistadores y colonizadores.

Los primeros pobladores de Tocuyo componían un grupo de solo sesenta personas, y como no había indios suficientes para todas ellas, Pérez de Tolosa dispuso que un hermano suyo saliese a descubrir las Sierras Nevadas. Esta expedición tenía por lo tanto un móvil muy distinto al de las anteriores. También se ha supuesto que el motivo principal de esta jornada fue el de buscar un camino para conducir ganado de El Tocuyo al Nuevo Reino de Granada, de acuerdo con la recomendación de Cristóbal Rodríguez, quien como uno de los que acompañaron a Federmann, conocía la utilidad que podía resultar de este comercio<sup>27</sup>. Sin embargo, parece más verosímil la primera versión. Solicitud de ruta comercial, de encomiendas o de tierras de labor, de cualquier manera que fuese, marca con claridad inconfundible la transformación que se había operado.

Iniciado el proceso, la distribución de la mano de obra indígena se produjo con ritmo rápido y no se hizo esperar la desigualdad fundada en la mayor o menor influencia o en la calidad de los individuos, según su condición de primeros conquistadores o pobladores y sus descendientes, o de vecinos más antiguos. Muchas de esas encomiendas alcanzaron cierta magnitud. En 1589, la encomienda de Francisco López Mejía, en la provincia de Mérida, cerca del río Capaz tenía más de cien casas<sup>28</sup>. En 1631 las encomiendas de la antigua Provincia de Venezuela rentaban 12.000 ducados al año, y las de Cumaná otros 6.000<sup>29</sup>.

En lo tocante al reparto de tierras, estas se concedían en nombre de Su Majestad y sin perjuicio de tercero ni de los naturales. Cuando el terreno que se solicitaba correspondía a resguardo de alguna parcialidad de indios, debía

---

27 Oviedo y Baños, op. cit., p. 193.

28 Tulio Febres Cordero, op. cit., p. 549.

29 Silvio A. Zavala, *La encomienda indiana*, Madrid, 1935, p. 329.

acreditarse que estos no recibían daño con la concesión y que consentían en ella, diligencia que practicaba la primera autoridad del lugar más inmediato al pueblo o asiento de los naturales, a quienes debía informar lo conducente por boca de su cacique. También se oía el informe del respectivo cura doctrinero, si lo había. Si el agraciado no hacía ninguna labranza en la tierra, ni se beneficiaba de ella en el espacio de diez años, perdía el derecho adquirido y el terreno podía concederse a otra persona<sup>30</sup>.

---

30 Tulio Febres Cordero, *ibíd.*



— *Capítulo III* —

## EL RÉGIMEN DE ENCOMIENDA Y REPARTIMIENTO



**EL RÉGIMEN DE LA ENCOMIENDA SE INICIÓ EN VENEZUELA** cuando la institución estaba en vías de liquidación en los grandes virreinos de América, después de la prolongada y agria polémica sobre el tratamiento de los indios suscitada por Montecinos y luego por Las Casas. Se habían promulgado ya las Leyes Nuevas de 1542 que ordenaban que

de ahí en adelante ningún visorrey, gobernador, audiencia, descubridor ni otra persona alguna no puede encomendar indios por nueva provisión ni por renunciación ni donación, venta ni otra cualquiera forma, modo, ni por vacación ni herencia, sino que muriendo la persona que tuviera los dichos indios, sean puestos en nuestra real corona...

Contrariamente a esta disposición, fue justamente tres años después de haberse dictado cuando comenzó el reparto de indios en Encomienda en el territorio de las antiguas provincias de Venezuela; esto en razón de la tardía organización del gobierno colonial en estas tierras, cuya colonización se inicia efectivamente en 1545 a partir de la fundación de El Tocuyo. Hasta ese momento los indios habían sido objeto de los peores maltratos y las depredaciones de los piratas y de los tratantes de esclavos, entre ellos los Welser y los primeros pobladores españoles, no obstante las órdenes reales y de la legislación sobre el buen tratamiento de los naturales promulgada por la Corona<sup>1</sup>.

---

1 Véase E. Arcila Farías: *El régimen de la Encomienda en Venezuela*. Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1957, pp. 378. 1ª ed. y 2ª ed. Caracas, Universidad Central, 1966. En esta obra hemos tratado con toda extensión el tema y se muestra la evolución y las particularidades de la institución en el país.

## ESTABLECIMIENTO DE LA ENCOMIENDA

Pérez de Tolosa, en su tercera carta al rey, en 1548, dice que cuando el obispo Bastidas partió para La Española, en 1542, dejó repartida “la poca parte de indios que había en la comarca de Coro”. Pero este reparto no puede referirse a la encomienda, sino a la distribución de los indios en forma de la mita peruana o el cuatequil mexicano, aunque difería de estas dos instituciones fundadas ambas en el trabajo forzoso remunerado, en que no había pago de jornal sino que el servicio lo prestaban los indios a manera de tributo. Era una modalidad muy parecida a la de los “repartimientos” en la primera forma de la encomienda en su período insular<sup>2</sup>.

Cuando Pérez de Tolosa vino a Venezuela con objeto de poner el orden en la alterada Provincia, acusó a los Welser de no haber repartido los indios en encomiendas, atribuyendo a esta falta todos los males y sufrimientos padecidos por la población indígena durante el período de los gobernadores alemanes. Según escribió, las razones por las que estos no dieron los indios en encomienda, fueron: las duras condiciones impuestas a los primeros pobladores para el pago de los mantenimientos conducidos por Alfínger, prohibiendo los rescates y obligando a todos a llevar al montón el oro que hubieren por cualquier medio, y la insinuación hecha a los Welser por algunos españoles, “dando a entender al dicho gobernador que si la tierra repartiese no será tan señor ni tan obedecido como estándose por repartir”<sup>3</sup>.

---

2 Carta de Pérez de Tolosa de julio 8, 1548. Publicada por Fernández Duro, op. cit., t. 2, p. 255.

Usamos la frase “la encomienda en su período insular” solo para referirnos a la circunstancia de su nacimiento en las islas del Caribe, pero no significa que aceptemos la clasificación de “encomiendas del período insular” y de “encomiendas del período continental” pues consideramos que sus características en las islas se debió al solo hecho de haberse producido cuando no había aun legislación sobre esta materia que se dio en base a la experiencia adquirida. Cuando la encomienda se extiende a otros territorios existe ya un grueso legajo de disposiciones que se ensayaron en esas mismas islas. Pero en el continente se dieron formas semejantes a las que se produjeron en Santo Domingo y Cuba, como es el caso de Venezuela; por tanto consideramos que la clasificación susodicha carece de rigor, pues las diferencias que se observan con la encomienda cuando pasa a México, obedecen a razones de mayor profundidad que las simplemente temporales.

3 Ibidem, p. 249.



La situación continuó sin cambios hasta 1545, cuando Carvajal en su sangrienta disputa con los Welser por el gobierno de la Provincia y con el apoyo de una gran parte de los pobladores de Coro y la adhesión de Juan de Villegas, a quien designó por su teniente de gobernador, tomó asiento en El Tocuyo y procedió a repartir en encomiendas los indios de la región<sup>4</sup>.

Refiere Oviedo y Baños que ajusticiado Carvajal, trató Pérez de Tolosa de dar asiento y nueva forma para el gobierno y permanencia de la ciudad que halló recién fundada, y como lo principal en que había de consistir su conservación y aumento era en las encomiendas, para asegurarlas en los vecinos que las poseían e impedir que algún gobernador les privase de aquella utilidad que gozaban como único premio de sus servicios y trabajos, conociendo la nulidad que padecía el repartimiento hecho por Carvajal por falta de jurisdicción, declaró vacantes todas las encomiendas y procedió a proveerlas en las mismas personas que las tenían, despachándoles nuevos títulos<sup>5</sup>.

De esta manera se inicia en Venezuela el régimen de la encomienda y, con ella, la regulación del tratamiento de los indígenas, de la prestación de servicios y tributación, entrándose de lleno en el verdadero período de colonización.

## **LA PRIMERA ORDENANZA DE ENCOMIENDA EN VENEZUELA**

Después de realizado el reparto de las encomiendas entre los primeros pobladores de Barquisimeto, en 1552, Juan de Villegas procedió a dictar las reglas que debían regirlas. Estas son las primeras ordenanzas para la encomienda venezolana, pues no hay constancia de que se hubieran dictado otras anteriormente. Las ordenanzas de Villegas llevan la misma fecha del repartimiento de las encomiendas de Barquisimeto, o sea el 14 de septiembre de 1552, y es uno de los documentos más importantes del pasado colonial venezolano. En relación con los orígenes venezolanos, este documento tiene la misma importancia que las famosas y tan divulgadas ordenanzas del gobernador Irala de Paraguay.

---

4 El padre Aguado (*Historia de Venezuela*, t. 1, p. 336) pone en duda la fundación de El Tocuyo por Juan de Carvajal y el repartimiento de encomiendas por este; según él, sería Tolosa el autor de tales actos.

5 Oviedo y Baños, op. cit., t. 1, p. 199.

El documento venezolano asume características muy particulares dentro del conjunto de la legislación indiana, y especialmente de las que tratan sobre esta debatida institución que para muchos de nuestros historiadores se presentaba aún como un asunto sin dilucidar y fuente de innumerables y repetidos errores.

Se trata de una ley nacida en el país no solo en razón de que fuera dictada en suelo venezolano, sino porque su estructura jurídica es un genuino producto de la colonia y de su medio físico y humano. El funcionario que le dio forma era uno de los más antiguos pobladores: tenía para esa fecha, según propia confesión, veintitrés años de residencia en el país y se jactaba de ser el que mejor conocía la tierra donde había de aplicarse.

Las ordenanzas de Villegas tratan de adaptar la institución de la encomienda a las particularidades de la Provincia y de sus pobladores; las condiciones sociales de los indios; las características del suelo; los medios de vida y las necesidades de la colonia. Es una ley esencialmente local; sin embargo, en ella su autor pretendió conservar las principales directrices de la legislación metropolitana. Son sumamente breves, pues se componen de solo 12 capítulos o artículos en los que están comprendidos todos los aspectos de tan compleja materia. La precisión y brevedad de su texto responde bien al carácter de aquellos soldados, obligados a actuar en un medio difícil y a tomar decisiones rápidas, muchas veces antes que mediara la razón.

*Obligaciones de los encomenderos.* Son de dos tipos: con los indios, sus encomendados, y con el Estado. Los indios eran puestos bajo la tutela del encomendero para que este los protegiera, defendiera y adoctrinara. La situación de los indios podría así, asimilarse a la de los menores. De esta manera se esperaba ponerlos a cubierto de los abusos de los conquistadores y pobladores y evitar los malos tratamientos que habían diezmando la población indígena en otras partes del continente, especialmente en las Antillas cuya desastrosa experiencia había puesto a las autoridades españolas en guardia contra la funesta política de explotación sin tasa de la fuerza de trabajo nativa.

Por otra parte, el encomendero contraía con el Estado una obligación militar de tipo feudal; es como el señor que debía acudir con sus armas a la defensa del rey:

Que todas las personas que en esta ciudad tienen o tuvieren indios de encomienda, cada e cuando que alguno principal o provincias se rebelara,

siendo mandados aperebir por la persona que gobernare, son obligados a ir en persona con sus armas, el de a caballo a caballo y el de a pie a pie, o dar persona suficiente según él había de ir, a su costa que vaya so pena que le tome persona que vaya a su costa y más por cada vez de cincuenta pesos de buen oro, la mitad para la cámara e fisco de su Majestad, e la otra mitad para gastos de justicia, e si en lo susodicho fuere rebelde tercera vez, haya perdido e pierda la encomienda de los indios que tuvieren e queden vacos para se proveer a otro.

*Trabajo en las minas.* Villegas estableció la prohibición de ocupar los naturales en estas labores, y fue el único capítulo de las ordenanzas que impugnaron los colonos, dando origen a una airada protesta del Cabildo de Barquisimeto que Villegas acababa de constituir. Villegas mostró frente a este grave problema, que dio nacimiento en el siglo *xvi* a tantas enconadas disputas, un laconismo y una severidad ejemplares. Dice el texto del segundo capítulo:

Que ninguna persona de cualquier calidad que sea y estado, que así tiene o tuviere en los términos desta ciudad indios de encomienda e repartimiento, no sea osado de sacar ni mandar sacar con ellos ni con algunos dellos oro de minas, so pena de privación de la tal encomienda e repartimiento que tuviere, y el oro que sacare aplicado para la cámara e fisco de su Majestad y el tal repartimiento quede vaco para se poder proveer a otra persona.

De esta manera cerró el camino a todas las violaciones amparadas en interpretaciones de la ley. No había sido una sola manera de entenderla y aplicarla.

Esta prohibición tan absoluta la estableció quizás solo por escrúpulos de funcionario, y no porque estuviese sinceramente en favor de ella. Por el contrario, como hombre conocedor de la Provincia y de las necesidades y penurias del reducido grupo de los primeros pobladores, estaba en contra del mandamiento que él mismo había acatado y mandado obedecer a los demás. Por otra parte, en el repartimiento de indios que él hizo en Barquisimeto, se asignó a sí mismo, en su carácter del más antiguo poblador, una buena porción de las encomiendas que distribuyó, de manera que estaba perfectamente identificado en intereses con aquel grupo, y así, aunque se enfrentó a las protestas de sus viejos compañeros que pedían autorización para llevar los indios a las minas, al mismo tiempo escribió al rey en apoyo de esta demanda.

*Comercio con los indios.* El ejercicio del comercio con los naturales permitió el despojo de los bienes de estos y originó violencias de las que están llenas las crónicas de los primeros tiempos de la conquista. Eran bien recordadas las fechorías de los Welser y de los españoles del tiempo de aquellos, y de los traficantes que desde La Española y Cubagua llegaban a las costas venezolanas en expediciones de turbia naturaleza.

## **TRATAMIENTO DE LOS INDIOS**

Son muy lacónicas estas ordenanzas en cuanto al tratamiento de los indios se refiere, pero pueden estimarse suficientes al establecer la condición de los indios como “libres vasallos de S. M.”, y como a tales el encomendero no podía ponerles cadenas ni echarlos a prisión, venderlos ni sacarlos de la gobernación. Si se toman en cuenta las demás provisiones contenidas en el cuerpo de estas ordenanzas, se verá que todas ellas propenden a asegurar la conservación y buen trato de los indios.

*El servicio personal.* El encomendero era el protector de los indios, por lo menos en teoría, aunque en la práctica viniera a resultar su explotador, y su función primordial consistía en defenderlos en todas las circunstancias, velar por su bienestar y por la salvación de sus almas. En retribución, los indios debían pagar un tributo.

Considerada la pobreza de los indios, o la necesidad de los encomenderos, aunque se alegó la primera razón como fundamento, en la encomienda venezolana se estableció el *tributo en servicios personales* que habría de perdurar con la institución casi hasta su definitiva abolición. En las ordenanzas de Villegas quedó establecido que los indios sirvieran a sus encomenderos durante un mes; luego trabajarían en sus propias labranzas durante dos meses y, transcurridos estos, volverían a darle prestaciones a aquellos. De esta manera, los indios debían darle al encomendero cuatro meses de trabajo al año, pero este ordenamiento no sobrevivió, pues la norma que se generalizó y la que finalmente quedó establecida, fue la tasación de tres días de trabajo cada semana, anteriormente fijada por Spira, lo que daba al año una suma de días de trabajo para el encomendero mucho mayor que la señalada por Villegas en sus ordenanzas.

Los únicos indios que escaparon del servicio personal y a quienes se les impuso un tributo en especie, fueron los “indios salineros”, o sea aquellos que tenían en sus tierras minas de sal. Se explica esta política, de un marcado carácter local, por la enorme importancia que la sal tuvo en los primeros tiempos de la colonización como artículo de primera necesidad, sobre todo en un período como aquel cuando se estaba apenas en la etapa del descubrimiento y conquista del territorio venezolano, y la escasa población española contaba con muy limitados recursos; su establecimiento era precario y los pequeños grupos estaban aislados en un extenso territorio hostil. En esas condiciones, la preservación de los alimentos era cuestión de mucha gravedad.

Estos indios salineros quedaron en libertad para tratar y contratar la sal por los rescates que quisieran con cualesquier persona, así de los que residían en la ciudad recién fundada, como de cualquiera otra región, “porque no hay de otras partes donde se puedan proveer, excepto de las partes donde los tales salineros residen”, y por el cargo de mirar por ellos y ampararlos e impedir que se les hicieran vejaciones y molestias, estos indios darían a sus encomenderos “la sal que para sus casas hubieren menester”. Si se refiere, como parece, a la cantidad de sal necesaria para el consumo de la casa o casas del encomendero, la tributación impuesta era, pues, pequeña. Y no es de extrañar que así fuese, ya que los depósitos salineros eran escasos y se les miraba como un bien del que todos tenían necesidad. Era preciso, por consiguiente, que a esos indios se les mantuviese con las mayores consideraciones, a fin de estimularlos para que continuasen en la explotación de un artículo tan precioso<sup>6</sup>.

Los pobladores, que se habían constituido en encomenderos en virtud de los repartimientos hechos por Villegas en la misma fecha en que promulgó estas ordenanzas, acataron todas sus disposiciones; pero contradijeron la parte relativa a la prohibición de emplear los indios en los trabajos de minería y en parte lograron su objetivo, pues en las escasas explotaciones mineras de entonces hallaremos posteriormente cierto número de indios ocupados en estas labores, aunque en ellas prevaleció siempre, como en los trapiches y más tarde en el cultivo y beneficio del cacao, la mano de obra negra.

---

6 Véase estas Ordenanzas en el Apéndice de nuestro libro *El régimen de la encomienda*. Documento N° 3.

## RESISTENCIA INDÍGENA A LAS ENCOMIENDAS

Los indios no siempre aceptaron, aun después de vencidos, el régimen de la encomienda. A menudo se produjeron levantamientos indígenas que no tenían otra finalidad que sacudirse la carga del servicio personal impuesta por aquel régimen.

Esta resistencia comienza a manifestarse apenas consumada la conquista. En 1569 los caciques de Mamo mataron a su encomendero Julián de Mendoza, por haberles enviado a decir que fuesen a trabajarle en sus labranzas, porque era su encomendero. Los indios de la encomienda de Garci González de Silva y de Francisco Infante, se sublevaron en 1577 y estuvieron a punto de matar a sus encomenderos y a otras personas que los acompañaban<sup>7</sup>. Los tomusas encomendados formaron un levantamiento general, que fue preciso dominar con gran dureza tras muchas dificultades y largos años de lucha. Estos indios mataron a un gran número de españoles y de indígenas de paz, destruyeron las estancias circunvecinas y colocaron a San Sebastián a punto de ser abandonada<sup>8</sup>. Los indios de Tácata se levantaron también contra sus encomenderos. Los gayones jamás se sometieron y sus encomenderos pudieron disfrutar muy poco de sus servicios, pues cuando regresaban a las labranzas al poco tiempo se marchaban y acometían todo género de depredaciones y violencias, asaltando las estancias y a los viajeros. Varias veces fueron mudados de sitio y las autoridades españolas no sabían realmente qué hacer con estos indios revoltosos e ingobernables, que prometían reducirse a obediencia para volver de nuevo a las andadas. A tales extremos llegaron sus excesos, que después de haberse ordenado su mudanza para distintos lugares donde se creía pudieran hacer menos daño, finalmente se dispuso en el año de 1700 que se les remitiera a Santo Domingo para que “pierdan la soberbia y iracunda naturaleza”<sup>9</sup>. En 1659 el gobernador Porres y Toledo celebró una capitulación con el capitán Tomás de Ponte para la reducción

---

7 Oviedo y Baños, op. cit., t. 2, pp. 94 y 146.

8 San Sebastián, agosto 21, 1647. Información de calidad, méritos y servicios del capitán Francisco de Brea Lezama. Encomiendas, t. 47, f. 189. AGN. C.

9 Es muy copioso el cuerpo de documentos acerca de las inquietudes de los gayones. Sobre los hechos citados véase real cédula de abril 6, 1691. *Reales Cédulas*, 2<sup>da</sup> sec., t. 3, f. 5; y real cédula de noviembre 20, 1700. *Ibíd.*, t. 4, f. 17. AGN. C.).

de los indios guamonteyes, de la jurisdicción de Barquisimeto, que andaban sublevados en los montes<sup>10</sup>.

El medio más generalizado para resistir la encomienda era el de la fuga. Los indios se marchaban individualmente o bien en grupos. Las fugas colectivas, menos frecuentes que las individuales, eran más graves puesto que iban seguidas generalmente de resistencia armada, como la que hicieron los guaiqueríes, y fueron muchas las encomiendas que fenecieron por haber quedado desoladas. Cuando Porres de Toledo hizo su visita de indios, encontró que las encomiendas de Maracaibo estaban perdidas en su mayoría y a muchas les quedaban apenas muy pocos indios por andar alzados y huidos en los Aliles desde hacía mucho tiempo, informaron los encomenderos y otros declarantes, según consta en numerosos testimonios examinados<sup>11</sup>. En la encomienda de Juan de Acosta y Abreo, en Coro, de veintiséis indios adultos faltaban once<sup>12</sup>; lo mismo podía decirse de muchas otras y en general en casi todas las encomiendas se registraban estas fugas.

## **FUNCIÓN DE LA ENCOMIENDA**

En atención al objeto para el que fue creado el sistema de la encomienda y a las razones por las que la Corona la admitió, existe cierta tendencia revisionista en cuanto al concepto sobre esta institución. El historiador de *La encomienda en Nueva España*, el norteamericano Lesley B. Simpson, se encuentra situado a la cabeza de esos revisionistas; sostiene que “vista a la luz del siglo dieciséis, la encomienda era una lógica y completamente justificable organización de la sociedad en las colonias”, y que no se puede negar que llenó los propósitos para los que fue “inventada”<sup>13</sup>.

---

10 Caracas, marzo 18, 1659, Capitulación celebrada por el gobernador Porres y Toledo con Tomás de Ponte. Encomiendas, t. 27, f. 139. AGN. C.

11 Maracaibo, abril de 1662, Encomiendas, t. 42, ff. 2, 24, 41, 51, 69, 84, v., 141, 145, 174, v. AGN. C.

12 *Ibidem*, t. 48, f. 170. AGN. C.

13 Lesley Byrd Simpson: *The Encomienda in New Spain*. University of California Press, 1929, p. 189.

Otro norteamericano, Elman R. Service, que estudió la encomienda en el Paraguay, sigue los pasos de Simpson al afirmar que la llamada “encomienda originaria” tuvo “una firme base en la vida paraguaya, que a pesar de los intentos de la Corona para limitarla o abolirla de tiempo en tiempo, permaneció como una característica del Paraguay a través de la mayor parte del período colonial”<sup>14</sup>.

Según las ordenanzas de Zaragoza de 1518, la función de la encomienda se define en términos muy sencillos: la enseñanza de la fe católica y la provisión de las cosas que le hiciesen falta a los indios; como retribución, los indios darían servicio a los españoles<sup>15</sup>. En las Ordenanzas de Granada, de 1526, el objeto de la encomienda queda definido así<sup>16</sup>:

1. Apartar los indios de sus vicios;
2. Instruirlos en los buenos usos y costumbres;
3. Enseñarles la religión cristiana;
4. Enseñarles a vivir en policía;
5. Obligarlos a servir a los españoles.

Eran estas las funciones señaladas en la legislación, pero en la práctica se le fijaron además otros fines:

1. *Sustentación de los españoles*. En la pesquisa contra los Welser, Pérez de Tolosa hízoles cargos de haberse aprovechado ellos de los frutos que de los naturales se podía haber, no permitiendo que ni por vía de rescate o servicio de repartimiento de indios, los españoles se pudiesen proveer y sustentar de ropa y comida<sup>17</sup>. En un auto dictado por el gobernador Fernández de Fuenmayor, en que se autorizó a Gonzalo Mejía para tener más de una encomienda, se le concedió en vista de que la suya no tenía sino 15 o 16 indios: “La voluntad de

---

14 Elman R. Service: *The Encomienda in Paraguay*. “The Hispanic American Historical Review”, mayo 1951, p. 238.

15 Serrano Sanz: *Orígenes de la dominación española*, t. 1. Apéndice.

16 R. C. de noviembre 16, 1526. En Fernández Duro, ed. de Oviedo y Baños, op. cit., t. 2, p. 361.

17 Interrogatorio de testigos en la residencia que Pérez de Tolosa tomó a los alemanes. El Tucuyo, 1545. En Fernández Duro, ed. de Oviedo y Baños, op. cit., t. 2, p. 265.



S. M. —dice— es no quitar el premio a los merecedores dél... pues el fin para que se dan las dichas encomiendas es para que se puedan sustentar”<sup>18</sup>.

2. *Conservación de la población indígena*. Pérez de Tolosa, en la citada pesquisa, estableció que los naturales de la gobernación “se hubieran conservado y antes mejorado y aumentado que disminuido, si se hubieran encomendado e repartido e puesto en depósito de los españoles”<sup>19</sup>.

3. *Conservación de la paz con los naturales*. “...a causa de estar encomendados se sustenta la paz”, dice Pérez de Tolosa<sup>20</sup>.

4. *Fijación de la población española*. La encomienda proporcionaba a los españoles los medios para sustentarse considerándose que donde no hubiera suficientes indios para encomendar, no podía fundarse población alguna de españoles:

Advirtiendo [Villegas] la comodidad de haber entre el Tocuyo y el mineral descubierto [en Buria] porción de indios bastantes para que repartidos en encomiendas pudiesen mantener un pueblo de españoles... fundó en el valle de Barquisimeto la ciudad de la Nueva Segovia<sup>21</sup>.

V. A. manda repartir [los indios de Caracas y Tacarigua entre los pobladores de la proyectada fundación de Borburata]... y si con esto quisieren hacer la dicha población, seguirse ia gran provecho<sup>22</sup>.

5. *Fijación de la población indígena*. A este objeto tendían las disposiciones tocantes a la unidad de la encomienda y la política de las reducciones indígenas, consistentes en agruparlos en los pueblos próximos a los españoles.

6. *Mejor tratamiento de los indígenas*. Es frecuente el argumento de que estando encomendados, los indios serían mejor tratados, pues el encomendero cuidaría de que ningún extraño les hiciese molestias. En los títulos de nueva encomienda se establece la condición de proteger a los indios, cuidarlos en sus enfermedades,

---

18 Trujillo, marzo 15, 1640. Encomiendas, t. 36, f. 164 v. AGN. C.

19 Pérez de Tolosa, en Fernández Duro, ed. de Oviedo y Baños, op. cit., t. 2, p. 265.

20 Ibídem.

21 Oviedo y Baños, op. cit., t. 1, p. 216.

22 Pérez de Tolosa. En Fernández Duro, ed. de Oviedo y Baños, op. cit., t. 2, p. 238.

vestirlos y darles de comer<sup>23</sup>. Pérez de Tolosa asegura que si los indios hubieran sido encomendados por los Welser, los españoles “hubieran curado de ellos y hécholes buen tratamiento”<sup>24</sup>.

7. *Como acicate de la empresa de conquista*. En conocimiento Pérez de Tolosa

de que había muchos españoles sin conveniencia en el Tocuyo, porque siendo las encomiendas pocas no podían ser bastantes para comodarse todos; y deseando buscar forma para el remedio de los que habían quedado sin parte en el repartimiento de los indios, dispuso que su hermano Alonso Pérez de Tolosa saliese con cien hombres a descubrir las sierras Nevadas<sup>25</sup>.

Cuando Rodríguez Suárez partió desde la Nueva Granada a la conquista de la Sierra Nevada, prometió a quienes le acompañasen darles repartimientos de indios<sup>26</sup>. En las instrucciones que Piña Ludueña dio al capitán Gracián de Alvarado para la conquista y población de los Cerrillos y laguna de Caranaca, ofreció encomiendas a los soldados que acompañaran a Alvarado,

e para que con más voluntad se animen algunos vecinos desta gobernación siendo encomenderos, declaro que por tiempo de cuatro años puedan gozar e gocen de las encomiendas que tuvieran en el lugar donde fueren vecinos e más de las que se le diesen en la ciudad que poblareis<sup>27</sup>.

Los soldados que acompañaron a Villegas en la fundación de Borburata, declararon que habían ido con la intención de poblar “para gozar de los repartimientos... que se repartieron como primeros conquistadores”<sup>28</sup>.

8. *Como estímulo para el descubrimiento de minas*. A los tres mineros que acompañaron a Villegas en aquella jornada les prometió que además “de lo que

.....  
23 A manera de ejemplo, véase el título de una nueva encomienda expedida en Caracas, enero 12, 1662. *Encomiendas*, t. 10, f. 129 v. AGN. C.

24 Pérez de Tolosa, loc. cit., p. 265.

25 Oviedo y Baños, op. cit., t. 1, p. 200.

26 Real cédula de noviembre 27, 1558. *Reales Provisiones*, copias de ANC, t. 1, f. 4. AGN. C.

27 *Encomiendas*, t. 26, f. 111. AGN. C.

28 Borburata, febrero 27, 1548. *Encomiendas*, t. 11, f. 197. AGN. C.

han de haber las personas que descubren primeramente minas, como primeros descubridores, se les remuneraría y serían favorecidos en repartimientos y otros provechos de la tierra”<sup>29</sup>.

9. *Premio por méritos y servicios*. Una vez que pasó el momento de la conquista, surgieron muchos otros medios para acumular méritos que permitiesen a las personas “beneméritas” aspirar a las encomiendas que vacaban:

Considerando haber sido los principales fines de introducir las encomiendas en los reinos de las Indias... el de la protección, doctrina y enseñanza de los indios y el de mantener y alentar con el premio a los pobladores beneméritos de aquellas Provincias para su conservación y defensa<sup>30</sup>.

Los servicios podían ser: a) de carácter militar; b) civil, como el desempeño de funciones importantes en la administración pública; c) económico, como donaciones en favor del Tesoro real, contribuciones en dinero y en especies para los gastos militares, etcétera.

10. *Socorro de personas necesitadas*. “En algunas provincias está señalado parte de los tributos para socorros y ayudas de costa de personas beneméritas y pobres, hijas y nietas de descubridores”<sup>31</sup>.

## LA PESCA DE LAS PERLAS

El empleo de los indios en la peligrosa labor de la pesca de perlas, fue permitida en el siglo xvi por la Corona. Los indios de las islas eran excelentes nadadores y tenían antiquísima experiencia en este oficio. Se consideró que era una ocupación que podía proporcionar a los naturales un competente beneficio y un trabajo útil que los apartaba de la ociosidad, preocupación constante de colonos y funcionarios.

Fueron estas dos razones las que movieron a la Corona para autorizar al mariscal Diego Caballero, en 1539, a emplear los indios de las islas de los Gigantes

---

29 Segunda carta de Juan Pérez de Tolosa. El Tocuyo, diciembre 3, 1546. En Oviedo y Baños, op. cit., t. 2, p. 244.

30 Real cédula de mayo 6, 1701. *Reales Cédulas*, 2ª Sec., t. 5, f. 8. AGN. C.

31 Recopilación, Lib. 6, tít. 8, ley 34.

en las pesquerías del cabo de la Vela “pagándoles su trabajo y dándoles la comida competente”<sup>32</sup>.

Más tarde se ocupó también a los negros en estas labores, que no resultaron tan inofensivas como se pensaba, pues en ellas murió un crecido número de indios y negros, lo que determinó una severa orden real por la que se dispuso que ningún indio libre fuese llevado contra su voluntad a las pesquerías, bajo pena de muerte a los contraventores, y que el obispo y juez de Venezuela ordenaran lo que les pareciere prudente para que cesaran los rigores del trabajo, y si consideraran que

...no se puede excusar a los dichos indios y negros el peligro de muerte, cese la pesquería de las dichas perlas, porque estimamos en mucho más, como es razón, la conservación de sus vidas, que el interés que nos puede venir de las perlas<sup>33</sup>.

Finalmente, en 1585 se ordenó que la pesquería de perlas se hiciera solo con negros y que no se permitiera el empleo de indios<sup>34</sup>. Este mandamiento fue observado y se conservó sin reformas en todo el tiempo de la administración española.

## REPARTO Y PROVISIÓN DE LAS ENCOMIENDAS

Acerca del uso de los dos términos de encomienda y repartimiento, considera Simpson que ha habido alguna confusión y los define así: la *encomienda* es la asignación permanente de los indios de una localidad determinada, al tutelaje y señoreaje de algún español; el *repartimiento* era el asignamiento de indios para alguna tarea específica por algún período limitado<sup>35</sup>.

---

32 Real cédula de junio 16, 1539, dirigida al obispo Rodrigo de Bastidas. Archivo General de Indias, copia de la ANH. C., t. II, 4, f. 273.

33 Real cédula de junio 5, 1546. Archivo General de Indias, Sevilla. Copia de la ANH. C., t. II, 5, f. 32.

34 Recopilación, Lib. 4, tít. 25, ley 31.

35 Simpson: *The Encomienda in New Spain*, p. 92.

Una vez que cesa el servicio forzoso, entra a funcionar en algunas partes de América un sistema de alquiler forzoso que en Nueva España toma el nombre de *cuatequil* y en el Perú de *mita*. “Las justicias o los jueces repartidores llaman imperativamente a los trabajadores indios y los reparten por tandas de trabajo a las labores agrícolas, minas, obras públicas y trabajos domésticos de la sociedad colonial”<sup>36</sup>. Los indios recibían un jornal y las autoridades determinaban el tiempo y la clase de servicio. Cuando el encomendero tenía necesidad de trabajadores, no podía tomarlos directamente de su encomienda como antes lo hacía por concepto de tributo, sino que tenía que solicitarlos del juez repartidor. Todos los colonos tenían iguales derechos para pedir indios: bastaba demostrar que los necesitaban. Los encomenderos estaban obligados a pagarle a los indios el salario que hubiera sido señalado y, por su parte, los indios de los pueblos encomendados estaban obligados a prestar sus servicios a la persona que el juez les señalase.

Así pues, el reparto en encomienda había quedado limitado a la relación con el tributo que el indio debía pagar a su encomendero; y el repartimiento en *mita* o *cuatequil*, en cambio, se relacionaba con el suministro de trabajo.

Pero en la antigua Provincia de Venezuela se nos presenta una situación muy diferente, porque en ella no existía ese repartimiento de trabajo pagado que en otras partes alcanzó tan extraordinario desarrollo, y lo que prevalece es la encomienda en su forma primitiva de servicios personales en calidad de tributo. Solo para la ejecución de las obras públicas hubo señalamiento de indios; pero aun en este caso tiene poco o ningún parecido con la *mita* o *cuatequil*, pues se le pedían al encomendero, quien los aportaba como una contribución suya al Cabildo que lo solicitaba. Los gastos de manutención corrían a cargo de este mientras se realizaba la obra; pero al encomendero se le imponía el sacrificio de los días de trabajo indígena que le correspondían.

## COMPOSICIÓN DEMOGRÁFICA DE LAS ENCOMIENDAS

No existe ninguna relación conocida de todas las encomiendas en un período determinado. Las visitas que los gobernadores estaban obligados a hacer durante

---

36 Silvio A. Zavala: *Ensayos sobre la colonización española*, Buenos Aires, 1944, p. 161.

su gobierno, debían constituir el mejor testimonio en cuanto a la constitución demográfica de las encomiendas venezolanas; pero lamentablemente de esas visitas han llegado hasta nosotros apenas muy pocos documentos en relación con el gran número de expedientes que ha debido resultar de cada visita. Hemos examinado cerca de trescientos expedientes de visitas, pero ellos corresponden a muy diferentes épocas y por tanto no permiten reconstruir la situación de las encomiendas para un momento dado.

No obstante, de la visita de indios hecha por el gobernador Porres y Toledo, que parece haber sido la más completa y cabalmente realizada, hemos logrado reunir los datos correspondientes a 96 encomiendas, grupo considerable que comprende, probablemente, la mayor parte de las que había en ese momento. Como las encomiendas, no solo mudaban de encomendero sino que se dividían o se agregaban varias para formar una sola y otras desaparecían por causas diversas o se incorporaban a la Corona, no es posible intentar su estudio desde este punto de vista, sino con los datos de un mismo período.

Porres y Toledo hizo su visita entre los años de 1660 y 1662, en que la terminó. Al grupo de 96 encomiendas visitadas por aquel gobernador, hemos agregado la de Martín de Tovar pues aunque los datos corresponden a una fecha muy posterior (fines del siglo xvii), su importancia justifica la excepción. En total, pues, las encomiendas cuya composición demográfica vamos a examinar se eleva a 97 que hemos dividido en cuatro grupos:

- 46 encomiendas de 0 a 10 tributarios;
- 20 encomiendas de 11 a 20 tributarios;
- 17 encomiendas de 21 a 40 tributarios;
- 14 encomiendas de más de 40 tributarios.

En el primer grupo nos encontramos con un total de 225 tributarios y una población total de 641 personas.

En el segundo grupo, el número de tributarios se eleva a 282 y la población a 886 personas.

En el tercer grupo los tributarios aumentan a 483 y la población sube a 1.546 personas.

Por último, en el cuarto grupo, no contando sino con 14 encomenderos, los tributarios se elevan a 1.109 y la población a 3.883.

## SERVIDUMBRE PERSONAL

Como ha sido explicado, los Welser se resistieron al reparto de los indios en encomiendas; pero esto no significa que prescindieran del empleo de la mano de obra indígena pues, por el contrario, fue la época en que mayores abusos se registraron. Los indígenas trabajaron para los españoles no como esclavos o siervos, sino como trabajadores forzados; pero sin estar adscritos a nadie en particular.

Los primeros gobernadores alemanes obligaron a los indios a atender las labranzas, construir las casas que fueron necesarias, transportar las cargas y prestar servicios domésticos, sin limitación alguna de tiempo ni reglamentación. En general la explotación de la mano de obra indígena durante este período se inspiró en los métodos empleados en Santo Domingo y otras posesiones de las Antillas, en donde el sistema dejó un trágico balance en la población nativa.

El gobernador Jorge Spira moderó las condiciones de trabajo impuestas a los indios, ordenando que solo sirviesen tres días a la semana, y “con esto se han conservado”<sup>37</sup> lo que pareciera sugerir que con la adopción de esta medida se hubiese puesto freno a la destrucción de la población indígena en aquella región de Coro, donde el sistema debió arrojar los mismos resultados que en las islas.

La regulación de Spira asimilaba en gran medida el régimen de trabajo indígena en Venezuela al de los repartimientos, pero seguía apegado al modelo insular, lo cual no tenía nada de extraordinario, pues Venezuela dependía de la Audiencia de Santo Domingo y todos los funcionarios y prelados venían de ahí. Es por eso que la experiencia antillana es la primera que se aplica en Venezuela y solo más tarde llega la influencia de la experiencia de Nueva España, que se conocía de una manera confusa.

## LA ENCOMIENDA DE REPARTIMIENTO

Después que se establece el régimen de encomiendas a partir de 1545, la servidumbre personal de los indígenas fue conservada a pesar de las leyes en

---

37 Real cédula de febrero 26, Archivo General de Indias, Sevilla. Copia de la ANH. C., t. II, 4, f. 232.

contrario, que no pudieron ser aplicadas en muchas partes de América donde la pobreza del medio dificultaba la tributación en especie o en moneda.

El tributo fue trocado en servicio y el régimen de prestaciones que se estableció participaba en algo de la naturaleza de los repartimientos de Nueva España y el Perú, aunque notablemente diferentes ya que los indios encomendados no podían dar servicios sino a sus propios encomenderos y para las tareas que estos le señalaran, siempre que no estuviesen prohibidas, como la pesca de perlas, el trabajo en las minas, transporte de cargas y todas aquellas que pudieran entrañar un riesgo para la vida y salud de los indios. Estas prestaciones no eran remuneradas puesto que se conceptuaban como un tributo, pero el trabajo que los indios encomendados dieran fuera de los días y horas estipuladas se debía pagar o descontarse de los siguientes días tocantes al encomendero.

Esto fue lo que en Venezuela se llamó “encomienda de repartimiento y doctrina” para distinguirla de la “encomienda de servicio personal”, nombre que se dio a aquella en que los indios estaban adscritos como criados personales aplicados a los servicios domésticos o labores del campo<sup>38</sup>, sin sujeción a las reglamentaciones hechas para las “encomiendas de repartimiento”.

En las ordenanzas de Juan de Villegas, de 1552, las prestaciones personales de los indios quedaron fijadas en un mes por cada tres meses; los otros dos meses los indios los dedicarían a sus propias labranzas. Todos los indios en edad de tributación debían servir al encomendero y no solo una parte de ellos, como se hacía en los repartimientos de Nueva España y Perú. En esas ordenanzas no se dice nada sobre el trabajo de las mujeres, lo que hace pensar que se las conceptuaba incluidas en la tasación de trabajo, pues usualmente eran empleados hombres y mujeres indistintamente en las labores del campo y otras ocupaciones<sup>39</sup>.

En el Paraguay ocurrió un proceso parecido. Las ordenanzas de Irala, de 1556, establecieron que los indios estaban obligados a servir a sus encomenderos

---

38 Trujillo, mayo 13, 1662. Cargos resultantes contra Alonso Sánchez de Aponte, en la pesquisa secreta hecha por el Gob. Porres y Toledo. Encomiendas, t. 39, f. 35. AGN. C.

39 Nueva Segovia, septiembre 14, 1552. Archivo General de Indias. Sevilla. Copia fotográfica enviada al autor por D. Francisco Morales Padrón, de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla.



en la construcción de casas, reparaciones, labores agrícolas, caza y pesca y en cualquiera otra ocupación. La única restricción era que solo un cuarto de la encomienda podía ser usada a un tiempo. Concibiendo el trabajo como repartido equitativamente, resultaría que cada indio debía servir tres meses cada año. Tampoco en estas encomiendas, como en las coetáneas de Villegas, se dice nada acerca de los límites de edad ni ellas prohíben el uso de las mujeres<sup>40</sup>. La suma de trabajo era mayor en las de Villegas, puesto que resultaban cuatro meses de servicio al año. En estas ordenanzas, contra la oposición de los encomenderos, quedó prohibido el empleo de los indios en el trabajo de las minas.

En las ordenanzas que Cortés hizo para el buen tratamiento de los indios de la Nueva España, autorizó a los encomenderos para emplear los indios en hacer estancias de labranzas y de crianzas de ganado; pero desautorizó su empleo en labores mineras. Además, reguló esos servicios estableciendo que para sacar a los indios de sus pueblos, el encomendero debía ocurrir al lugarteniente del poblado, quien registraba en un libro los indios; el servicio duraba veinte días, debiéndoseles dar comida sujeta también a reglas. La jornada terminaría a la puesta del sol y al mediodía se les daría una hora de reposo. Después de transcurridos los veinte días de servicio, no podrían ser llamados de nuevo hasta pasados treinta días. Cada año el encomendero debía pagar a cada uno de los indios que le sirvieran, hasta medio peso de oro en cosas de rescate. Tanto las mujeres como los menores de 12 años, quedaban excluidos del servicio<sup>41</sup>.

Las prestaciones personales forzosas fueron establecidas en América, particularmente en las zonas de una cultura atrasada y de escasos recursos minerales, por los imperativos, según definición de Elman Service, de una economía de subsistencia:

la falta de riqueza minera, aislamiento y comercio limitado hicieron que la fuerza de trabajo Guaraní fuera explotada en términos de una economía de subsistencia, y que el tributo de moneda, la producción agrícola o un comercio nativo de mercaderías no pudiera desarrollarse en lugar

---

40 Elman R. Service: *The Encomienda in Paraguay*. "The Hispanic American Historical Review", mayo 1951, págs. 230-252.

41 Silvio A. Zavala: *La encomienda indiana*. Madrid, 1935, p. 44.

de los servicios de trabajo para un mercado de exportación de ninguna importancia<sup>42</sup>.

La Corona no aceptó jamás de buena gana la servidumbre personal de los indios y su política estuvo dirigida a restringirla ahí donde no pudiese eliminarla. España favorecía el sistema de tributo que no ofrecía el riesgo de sustentar señorios y limitaba el poder político y la influencia de los encomenderos sobre los indígenas y, por otra parte, la tributación era fácilmente sujeta al control real.

## EL TRABAJO INDÍGENA

La empresa minera, base de las grandes fortunas en la América española, no existió en Venezuela, sino en una escala tan reducida que no llegó a significar jamás una actividad digna de tomarse en consideración. La empresa agrícola era asimismo pequeña y a menudo no tenía otro objeto que atender a una economía de subsistencia. Solo el cultivo del tabaco alcanzó un desarrollo importante capaz de prestar estímulo al incipiente desarrollo local, pues encontró un mercado exterior amplio que consumió grandes cantidades del producto venezolano. El cacao llega un poco más tarde.

A esta actividad agrícola es preciso agregar la ganadería, que mediante la venta de cueros y de carnes saladas permitió el desarrollo del comercio intercolonial, particularmente con las Antillas. Pero resulta curioso señalar que el trabajo de la encomienda de servicio no aparece empleado, por lo menos en lo que fue el territorio de la antigua Provincia de Venezuela, en la producción de tabaco y solo muy escasamente en labores de ganadería. El cultivo de cacao, que comenzaba ya a intensificarse, ocupa en cambio una parte de la mano de obra indígena. A la inversa, en el territorio venezolano que perteneció un tiempo al gobierno del Nuevo Reino de Granada, se empleó a los naturales en el cultivo del tabaco y en 1620 la ordenanza de Vázquez de Cisneros prohibió ocuparlos en el del cacao.

La mayor parte de ese trabajo es invertido en la producción de maíz y de trigo, bienes destinados al consumo local<sup>43</sup>. La producción de hilo, que es la que

---

42 Elman R. Service, loc. cit., p. 236.

43 Véase del autor, *Economía colonial de Venezuela*. México, Fondo de Cultura Económica, 1946, pp. 63-101.

ocupa mayor número de brazos, se realiza por medios primitivos y es una actividad esencialmente rural. Es de todas la más importante desde el punto de vista del comercio interior, pues ella proporciona uno de los instrumentos de cambio más generalmente empleado, que es el hilo y el lienzo de la tierra.

Lo que sí parece incuestionable, es que hasta las últimas décadas del siglo xvii los servicios de los indios de encomienda constituían la base de la producción venezolana y los encomenderos no podían prescindir de ellos para sus empresas agrícolas. Cuando el tributo de servicio queda abolido en 1687, las condiciones debían haber cambiado pues la Provincia no se esfuerza mucho en recuperarlo. Esto se explica pues ya en esa fecha el cultivo del cacao había adquirido una gran extensión y sustentaba un intenso comercio con Nueva España, la metrópoli y los traficantes extranjeros que suministraron un gran número de esclavos negros a cambio de ese grano<sup>44</sup>.

A partir de ese momento el trabajo del negro adquiere mayor preeminencia, y es tal vez a causa de ese trueque de esclavos por cacao que en las plantaciones de este se concentra la mayor parte de la población negra. Sin embargo, la producción para el consumo interior continúa casi toda en manos del indio.

Veamos cuál era la distribución del trabajo indígena, hacia 1660 y 1662, de acuerdo con los resultados de la visita hecha por el gobernador Porres y Toledo y la pesquisa secreta sobre el tratamiento que los encomenderos daban a los indios. Debe tenerse en cuenta que estas encomiendas eran en su mayoría pequeñas y esta circunstancia determinó una de las más netas características de la encomienda venezolana, que es el trabajo de la mujer parejo con el varón y a menudo mayor, de manera que el balance en general resulta favorable a la mujer como dispensadora de fuerza de trabajo. La carga de trabajo de la encomienda venezolana, cayó en su mayor parte sobre los hombros de la mujer. Esta es una de las conclusiones que se desprenden del análisis que vamos a hacer a continuación.

Las encomiendas que daban hilado de algodón correspondían principalmente a Trujillo, Tocuyo y Coro. En las de Coro se observa un exceso de hilado pues en una de ellas las indias hilaban 116 libras al año, que daban todas al encomendero;

---

<sup>44</sup> Sobre el comercio del cacao, véase del autor, *Comercio entre Venezuela y México en los siglos xvii y xviii*. México, El Colegio de México, 1951.

en otra hilaban 72 libras y en otra, 58 libras, sin recibir nada en pago. En las de la jurisdicción de Caracas se advierte alguna moderación en el hilado.

El trabajo de hilado se daba generalmente a las indias casadas, y a las solteras se las llevaba al campo en iguales circunstancias que los hombres y casi para las mismas tareas, pues solo quedaban excluidas de aquellos trabajos demasiado recios como el corte y transporte de maderas y los trapiches de caña.

En general el número de tareas realizadas por la mujer era mayor y más diversos los oficios que desempeñaba.

De este examen se desprende que en casi la totalidad de las encomiendas se violaban las ordenanzas sobre el trabajo indígena, y estas violaciones caían en su mayoría sobre el trabajo de la mujer que, según esas ordenanzas, debía limitarse al hilado de cinco libras de algodón al año, por cuya labor el encomendero debía pagarle otras tantas libras de algodón. Vemos que en las 48 encomiendas que daban demora de algodón, solo en tres se observaba esta regla y apenas en 18 de ellas se retribuía esta labor. Las restantes 23 encomiendas se hallaban también en falta pues la demora de algodón era obligatoria ya que se consideraba como un medio para proporcionarles vestidos a la familia indígena sin que esta obligación cayese enteramente sobre el encomendero, dispensando al mismo tiempo al indio de tal gasto. En definitiva, pues, de las 70 encomiendas, en 67 se violaba esa parte de las ordenanzas.

En cuanto a las demás tareas de la mujer, todas ellas se encontraban en flagrante contravención con lo dispuesto, pues estaba expresamente prohibido darles otra ocupación que no fuera el hilado y los servicios domésticos en la casa del encomendero, uno y otro retribuidos.

Por lo que se refiere a los días de trabajo, solo en 45 encomiendas se observaba la regla de los tres días a la semana y en otras dos donde el trabajo extra de una semana se compensaba en la siguiente. En las restantes 23 encomiendas el abuso era escandaloso pues en 12 de ellas los indios trabajaban la semana completa, a menudo hasta los días feriados y aún los domingos. Estos indios, por tanto, no tenían tiempo para atender a sus sementeras y su situación de hecho era igual a la de los esclavos, aunque jurídicamente su estado fuera diferente.

Y no solo tenían los indios que aportar su trabajo sino, que en muchos casos se veían obligados a comprar con sus propios y escasos recursos las herramientas que empleaban en las labores del encomendero. Y en otras muchas

oportunidades, además de costear las herramientas tenían que atender a su alimentación durante los días de servicios.

## **RÉGIMEN DE REPARTIMIENTO EN MÉRIDA**

En los términos de la ciudad de Mérida funcionó un régimen de trabajo diferente al del resto de Venezuela. Pertenecía aquella a la jurisdicción del Nuevo Reino de Granada y por tanto quedó sujeta a las disposiciones emanadas de aquel gobierno que, en 1619 dio al oidor licenciado Alonso Vázquez de Cisneros el encargo de efectuar una visita de indios en los términos de varias ciudades que incluían las de Mérida, San Antonio de Gibraltar, Barinas y Pedraza<sup>45</sup>.

Según dice Gutiérrez de Arce, el visitador encontró 3.114 indios útiles, que junto con sus familias daban una población indígena de 10.750 personas, aunque dispersas por los montes y sin reducir a poblado de ninguna clase. Todos los indios, inclusive las mujeres, estaban sometidas a servicio personal impuesto a discreción de los encomenderos sin prestar atención a las disposiciones metropolitanas. Donde más graves violaciones halló este visitador, fue en Gibraltar y Barinas, sobre todo en esta última, donde a causa de las labores del tabaco y por razón del escaso número de indios, se les obligaba al trabajo con tanta dureza que las indias habían casi desaparecido y los varones quedaron reducidos en dos tercios en menos de treinta años, ya que había una diferencia de 717 indios desde la visita que en 1593 realizó el capitán Antonio de Monsalve<sup>46</sup>.

## **EL TRIBUTO EN EL SIGLO XVI**

En el asiento y capitulación que se tomó con Bartolomé de las Casas para la colonización de la costa de Paria, en 1520 quedó proscrito el régimen de encomienda, estableciéndose en cambio, el de tributación directa a la Corona:

---

45 Un magnífico estudio sobre la visita del Lic. Vázquez de Cisneros ha sido hecho por Manuel Gutiérrez de Arce, publicado en el "Anuario de Estudios Americanos", núm. 3, Sevilla 1946, pp. 1.139-1.215, que incluye el texto completo de las ordenanzas de aquel visitador.

46 Manuel Gutiérrez de Arce: *El régimen de indios en Nueva Granada*. "Anuario de Estudios Americanos", núm. 3, p. 1.147.

Dentro de dos años primeros siguientes que se cuenten desde el día que habéis de estar en la dicha Tierra Firme, daréis diez mil indios allanados, seguros tributarios e sujetos e obedientes a la Corona real de nuestros reinos de Castilla<sup>47</sup>.

El régimen de tributación había sido desechado anteriormente en la capitulación celebrada con los jerónimos, en 1516, en las instrucciones para el gobierno del mismo territorio de Paria.

Ampíes en la costa de Coro, pensó también dejar a los indios bajo sus propias formas de gobierno como hombres libres, vasallos del rey de España a quien pagarían un tributo. No entraba en sus planes el establecimiento de la encomienda, el repartimiento ni con otra forma de servidumbre.

La encomienda de servicio no se propagó a Venezuela cuando esa institución se hallaba en pleno desarrollo en la mayor parte del continente, en cambio se establece y difunde después de haber dispuesto la Corona su conversión en encomienda de tributo.

Las ordenanzas dictadas por Juan de Villegas en 1552, en Nueva Segovia, tres años después de la cédula de 1549 que prohibió el servicio personal como tributo, impusieron justamente las prestaciones personales y solo reservó el tributo para los indios que beneficiaban las minas de sal, a quienes se conmutó el trabajo forzado por una tributación en especie: la sal que para sus casas los encomendados hubieren menester<sup>48</sup>. Villegas excusó la implantación del tributo porque la pobreza de aquellos naturales no permitía declarar lo que al encomendero hubiesen de dar, y aunque sujetó su acuerdo a la población real, vinieron luego las súplicas de los noveles encomenderos y del propio fundador de la ciudad, en demanda de que se ratificara la encomienda de servicio<sup>49</sup>.

En 1584 el gobernador Luis de Rojas informaba al rey que los indios de esta gobernación “no han dado jamás demoras a sus encomenderos ni las pueden

---

47 Asiento y capitulación que se tomó con Bartolomé de las Casas. La Coruña, mayo 19, 1520. Publicados por Fernández Duro, en la Ed. de Oviedo y Baños, *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela*. Madrid, 1885, t. 2, p. 321.

48 Nueva Segovia, septiembre 14, 1552. Archivo General de Indias. Copia de la ANH. C., t. II, f. 232.

49 Véase del autor *El régimen de la encomienda*, Cap. V.

dar por ser los indios muy pobres, los cuales solo dan a sus amos el servicio personal”. Agregaba este funcionario que por una real cédula se le advirtió que en Trujillo había desorden en la tasa de los indios, de manera que habiéndose muerto una tercera parte de ellos, entre los que quedaban se repartían las demoras como si todos fueran vivos; y a este informe respondía Rojas: “fué [sic] sinistra relación que a vuestra alteza dieron, porque en toda esta Provincia no hay en ninguna ciudad indios tasados que den demoras”<sup>50</sup>.

### CONSOLIDACIÓN DE LA ENCOMIENDA DE TRIBUTO-SERVICIO

Hacia los comienzos del siglo xvii la Corona emitió varias cédulas dirigidas a generalizar el establecimiento del régimen de tributo, darle una mejor regulación y moderar las tasas. Pero esas disposiciones, lejos de debilitar la encomienda de servicios, contribuyeron por el contrario para consolidarla en Venezuela.

Esto fue lo que hicieron las ordenanzas del gobernador Sancho de Alquiza y del obispo Alcega, en 1609, en las cuales quedó establecido que no disponiendo los indios de oro ni plata ni de ningunos otros frutos de cosechas particulares ni comunes, no podían pagar tributos sino en servicios personales<sup>51</sup>.

Es curioso señalar que la cédula de 18 de septiembre de 1609 a la que se acogen en gran parte esas ordenanzas, fijaba la edad de tributación entre los 20 y los 60 años, siendo casados<sup>52</sup>. Pero Alquiza y Alcega, apartándose de esta norma, fijan la edad de tributación entre los 12 y los 60 años para los varones, y entre los 10 y los 60 para las mujeres, o sea, un período de servicio más largo para estas.

En estas ordenanzas se fijó la demora de hilado que debían dar las mujeres casadas, en cinco libras de algodón anuales para el encomendero; este debía proporcionarle a las indias 10 libras de algodón de las cuales las indias tomarían cinco para sí, con la condición de hilarlas para sus vestidos, los de sus maridos e

---

50 Caracas, abril 1, 1584. Archivo General de Indias. Copia de la ANH. C., t. II, 8, f. 23.

51 Caracas, noviembre 30, 1609. *Tasación sobre el buen tratamiento de los indios de Venezuela*, Archivo General de Indias. Copia de la ANH. C., t. II, 55, f. 90.

52 Real cédula de septiembre 18, 1609. Archivo General de Indias. Copia de la ANH. C., t. II, 55, f. 104.

hijos. Las viudas y solteras debían hilar menos cantidad de algodón, pues solo se le imponía una libra cada tres meses dándoles su encomendero el algodón, y sin que se les pudiese obligar a otros servicios ni tributos<sup>53</sup>.

## EL RÉGIMEN DE TRIBUTOS

En la provincia de Mérida las cosas ocurrieron de muy distinta manera, pues el oidor Vázquez de Cisneros suspendió en 1620 la encomienda de servicios e impuso el tributo en los términos de las ciudades de Mérida, Barinas, Gibraltar y Pedraza. La tasa fijada por el oidor en su visita fue de cinco patacones y dos gallinas en cada un año,

pagados por los dos tercios de el año, San Juan y Navidad, cuya tasa ha estado sin haberse acrecido ni minorado, y según lo que ha constado por las sumarias secretas de esta visita, ha sido y es cómoda la dicha demora y no gravosa, y que la podrán pagar sin fatiga<sup>54</sup>.

A diferencia de la Provincia de Venezuela, donde la mujer soportaba una carga de trabajo en general mayor que la del hombre, en estas ordenanzas las mujeres de todas calidades fueron eximidas de todo tributo y servicio:

Ordeno y mando que los indios jubilados y reservados por edad o enfermedad y las indias viudas, casadas y solteras, de cualquier edad que sean, no sean compelidas a ningún tributo ni servicio personal, pues la naturaleza las hizo libres<sup>55</sup>.

El único tributo que pagaban los indios dependientes del gobierno de Caracas era el que se destinaba al vino y al aceite que se daba a los conventos. Pero una cédula de 3 de mayo de 1655 exoneró a los naturales de esta carga para hacerla

---

53 Caracas, noviembre 30, 1609. *Tasación sobre el buen tratamiento de los indios de Venezuela*. Archivo General de Indias. Copia de la ANH. C., t. II, 55, f. 90.

54 Mérida, agosto 17, 1620. Ordenanzas del licenciado Vázquez de Cisneros. Archivo General de Indias. Copia de la ANH. C., t. II, 44, f. 303v.

55 *Ibidem*, p. 243.



recaer sobre los encomenderos<sup>56</sup>. El cumplimiento de esta obligación se inscribió como condición expresa en las confirmaciones reales de encomiendas<sup>57</sup>.

Pero aunque el tributo no existiese como sistema en dicha Provincia, hubo casos aislados de tributación de los cuales conocemos dos, que fueron los únicos de que tuvo noticia el gobernador Porres y Toledo en su visita de indios.

Estos dos casos se refieren a Maracaibo. El primero se conoce por una declaración del licenciado Lucas Quintero de Cuenca, cura doctrinero de los indios macuaes, poblados en las sabanas de aquella ciudad. Manifestó el doctrinero que los indios útiles (esto es, en edad y facultad de tributación) de su doctrina podrían alcanzar a un centenar; la renta que daban cada año a su encomendero variaba entre 250 hasta 300 pesos. Este tributo lo pagaban en especies: maíz, gallinas, hilo de algodón, miel de abejas y aceite de Cabimas.

Estos indios, según cuenta el citado clérigo, eran de

...mala naturaleza y que cada día se levantaban y hacían mortandad de los españoles que se hallaban en las poblaciones, por cuyos recelos este declarante no asistía sino el tiempo que estaban pacíficos... y por último se levantaron el año pasado quemando las casas y ganados de su encomendero y de otros particulares, retirándose la sierra adentro, donde están hasta hoy sin querer salir<sup>58</sup>.

Parece que estos indios eran rebeldes a las prestaciones personales, que solo ocasionalmente se avenían a dar, por lo que el encomendero decidió pedirles el tributo en especie y no en servicios.

---

56 Real cédula de mayo 3, 1655, citada en real cédula de junio 14, 1673. *Reales Cédulas*, t. 1, f. 42. AGN. C.

57 Real cédula de agosto 28, 1658. Confirmación de la encomienda otorgada a Alonso Pacheco Velázquez, de Trujillo. Se dice que “es condición expresa que de los tributos de la dicha encomienda hayáis de pagar y paguéis lo que en conformidad de lo dispuesto por otra mi cédula de 3 de mayo de 1655 que generalmente se ha despachado, se os repartiere... para la paga de la limosna de el vino y aceite...” *Reales Cédulas*, t. 10, f. 39. AGN. C.

58 Maracaibo, octubre 29, 1658. Declaración del licenciado Lucas Quintero de Cuenca. *Encomiendas*, t. 42, f. 203. AGN. C.

El segundo caso corresponde a la encomienda de indios moporos que Simón Negrete poseía en el pueblo de Barbacoas, en la jurisdicción de Maracaibo. Había ahí doce indias viudas que Negrete ocupaba todo el año en hilar pita y hacer tejidos de paja (estera y cataures), y 57 indias casadas a las que quitaba dos pesos de plata anuales<sup>59</sup>. De manera que además de los servicios y de las especies, este encomendero recibía un beneficio anual de 114 pesos.

A estos dos casos podría agregarse el de la encomienda de Francisca Gámez, en el valle de Tarmas (Mamo), donde las indias daban cada una 16 libras de algodón hilado anualmente, de las cuales apenas recibían cuatro libras de la encomendera y las otras 12 libras tenían que comprarlas con sus propios recursos, lo que equivalía a una tributación anual de 10 reales, aproximadamente, para la compra de esas 12 libras de algodón más el servicio<sup>60</sup>.

## FINAL DE LA ENCOMIENDA DE SERVICIO

La encomienda de servicios personales, que se había mantenido en pie en la Provincia de Venezuela a pesar de las numerosas órdenes reales contrarias a ella, terminó en 1687.

A partir de esa fecha los indios cesaron en la obligación de dar prestaciones personales a sus encomenderos. En lo sucesivo quedaron obligados solo a darle un tributo anual, y la fuerza de trabajo indígena debía ser pagada y contratada por el encomendero no ya como tal, sino como empresario agrícola. Los indios quedaban legalmente obligados a trabajar, pero no como siervos sino como trabajadores libres. Teóricamente, pues, se había terminado con la forma semifeudal de aprovechamiento del trabajo indígena.

Ya antes de aquella fecha, y quizás para conciliar las demandas de la Corona y los intereses de los coloniales encomenderos, los gobernadores habían intentado hacer la conversión de los días de servicio por su equivalente en salarios. De esta manera el sistema quedaba sin alteración pues el cambio resultaba solo aparente. Pero como la conversión arrojaba una suma de tributos tan elevada que alarmó

---

<sup>59</sup> Maracaibo, abril 5, 1662. *Encomiendas*, t. 48, f. 73. AGN. C.

<sup>60</sup> Caracas, mayo 15, 1660. *Encomiendas*, t. 6, f. 36 AGN. C.

a la Corona, negó a Pedro de Cameros la confirmación de una encomienda en los indios ayamanes y gayones, en el pueblo de Duaca, pues la tasación fijada fue de treinta y tres pesos y seis reales de plata anuales sobre cada indio tributario, equivalente a solo tres días de servicio a la semana. El rey, sorprendido por el exceso escribió al gobernador:

...os ordeno y mando me informéis por qué razón y en virtud de qué órdenes se les reparte esta cantidad tan crecida, que justamente ha hecho novedad, y qué es lo que verdaderamente deben contribuir, lo cual ejecutaréis luego en la primera ocasión que se ofrezca para que si hubiere exceso en esta contribución tome la resolución que convenga en este punto<sup>61</sup>.

Los oficiales reales informaron que aquellos indios jamás habían pagado tributo sino servicio personal hasta 1687 que se les quitó “poniéndoseles en libertad” y señalándoseles de tributo 100 reales anuales; que anteriormente contribuían al encomendero con tres días de trabajo a la semana, que se reputaban en 33 pesos y 6 reales, y “que el origen de ese tributo no se ha hallado, sí solo los ejemplares de sus antecesores”<sup>62</sup>.

Ese tributo de 100 reales debían pagarlo directamente a los encomenderos por medio del alcalde indígena, encargado de hacer la recaudación, según fue prescrito por las Leyes de Indias. Pero luego se instituyeron los corregidores, nombrados por el gobernador marqués de Casal en 1690, quién les asignó como salario cuatro reales al año que cobrarían de cada uno de los indios de su corregimiento<sup>63</sup>, o sea, que sobre estos recaía una nueva carga que elevaba su tributo a 13 pesos anuales. Los corregidores fueron encargados de recaudar los tributos indígenas y de remitirlos a las cajas reales.

De esta manera los encomenderos perdieron toda relación con la encomienda en sí, y en adelante dependieron directamente de la Real Hacienda. La encomienda se convirtió, pues, simplemente en una pensión que se tendía a

---

61 Real cédula de junio 22, 1686. *Reales Cédulas*, 2ª Sec., t. 2, f. 120. AGN. C.

62 Real cédula de septiembre 22, 1689. *Reales Cédulas*, 2ª Sec., t. 7, f. 167. AGN. C.

63 Real cédula de abril 2, 1696. *Reales Cédulas*, 2ª Sec., t. 3, f. 148. AGN. C.

considerar cada vez más acentuadamente como una dádiva real, pues se pagaba por las cajas y el cobro y distribución de los tributos quedó dentro del mecanismo administrativo. El encomendero, en fin, había cesado en su función como tal y de su antiguo e importante papel económico y social apenas conservaba el nombre.

Fácil será imaginar que bien pronto comenzaron las dificultades de aquellos encomenderos con los oficiales reales; en 1696 el Cabildo de Caracas representó al rey que, después de la demora de los indios en que se señaló el tributo que debían pagar, se ordenó que el producto de esta recaudación entrase en poder de los corregidores para que estos a su vez lo entregasen en las cajas reales, por cuya causa habían experimentado gran atraso los encomenderos en lo que percibían de sus encomiendas, por no satisfacerseles sus rentas por las cajas hasta tanto no se hubiese terminado la recaudación. El rey dispuso que no se alterara en nada lo resuelto en orden a la demora de indios, pero recomendó especial cuidado en pagar sin dilación a los encomenderos lo que les perteneciese<sup>64</sup>.

## CENSOS DE TRIBUTARIOS

El establecimiento del tributo trajo como consecuencia un mejor conocimiento oficial de la población indígena. A partir de ese momento hay un pronunciado interés de la Real Hacienda y de la Iglesia por conocer el número exacto de indios de los diferentes pueblos de la gobernación, con el objeto de organizar la administración de la renta y recabar el pago de cada indio según la tasación correspondiente.

Tanto los corregidores como los curas doctrineros, formaron cuadros estadísticos no solo sobre la población indígena, sino también sobre los otros grupos de sus respectivos distritos, que sirvieron finalmente para componer el único cuadro estadístico conocido de toda la población de la antigua gobernación de Caracas, que nos ha correspondido en suerte publicar por primera vez (véase *El régimen de la encomienda*, p. 67), que arroja un total de 388.895 habitantes, distribuidos así:

---

64 Real cédula de junio 21, 1698. *Reales Cédulas*, 2ª Sec. t. 4, f. 67. AGN. C.

Blancos		99.642	25,6%
Indios		47.60	12,2%
Pardos		147.136	37,9%
Negros			
Libres	33.632		
Esclavos	60.880	94.512	24,3%
<b>Población total</b>		<b>388.895</b>	<b>habitantes</b>

Inmediatamente después de recibirse la Cédula Instrucción para el buen gobierno de los indios dependientes de las autoridades de Caracas, los funcionarios civiles y eclesiásticos procedieron a formar un padrón de los indios en edad de tributación, y con arreglo a él fijaron los salarios que correspondían a los doctri-neros ajustándolos a la población efectiva y a la tasa nuevamente establecida, lo que significó en algunos casos aumento de esos salarios por haber ocurrido un aumento en la población, pero en la mayoría se registró una baja.

Ese padrón levantado por el gobernador marqués de Casal y el obispo Diego de Baños, en 1691, arrojó, un total de 3.822 indios tributarios que pagaban una suma aproximada, como ya indicamos, de 17.992 pesos anuales<sup>65</sup>. Esto sirve para demostrar lo que perdieron los encomenderos con el cambio de régimen, pues computando a un real diario cada uno de los 156 días de servicio que recibían al año anteriormente, se tiene que los indios daban alrededor de 84.000 pesos anuales en salarios que dejaban de recibir. Pero esa cantidad resultaba mucho mayor del doble pues entonces tributaban servicios los indios menores de 18 años y mayores de doce, y asimismo las mujeres, cuyo número era mayor al de los hombres. Puede estimarse entre 170.000 y 200.000 pesos anuales el precio de los servicios que los indios dieron a sus encomenderos hasta 1687, año en que termina la encomienda de servicio. Esta conclusión viene a demostrar finalmente

---

65 Silvio A. Zavala (*La encomienda indiana*, Madrid, 1935, p. 329) hace referencia a un manuscrito de la Bibl. Nac. de Madrid que atribuye a Antonio de León, según el cual las rentas de las encomiendas de Venezuela eran, en 1631, de 12.000 ducados anuales. Es de advertir que para entonces regía en Venezuela el sistema de servicios personales, y, por tanto, esa cifra no podía corresponder sino a una estimación de lo que valían los días de servicios dados al encomendero, en lo que se quedó corto el autor del manuscrito.

la razón de la resistencia opuesta por los encomenderos, desde mediados del siglo xvi, a la implantación del régimen de la encomienda de tributo.

## ENCOMIENDA Y PROPIEDAD TERRITORIAL

La encomienda y la propiedad territorial son instituciones diferentes. Entre los institucionalistas no existe confusión alguna al respecto y los historiadores especializados han puesto cada cosa en su sitio. En realidad no se justifica el hacer aquí esta aclaratoria en una materia ya muy clara, sino por la confusión que aún subsiste en Venezuela sobre los orígenes de la propiedad. A menudo se atribuye esta a la encomienda y se difunde la idea de que en los primeros años de la conquista, y aún mucho tiempo después, se repartieron las tierras junto con los hombres que las habitaban, y en ciertos textos se emplea la palabra *repartimiento* como sinónima de *distribución de tierras*.

El tratadista Silvio Zavala ha dejado ya establecido que en ninguna parte de América existe la propiedad territorial a consecuencia del título de encomienda<sup>66</sup>. Este origen habrá que buscarlo en las *mercedes de tierras*. Y no puede ser la encomienda porque la propiedad del suelo entraña derechos concedidos a perpetuidad, en tanto que los de la encomienda eran temporales y no se transmitían por herencia sino que concluían con el individuo, pues se otorgaban por una, dos o más vidas: pero de todas maneras tenían un término a cuyo final se las declaraba vacantes, y se otorgaban de nuevo o revertían a la Corona.

Las dos instituciones estaban en su época perfectamente delimitadas y no había posibilidad de confusión, hasta el punto de que las autoridades con facultades para otorgar tierras o indios, eran diferentes, y expresamente quedó establecido en la Legislación Indiana que el funcionario con poder para otorgar mercedes de tierra no lo tenía para repartir encomiendas. *La Encomienda* es una institución de origen feudal y se refería a la obligación por parte de los siervos, de servir a su señor. En los títulos de encomiendas se dice que se *dan los indios con todas sus tierras*; pero esto no quería decir que se otorgara la propiedad sobre los individuos y sus bienes: por la naturaleza misma de la institución se

---

<sup>66</sup> Silvio Zavala: *Ensayos sobre la colonización española en América*. Buenos Aires, 1944, p. 139. *De encomienda y propiedad territorial en algunas regiones de la América española*. México, 1940.

sobreentendía que lo que se daba era el *señorío* sobre los vasallos y las tierras que ocupaban o poseían. Una prueba de que el Derecho de la época no daba lugar a dudas sobre la franca separación entre *encomienda* y *propiedad*, se encuentra en un juicio intentado por el protector general de los indios, Diego Francisco de la Cruz Alarcón, abogado de la Real Audiencia de Santo Domingo, en nombre del cacique principal de los indígenas de San Mateo, contra Violante de Ochoa por haber este vendido unas tierras cuya propiedad reclamaba aquella comunidad, porque al tiempo que se fundó dicho pueblo solamente se le dieron a él, su mujer y sus hijos “las encomiendas y no las tierras”<sup>67</sup>.

Era frecuente que los encomenderos solicitaran tierras para sus encomendados y para sí, con entera separación. El deslinde de las propiedades de indios y encomenderos se hacía por un funcionario en comisión especial, ante testigos y en presencia de los indios. En la elección de tierras se hallaba ordenado que se diese preferencia a los indios. Sin embargo, se cometieron numerosos abusos y violencias en perjuicio de la propiedad indígena por la vía de la usurpación, que obligó a la Corona a dictar severas disposiciones que dieron origen, hacia finales del siglo XVIII, a ruidosos pleitos promovidos por los representantes indígenas en demanda de las tierras que se les usurparon. Muchos notables de la aristocracia caraqueña quedaron envueltos en estos litigios y se vieron obligados a devolver valiosos territorios que habían arrebatado a las comunidades indígenas.

## EXTINCIÓN DE LA ENCOMIENDA

Una vez que los tributos pasaron a la Real Hacienda para que esta los distribuyese entre quienes correspondiese, comenzó a surgir la tendencia de asimilar las encomiendas a las pensiones o mercedes sobre las rentas reales. En ese momento se inicia, pues, el proceso de liquidación del régimen de las encomiendas.

Cuando en la antigua Provincia de Venezuela se ordena y realiza el cambio del régimen de servicio por el de tributos, ya ese proceso se hallaba muy avanzado en otras partes de América y ese mismo año entra en su momento crítico. Un decreto del 2 de noviembre de 1687, había dispuesto que a partir del 1º de enero siguiente, se retuviera la mitad de la renta libre de todas las encomiendas

---

67 Arcila Farías, *El régimen...* 2ª Ed., 1968, p. 285.

de indios, para el sostenimiento de las fuerzas marítimas destinadas a la defensa de los mares del Norte y del Sur. Es muy probable que la decisión de implantar en Venezuela la encomienda de tributo obedeciese a esa sola finalidad.

El siguiente paso dado por la Corona hacia la liquidación de la encomienda, consistió en un decreto de 6 de mayo de 1701, por el que resolvió prohibir que en adelante se otorgaran encomiendas a personas residentes en España, agregando que las pensiones que disfrutaban en las cajas tales personas terminaran con la muerte de sus actuales poseedores y pasaran seguidamente a la Corona<sup>68</sup>. Seguía la advertencia de que “por ahora no se haga novedad en las provistas en vasallos residentes en pueblos encomendados”, “por ahora” que Zavala califica de intranquilizador pues parecía vaticinar otras medidas más graves.

La siguiente fue el decreto de 1707 por el cual se dispuso que las encomiendas de corto número se agregaran hasta completar el número de cincuenta tributarios,

y que las encomiendas que al presente se hallaren que no lleguen al número de veinte y cinco indios, se administren por mis virreyes, presidentes, gobernadores y oficiales reales, acudiendo estos a las personas que las poseyeran con lo que procediere de los tributos señalados según sus tasas, sin exceder en manera alguna, deduciendo de ante todas cosas la cantidad con que se hubiere de asistir al doctrinero o doctrineros que les estuvieren señalados<sup>69</sup>.

Si se considera que en Venezuela la mayoría de las encomiendas no alcanzaba ese número, se comprenderá el efecto que este decreto ha debido tener sobre lo que restaba de la vieja institución, tan duramente golpeada en los últimos años del siglo xvii.

De esta manera llegamos al decreto de 23 de noviembre de 1718, por el cual dispuso el monarca que las encomiendas que se hallaren vacantes o que no hubiesen sido aún confirmadas, se incorporaran a la Corona como así también las que vacaren en el futuro. Las encomiendas adjudicadas y confirmadas, terminarían con la muerte de sus poseedores, aunque las tuviesen en primera vida.

---

68 Real cédula de mayo 6, 1701. *Reales Cédulas*, 2ª Sec., t. 5, f. 8, AGN. C.

69 Real cédula de diciembre 23, 1707. *Reales Cédulas*, 2ª Sec., t. 6, f. 57. AGN. C.



— *Capítulo iv* —

## EL COMERCIO EN LOS SIGLOS XVI Y XVII



**EL PRIMER SIGLO DE LA DOMINACIÓN ESPAÑOLA** en Venezuela fue un período que puso a prueba la tenacidad de la raza conquistadora. Los españoles quisieron adaptar al clima y al suelo de la joven colonia los cultivos e industrias de la madre patria. Trataron de aprovechar la abundancia de algodón que les brindaba la Provincia, y si la industria de hilados no prosperó, pese al éxito inicial, no fueron ellos los responsables del fracaso, y el esfuerzo que realizaron quedará en la historia como un ejemplo de laboriosidad. Introdujeron el trigo y muy pronto las espigas cubrieron extensas zonas. Cultivaron la caña de azúcar y fundaron numerosos trapiches. Como resultado de su voluntad, que no lograron fatigar las dificultades que parecían invencibles, 33 años después de la fundación de Caracas eran exportadas por el puerto de La Guaira cerca de 200.000 libras de harina, más de 1.000 varas de lienzo; azúcar, y muchos otros productos.

Hasta mediados del siglo xvi, el comercio de Venezuela fue muy limitado, pues la población blanca era aún escasa y el suelo no había comenzado a cultivarse. La obra de la colonización se hallaba apenas en sus comienzos, y solo había en el país algunos pequeños grupos de españoles desprovistos de medios adquisitivos, sin echar todavía raíces en la Provincia. De ahí que el comercio de esclavos indígenas fuera el trato obligado. El descubrimiento de las minas de oro de San Felipe de Buria, aunque de escaso rendimiento, proporcionó la primera base firme para el desarrollo de la colonización, y es evidente que, a partir de este suceso, se formaron en el país núcleos permanentes de individuos, ya que el laboreo de esas minas constituía un halago para establecerse, a la vez que abría una importante fuente de trabajo y suministraba un instrumento universal de cambio. En adelante, las operaciones de comercio se facilitaron y los pobladores cesaron de estar sujetos a las incomodidades del trueque directo.

Pronto las naves españolas, coloniales y peninsulares, comenzaron a frecuentar los puertos venezolanos. En 1560, el procurador Sancho Briceño solicitó que se permitiese a los vecinos cargar todos los años en Sevilla un navío de registro para Borburata, y que los derechos de entrada y salida les fuesen reducidos a la mitad. Esta solicitud, tomada generalmente por los historiadores como una demostración de que no llegaban naves de España ni de otra parte a nuestras costas, debe interpretarse, por el contrario, como prueba del desarrollo alcanzado por esta colonia, y obedecía ante todo al deseo de los vecinos de obtener mercaderías más baratas, ya que los impuestos y las excesivas utilidades de los mercaderes aumentaban demasiado los precios y hacían prohibitivos los artículos europeos; a no ser que los comprasen de contrabando. Igual rebaja de derechos fue solicitada en ese mismo año por la isla Española, concediéndosela Felipe II en 1561 por término de doce años, privilegio que renovó en 1573 y que luego hizo extensivo a Venezuela, Cumaná y Río de la Hacha<sup>1</sup>.

Es dudoso que los pobladores de Venezuela estuviesen para esa época en condiciones de efectuar sus compras directamente en Sevilla y armar o tomar a flete un navío todos los años. El hecho es que en los libros de registro de la tesorería colonial no aparecen naves procedentes de Sevilla, con excepción de una que en 1564 llegó a Borburata con un cargamento valuado en 2.375 pesos; otra que arribó a Caraballeda en 1579 con solo 335 pesos en mercaderías, y otra que, obligada por una tormenta, fondeó en La Guaira en 1582, desembarcando carga por valor de 1.800 pesos<sup>2</sup>.

Aunque el período que separa la llegada de estas naves es largo, no por ello la Provincia dejó de recibir mercaderías y correspondencia de España por conducto de Tenerife, Santo Domingo, Puerto Rico y Cartagena, pues las comunicaciones con estos lugares eran frecuentes. No pasaba un año sin que llegase un navío, por lo menos, de las Canarias. En cuanto a las arribadas de Santo Domingo, la frecuencia era mucho mayor; y aunque al principio débil, siguió en constante progreso. Así, después de 1570, llegaban corrientemente tres o cuatro naves portadoras de mercadería española que la flota de Nueva España dejaba allí. En 1584 el número de naves que llegaron a La Guaira procedentes de Santo Domingo

---

1 Clarence H. Haring, *Comercio y navegación entre España y las Indias*, México, 1939, p. 107 n.

2 *Libro Común y General de la Tesorería* (1563-1592), n° 1, ff. 3-4.

fue de siete, y dejaron un cargamento que sumó en total 8.181 pesos. De 1564 a 1584 llegaron a Coro, Borburata, Caraballeda y La Guaira, 56 naves, de las cuales tres procedían de España, 33 de La Española, ocho de las islas Canarias y las restantes de “arribada forzosa”; la mayoría de estas, de nacionalidad portuguesa. Hay que añadir también las naves que llegaban de Margarita y de Cumaná, en número de cuatro o más cada año, con mercadería española, asnos y bestias mulares.

Cuando la flota de Tierra Firme pasaba frente a las costas de Cumaná, enviaba un patache a Margarita a recoger las rentas reales y la correspondencia, y dejaba allí las mercaderías destinadas a Venezuela, debido seguramente a que el volumen de estas no justificaba el envío de una nave a Coro, Borburata o La Guaira. Dada la proximidad de Margarita a la ruta de la flota y a las costas venezolanas, resultaba fácil hacer desde allí la distribución de los efectos y de la correspondencia dirigida a cualquier punto del territorio; comprendido entre Coro y la península de Paria. El tráfico; con Maracaibo y Mérida estaba centralizado en Cartagena, que servía así de puerto de tránsito para la metrópoli y el resto de los dominios. En los años en que faltó la flota de Nombre de Dios, los centros de difusión fueron Puerto Rico y Santo Domingo. Debido a esta circunstancia, se estableció un intercambio regular entre Venezuela y aquellas colonias, dándoles Venezuela, a cambio de los productos europeos que había allí en mayor abundancia, su producción, pequeña y de poco valor, que poco o nada interesaba a España, pues consistía en sebo, cueros, pescado, lienzo de basta hechura, harina ordinaria, jamones de Mérida y algunos productos vegetales.

La comunicación directa con España tomó algún incremento a partir de 1584, al amparo de la excepcional rebaja del derecho de almojarifazgo a solo 2 ½%. Por lo tanto, se produjo una disminución en el tráfico con las Antillas, ya que la rebaja no alcanzaba a los artículos que se trajesen de otro lugar que no fuese Sevilla. En el año de 1599 llegaron de Sevilla dos navíos: uno ingresó al puerto de La Guaira el 12 de mayo y el otro el 18 del mismo mes. El primero trajo mercaderías por valor de 67.363 reales, que produjeron de impuesto 56.146 maravedís. La carga que condujo el segundo, nombrado *San Pedro*, cuyo maestre era Sebastián Vengoechea, fue una de las más importantes traídas hasta entonces directamente de España, pues montaba a 137.343 reales, o sea 4.699.662 maravedís<sup>3</sup>.

---

3 *Libro Común y General de la Tesorería*, nº 3, f. 13. ANC.

Todo el cargamento pertenecía a vecinos de Caracas, salvo algunas pequeñas partidas registradas a nombre del maestro y de los tripulantes; el aumento de la capacidad adquisitiva alcanzada por los colonos es ya notable, pues sus compras en España, como puede apreciarse, eran de consideración tanto las que traían una navegación directa como aquellas otras que llegaban por trasbordo en los puertos de arribo de las flotas. El comercio con los mercados americanos en este año de 1599 fue bastante menguado, ya que la Provincia se había surtido a satisfacción y a menor costo en la propia metrópoli: solo arribaron tres naves de Margarita y una de Puerto Rico, con un cargamento por valor de 186.316 maravedíes.

Pero este tráfico no pudo ser mantenido con igual intensidad. En el mismo año de 1599 se produjo un recrudecimiento de las actividades de los piratas, debido a los sucesos de Flandes. Los holandeses, crecidos en su osadía, asaltaban a los buques españoles en aguas europeas y americanas, y aún llegaron a efectuar un desembarco afortunado en las Canarias. Por su parte, los corsarios y las naves de la marina inglesa redoblaban sus ataques, y en 1600 y 1601 hubo reñidos combates navales en el estrecho Gibraltar y en el Atlántico. En tales condiciones, era demasiado peligroso para las naves cruzar el océano sin escolta que las protegiese contra los innumerables peligros a que se veían expuestas. Ya no vinieron naves aisladas y en adelante se acogieron todas a las flotas, obligándose por lo tanto a seguir la ruta de estas, por lo menos hasta 1604, fecha en que se firmó la paz con Inglaterra.

A causa de las circunstancias indicadas, en el año de 1600 todas las naves que tocaron en La Guaira aparecen como procedentes de Cartagena, Puerto Rico, Margarita y La Habana, en número de diez con una carga por valor de 102.959 reales en contraste con los 206.185 a que había montado la importación del año anterior. Este retroceso se explica en parte por la cuestión de los impuestos, ya que la mercadería traída directamente de Sevilla pagaba solo el 2 ½%, mientras la que se traía de los puertos americanos debía pagar el almojarifazgo según la tarifa ordinaria de 7 ½%. Los importadores de la Provincia se mantenían, pues, a la expectativa de una oportunidad para reanudar su comercio directo con España; obrando con prudencia, no se aventuraban en compras cuantiosas en otros mercados, esperanzados en poder reanudar el interrumpido tráfico una vez que terminasen las hostilidades, y acogerse así al privilegio de que gozaba la Provincia en su comercio con España. La mercadería que condujeron esas

diez naves que llegaron en el año de 1600 era de origen español, y la mayor parte estaba registrada a cargo de los comerciantes de Caracas. Entre las naves arribadas en dicho año, se encontraba un navío de Tenerife cuyo capitán declaró que, viajando con rumbo a la isla de Margarita, fue sorprendido por un buque inglés que le dejó cerca de La Guaira; pero las autoridades del puerto se negaron a dar crédito a esta sospechosa historia y procedieron en su contra, obligándolo a pagar 400 doblones de a 11 reales<sup>4</sup>.

La exportación de productos venezolanos se inició a mediados del siglo xvi. Se componían estos primeros embarques de algunas porciones de maíz y de especias vegetales de usos medicinales. Cuando la ganadería se desarrolló en el país, los cueros de vacunos, en pelo o curtidos, fueron objeto de comercio con los dominios españoles vecinos. En 1583 son numerosas las partidas de diverso género exportadas a Santo Domingo y a Margarita, en donde eran consumidas o bien remitidas a España. Pronto hubo una gran diversidad de productos que por La Guaira salían con diferentes destinos. Pero estas exportaciones no alcanzaron un volumen considerable sino ya entrado el siglo xvii, cuando comenzaron a exportarse en grandes cantidades el tabaco y los cueros. La exportación de 1599 consistió en lo siguiente<sup>5</sup>:

Zarzaparrilla	45 q. de 48 a 64 reales el q.
Guayacán	50 "
Bizcocho	2 "
Harina	3.200 @ a 5 reales la @
Queso	12 " " 8 " " "
Cocuiza	4 " " 16 " " "
Sebo	5 " " 12 " " "
Cueros	318
Lienzo	50 varas
Manteca	4 botijuelas a 12 rs. c/u
Riendas de caballos	10
Asientos de sillas	2 a 24 rs.

4 Ibid.

5 Ibid.

En 1600, estas exportaciones descendieron a causa de la guerra y se redujeron a solo 39 libras de hilo de pita y 900 varas de lienzo de algodón fabricado en el país, despachadas con destino a Río de la Hacha a razón de tres reales la vara, más 250 varas de lienzo y 700 arrobas de harina para Cartagena.

Siete años más tarde la exportación aumenta en forma apreciable, y por primera vez aparecen reunidos los tres elementos fundamentales de toda la economía colonial: el cacao, el tabaco y los cueros. En 1607 se exportó<sup>6</sup>:

Tabaco	1.432 @ a 25 rs.,	35.800 rs.
Harina	7.807 " " 4 "	31.228 "
Cueros	651 " " 8 "	5.208 "
Azúcar	139 " " 30 "	4.170 "
Zarzaparrilla	75 q. " 50 "	3.750 "
Lienzo de algodón	800 v. " 3 "	2.400 "
Bizcocho	45 @ " 16 "	736 "
Cacao	4½ f. " 96 "	432 "
Queso	25 @ " 9 "	225 "
<b>Total:</b>		<b>83.949 rs.</b>

La harina procedía de los valles del Tuy y las cosechas debían ser de alguna consideración, puesto que, descontado el consumo interno, quedaba un excedente para la exportación. Sin embargo, no debe ser sobreestimada la producción venezolana de trigo en aquella época, pues siendo la población consumidora casi exclusivamente la blanca, ya que los indios y los esclavos seguían comiendo maíz, la demanda interna era reducida. Estos cultivos de trigo en los valles del Tuy desaparecieron algunos años más tarde, a causa de los altos precios obtenidos por el tabaco y el cacao, lo que indujo a los agricultores a dedicar sus tierras a estos cultivos mucho más remuneradores, pues la arroba de cacao se vendía en ese año de 1607 a 24 reales y la de tabaco a 25, en tanto que por la de trigo solo podían obtenerse 4 reales. Además, los mercados exteriores consumidores de nuestra harina eran inseguros, pues Cartagena, Santo Domingo y Puerto Rico no compraban la harina venezolana sino cuando, por motivos de guerra o por

---

6 *Libro Común y General de la Tesorería*, n° 7, f. 85. ANC.



el peligro de los piratas, no podían adquirirla de otra procedencia. Ya en 1611 la harina desapareció como producto de exportación al tiempo que el tabaco alcanzaba su máximo precio de 50 reales la arroba; poco después es Venezuela la que tiene que importar harina y pagarla, no ya a 4, sino a 20 reales la arroba, y en muchas ocasiones a precios todavía mayores.

También en Barquisimeto se cultivó el trigo, aunque en pequeñas cantidades, atribuyendo los funcionarios locales de la época el escaso entusiasmo de los agricultores a la falta de naturales para recogerlo<sup>7</sup>. La harina de Mérida, en donde la cosecha ya era abundante en 1579, salía del país por el puerto de Maracaibo.

Mérida y Trujillo exportaban con destino a Cartagena, en la misma fecha, jamones, bizcocho, ajos, cordobanes y badanas, y asimismo “mucha ropa de algodón”, azúcar y cacao<sup>8</sup>, siendo esta la referencia más antigua que hemos encontrado sobre la exportación de este fruto que, más tarde, habría de convertirse en la base de la economía venezolana durante casi dos siglos.

La producción de azúcar fue pequeña en todo tiempo, pero cubría el consumo del país y ocasionalmente se exportaban muy escasas cantidades al precio sumamente elevado de 30 reales la arroba. En el siglo xvi son rarísimas y casi sin importancia las extracciones de azúcar, no pasando de cien arrobas al año; en los dos siguientes siglos la situación es similar, y no pocas veces fue necesario importarla.

## FABRICACIÓN DE TEJIDOS

Como se vio en el capítulo anterior, los españoles encontraron en el territorio venezolano grandes plantaciones de algodón, y su primer pensamiento fue el de explotar esta riqueza. Sin embargo, aunque conocieran muy bien el arte de la fabricación de tejidos, obstáculos muy difíciles de vencer les salían al paso. No

---

7 *Descripción de la ciudad de Nueva Segovia*, firmada por los miembros del Cabildo de Nueva Segovia (Barquisimeto) a 2 de enero de 1579. Archivo General de Indias, Sevilla, est. 1, caja 1, leg. 1 (copia en la Academia Nacional de la Historia).

8 Rodrigo de Argüelles y Gaspar de Párraga, *Descripción de la Laguna de Maracaibo* (1579). Archivo General de Indias, Sevilla, est. 1, caja 1, leg. 1 (copia de la Academia Nacional de la Historia).

bastaba disponer de la materia prima. Necesitaban de mano de obra experta y de una masa consumidora capaz de sostener la industria. Era necesario, además, superar la competencia de los excelentes hilados europeos que el contrabando traía a las posesiones americanas a precios bajos.

De todas maneras, los españoles se dedicaron a trabajar el algodón y establecieron telares en Trujillo<sup>9</sup>, Mérida, Barquisimeto y El Tocuyo, y más tarde en Araure y Acarigua. Fabricaron un lienzo ordinario que se vendía a tres reales la vara, y también pita en cantidades pequeñas. El escaso volumen de las ventas y las precarias condiciones de estas no permitían pagar salarios. Para llenar la falta de operarios hábiles, se empleó a los indígenas, que tenían ya algunos conocimientos en el arte de hilar, pues ellos trabajaban el algodón desde mucho antes que llegasen los españoles. A causa de ser tan ordinario, este lienzo era empleado para el vestido de los indios y de los negros; pero los mismos españoles no desdenaban usarlo; y en El Tocuyo llegó a ser el principal artículo de comercio<sup>10</sup>. Se fabricaron también alfombras, adornos para las camas y otros artículos de algodón.

---

9 “No se vive de ninguna granjería sino es de sembrar un poco de algodón y hacer algunos lienzos, algunas mantas y hamacas. No dan los indios ningunas demoras ni tienen de qué dallas más de hacer estos algodones y hilar para los dichos lienzos, con que se sustentan los vecinos, con harto trabajo porque son los indios tan haraganes y tan para poco que es menester mucha diligencia para hacerles hacer esto”, *Relación geográfica y descripción de la Provincia de Cuycas* (Trujillo), escrita por el capitán Alonso Pacheco, 3 de enero de 1579. Publicada y anotada por Mario Briceño Irragorry, edición del Archivo Nacional, Caracas, 1942. “La industria del algodón a que los cuycas se dedicaban, desvirtuando el aserto de los etnólogos que dicen ser esta una típica industria caribe, fue aprovechada por el español durante mucho tiempo. En Trujillo se labró jerga de vestir y se tejieron alfombras de algodón y pita”. Mario Briceño Irragorry, op. cit., p. 23.

10 “El trato y contratación principal de esta tierra es criar ganados mayores y menores y labranzas de conucos de maíz, yuca o cañas y algún azúcar y algodón que se hace hilar, y hilado se hace lienzo con que se trata y contrata e sustentan los vecinos de comprar las cosas de España”. A “causa de haber poco oro y ser el trato principal de lienzo que se labra y hace de algodón de que cuando hay falta de lo de España se visten los españoles”. *Descripción de la ciudad del Tocuyo y de todos los lugares de su término y jurisdicción*, por Juan Cataño y demás principales. Fechada en El Tocuyo en 1579. Biblioteca de la Academia de la Historia, Madrid (copia de la Academia Nacional de la Historia, Caracas). Véase E. Arcila Farías: *El régimen de la encomienda en Venezuela*. Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Sevilla, 1957, pp. 246-251. El hilado de algodón era uno de los servicios más importantes que las mujeres debían prestar a los encomenderos.

Esta fabricación de lienzos, sin haber llegado nunca a ser próspera, decayó bien pronto hasta extinguirse; sin embargo, en 1720 todavía quedaban algunos telares en Barquisimeto y Acarigua, y en cuanto al cultivo del algodón, fue casi totalmente abandonado hasta mediados del siglo XVIII, cuando de nuevo se reanudó bajo el estímulo del comercio exterior. En el siglo XVI el algodón desmontado llegó a exportarse al precio halagador de 20 reales la arroba.

## REGULACIÓN DE PRECIOS

Es la época del mercantilismo. El Estado se consideraba obligado a intervenir en todos los órdenes de la actividad económica, no solo para darle el impulso necesario e imprimirle una orientación determinada, sino también, en lo posible, tomarla a su cargo. Tal concepto, según frase de un notable economista germano<sup>11</sup>, era elementalísimo en una época en que la mayor parte del pueblo se hallaba sumido en un grado de cultura ínfimo y en que no podía esperarse de él una adecuada comprensión de las necesidades impuestas por el momento ni tampoco suficiente experiencia para obrar como correspondía, mientras, por otra parte, en la dirección del Estado se reunían las fuerzas intelectuales más poderosas, así como también los recursos necesarios para toda empresa, hasta el punto de que muchas veces tan solo en ella podían encontrarse. Si en el ejercicio del comercio se hubiese dejado absoluta libertad a los mercaderes de Sevilla y de Caracas para la fijación de precios, el gobierno de la Provincia se habría encontrado frente a problemas muy graves; y los colonos, abandonados a la avaricia de los traficantes, habrían sido oprimidos y explotados hasta la saciedad. Baste pensar que, debido a las dificultades de la navegación, los comerciantes tenían en su poder los medios para elevar los precios a su antojo.

Por este motivo, las autoridades se veían obligadas a regular las actividades económicas, fijaban los precios y vigilaban la calidad misma de las mercaderías. Esta regulación existió desde muy temprano. Ya en 1590 les fueron impuestas multas a varios panaderos de Caracas, porque las piezas de pan no tenían el peso correspondiente a su valor<sup>12</sup>. La regulación no funcionó como un sistema

---

11 J. Conrad, *Economía política*.

12 *Libro Común y General* de la Tesorería, n° 2, f. 98. ANC.

permanente ni para toda clase de mercadería. Bajo la presión de la escasez u otras circunstancias, los cabildos —o los gobernadores— establecieron precios para la venta de algunos artículos, y hasta dictaron normas para las operaciones comerciales. Aunque muchas veces esta intervención fue lesiva para el consumidor y el productor (como ocurrió bajo los diversos monopolios creados por la Corona), en no pocas ocasiones sirvió para poner freno a la especulación en tiempos de guerra o de crisis económica, y para evitar las ganancias excesivas sobre algunos artículos de primera necesidad, como la harina y los paños de uso corriente.

De la misma manera fue regulada la exportación, prohibiéndose la salida de carne, maíz, azúcar y otros productos, cuando su extracción podía causar escasez en el país. Pero otras veces la prohibición respondía a los postulados de una política erróneamente proteccionista. Esto último ocurría con las mulas que, a pesar de su abundancia en la Provincia, no se permitía sacar sino para las posesiones españolas, y eso tras muchas precauciones, pues se temía que pudieran ir a dar a manos de los franceses, que las utilizaban en los ingenios azucareros. Pero como las otras posesiones españolas en América no necesitaban de las mulas criadas en Venezuela, estas abundaban aquí inútilmente.

## LA MONEDA

Durante el siglo *xvi*, la incipiente organización económica venezolana hizo prevalecer el sistema primitivo de trueque directo. El numerario era escaso, y objetos diversos ejercían la función de moneda. Las perlas, principalmente, jugaron este papel hasta el siglo *xvii*. Circularon primero a razón de 18 o 20 reales de perlas por cada peso de oro, pero una ordenanza municipal de 1589 las fijó en 16 reales de oro por cada peso. Las perlas eran clasificadas en cuatro géneros: cadenilla, media cadenilla, rostrillo y medio rostrillo. Tan habitual era su circulación y los mercaderes, funcionarios de hacienda y particulares en general se hallaban de tal manera familiarizados con este género de moneda, que las valuaciones de mercaderías y otros efectos se hacían en “reales de perlas”, y la mayoría de las operaciones comerciales tenían como base el valor de las perlas, y en estas se recaudaba la mayor parte de los impuestos.

Durante más de un siglo la perla llenó esta función. Existían razones para que, en determinados momentos, aventajara a la moneda de plata y aun a la de oro. Por esos años, el sistema bimetalista español atravesaba un período crítico,

caracterizado por una gran inestabilidad. El valor de las diversas clases de monedas variaba con frecuencia para remediar los apuros del Tesoro. La legislación de los siglos *xvi* y *xvii* abunda en disposiciones de esa especie, desde el tiempo de Felipe II a los últimos años de Carlos II, y no es raro encontrar que, a poco de dictarse una alteración o el retiro de alguna de las monedas en circulación, fuese revocada la orden. En estas condiciones no es extraño que las perlas disfrutaran de mayor confianza en el ánimo de los mercaderes, pues su valor estaba menos expuesto a fluctuaciones caprichosas y, por lo tanto, cumplían su papel de instrumento de cambio.

En el empleo de las perlas como monedas es preciso distinguir dos épocas. La primera corresponde al tiempo de la llegada de los españoles, hasta treinta o cuarenta años después, cuando los conquistadores las obtenían de los indios o bien las extraían ellos mismos en las proximidades de la famosa isla de Cubagua. Estas perlas eran, ante todo, mercadería de lujo; y aunque ocasionalmente servían de moneda, se las retiraba pronto de la circulación por ser artículo muy raro y solicitado. La operación se reducía a un simple trueque. La situación cambia en la segunda época. Habían ya dejado de ser objeto de tanta codicia y su precio era más o menos estable; permanecían constantemente en circulación, y pasaban de unas manos a otras con la rapidez que permitía el volumen de las transacciones comerciales en un tiempo en que el comercio se desenvolvía muy lentamente. No podía decirse ya que fuese una operación de trueque: su valor guardaba un firme equilibrio y no presentaba los riesgos de la buena moneda, de escapar profusamente al exterior; pero no podía calificárselas de mala moneda: era una moneda buena en un límite suficiente, y lo prueba el hecho de que se hayan admitido en pago de sumas fuertes por la Tesorería y los particulares; y lo prueba aún mejor el hecho de que hayan sido utilizadas para la acumulación: gran parte de los capitales que había en la Provincia en poder de la Real Hacienda y de los particulares consistía en perlas. En cuanto a la moneda de plata, los cambios que sufrió su ley, como también la gran diversidad de tipos, le restaban confianza en el ánimo del público.

También se trataba y contratava con pedacitos de oro sin ley, tal como sucedió en Europa en la prehistoria de la moneda. A esos pedacitos de oro se les imprimía la marca real en el momento de cobrarse el impuesto; esa marca era una garantía de la calidad del metal, pero no de su peso. Circulaban, no como unidades monetarias (pues carecían de las condiciones indispensables para considerárselas

como tales), sino por peso. Por esto su empleo debió ser en extremo embarazoso, pues la operación de pesar metales preciosos es sumamente delicada, ya que la menor diferencia representa una pérdida importante para una de las partes contratantes, y esto daba lugar a discusiones que demoraban las transacciones. A estos inconvenientes se agregaba la circunstancia de ser el oro muy escaso, y de que su empleo en la fabricación de joyas disminuía mucho el volumen circulante, lo mismo que las exportaciones, pues para enviar a España el producto de las rentas de la Provincia se trataba de acumular la mayor cantidad posible de este metal, tanto por las ventajas que ofrece para el transporte, como porque era el más codiciado en la metrópoli.

En 1600 no había oro alguno en la colonia, y solo muy escasas perlas; de manera que el cabildo se vio precisado a introducir ante el rey una representación informándole que la falta de moneda obligaba a los vecinos a hacer sus ventas y contrataciones de todo género sobre la base del trueque de harina, lienzo de algodón y zarzaparrilla. El cabildo pidió que se permitiese el pago de los impuestos en los mismos efectos que los causaran, y que los oficiales recaudaran el derecho de alcabala en las propias casas de los vecinos. El Consejo de Indias aprobó la solicitud en agosto, sin fijarle plazo de vencimiento<sup>13</sup>.

La mayor parte del numerario de que disponía la Provincia le era proporcionado, desde los primeros tiempos de la colonia, por sus propias exportaciones a las Antillas. A esta fuente inicial vino a añadirse más tarde, a partir de mediados del siglo XVII, el comercio con México, de donde se recibía oro y plata amonedados en pago de las gruesas cantidades de cacao que se le enviaban. México llegó a ser para Venezuela la única fuente de aprovisionamiento monetario; en los tiempos más prósperos del comercio con aquel virreinato, se estimaba en medio millón de pesos el volumen anual de sus remesas a cambio de los productos venezolanos<sup>14</sup>.

En cuanto a los efectos de comercio, los mercaderes de una ciudad hacían libranzas contra los de otra. Estos documentos comerciales eran utilizados no solo entre los mercaderes de la Provincia, sino también en sus relaciones con España y

---

13 Real cédula fechada en Valladolid a 31 de agosto de 1600. *Real Hacienda*, t. n, f. 24v. ANC.

14 Remitimos al lector a nuestro libro *Comercio entre Venezuela y México en los siglos XVII y XVIII* (México. El Colegio de México, 1951), que de cierta manera forma parte inseparable de este, por ser una monografía dentro del tema general de la Economía colonial venezolana.

sus dominios en América. Los maestros de navíos que llegaban a La Guaira eran, casi siempre, portadores de tales documentos, pues los embarcadores les hacían el encargo de cobrar el valor de las mercancías consignadas a comerciantes establecidos en Venezuela, y a la inversa. Esto no quiere decir que los retornos se hiciesen siempre en metálico: ordinariamente, las deudas eran convertidas en productos de la Provincia. El mercader de Sevilla a quien un comerciante de Caracas adeudaba cierta cantidad la convertía en cacao u otros frutos, con cuya venta hacía nueva ganancia en España; la Tesorería acudía a menudo a estos procedimientos para recaudar los derechos, efectuar los pagos ordenados por el gobierno peninsular y cumplir otras obligaciones determinadas por los gastos regulares de la administración. Las partidas de entradas y salidas asentadas en sus libros pueden servir de modelo de las transacciones que frecuentemente se realizaban, como también del estado del comercio y de sus instrumentos de cambio.

## **LA GANADERÍA Y EL COMERCIO DE CUEROS**

Aún se hallaba el comercio colonial en su primera fase de trueque entre nativos y peninsulares, cuando llegaron las primeras cabezas de ganado a Venezuela. Muy pronto debió extenderse el interés de los indígenas por la cría, pues Juan de Ampies, mucho antes de que fuese designado por la Audiencia de Santo Domingo para tomar asiento en la provincia de Coriana, se dedicaba ya a comerciar desde la isla de Curazao con los naturales de Coro y Paraguaná, cuyos frutos adquiría a cambio de ganado, de acuerdo con el testimonio de Juan de Castellano.

En la capitulación con los Welser, Carlos I dio a estos licencia y facultad para introducir en las islas Española, San Juan y Cuba, los caballos y ganados que quisieran. Sin embargo, no debió ser suficiente el número de cabezas que introdujeron en Venezuela, pues al quejarse los colonos del absolutismo de los alemanes, los hacían también responsables de la carestía de víveres, reses vacunas, mercaderías, etcétera. Las tierras del Tocuyo ofrecieron mejores condiciones que Coro para la cría, sobre todo de ganado mayor, y es evidente que este llegó pronto a obtener allí un apreciable desarrollo, ya que historiadores muy antiguos han llegado a atribuir a la expedición de Alonso Pérez de Tolosa a la serranía andina, en 1547, la finalidad de buscar un camino para llevar el ganado a Nueva Granada, como quedó referido; y efectivamente, por el camino descubierto se condujeron más tarde numerosas reses, según Oviedo y Baños.

Inmediatamente después de fundada la ciudad de Tucuyo, esta se convirtió en centro de expediciones, y adquirió acaso mayor importancia de la que hasta entonces había tenido Santa Ana de Coro. Cuando el gobernador Tolosa llegó al Tucuyo, encontró que la poblaban 215 hombres, con 100 caballos, 200 yeguas, 300 vacas de vientre, 500 ovejas y algunos cerdos; y fue un vecino del Tucuyo, de nombre Cristóbal Rodríguez, el primero que llevó ganado vacuno a los Llanos en 1548<sup>15</sup>. Cuando el capitán Diego de Losada partió del Tucuyo para someter a los indómitos caracas, pudo reunir abundante cantidad de ganado de diversa especie. Al pasar revista en Mariara de sus efectivos, contó 200 bestias de carga 4.000 carneros y considerable número de ganado de cerda.

Toda expedición incluía cierto número de animales para el consumo del ejército. Entre esos animales abundaban los cerdos, y no faltaban las vacas lecheras, aunque su conducción era sumamente embarazosa.

En 1569 salió de España Diego Fernández de Serpa, portador de una capitulación para gobernar y poblar las tierras de Cumaná, Guayana y Caura, que habían de constituir la Gobernación de la Nueva Andalucía. Llegó a tierra firme el 13 de octubre, con sus armas y *hasta 800 cabezas de ganado* que embarcó en la Margarita<sup>16</sup>. Se trataba, pues, de un número crecido de reses que no podía estar destinado a la tropa, sino a garantizar, sin duda, el suministro permanente de carne, leche y productos derivados. Fue de esta manera como pasaron a América el ganado y los animales destinados a servir de sustento a los expedicionarios y pobladores, especies que muy pronto se adaptaron al país y se multiplicaron especialmente en las Antillas, al punto que Carlos I, en 1520, consultó a su Consejo sobre la conveniencia de trasplantar a las Indias la legislación de la Mesta<sup>17</sup>.

---

15 José Gil Fortoul, *Historia constitucional de Venezuela*, Berlín, 1907, t. 1, p. 11. Como no se conocen testimonios, esta versión la tomamos con reserva. N. del A.

16 José Gil Fortoul, op. cit., p. 20.

17 *La Mesta*, corporación de ganaderos, institución española de origen árabe autorizada por Alfonso X. Celebraban asambleas (Consejos de Mesta) que tenían derecho a nombrar alcaldes, poseedores de jurisdicción especial en los asuntos propios y en las querellas con los labradores. Estos diferentes *consejos* formaron más tarde una sola Mesta de todos los grandes castellanos, constituyendo una corporación formidable de la que provinieron los mayores conflictos. En 1556 la Mesta poseía siete millones de carneros, que, además de surtir la industria española, permitían una exportación de 50.000 quintales de lana, cantidad que aumentó luego a 180.000 quintales por año.



Introducido, pues, por los primeros españoles que se establecieron en el país, el ganado vacuno se reprodujo rápidamente en las zonas de abundantes pastos, con particularidad en los Llanos. No había terminado el siglo xvi cuando las exportaciones de cuero comenzaron a cobrar importancia. Su precio era bastante halagador para alentar a los criadores a fomentar esta riqueza, y así llegó a ser la más apreciada y productiva.

En 1579 se criaba algún ganado en el valle de Caracas, y ya en Valencia había algunos hatos hacia 1560<sup>18</sup>. Los había también en el Tocuyo y Barquisimeto<sup>19</sup>. La calidad del ganado que se criaba en la provincia de Maracaibo gozaba de reputación, ya en 1579, por las excelentes condiciones de sus pastos. Sobre esto, en dicho año Rodrigo de Argüelles y Gaspar de Párraga informaron que

...se da en esta tierra el ganado vacuno, porque se cría muy grueso y las novillas de a dos años vienen en esta tierra paridas, y es tan buena tierra para ganados, que ha acaecido en esta tierra matar toro andando con atajo de vacas y sacarle más de siete arrobas de sebo y grosura; dase también la oveja y la cabra, e crías e el ganado cabruno y ovejuno que todo es sebo<sup>20</sup>.

Nos ha sorprendido, al revisar numerosas obras sobre la vida colonial, el no encontrar ninguna referencia sobre el papel desempeñado por los cueros en la economía venezolana, cuando su importancia fue tan considerable, en relación con el volumen total de exportación, como posteriormente la del cacao

---

18 y no contentos los indios con haber echado los españoles desta provincia [Caracas] iban a los hatos de vacas y estancias de la ciudad de Valencia, que está desta de Santiago de León veinte y cuatro leguas a la parte occidental, y hacían mucho daño procurando así mesmo despojarlas”. *Relación geográfica y descripción de la provincia de Caracas y gobernación de Venezuela*, por Juan Pimentel (1579), “Boletín de la Academia Nacional de la Historia”, núms. 39 y 40, Caracas, 1927.

19 Los animales que de España se han traído como son yeguas se dan bien y vacas se crían bien y ovejas y cabras y puercos, con todos los demás animales que de España han venido se dan muy bien; solo hay un inconveniente, que si está herido un animal de los dichos y no se visita en breve le caen gusanos y por esta causa no se cría tanto como se criara si no hubiera este inconveniente”. *Descripción de la ciudad de Nueva Segovia*, op. cit.

20 Rodrigo de Argüelles y Gaspar de Párraga, op. cit.

y más tarde la del café. Ya en 1607 el comercio de cueros había alcanzado el tercer lugar en las exportaciones, y en realidad conservó el primer puesto en el comercio exterior venezolano de 1620 a 1665. Durante todo ese largo período dominó casi absolutamente en el comercio con España, en el que representaba ordinariamente el 75% o más del valor total de las exportaciones. El examen de cualquiera de esos años permitirá ver su manifiesta supremacía sobre el tabaco (excepto en 1621) y sobre el cacao. En 1631, de una exportación para España de 313.876 reales, 287.844 correspondían al valor de los cueros, o sea más del 91%. Al mismo tiempo que subía el número de piezas exportadas, los precios seguían un movimiento ascendente: en 1611 tenían un precio de 7 reales; luego suben a 8, años más tarde a 10, y después a 12; tienen oscilaciones, y a partir de 1658 se les encuentra clasificados en cinco tipos; el principal de ellos, el de los cueros de toro, alcanza el precio de 16 reales. Casi todos se exportaban en pelo; pero algunas veces iban curtidos, y su precio era el doble; esta era, sin duda, la forma que menos convenía a los mercaderes españoles, y de ahí lo reducido de esas exportaciones.

Los embarcadores despachaban a veces para la Península algunos cordobanes, pieles curtidas de machos cabríos en los que tanto abundaba la jurisdicción de Carora; pero estas partidas en realidad carecían de importancia. Puede afirmarse que el único comprador de cueros en bruto, descontado el comercio con los contrabandistas extranjeros, era España, pues si salían algunos cargamentos para Cartagena de Indias o para La Habana, era con el objeto de reembarcarlos en las flotas. Los cordobanes, en cambio, tenían mercado en las otras colonias del continente, y su precio era de 10 reales.

Es de notarse la firmeza del precio de los cueros, pues no sufrió caídas violentas ni alzas vertiginosas, tal como ocurrió con el del cacao. En el cuadro estadístico que publicamos al final de este capítulo puede verse la regularidad e intensidad del tráfico durante la primera mitad del siglo xvii; su descenso guarda relación rigurosa con el debilitamiento de la armada española y los acontecimientos políticos europeos. Después de 1667, cuando España se halla de nuevo comprometida en una guerra con Francia, la comunicación directa con la metrópoli declina de manera alarmante. Desde ese momento, las cosas fueron de mal en peor; y solo sesenta años más tarde es restablecido el tráfico regular entre España y Venezuela, pues durante ese período se vio sometido a las continuas interrupciones que le impusieron las muchas guerras.

Esas interrupciones en el tráfico con España debieron afectar muy sensible-mente la ganadería venezolana, y el comercio de cueros decayó casi hasta la desaparición total. Afortunadamente para la Provincia, otro producto, el cacao, y otro mercado, el de Nueva España, crearon una corriente comercial mucho más próspera.

Numerosos pueblos de Venezuela se aplicaron completamente a la cría e hi-cieron de ella su único medio de vida; cuando se acentuó la crisis, surgieron riva-lidades entre ellos y trataron de entorpecerse mutuamente el comercio de carne, de cueros y de ganado en pie. En 1689, fray Ildefonso de Zaragoza, prefecto de las misiones de capuchinos de la Provincia de Venezuela, hizo representar ante el rey, por medio del procurador en Madrid de la misión, que no se impidiese a los vecinos de San Carlos de Austria sacar sus ganados y venderlos en los valles y en las costas de la jurisdicción de Valencia y de Nirgua y en los valles de Barquisimeto, pues todos los caudales de la villa de San Carlos consistían en hatillos de ganados vacunos y no tenían otros lugares sino aquellos a donde conducirlos para su venta. El Consejo de Indias halló que no existía ninguna dis-posición que impidiera este libre comercio, y ordenó que no se les entorpeciera a los peticionarios la conducción y venta de su ganado en otras localidades<sup>21</sup>. En 1720 la producción anual de reses se elevaba, en la sola antigua Provincia de Venezuela, a unas 56.900, según estimación de Pedro de Olavarriaga<sup>22</sup>.

## COMERCIO DE TABACO

Cristóbal Colón llevó a Europa las primeras noticias de la existencia del tabaco y del uso que los indígenas hacían de él<sup>23</sup>. Con el correr del tiempo, cuando los viajes frecuentes acercaron el mundo antiguo al continente recién

---

21 Real cédula fechada en Madrid a 22 de septiembre de 1689. Colección de Documentos Reales Cédulas, n° 419, f. 229. ANC.

22 Pedro José de Olavarriaga, *Instrucción general y particular del estado presente de la provincia de Venezuela* (manuscrito inédito existente en el Archivo Nacional de Caracas).

23 Fue una de las extravagancias de los indios que Colón observó por primera vez en Cuba y no en Tobago, según José Antonio Saco, *Historia de la esclavitud de la raza africana en el Nuevo Mundo*, La Habana, 1938, t. 4°, Apéndice.

descubierto, los cultos europeos terminaron por aficionarse al entretenimiento de los “bárbaros” de América. Inglaterra hizo de él un hábito generalizado; pero como no disponía de colonias productoras de esta planta, llegó a gastar en 1615 hasta 200.000 libras esterlinas en tabaco de las posesiones de España. Los mercantilistas se alarmaron, y los moralistas, menos por moral que por otra cosa, emprendieron una tenaz campaña contra un vicio tan costoso. El rey Jacobo exhortaba a sus súbditos a no imitar “las maneras bárbaras y bestiales de los indios salvajes, ateos y esclavos, sobre todo en un hábito tan vil y tan pestilente”. Claro que cuando en Virginia se desarrolló el cultivo del tabaco, los graves lores y pares del reino pudieron lanzar humo por las fosas nasales sin que los mercantilistas ni los moralistas encontraran ya este vicio ni feo ni detestable.

España no tuvo que pasar por los temores y los escrúpulos de su rival Inglaterra. Como sus colonias producían enormes cantidades de tabaco, encontró muy conveniente que el mundo entero lo fumara, y no discutió sobre si afectaba la salud y menos aún sobre si era contrario o no a la fe cristiana; y hasta halló que era bueno, a lo menos para las reales rentas.

Venezuela contribuyó en escala considerable en el abasto mundial del tabaco. Su producto gozó de gran fama y llegó a cotizarse a los mejores precios. Es uno de los frutos primitivos del país, al igual que el cacao, el algodón, el maíz y muchos otros. Los españoles que se internaron en el territorio venezolano vieron con asombro a los indios distraerse en lanzar bocanadas de humo. Como ignoraban la existencia de la planta y el empleo que de ella hacían los indígenas, no lograron explicarse una costumbre tan rara, y se inclinaron a creer que se trataba de un rito o ceremonia religiosa. Los miembros del Cabildo del Tocuyo, en su informe sobre la región escrito en 1579, dicen:

Usaban (los indios) antes de agora y de presente es común verse con el Demonio usando de supersticiones e ritos o bebiendo el humo de una yerba que llaman tabaco que es propiamente a manera de beleño de España y este humo bebido les embriaga<sup>24</sup>.

También los indios del valle de Caracas conocían y empleaban el tabaco; Juan Pimentel dejó dicho en su relación:

---

24 Descripción de la ciudad del Tocuyo, op. cit.

Hay tabaco de allá, se tiene relación, tómanlo los españoles y naturales en humo por la boca y molido por las narices, tiénese por muy medicinal, aunque acá no se sabe aplicar bien, tiénenlo en mucho los naturales y curan con este tabaco especialmente humores fríos y heridas<sup>25</sup>.

En un lugar tan alejado de los centros civilizados y tan falto de recursos, los españoles trataban de sacar el mejor provecho de los productos indígenas. Por eso emplearon el tabaco como remedio, y de allí nació sin duda el vicio de fumarlo. A causa del calor y de los “malos vientos”, se padecía en el Tocuyo con frecuencia de calenturas y de catarros, “y los remedios ordinarios que acostumbraban los españoles es sangrarse e purgarse con purgas de la tierra y algunos beben el humo por la boca y otros lo toman en polvo por las narices”<sup>26</sup>. También el uso del rapé que tanto se extendió por Europa, debió originarse en esa curiosa terapia.

Muy pronto, cuando la demanda europea alcanzó las costas venezolanas, llegó a ser el producto de mayor exportación, y su fama atrajo a mercaderes, y también a piratas y contrabandistas de todas partes. En los últimos años del siglo xvi, ya salían anualmente por Maracaibo más de 1.000 arrobas de tabaco de Guanare<sup>27</sup>, al mismo tiempo que por La Guaira se iniciaban las extracciones en vertiginoso aumento hasta alcanzar cifras enormes. En 1606 salieron por ese puerto 15.425 libras al precio de 25 reales la arroba, y el año siguiente la exportación llegó a 35.800 libras al subido precio de 50 reales la arroba<sup>28</sup>. Era este un precio en extremo halagador, y probablemente los extranjeros lo pagaban más alto. Así es que las plantaciones se extendieron rápidamente por toda la costa, y hubo un momento en que se descuidaron los demás cultivos, con gran alarma de la Corona y del Cabildo de Caracas, a causa sobre todo del intenso contrabando que se desarrolló con franceses, holandeses e ingleses.

Este comercio ilícito de tabaco llegó a tal extremo, que el Cabildo de Caracas se dirigió en 1605 a Francisco Mejía de Godoy, que por nombramiento de la Real

---

25 Juan Pimentel, op. cit.

26 *Descripción de la ciudad del Tocuyo*, op. cit.

27 *Relación geográfica de la ciudad de Espíritu Santo de Guanaguanare* (1599). Archivo General de Indias, Sevilla, est. 54, caja 4, leg. 2 (copia en la Academia Nacional de la Historia, Caracas).

28 *Libro Común y General* de la Tesorería de Caracas (1606 y 1607), ANC.

Audiencia gobernaba la Provincia, pidiéndole mandase suspender los cultivos de tabaco

...con que se podían hacer los rescates, porque todo género de gente, así vecinos como forasteros, lo sembraban y no se podía tener seguridad que entre tantos no hubiese quien se atreviese a hacer tales rescates, en especial en aquel tiempo que al que gobernaba le tenían menos temor del que fuera razón<sup>29</sup>.

Con anterioridad, el rey había sido informado de este trato por don Luis Fajardo, capitán general de la Armada del Mar Océano, y entre otros perjuicios que decía causaba dicho tráfico clandestino incluía los que sufría la Real Hacienda “por la comunicación y contratación que desde alguno de los dichos puertos y partes se tiene a el Perú con la ropa de rescates y contrabando que los enemigos llevan”<sup>30</sup>. Presionado por estas denuncias y por la representación del Cabildo caraqueño que así lo pedía, el rey expidió el 25 de agosto de 1606 una cédula prohibiendo el cultivo del tabaco en toda la Provincia de Venezuela por el tiempo de diez años; pero dejaba al gobernador en libertad para otorgar las licencias que juzgase convenientes. En esta prohibición no se incluyó a Barinas, por estar a 80 leguas de la costa.

El gobernador Sancho de Alquiza, alardeando de funcionario celoso de las órdenes del rey y tratando de ganarse el favor real, hizo talar todo el tabaco que había en la Provincia, y, por medio de pregones, previno a los vecinos que nadie lo sembrase sin licencia suya. La carta que dirigió al rey, informándole sobre las medidas que había adoptado, es servil y petulante hasta el extremo. Dijo que los vecinos se verían en esta forma obligados a dedicarse al beneficio de las minas y al cultivo de otras granjerías más favorables a estas tierras y a las reales rentas, pues

...como el tabaco ha sido una de las partes principales para que estas costas hayan sido tan frecuentadas de piratas por la mucha demanda que

---

29 Carta del Cabildo de Caracas a S. M., de 25 de julio de 1611. Archivo General de Indias, Sevilla, est. 54, caja 4 (copia en la Academia Nacional de la Historia, Caracas).

30 Real cédula de 26 de agosto de 1606. Archivo General de Indias, Sevilla, est. 54, caja 4 (copia en la Academia Nacional de la Historia, Caracas).

siempre han tenido y en su trueco daban mercadurías que salían más baratas que si se compraran en España, y como de allá venían pocas a esta Provincia, en los puertos circunvecinos a este había una contratación y correspondencia con ellos como si les estuviera permitido, en que no tienen la menor culpa los gobernadores y justicias por el poco castigo o ninguno que hicieron, habiendo personas que reincidieron por muchas veces después de ser amonestados y sentenciados por el mismo delito, y si en alguna parte donde este trato se ha introducido tiene facilidad el evitarle, no obstante que hubiese tabaco, es en esta gobernación, porque en ella no hay cueros, zarzaparrilla ni otras cosas que los extranjeros buscan en la cantidad que en otras partes destas Indias, pues el tabaco se sabe quien lo siembra y en qué cantidad<sup>31</sup>.

Recomendó Alquiza que los mayordomos que estuviesen en los repartimientos de indios a ocho leguas de la costa fuesen personas de buena vida y con fianzas abonadas, para que vigilasen a los indígenas de quienes, a su vez, serían fiadores los encomenderos, de manera que estos se ocupasen de averiguar las actividades de aquellos e impidiesen que por sus repartimientos pasase tabaco de otra hacienda. Estas precauciones debíanse a que los indios tenían plantaciones de tabaco en sus propias tierras, y ellos conducían el producto hasta la costa y allí comerciaban con los contrabandistas.

Alquiza anunció al rey que las medidas que había adoptado para la vigilancia de estas costas dieron por resultado la captura de una nave holandesa, de cuya tripulación, compuesta de doce personas, ajustició a nueve y encarceló a las tres restantes para seguirles proceso. También capturó una nave francesa, pero solo pudo apresar a tres de sus tripulantes. Con esto decía que había logrado alejar a los contrabandistas, jactancia a la que ni el mismo gobierno de España dio crédito. Las represiones emprendidas por Alquiza para combatir el contrabando fueron en extremo severas y sangrientas: hizo dar muerte a varias personas acusadas de tener tratos con los extranjeros, y en general causó numerosas molestias a los cosecheros y mercaderes. Esta cruenta política provocó mucha alarma y zozobra en la Provincia, cuyos vecinos principales terminaron por quejarse ante la corte.

---

31 Carta del gobernador Sancho de Alquiza a S. M., fechada en Caracas a 15 de junio de 1607. Archivo General de Indias, Sevilla, est. 54, caja 4, leg. 15 (copia en la Academia Nacional de la Historia, Caracas).

La actitud del Cabildo de Caracas fue, en estas circunstancias, un poco desconcertante; pero como quiera que en su representación al rey hace mención de “los cosecheros extranjeros” en tono despectivo y haciendo a estos responsables en alguna forma del comercio ilícito, parece que fueron motivos de rivalidad los que lo indujeron a pedir la prohibición del cultivo del tabaco. En efecto, en una relación sobre los extranjeros existentes en la Provincia, que Sancho de Alquiza envió al rey junto con una carta fechada el 15 de junio de 1607, en la que daba cuenta de haber dominado varios alzamientos de indios, se observa que en el solo distrito de Santiago de León había 41 portugueses, seis de ellos encomenderos y nueve trabajadores del campo. Esto nos lleva a pensar que existía una pugna entre los encomenderos españoles y los portugueses, y que los primeros, para arruinar a estos, no vacilaron en recomendar tan drástica medida en un momento en que el tabaco era la espina dorsal de la economía venezolana.

Quitarle el tabaco a la Provincia era dejarla en la mayor miseria, pues no existía cultivo alguno que pudiera reemplazarlo, y la ganadería no estaba suficientemente desarrollada. El desastre no se hizo esperar. Cuando seis años más tarde llegó el nuevo gobernador García Girón, encontró que reinaba la mayor penuria; en carta de 18 de febrero de 1612 escribe al rey:

Las cosas desta Provincia las he hallado en tan mal estado que no puedo dejar de suplicar a V. M. se duela de ella, porque está tan pobre y tan acabada y los naturales que hay en ella son tan pocos, que me aseguran, y yo lo he echado de ver, que faltan las tres partes de seis años a esta parte, y esta es la causa que no se labran las minas y así no hay en toda la Provincia un real y a V. M. se le deben noventa mil ducados, sin que haya modo como poderse cobrar<sup>32</sup>.

El cabildo, esta vez, rogó humildemente que se levantase la prohibición establecida a solicitud suya y manifestó que, aunque al gobernador se le había

---

32 Carta del gobernador García Girón, fechada en Caracas a 18 de febrero de 1612. Archivo General de Indias, Sevilla, est. 54, caja 4, leg. 15 (copia en la Academia Nacional de la Historia, Caracas).

Los oficiales reales, en carta a S. M. fechada en Caracas a 26 de junio de 1612, decían deberse al rey 47.000 ducados y no 90.000.



dejado el derecho de conceder algunas licencias para sembrar el tabaco, y a pesar de que durante todo el tiempo de la veda dicho funcionario estuvo dispuesto a otorgarlas, el Ayuntamiento se opuso, pues consideraba que no convenía darlas por entonces. Pero estimaba ahora que las causas que motivaron su representación de 1606 habían cesado y que, por lo tanto, sería de gran utilidad para la Real Hacienda la suspensión de la cédula de 26 de agosto, siempre que no se permitiese “lo siembren en la costa de la mar y que todo el que se cogiese lo traigan a esta ciudad [Caracas] y lo manifiesten ante el gobernador”. Reconocen los señores capitulares que el cultivo del tabaco “es de menos trabajo para los que han de sembrar y beneficiar de cuantos se hallan por acá y de mayor aprovechamiento”<sup>33</sup>.

Hicieron acompañar su solicitud de un breve memorial del procurador general de la Provincia, Nicolás de Peñaloza, quien certificó la verdad de la exposición, pues “está claro —decía— que quien con tan buen celo de su propia voluntad dejó esta granjería, si ahora entendiera había algún riesgo en sembrarlo, no lo procurara”. Los oficiales reales intervinieron también ante el Consejo de Indias en apoyo del cabildo<sup>34</sup>.

El gobernador García Girón resolvió ordenar la reanudación del cultivo del tabaco, por un año, a partir de mayo de 1612, y a condición de que el producto de su venta se destinase a cubrir la deuda con la Real Hacienda, en tanto esperaba lo “quel Real Consejo en consideración de lo referido ordene lo más conveniente al real servicio y aumento desta república”<sup>35</sup>. Debe notarse aquí la facultad que se atribuía el gobernador para dejar sin efecto una cédula por hallarla contraria a la utilidad pública; casos como este son frecuentes en la historia colonial en todos los aspectos de la administración, lo que demuestra lo mucho que se ha exagerado al hablarse del absolutismo español. El cabildo

---

33 Carta del Cabildo de Caracas al rey suplicándole permita el cultivo del tabaco, 25 de junio de 1611. Archivo General de Indias, Sevilla, est. 54, caja 4, leg. 15 (copia en la Academia Nacional de la Historia, Caracas).

34 Carta de los oficiales reales, de 26 de junio de 1612.

35 Carta del gobernador García Girón a S. M., fechada en Caracas a 27 de junio de 1612. Archivo General de Indias, Sevilla, est. 54, caja 4, leg. 15 (copia en la Academia Nacional de la Historia, Caracas).

acudió a todos los medios y personas de que podía valerse para reparar el mal que su torpeza causó a la Provincia. Obtuvo la rehabilitación que pedía; pero, entretanto, había ocasionado un daño del que tardó Venezuela muchos años en reponerse, aunque, por otra parte, la ganadería recibió durante la prohibición un gran impulso.

Después, de 1607 y a partir de la destrucción de las plantaciones ejecutada por Sancho de Alquiza, las exportaciones de tabaco se redujeron a cifras insignificantes. Inmediatamente que García Girón ordenó la reanudación de los cultivos, las cantidades embarcadas por La Guaira subieron, alcanzando precios excelentes, hasta de 62 ½ reales la arroba en 1613. Las siembras se multiplicaron de nuevo por el estímulo del alto precio, y en 1615 se enviaron a España 91.000 libras, la más grande exportación que llegó a hacerse en todo el siglo. En 1621 se sacaron del país 73.370 libras. Esto sin contar las extracciones por Maracaibo y Coro. Los precios fluctuaron entre 2, 1 ½, 1 y aun ½ real la libra, hasta 1683, en que se estabilizó en 32 reales la arroba para subir a 40 en los últimos cinco años del siglo XVII.

Las exportaciones de tabaco no tienen la uniformidad que puede observarse en el comercio de cueros. A partir de 1640 sufren violentas y largas interrupciones, y solo en los últimos veinte años de ese siglo logra restablecerse con España su comercio regular. Puede apreciarse la importancia de las cifras de exportación, para los años que dejamos referidos, al considerar que el famoso estado de Virginia, en el año de 1617, solo exportaba 20.000 libras. Pero resultan insignificantes comparadas con la producción que se desarrolló más tarde en ese mismo estado y en Cuba, si bien el crédito del producto venezolano se mantuvo siempre muy alto.

Por aquel tiempo, el uso del tabaco estaba particularmente generalizado en los países septentrionales de Europa, en Inglaterra, los Países Bajos y en Alemania, y era tal la demanda del producto procedente de las campiñas venezolanas y la importancia de su comercio, que en 1613 los gobernadores españoles de Flandes, archiduques Alberto e Isabel, solicitaron la concesión del comercio de Venezuela, ofreciendo enviar tres buques todos los años y sustituir a los contrabandistas; pero la Corona de Castilla no aceptó su proposición<sup>36</sup>.

---

36 Clarence H. Haring, op. cit., p. 163.

Antes que conceder a otros la explotación del comercio de tabaco, la Corona prefirió tomarlo a su cargo. El 8 de julio de 1621 fue expedida una cédula autorizando al capitán Diego de Pinelo para contratar, por el tiempo de dos años, con los labradores a nombre de Su Majestad, toda la producción de tabaco para enviarla a Cartagena de Indias y de allí, en los galeones de la Real Armada, a la Casa de la Contratación de Sevilla. Se pretendía justificar el monopolio con el pretexto de que así los corsarios extranjeros no se aprovecharían de los beneficios de la venta de este producto. La cédula en referencia mandaba que se comprasen 4.000 arrobas de tabaco de esta gobernación, más 5.000 de Trujillo; pero debía convocarse previamente a Cabildo abierto a fin de que este fijase el precio a que debían recibir el tabaco los agentes del rey, estipulándolo de acuerdo con las últimas ventas que se hubiesen realizado, y también para que decidiese si la Provincia podía o no dar estas 9.000 arrobas<sup>37</sup>. El Cabildo se reunió, y, después de convenir en el monopolio, fijó un precio de 7 ½ pesos la arroba, precio que era muy superior al de ese año, y redujo la cantidad de que podía disponer el rey a solo 2.000 arrobas y 300 más si la cosecha era muy abundante, o sea un máximo de 57.500 libras. ¿Por qué el Cabildo estableció un límite tan bajo cuando la Provincia producía una cantidad mucho mayor, como lo certifican las exportaciones anuales? Acaso un grupo de propietarios, firmemente representados en el Ayuntamiento, tenía interés en limitar el monopolio a las cantidades que podían suministrar sus propias haciendas, para lo cual se aseguraron tan buen precio. Es preciso tener en cuenta que, aunque se realizó Cabildo abierto, en él estuvieron representados solamente los propietarios importantes de Caracas y no los pequeños agricultores del interior de la Provincia ni los indígenas, cuya producción generalmente iba a parar a manos de los contrabandistas.

El anuncio del monopolio debió tener efectos deprimentes entre un gran número de cultivadores. A este mal se añadieron los trastornos sufridos en los precios por la creciente producción de las colonias inglesas en la América del Norte, en donde, al mismo tiempo que aumentaba la producción, mejoraba la calidad, introduciéndose después el tabaco aromático que tanta aceptación tuvo en el mundo entero. Desalentados, los agricultores venezolanos prefirieron dedicar sus esfuerzos a otros cultivos. Por esa época el comercio de cacao había

---

37 Real cédula fechada el 8 de julio de 1621. Colección de Documentos *Diversos*, t. 1, f. 1º ANC.

comenzado a desarrollarse y ofrecía halagadoras perspectivas, tanto en el tráfico con España o con México, que ya se había iniciado, como en el contrabando. Debían encontrarse muy decaídos los cultivos de tabaco en la jurisdicción de Caracas en 1627, pues a partir de ese año son frecuentes las introducciones de tabaco de Cumaná.

El tabaco exportado en todo el siglo xvii procedía de la gobernación de Venezuela, aunque una gran parte venía de Barinas, cuyo producto era el más codiciado y mejor pagado. Pero el grueso de la producción de Barinas era sacado por Maracaibo que, a pesar de no ser su vía natural, era la dispuesta por las reales órdenes. El tabaco se exportaba en hoja y no elaborado ni molido; este, por el contrario, se importaba desde La Habana. *Fue el tabaco el primer cultivo venezolano explotado comercialmente en gruesas proporciones y no el cacao, como equivocadamente dicen Baralt y muchos otros autores.*

# EXPORTACIONES A ESPAÑA EN LOS AÑOS DE 1620-1700

Precios en reales de plata

Años	Cueros vacunos	Precio	Tabaco Libras	Precio	Zarzaparrilla Arrobas	Precio	Cacao <sup>1</sup> Fanegas	Palo Brasil Arrobas
	Piezas							
1620	9.337	a 8	44.850	a 1 libra	—	—	—	—
1621	8.685	" 10	73.370	" 2	—	—	—	—
1622	13.512	" 12	16.269	" 2	257	a 10	—	800 a 2 rs.
1623	8.299	" 12	25.816	" 1	128	" 10	—	—
1624	10.401	" 10	12.220	" ½	28	" 10	—	—
1625	1.162	" 10	5.096	" 1	7	" 10	—	—
1626	7.453	" 10	—	—	52	" 10	—	—
1627	9.805	" 10	2.466	" 1	53	" 10	17	—
1628	6.971	" 10	12.130	" 1	—	—	27	—
1629	11.789	" 10	16.383	" 1	43	" 12 ½	70	—
1630	12.614	" 10	7.750	" 1	106	" 12 ½	8	—
1631	23.987	" 12	14.300	" 1	313	" 12 ½	79	1.000 a 1 ½ rs.
1632	5.072	" 12	2.350	" 1	20	" 12 ½	20	—
1633	20.512	" 10	—	—	132	" 12 ½	—	—
1634	7.596	" 10	9.150	" ½	52	" 12 ½	9	—
1635	1.100	" 10	800	" ½	16	" 12 ½	—	680 a 1 ½ rs.

1 No aparecen los precios del cacao, pues figuran en el Cap. V.

(continúa)

(continuación)

Años	Cueros vacunos	Precio	Tabaco Libras	Precio	Zarzaparrilla Arrobas	Precio	Cacao Fanegas	Palo Brasil Arrobas
	Piezas							
1636	7.452	" 10	3.500	" 1	"	" 12 ½	44	—
1637	13.463	" 10	19.875	" 1	"	" 17 ½	15	—
1638 <sup>2</sup>	5.115	" 10	9.850	" 1	"	" 12 ½	—	—
1639	5.869	" 8	17.150	" 1	"	" 12 ½	—	—
1640	5.550	" 8	—	—	—	—	—	—
1646 <sup>3</sup>	3.975	" 9	—	—	—	—	—	—
1647	5.955	" 9	3.800	" 1	"	—	—	—
1648	6.307	" 9	—	—	—	—	—	—
1649	11.716	" 8	—	—	28	" 12 ½	50	2.400 a 2 rs.
1650	7.749	" 8	—	—	48	" 12 ½	—	48 " 2
1651	9.760	" 8	11.600	" 1	"	" 12 ½	—	200 " 2
1652	8.660	" 12, 8, 4	8.200	" 30 @	—	—	—	272 " 7 ½
1653	13.585	a id.	—	—	—	—	—	1.400 a 2 ½ rs.
1654	13.832	" id.	300	a 40 @	24	a 12 ½	27	380 " 3
1655	16.537	" 12, 8, 4	—	—	—	—	—	200 " 3
1656 <sup>4</sup>	8.586	" id.	13.375	" 48 @	—	—	25	1.040 " id.
1657	12.604	" id.	17.650	" 24.2	52	a 12 ½	216	480 " id.

2 Exportación en este año de 1.100 libras de cobre procedente de las minas de Cocorote, a razón de 6 reales la libra.

3 No existen en el Archivo los libros correspondientes a los años comprendidos entre 1641 y 1645.

4 Se exportaron 200 arrobas de azúcar, a 28 reales la arroba.

(continúa)

(continuación)

Años	Cueros vacunos	Piezas	Precio	Tabaco Libras	Precio	Zarzaparrilla Arrobas	Precio	Cacao Fanegas	Palo Brasil Arrobas
1658 <sup>5</sup>	9 493	" 16, 14, 12	—	—	—	—	—	222	200 " 3 ½ "
1659	7 741	" 10,65	3,225	25 @	—	—	—	187	200 " 3 ½ "
1660	6 165	" id.	—	—	—	—	—	—	—
1661	16 727	" id.	—	—	—	—	—	834	—
1662	—	—	—	—	—	—	—	—	—
1663	16 166	" id.	—	—	—	—	—	1 814	—
1664	4 800	" id.	—	—	—	—	—	847	—
1665 <sup>6</sup>	10 654	" id.	—	—	—	—	—	1 551	—
1666	11 081	" id.	—	—	—	—	—	3 768	—
1667	—	—	—	—	—	—	—	1 662	—
1668	1 200	" id.	—	—	—	—	—	100	280 " 3 ½ "
1669	4 025	" id.	—	—	—	—	—	3 182	—
1671	—	—	—	—	—	—	—	—	—
1672	—	—	—	—	—	—	—	—	—
1673	800	" id.	—	—	—	—	—	—	—
1674	6 943	" id.	—	—	—	—	—	3 751	—
1675	—	—	—	—	—	—	—	—	—

5 La diversidad de precios en los cueros que se observa a partir de este año corresponde a las siguientes calidades: de toro, 16 y 14 rs.; de novillos, 12 y 10 rs.; y de vaca, 6 reales cada pieza.

6 Exportación en este año de 740 @ de palo Campeche, a 12 ½ rs. la arroba.

(continúa)

(continuación)

Años	Cueros vacunos	Precio	Tabaco Libras	Precio	Zarzaparrilla Arrobas	Precio	Cacao Fanegas	Palo Brasil Arrobas
	Piezas							
1676	1.091	" id.	5.800	"	—	—	3.356	—
1677	—	—	—	—	—	—	—	—
1678	—	—	—	—	—	—	7.762	—
1679	812	" id.	31.675	"	—	—	777	—
1680	—	—	—	—	—	—	—	—
1681	—	—	—	—	—	—	13.819	—
1682	—	—	—	—	—	—	—	—
1683	—	—	12.725	a 32 @	—	—	7.206	—
1684	—	—	9.000	" 32 @	—	—	683	—
1685	—	—	37.125	" 32 @	—	—	170	—
1686	—	—	39.225	" 32 @	—	52 a 12 ½	85	—
1687	—	—	—	—	—	—	—	—
1688	—	—	—	—	—	—	—	—
1689	748	a 4	49.525	" 32 @	24 a 16	—	3.802	—
1690	—	—	—	—	—	—	—	—
1691	—	—	—	—	—	—	—	—
1692	—	—	—	—	—	—	—	—
1693 <sup>7</sup>	—	—	—	—	—	—	4.202	—

7 Exportación de 80 cordobanes a 10 reales cada uno.

(continúa)



(continuación)

Años	Cueros vacunos Piezas	Precio	Tabaco Libras	Precio	Zarzaparrilla Arrobas	Precio	Cacao Fanegas	Palo Brasil Arrobas
1694	—	—	—	—	—	—	—	—
1695	—	—	5.175	" 40 @	—	—	9.038	—
1696	—	—	—	—	—	—	—	—
1697	—	—	5.100	" 40 @	—	—	2.220	—
1698	—	—	—	—	—	—	—	—
1699	—	—	—	—	—	—	—	—
1700	—	—	—	—	—	—	—	—



— *Capítulo v* —

## EL COMERCIO DEL CACAO



**UNO DE LOS PUNTOS QUE HAN PERMANECIDO** hasta ahora más oscuros en la historia colonial venezolana es la época en que comenzaron los cultivos del cacao. Pero cualquier duda que exista debe limitarse a la sola región central del país, pues el cacao, producto americano, constituía uno de los elementos fundamentales en la alimentación de los indios de la zona andina, en donde los españoles encontraron extensas plantaciones. La relación de Juan Pimentel no menciona esa planta entre las especies vegetales que se cultivaban en el valle de Caracas, en 1579; en cambio, la descripción de la laguna de Maracaibo por Rodrigo de Argüelles y Gaspar de Párraga, del mismo año, incluye el cacao entre los frutos procedentes de Mérida que podrían navegarse al Nuevo Reino de Granada y a España.

Se ha supuesto que los españoles lo trajeron a Caracas desde México; pero habiendo aquellos encontrado abundancia de él en Mérida, resulta lógico pensar que de allí lo tomaron para llevarlo a otras regiones vecinas, hasta llegar a extenderlo por toda la gobernación de Venezuela. A pesar de que no existen noticias concretas sobre el cultivo del cacao por los indígenas de la parte central de Venezuela, un indicio muy valioso de que, por lo menos, tampoco les era desconocido este fruto, lo constituyen los cacharros descubiertos en los alrededores de la laguna de Tacarigua. En algunos de esos cacharros se ven mazorcas de cacao, lo que viene a demostrar el aprecio en que este era tenido, si bien no es posible hacer mayores conjeturas sobre tal descubrimiento. Venga de donde viniere, lo cierto es que su cultivo se desarrolló notablemente; y como un fenómeno de esta naturaleza no puede producirse de un año al otro, pues precisa por parte de los cultivadores conocimientos del suelo y de las condiciones del fruto, y en el mercado un consumo permanente que halague a aquellos en su labor, es

elemental que el cacao antes de convertirse en fruto de exportación, lo era ya de consumo interno.

## LOS HOLANDESES Y EL CULTIVO DEL CACAO

Numerosos errores se han deslizado al referirse algunos historiadores a este cultivo en Venezuela, llegando hasta el extremo de atribuirles a los holandeses el haberlo fomentado después de la ocupación de Curazao en 1634<sup>1</sup>. El cultivo del cacao, aun en los valles de Caracas, es muy anterior a esa fecha, ya que hemos encontrado exportaciones por La Guaira en 1607, según consta en los libros de la tesorería correspondientes a ese año existentes en el Archivo Nacional. Esto supone que la producción de la Provincia rebasaba ya los límites de la demanda interna. No sin fundamento puede decirse que las plantaciones de cacao comenzaron a desarrollarse en la región central de Venezuela hacia los últimos años del siglo xvi, pues debe tenerse en cuenta que el árbol del cacao es de crecimiento lento, y si para 1607 llega a exportarse alguna cantidad, aunque pequeña, resulta claro que su cultivo y uso eran muy anteriores. La intervención de los holandeses se produjo tarde, cuando en España, desde hacía ya un siglo, se consumían grandes cantidades de cacao procedente de México y de Guayaquil, y mucho tiempo después de haberse iniciado también este comercio entre Venezuela y la metrópoli. El gobierno español comprendió la conveniencia de fomentar el cultivo del cacao en esta Provincia, y concedió la exoneración de los derechos de almojarifazgo para las exportaciones con destino a la Península o a México, siempre que los embarcadores fueran pobladores de la colonia. Esta disposición estuvo en vigencia desde 1638 hasta 1650. No hemos encontrado la cédula que certifica esta gracia; pero sí el testimonio de los asientos en los libros de la tesorería, en donde se hace constar que no se cobraron derechos de almojarifazgo sobre el cacao que pertenecía “a vecinos de esta ciudad” en virtud de real cédula cuya fecha no mencionan<sup>2</sup>. No pretendemos con esto negar la influencia que pudo

---

1 Particularmente Depons y Baralt incurren en este error, y Codazzi lo acentúa al decir que “los holandeses en Curazao excitaron en 1634 a los habitantes de Caracas a dedicarse a los trabajos de la agricultura”.

2 La primera noticia de esta real gracia se encuentra en los libros de la Tesorería correspondientes al año de 1638. En el vol. 18 de la Real Hacienda (Archivo Nacional),

haber ejercido el comercio de contrabando con los holandeses; pero sí refutar de manera terminante la tesis de que fueron estos los que fomentaron e iniciaron este cultivo en Venezuela, y vindicar a España de una injusta acusación, ya que para 1631-1632 se exportaban más de 2.000 fanegas anuales por la vía legal con destino a México, España y otros lugares. Esta sola cantidad supone la existencia de más de 166.000 árboles<sup>3</sup>. Si calculamos el consumo de la provincia en otro tanto y en igual cantidad la salida ilegal, tenemos que, para la última fecha, las plantaciones debían alcanzar a medio millón de árboles aproximadamente. De manera que cuando los holandeses se establecieron en Curazao ya había en los valles y en las costas de Caracas grandes siembras de cacao.

Estas plantaciones se fueron extendiendo a lo largo de la costa de Caracas en las haciendas de Choroní, Ocumare, Chuao, Turiamo y Guaiguaza; en los valles de Caucagua, Capaya, Curiepe y Guapo; en los de Cúpira; en las márgenes del Aroa; en Barquisimeto, Güigüe y Orituco, según noticias dejadas por Humboldt<sup>4</sup>; pero es dudoso que en el siglo XVII el cultivo abarcara todas esas regiones. Se cultivaba además en Trujillo, en la jurisdicción y Maracaibo y en la provincia de Nueva Andalucía.

## LOS PRECIOS DEL CACAO

En 1607 las pequeñas cantidades enviadas a España tenían un precio, en Caracas, de 96 reales de plata la fanega. Este mismo precio se conserva de 1620 a 1625, cuando sube a 100 reales. Dos años más tarde se le valúa en 120 y luego oscila entre 104 y 112. De 1631 a 1634 los precios sufren violentos y

---

fol. 94, se lee: "... y es declaración que todas las personas que van declaradas son vecinos desta ciudad. Digo que por esto no pagaron almoxarifazgo". En el fol. 57 del vol. 24, año de 1647, el tesorero anotó: "que de los vecinos de esta ciudad no se cobró derecho de almoxarifazgo en exoneración y cumplimiento de la nueva merced que su Majestad ha hecho a esta provincia por tiempo de cuatro años por Cédula de tres de junio del año pasado". La exoneración estuvo en vigencia durante doce años por sucesivas renovaciones.

3 Humboldt (*Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, edición del Ministerio de Educación, Caracas, 1942, t. III, p. 173) calcula que 1.000 matas producían 12 fanegas por año.

4 Humboldt, op. cit., t. III, p. 175.

pronunciados descensos, hasta un nivel mínimo de 56 reales; pero luego se recuperan y suben a 120 y 160, manteniéndose estos altos precios de 1636 a 1648, en que bajan a 80; en 1625 descienden a 48; continúan bajando y en los tres años siguientes el precio es solo de 40 reales. A fines de 1655, a causa tal vez de una exportación de más de 1.000 fanegas para México y de otras bastante crecidas que le habían precedido, suben nuevamente a 64; y en 1656 se realiza la exportación más importante hecha hasta ese momento: 6.137 fanegas a 64 reales. Este último año marca una época de prosperidad, pues las exportaciones registran aumentos notables y los precios se mantienen firmes en 80 reales hasta 1664; en el siguiente suben primero a 120 y luego a 160, precio que se conserva hasta 1668, en que sube a 200 reales. El ascenso ha debido continuar, aunque, por desgracia, no hemos podido encontrar los precios de los años comprendidos entre 1671 y 1679; el caso es que en 1680 llegan a 320 reales, bajan en los dos años siguientes a 240 y 220, respectivamente; pero en 1683 son despachadas para España y México 23.470 fanegas, y aunque una partida fue valuada en 100 reales, ignoramos por qué razones, las restantes y principales lo fueron en 420 y 460 reales, que es el precio más elevado que hemos hallado en todo el periodo colonial. En los años siguientes las oscilaciones son frecuentes, pero no hubo caídas a los bajos precios anteriores.

Las mismas causas políticas que operaban sobre el comercio de cueros y de tabaco obraron sobre el de cacao, y así las guerras entorpecieron su salida regular y abatieron los precios. Si los holandeses llegaron en algún momento a obtener considerables partidas, no fue porque España despreciase nuestro producto, pues bien caro lo pagaba, sino porque su marina de guerra no se encontraba ya en capacidad de mantener abiertas las rutas comerciales y limpiarlas de buques enemigos, ni económicamente podía competir con sus rivales del viejo continente, cuyo predominio en los propios mercados metropolitanos era evidente e indiscutible.

## **COMERCIO CON MÉXICO**

Una de las consecuencias más importantes del cultivo del cacao fue la apertura del tráfico marítimo entre La Guaira y Veracruz. Anteriormente al incremento de la producción cacaotera no llegaban a Venezuela naves de Nueva España, y si alguna comunicación era necesaria, se hacía por medio de las que partían desde La Habana y en las naves que salían de La Guaira para incorporarse en la



flota que zarpaba de aquel puerto. A partir del año de 1620 comenzó a traficarse entre esta Provincia y México, cada vez con mayor regularidad, y este hecho habría de tener una influencia de incalculable importancia en la vida de la colonia. Anualmente salían de La Guaira para Veracruz cuatro o seis naves, pero con frecuencia el número era mucho mayor, y en algunos años llegaron a salir once. Después de la citada fecha, las naves que llegaban de España o de las islas Canarias no siempre emprendían el viaje de retorno desde Venezuela, pues preferían cargar cacao en La Guaira y navegar hacia Nueva España para negociarlo y regresar a la Península; si la operación resultaba provechosa, efectuaban un viaje más. Estos viajes, sin embargo, no eran libres, y para hacerlos era necesaria una licencia especial de la Casa de la Contratación de Sevilla.

A consecuencia de la intensificación de este tráfico comenzó a formarse en Venezuela, a mediados del siglo xvii, una flotilla de la que eran propietarios los mercaderes y los cosecheros de Caracas. Para ese entonces existían ya fortunas privadas de importancia. El precio del cacao permitía holgadamente atesorar. No puede haber duda acerca de la existencia, en aquella época, de algunas fortunas cuantiosas. Los bienes dejados en 1656 por el obispo fray Gonzalo de Angulo montaron a la crecida suma de doscientos mil pesos<sup>5</sup>. Pedro Jaspe de Montenegro gozaba fama de gran acaudalado, por tener a su cuidado los principales negocios y encomiendas de la Provincia<sup>6</sup>. Pronto surgieron hombres influyentes, y la nobleza criolla afirmó su fuero. Los “Gran Cacao”, nombre que el pueblo dio a esa nobleza, establecieron su reinado y llegaron a considerar el país como patrimonio suyo.

---

5 Colección de Documentos *Reales Cédulas*, vol. 416, f. 208, ANC.

6 Pedro Jaspe de Montenegro ejerció el cargo de proveedor durante muchos años. Murió en 1691 y dejó poder para testar a su capellán, el Ldo. Antonio Barua de Figueroa. El obispo pretendió por esto que a él tocaba privativamente el conocimiento en la materia, cuando por derecho correspondía al gobernador; este, para allanar la disputa, convino en que al inventario de los bienes concurriese una persona en representación del obispo de Caracas, y además el defensor de obras pías, en tanto la Audiencia de Santo Domingo resolvía acerca de quien deba conocer y proceder en semejantes negocios. Consultado el rey, este mandó que solo el gobernador corriese con el asunto y pidió al obispo relación de las porciones que de la herencia de Pedro Jaspe de Montenegro se hubiesen aplicado a obras pías, real cédula de 23 de septiembre de 1698. Colección de Documentos *Reales Cédulas*, vol. 422, f. 112. ANC.

Los cosecheros y mercaderes criollos, una vez que dispusieron de barcos propios, vieron con hostilidad las naves metropolitanas que tomaban carga para Veracruz y trataron de entorpecer su comercio, tanto en el terreno jurídico como en el de los hechos. Los mercaderes, sobre todo, llegaron a adquirir mayor influencia en el mercado local, pues operaban como intermediarios de los cosecheros menores y de aquellos mayores que, por tener sus haciendas en lugares apartados, no podían atender a la venta de sus frutos en la capital. De este modo, un reducido grupo de personas administraba las cosechas, y no le era difícil concertarse para negarle carga a los “intrusos” españoles. En la primera mitad del siglo xvii no hubo colisiones, y las naves españolas obtenían sin tropiezos todo el cacao que necesitaban para conducirlo a Veracruz; pero en la segunda mitad encontraron dificultades cada vez mayores, que en el siguiente siglo dieron origen a largos pleitos y expedientes voluminosos.

## **LOS PRIVILEGIOS DE CARACAS Y EL CACAO DE GUAYAQUIL**

No hemos podido averiguar a punto fijo en qué fecha obtuvo Venezuela privilegios para traficar con México; sin embargo, según Hussey, esto sucedió en 1674<sup>7</sup>, con exclusión casi absoluta de las naves y de los mercaderes españoles. Es el caso que los mercaderes venezolanos lograron imponerse de tal modo, que la Provincia obtuvo un verdadero monopolio en el mercado mexicano, en perjuicio de su rival más fuerte, la Provincia de Guayaquil en el virreinato del Perú, que producía una cantidad de cacao dos o tres veces mayor. Aunque la calidad de este cacao era muy inferior, la cantidad abatía los precios del fruto venezolano, y en los tiempos de crisis lo desplazaba, pues a causa de su elevado precio, que lo convertía en artículo de lujo, el cacao de Venezuela no era empleado puro por los consumidores de México ni de España, sino que aun las clases pudientes que podían pagarlo le agregaban dos partes del de Guayaquil, y en las épocas malas renunciaban al más caro. En muchas ocasiones, los embarcadores venezolanos

---

7 Roland Dennis Hussey (*The Caracas Company, 1728-1784*, Cambridge, 1934) asegura que el tráfico permitido comenzó en 1674 por cédula de 6 de julio, que aparece mencionada en muchos oficios y papeles no oficiales; pero advierte que no está en la “Recopilación de las Leyes de Indias” ni ha sido hallada copia separada. Nosotros no hemos encontrado tal cédula ni en los archivos venezolanos ni en los mexicanos.

hallaban en México existencias de 90.000 o de 100.000 fanegas de cacao de Guayaquil contra 20.000 o 25.000 fanegas que enviaba Venezuela. La desproporción era excesiva, y la Provincia hizo una representación ante el Consejo de Indias pidiendo fuera prohibida la entrada a México del cacao de Guayaquil.

Las Leyes de Indias prohibían todo comercio entre Perú y Nueva España. No obstante, por cédula de 21 de mayo de 1685, se concedió licencia por tres años para traficar vinos a Guatemala desde El Callao, prohibiéndose expresamente que se cargara cacao de Guayaquil. Esta merced fue prorrogada por otros tres años en cédula de 10 de junio de 1688, que mantuvo en pie la exclusión que pesaba sobre el cacao, a pesar de que el Consulado de Lima había pedido se levantara. No obstante, los barcos que conducían el vino del Perú cargaban furtivamente grandes cantidades de cacao y lo introducían por el puerto de Acapulco en la costa del Pacífico. Es significativo que, en los precisos momentos en que estas licencias fueron concedidas, el cacao venezolano obtenía sus mejores precios, que cayeron inmediatamente. El Cabildo de Caracas se reunió para considerar la situación que se planteaba, y acordó representar ante el monarca “respecto de los grandes perjuicios y menoscabos que se ha reconocido se siguen y experimentan en la venta y tráfico del cacao de las referidas provincias de Caracas y Cumaná”. El Consejo de Indias ratificó la prohibición que pesaba sobre el Perú, y ordenó al virrey no permitir la salida de cacao para Nueva España, y al de esta que no tolerase por ningún motivo la entrada de cacao de Guayaquil<sup>8</sup>.

Pero había una situación de hecho contra la cual era sumamente difícil luchar. En carta de 22 de abril de 1698, el virrey de Nueva España, José Sarmiento Valladares, expuso ante el rey que era imposible excusar las arribadas voluntarias o maliciosas de las embarcaciones del Perú, porque todas ellas traían señales de haber padecido tormenta, por lo cual no se les podía legalmente impedir la entrada ni justificar ser voluntaria; y en el ínterin que reparaban las naves, introducían el cacao, no obstante las órdenes que había dado a los oficiales reales y al Castellano de Acapulco para que cuidasen de evitar dicho comercio; por tal razón, y por la de tener el cacao gran consumo y ser “el principal alimento”, concluyó proponiendo se permitiese este tráfico a los navíos que arribaran del Perú, con tal que pagasen dobles derechos. El Consejo de Indias rechazó esta

---

8 Real cédula dada en Madrid a 3 de mayo de 1695. Archivo de la Municipalidad de Caracas.

proposición, y el rey ordenó al virrey que hiciese redoblar la vigilancia y castigase severamente a los transgresores de aquella disposición, y de paso reprendió duramente a los oficiales reales y al mismo virrey por la inobediencia y poco rigor en el cumplimiento de las reales órdenes<sup>9</sup>. Como puede notarse, los intereses de Venezuela se hallaban fuertemente protegidos ante la Corona; pero también es fácil observar que el favor del monarca de poco valía cuando sus representantes en la remota América eludían las leyes cada vez que lo estimaban conveniente.

El virrey de Nueva España ya en otras ocasiones se había entrometido en el comercio del cacao venezolano, tasando su precio en los mercados mexicanos. El Cabildo de Caracas, en 1677, se quejó de este proceder, representando al rey los daños que sufría la Provincia por las posturas y tasas que en Nueva España se le imponían al cacao, y razonaba que, cuando llegaba a subir el precio, era a consecuencia de la carestía del fruto, por lo cual era justo que los dueños estuviesen tanto a la ganancia como a la pérdida, ya que por su parte afrontaban los riesgos del mar, las fluctuaciones de los mercados y otros peligros. Acogida favorablemente esta representación por el Consejo de Indias, fue librada una cédula por la que se ordenaba al virrey de Nueva España y a

otros cualesquier tribunales, jueces y justicias de ella, que de ninguna manera pongan tasa en el cacao que de la Provincia de Venezuela se llevare y se vendiere de primera venta, y dejen que cada uno lo venda por el precio que pudiere como otra cualquiera mercadería<sup>10</sup>.

Las repetidas representaciones del cabildo, los acuerdos del Consejo de Indias y las reprimendas a los funcionarios de México de nada sirvieron para impedir el comercio de cacao de Guayaquil. Las cantidades que de este llegaban a Acapulco eran cada vez de mayor consideración. En 1708, el cabildo representó sobre el bajo precio del cacao en Nueva España, atribuyendo esto a las introducciones del de Guayaquil. Pero si la prohibición había resultado ineficaz en el siglo xvii, mucho más estaba destinada a serlo en el siguiente. En aquella oportunidad el

---

9 Real cédula de 7 de febrero de 1699. Colección de Documentos *Reales Cédulas*, vol. 422, f. 116. ANC.

10 Real cédula de 28 de marzo de 1778, Colección de Documentos *Reales Cédulas*, vol. 419, f. 171. ANC.

rey, como en otras tantas ocasiones, garantizó que había dado las providencias necesarias<sup>11</sup>. Una nueva reclamación es introducida por Venezuela en 1724, y vuelve el rey a reiterar que ha dado órdenes al virrey de que impida el comercio de Guayaquil<sup>12</sup>. En marzo de 1775 se reúne el cabildo para impetrar la prohibición en vista de la creciente afluencia a México de cacao procedente de los mares del Sur,<sup>13</sup> pero ya no tenía fundamento la demanda, pues el 17 de enero del año anterior había sido suspendida la prohibición para el comercio entre los reinos de Nueva España, Nueva Granada y Perú.<sup>14</sup> Sin embargo, Abalos, intendente electo de Caracas, antes de salir a tomar posesión de su cargo, hizo gestiones en favor de esta última representación, y obtuvo, si no la prohibición absoluta de este comercio, sí su limitación a solo una pequeña cuota anual de 8.000 a 10.000 fanegas,<sup>15</sup> que estuvo en vigencia hasta 1789, en que fue derogada por cédula de 5 de junio.

## LAS REMESAS DE MÉXICO

En las mismas naves en que remitía el cacao, Venezuela enviaba a México algunas cantidades de esclavos, negros criollos o de Guinea traídos por los asen-tistas. Pero este aporte careció de verdadera importancia. De 1681 a 1700 salie-ron para Veracruz 119 esclavos justipreciados entre 1.600 y 2.000 reales cada uno<sup>16</sup>.

Las naves retornaban platos mexicanos, instrumentos de labranza y algunos paños, pero el valor de todo esto era insignificante: el grueso del retorno hacíase

---

11 Real cédula de 17 de agosto de 1710. Archivo de la Municipalidad de Caracas.

12 Real cédula de 27 de junio de 1724. Archivo de la Municipalidad de Caracas.

13 Acta de la sesión del Cabildo de 17 de marzo de 1775. Archivo de la Municipalidad de Caracas.

14 Real cédula de 17 de enero de 1774. *Ramo de Reales Cédulas*, vol. 104, exp. 10, f. 13. AGN, México.

15 Real cédula de 18 de noviembre de 1778. *Ramo de Reales Cédulas*, vol. 115, exp. 120, f. 189. AGN, México.

16 Libros *Común y General* de la Tesorería, correspondientes a los años de 1681 a 1700. ANC.

en plata y oro. La mayor parte, si no el todo, del numerario venezolano, procedía de México. La cantidad de dinero en circulación en la Provincia llegó a depender del volumen de negocios realizados con Nueva España. A causa de hacerse los retornos en oro y plata amonedados, los libros de registros arrojan un fuerte saldo favorable a Venezuela, pues en tanto las exportaciones de cacao al precio de Caracas llegaban a alcanzar casi cuatro millones de reales anuales, la importación de mercadería de México apenas si llegaba un año con otro a 10.000 reales. Esta circunstancia ligó estrechamente la hacienda pública venezolana a Nueva España y así se explica el interés de la Provincia en retener la exclusividad del comercio de cacao con aquel virreinato, pues la menor interferencia de otro competidor lesionaba muy a fondo toda la economía de la Colonia. Habitualmente, Venezuela continuó recibiendo de México, hasta fines del siglo XVIII, unos 500.000 pesos anuales a cambio de cacao<sup>17</sup>.

Como este comercio le proporcionaba un numerario suficiente para sus actividades internas, le fue entonces posible renunciar a las antiguas prácticas del trueque y al uso de perlas en función de moneda, formas estas características del primitivismo comercial. Venezuela entró de esta manera a gozar de las ventajas de una moneda metálica de primera calidad, como era la mexicana, aceptada universalmente entre las mejores.

---

17 Estas remesas en efectivo han llevado a los historiadores venezolanos a la creencia de que se trataba de un situado regular, y desconocedores del comercio que les daba origen, han llegado a afirmar que la vida de la antigua provincia estaba sujeta a ese supuesto situado, idea que parte de Depons y que, sin ser sometida a examen durante el siglo y medio, aproximadamente, transcurrido ya, continúa hasta nuestros días.

Los siguientes cuadros fueron formados por nosotros mediante el análisis de más de 20.000 partidas de registro asentadas en los libros de la Real Hacienda, para demostrar cuantitativamente el proceso mercantil de ese período, que ha sido estudiado por nosotros con particularidad en nuestro libro *El comercio entre Venezuela y México en los siglos XVII y XVIII* (México, 1951), a cuyas páginas remitimos al lector que desee mayor información.

# EXPORTACIONES DE CACAO VENEZOLANO EN LOS AÑOS DE 1620-1700

(en fanegas de 110 libras)

Años	México	España	Otros destinos <sup>1</sup>	Precio en reales por fanega	Total en fanegas
1620	—	—	29	96	29
1621	—	—	24	96	24
1622	60	—	—	96	60
1623	—	—	25	96	25
1624	—	—	57	96	57
1625	347	—	384	96 y 100	731
1626 <sup>2</sup>	—	—	—	—	—
1627	209	17	108	120	334
1628	360	27	185	120	572
1629	765	70	93	104 y 112	928
1630	938	8	—	120	946
1631	1.716	79	119	64 y 80	1.914
1632	1.906	20	90	80	2.016
1633	761	—	61	56 y 72	822
1634	433	9	—	80	442
1635 <sup>3</sup>	—	—	—	—	—
1636	1.988	44	6	120	2.038
1637	1.396	15	—	120	1.411
1638	2.463	—	—	120	2.463
1639	1.593	—	—	120	1.593
1640	3.352	—	—	96	3.352
1646 <sup>4</sup>	2.483	—	—	160	2.483
1647	4.732	—	—	160	4.732
1648	3.186	—	—	128	3.186

1 En esta columna hemos incluido los envíos a Cartagena, La Habana, Santo Domingo y Canarias.

2 En este año de 1626 no hubo salida de cacao.

3 En este año de 1635 no hubo salida de cacao.

4 Los libros de la Tesorería donde se asentaban estas partidas, correspondientes a los años de 1641 a 1645, no existen en el Archivo.

(continúa)

(continuación)

Años	México	España	Otros destinos	Precio en reales por fanega	Total en fanegas
1649	2.666	—	—	80	2.666
1650	4.148	—	—	80	4.148
1651	3.720	—	—	80	3.720
1652	2.945	—	—	48	2.945
1653	3.892	—	—	40	3.892
1654	2.940	27	—	40	2.967
1655	4.471	—	—	40 y 64	4.471
1656	6.112	25	—	64	6.137
1657	4.347	216	16	64-80	4.579
1658	4.705	222	40	80	4.967
1659	8.237	187	—	80	8.424
1660	7.159	—	327	80	7.486
1661	4.640	834	—	80	5.474
1662	9.274	—	100	80	9.374
1663	3.378	1.814	—	80	5.192
1664	377	847	—	80	1.224
1665	4.545	1.551	—	120 y 160	6.096
1666	4.869	3.768	—	160	8.637
1667	2.518	1.662	—	160	4.180
1668	6.807	100	—	200	6.907
1669	615	3.182	—	200	3797
1671	3.465	<sup>5</sup>	34	—	3.499
1672	3.333	—	—	—	3.333
1673	4.728	—	—	—	4.728
1674	563	3.751	—	—	4.314
1675	9.232	—	—	—	9.232
1676	—	3.356	—	—	3.356
1677	14.247	—	—	—	14.247
1678	1.825	7.762	—	—	9.587

5 En este año hubo dos expediciones importantes para España, pero los libros de partidas no especifican los frutos ni las cantidades. Tampoco fue posible, por mucho que nos lo propusimos, hallar los precios para los años comprendidos entre 1671 y 1679.

(continúa)



(continuación)

Años	México	España	Otros destinos	Precio en reales por fanega	Total en fanegas
1679	3.555	777	—	—	4.332
1680	10.952	—	8	320	10.960
1681	4.310	7.206	33	240	11.549
1682	5.901	—	—	200	5.901
1683	9.651	13.819	—	100, 420 y 460	23.470
1684	6.752	683	2.095	80	9.530
1685	4.743	170	—	80	4.913
1686	10.189	85	26	80	10.300
1687	12.030	—	—	100	12.030
1688	313	—	479	100	792
1689	12.524	3.802	136	104 y 136	16.462
1690	8.599	—	521	136	9.120
1691	20.360	—	22	144, 160 y 176	20.382
1692	9.717	—	117	174 y 200	9.834
1693	12.612	4.202	243	184 y 200	17.057
1694	5.642	—	44	176	5.586
1695	5.681	9.038	200	132 y 160	14.919
1696	12.925	—	—	112	12.925
1697	11.748	2.220	280	112	14.248
1698	12.668	—	20	112 y 120	12.688
1699	13.723	—	12	112 y 152	13.735
1700	4.725	—	57	120 y 152	4.782

### RESUMEN DE LAS EXPORTACIONES DE 1620-1700

México	357.766 fanegas
España	71.595 "
Otros destinos	5.991 "
<b>Total</b>	<b>435.352 fanegas</b>

## EXPORTACIONES DE CACAO DE CARACAS

**EN LOS AÑOS 1701-1777**

(en fanegas de 110 libras)

Años	México	España	Islas Canarias	Islas de Barlovento	Comp. Francesa	Comp. Inglesa	Total
1701	12.564 <sup>1</sup>	7.396	—	—	781	—	20.741
1702	14.114	—	113	563	892	—	15.682
1703	17.349	—	—	133	176	—	17.658
1704	5.455	—	801	147	1.664	—	8.067
1705	8.220	—	1.703	508	1.546	—	11.977
1706	12.122	2.040	—	194	1.504	—	15.860
1707	20.319	—	—	103	—	—	20.422
1708	21.576	—	—	38	1.108	—	22.722
1709	7.571	—	590	117	1.335	—	9.608
1710	17.602	—	610	50	1.855	—	20.117
1711	13.344 <sup>2</sup>	711 <sup>3</sup>	901	165	1.037	—	16.149
1712	13.526	—	—	323	4.945	—	18.749
1713	16.942	4.025 <sup>4</sup>	—	40	3.099	—	24.106
1714	13.088	—	600	527	6.561 <sup>5</sup>	—	20.776
1715	4.300	—	750	645	5.547 <sup>6</sup>	26	11.268
1716	17.301	—	465	529	267	—	18.562
1717	13.748	—	537	362	10	73	14.730
1718	26.710 <sup>7</sup>	—	194	740 <sup>8</sup>	—	969	28.613
1719	17.768	—	—	383	—	394	18.545
1720	7.017	—	870	357	—	228	8.472
1721	30.480	1.202	2.335	98	—	—	34.115
1722	26.973	—	5.257	50	—	—	32.280

1 1.533 fanegas fueron conducidas a Veracruz por la Cía. Francesa.

2 La Cía. Francesa llevó otras 1.210 fanegas.

3 Transportadas a España por la Cía. Francesa.

4 Conducidas a Vizcaya por la Cía. Francesa.

5 3.075 fanegas fueron extraídas directamente para Nantes.

6 Transportadas a Francia.

7 1.775 fanegas fueron llevadas a la Nueva España por la Cía. Inglesa.

8 La Cía. Inglesa condujo a La Habana 488 fanegas.

(continúa)

(continuación)

Años	México	España	Islas Canarias	Islas de Barlovento	Comp. Francesa	Comp. Inglesa	Total
1723	15.277	5.463	2.144	417	—	637	23.938
1724	23.388	—	—	893	—	1.085	25.266
1725	13.048	2.507	1.854	261	—	844	18.514
1726	5.282	5.512	1.970	628	—	2.710	16.102
1727	23.676	3.974	4.456	1.149	—	781	34.036
1728	22.556	2.494	—	765	—	40	25.855
1729	14.172	5.608	5.578	1.260	—	2.594	29.112
1730	6.612	13.483	2.993	1.132	—	3.052	27.272
1731	16.975	8.539	7.268	1.311	—	6.442	40.535
1732	24.949	5.656	4.615	802	—	2.741	38.763
1733	17.937	19.127	7.222	989	—	2.200	47.465
1734	19.798	30.882	2.598	1.213	—	3.364	57.855
1735	20.452	25.185	7.516	427	—	1.418	54.998
1736	17.436	34.401	4.691	2.676	—	5.625	64.829
1737	24.856	16.625	5.595	596	—	4.221	51.893
1738	16.656	23.854	—	886	—	2.594	43.990
1739	15.591	21.185	2.340	658	—	3.080	42.854
1740	14.304	40.341	8.914	353	Para las colonias		63.912
1741	8.477	21.119	4.680	1.241	extranjeras <sup>9</sup>		35.517
1742	13.912	4.168	4.567	1.930	831		25.409
1743	6.787	19.001	—	2.819	8.789		37.396
1744	13.511	11.347	5.036	2.379	3.521		35.794
1745	22.269	8.092	9.829	500	209		40.899
1746	31.728	28.070	—	1.502	7.258		68.558
1747	21.726	21.137	—	1.553	4.331		48.747
1748	22.014	11.192	8.687	1.205	1.259		44.357
1749	12.022	6.731	—	2.158	1.287		22.198
1750	21.416	27.701	8.803	872	—		58.792
1751	19.228	20.924	4.176	3.901	639		48.868

9 En 1730, la Cía. Inglesa deja de figurar como extractora de cacao, y en adelante las exportaciones para colonias extranjeras se ejecutan por naves de la Compañía Guipuzcoana y de algunos particulares, generalmente con el objeto de obtener harina y otros víveres para el abasto de la Provincia desde Curazao y de las posesiones francesas.

(continúa)

(continuación)

Años	México	España	Islas Canarias	Islas de Barlovento	Compañía Guipuzcoana	Total
1752	27.974	27.984	2.827	1.970	100	60.865
1753	12.416	33.420	—	2.547	—	48.383
1754	15.364	46.698	4.949	3.050	—	70.061
1755	9.500	29.430	—	2.058	2.61	43.349
1756	30.003	20.896	6.006	2.535	1.348	60.788
1757	20.668	28.615	9.132	2.579	—	60.994
1758	17.059	34.706	13.552	1.048	—	66.365
1759	12.249	43.534	—	744	459	56.986
1760	13.485	31.724	10.844	765	57	56.875
1761	28.306	30.974	4.687	849	359	65.175
1762	13.984	20.593	—	2.089	2.305	38.971
1763	16.864	50.319	11.160	2.316	2.556	83.215
1764 <sup>10</sup>	12.357	52.889	—	868	—	66.214
1765	15.799	23.695	10.870	848	98	51.310
1766	10.066	26.640	—	276	27	37.009
1767	12.931	30.825	16.144	467	—	59.367
1768	21.770	30.503	5.897	506	—	58.676
1769	11.966	41.414	6.879	112	—	60.371
1770	15.838	35.390	5.549	1.172	—	57.949
1771	18.878	26.989	5.317	578	—	51.762
1772	22.413	48.579	6.029	585	—	77.606
1773	—	40.759	9.004	568	—	50.331
1774	39.424	19.452	6.020	678	—	65.574
1775	5.073	57.758	6.388	587	—	69.806
1776	6.743	31.827	6.214	648	—	45.432
1777	6.804	39.433	5.631	679	—	52.547

10 A partir de 1764 nos faltan los envíos a las colonias extranjeras, pero disponiendo de las de México, España, islas Canarias y de Barlovento, no podíamos excusar el darlas por aquella falta. Las presentes tablas estadísticas las compusimos mediante la consulta de casi 3.000 vals. del ramo de Real Hacienda, años 1620-1777, AGN, Caracas. La mayor parte de la columna correspondiente a México, del ramo Real Hacienda del Archivo de México.

# RESUMEN DEL PERÍODO 1701-1777

Años	México	España	Islas Canarias	Islas de Barlovento	Cía. Francesa	Cía. Inglesa	Colonias Extranjeras	Total							
	%	%	%	%	%	%	%	(figs.)							
1701-30	462.100	75	54.415	8,9	34.721	5,6	12.577	2,0	32.327	5,3	13.432	2,2	609.572		
1731-77	799.978	34,3	1.103.323	47,3	249.636	10,7	61.093	2,6			31.685	1,3	82.911	3,5	2.328.626
1701-77	1.262.078	40,2	1.364.738	43,3	284.357	9,0	73.670	2,3	32.327	1,0	45.117	1,4	82.911	2,6	3.145.198



— *Capítulo vi* —

## EL DESARROLLO DE LAS REALES RENTAS





## FUNDACIÓN DE LA REAL HACIENDA

La historia de la Hacienda en Venezuela comienza efectivamente en 1531, cuando por instrucción de Juana la Loca son abiertos los primeros libros de la Tesorería y se establecen en Coro los oficiales reales. Los primeros ingresos a las cajas correspondieron al quinto que cobró la Corona por los indios sometidos a esclavitud. La Provincia se encontraba entonces a cargo de los Welser, y a esto obedeció ante todo la organización de las reales cajas, a fin de recaudar los derechos que correspondieran al Tesoro de acuerdo con el contrato otorgado a los alemanes.

Las instrucciones de 1531 disponían que la Hacienda estuviese al cuidado de tres personas: un tesorero, un contador y un factor. Todo el caudal en oro y perlas que perteneciese a la Corona debía ser depositado en una caja con tres cerraduras, cuyas diferentes llaves estarían en manos de los tres oficiales, de manera que no la pudiese abrir uno solo de ellos para meter o sacar nada: la caja solo podía ser abierta en presencia de los tres oficiales.

En la misma arca, junto con el tesoro, debía guardarse un libro encuadernado que se titulaba *Libro Común*, en donde debían asentarse todas las partidas de oro y perlas u otros efectos que se depositasen, con especificación de la procedencia de esos efectos, y del día, mes y año del asiento. En otro lugar del mismo libro (de la mitad en adelante) debía asentarse lo que se sacase del arca. Cada una de estas partidas, tanto las del *cargo* como las de la *data*, debían ir firmadas por los tres oficiales, so pena de cien mil maravedíes por cada omisión. Antes de colocar el *Libro Común* en la caja, era preciso llevarlo al gobernador, en cuya presencia se contaban las hojas; de todo eso se levantaba una breve acta, escrita en la primera página del libro. El gobernador y los oficiales debían firmar dicha acta.

En otro libro grande titulado *Libro de Acuerdos*, que debía estar en poder del tesorero, se asentaban todas las resoluciones tomadas en consulta. Cada asiento debía ir firmado por los tres oficiales o solo por dos de ellos. Los acuerdos que se hubiesen aprobado debían ser respetados por los tres oficiales, bajo pena de otros cien mil maravedíes por cada transgresión. Además de este *Libro de Acuerdos* y del *Común*, cada uno de los oficiales estaba obligado a llevar su propio libro para lo tocante a su cargo, y asentar en él las partidas del cargo y de la data. Los tres libros, “así en la sustancia como en la forma y solemnidad”, debían estar en un todo conformes con los libros generales y comunes guardados en el arca.

Los libramientos que diera el contador para pagar lo que estuviera ordenado por el rey debían llevar la firma de los tres oficiales; de otra manera no podrían ser pagados ni por el tesorero ni por el factor. Quedaba prohibido hacer adelantos en los salarios, libranzas o mercedes, señalándosele pena de veinte mil maravedíes al contador que autorizase el pago, y al tesorero o al factor que lo hiciese efectivo antes de la fecha de vencimiento. Los bienes pertenecientes a la Hacienda que se ordenase vender, debían ser sacados a la venta solo en almoneda y al contado, aunque en algunos casos podían darse al fiado, siempre que se tomasen las seguridades necesarias para su pago al final del plazo que se le hubiera fijado al comprador.

Las instrucciones dadas por Juana la Loca prohibían a los oficiales contratar “con maravedíes ni otras cosas algunas”, conducidas de España a las Indias, por sí ni en compañía de otra persona, directa ni indirectamente, en público o en secreto, so pena de perder lo que contratasen y multa de cien mil maravedíes. Los oficiales quedaban autorizados para dar en arrendamiento las rentas de almojarifazgo de 7 ½%, si hubiera persona dispuesta a hacerse cargo de ellas, para lo cual, de acuerdo con el Justicia, harían pregonar en toda la Provincia esta disposición con el objeto de recibir posturas; pasados tres meses enviarían al rey un informe del resultado obtenido, acompañado de la opinión de los oficiales sobre lo que conviniese resolver.

En tanto no se hubiese arrendado el almojarifazgo, y para los fines de su recaudación, en el avalúo de las mercaderías debían seguirse las siguientes instrucciones: ninguna mercadería podría ser sacada de los navíos sin el conocimiento y licencia de los oficiales, pues de lo contrario sería dada por perdida a favor de la Real Hacienda. Cuando el navío llegase al puerto, los tres oficiales se reunirían con el gobernador para recibir el registro de la carga hecho por los

oficiales de la Casa de Contratación de Sevilla, y conforme a él harían descargar las mercaderías, valuándolas por separado, “justa y moderadamente, según que comúnmente valieren las tales cosas en aquella sazón en la dicha tierra, sin hacer agravio a los dueños de las mercancías ni perjuicio ni fraude a nuestras rentas”. Esta recomendación, que se halla contenida en instrucciones dadas a los oficiales de Sevilla y a los de los puertos de América, se dirigía a impedir que se cargasen impuestos excesivos a los mercaderes, quienes con frecuencia se quejaron al monarca de que sus mercaderías eran valuadas por encima de los precios corrientes en el mercado; pero también se dirigía a evitar que la tolerancia de los oficiales perjudicase la Hacienda. Era esta tarea de la valuación la más difícil y comprometedora entre el conjunto de las obligaciones que les fueron señaladas a aquellos funcionarios; daba origen a frecuentes disputas, pues los mercaderes trataban de bajar el justiprecio. La valuación se hacía de acuerdo con los precios que rigiesen en el puerto de desembarque, lo que obligaba a los oficiales a hacer consultas y a mantenerse informados; la dificultad era todavía mayor cuando se trataba de efectos desconocidos en el mercado local, artículos raros o de aquellos que tenían un valor puramente personal. Este sistema del avalúo fue sustituido más tarde por el de un recargo del 50% sobre el valor de la factura, con lo cual se facilitaba el proceso para el cobro de los impuestos, pero no siempre resultaba justo.

Si alguna mercadería se encontraba fuera de registro, era de inmediato decomisada; si alguna de las que apareciesen en el registro no se hallaba al tiempo de la descarga, debía considerarse como existente, valuarse como tal y cobrarse el almojarifazgo y demás derechos correspondientes, salvo que el capitán del navío o el dueño de la mercadería comprobase que había sido echada al mar. En cuanto a la forma de recaudar los impuestos, si la persona obligada a pagarlos carecía del dinero preciso y por este motivo se le había de conceder un plazo, solo podría hacerse previo acuerdo de los tres oficiales y después de recibir satisfactorias seguridades de parte del deudor de que los pagaría al vencimiento de dicho plazo.

Los oficiales no podían ausentarse del lugar de asiento de las cajas sin autorización del rey, pues perdían el oficio. Si para cumplir alguna misión relacionada con sus funciones u otra causa legítima les era preciso alejarse temporalmente, se les permitía hacerlo siempre que mediase la aprobación de sus colegas y la del gobernador. En este caso debía nombrarse otra persona para llenar la vacante por el tiempo que durase la ausencia del propietario del título.

El sábado de cada semana se reunirían los tres oficiales para meter en la caja lo que se hubiese cobrado. Cada seis meses el tesorero debía exhibir sus libros y confrontarlos con el *Común y General* en presencia del gobernador, el contador y el factor, quienes efectuarían un tanteo de cuyo resultado enviarían un informe al Consejo de Indias. El incumplimiento de esta regla se hallaba también penado con multa de cincuenta mil maravedís. La correspondencia real debía ser abierta en presencia de los tres oficiales y después de contestarla la guardarían en la caja, tocándole al contador tomar nota de lo ordenado por el rey y velar por su ejecución. En la misma arca de tres llaves debía ser colocado el cuño con el que se marcaba el oro fundido en la Provincia; este cuño no podía ser retirado de ella sino bajo acuerdo de los tres oficiales<sup>1</sup>.

Alonso Vázquez de Acuña, Antonio de Naveros y Pedro de San Martín, oficiales reales con asiento en Coro, son los primeros funcionarios de Hacienda, bajo el gobierno de los Welser. Los tres se turnaron en la peligrosa misión de acompañar a los gobernadores alemanes en sus arriesgadas empresas. El factor San Martín emprendió viaje junto con Ambrosio Alfinger en la desafortunada expedición al sudoeste de la laguna de Maracaibo, y fue a él a quien correspondió conducir el pequeño ejército hasta Coro, después de la muerte del gobernador. Antonio de Naveros acompañó a Nicolás Federmann en su primera expedición, y para la segunda fue designado Vázquez de Acuña. Naveros acompañó también a Felipe de Utten.

## LOS PRIMEROS INGRESOS A LA TESORERÍA

Las primeras actuaciones de los oficiales se relacionan con el cobro del quinto correspondiente al rey del oro cosechado por los Welser en sus expediciones de rapiña por los pueblos indígenas, y también del quinto de los indios apresados por ellos y declarados como esclavos. Hasta el año de 1535 no se hacen gestiones para el cobro del almojarifazgo, que los alemanes se habían negado a pagar.

---

1 Instrucción general para los oficiales de la Provincia de Venezuela y cabo de la Vela; dada en Ocaña a 17 de febrero de 1531. *Boletín del Archivo Nacional*, n° 113 (nov.-dic. de 1942), ff. VII-XV.

Investido del carácter de juez de Comisas, el obispo Rodrigo de Bastidas tenía a su cuidado la fiscalización de los libros y se le consultaba sobre algunas materias de la Hacienda, función esta que, al ser cancelado el contrato de los Welser, pasó a cargo de los gobernadores españoles. En 1538 el obispo Rodrigo de Bastidas envió al rey la primera relación de los ingresos y estado de las cuentas de la Provincia<sup>2</sup>:

Año	Fundición del oro	Quinto del rey
1529	1.116 ps. 2 tomines	228 ps. 2 tom. 8 gramos
1530	9.586 " 6 "	1.917 " 3 "
1531	4.825 " 6 "	979 "
1532	—	—
1533	39.225 " 6 " 3 gr.	7.844 " 5 " 7 "
1534	2.383 "	495 " 7 " 5 "
1535	2.263 " 4 "	451 " 4 "
1536	13.609 " 9 "	2.718 " 9 " 16 "
1537	9.730 " 4 " 9 gr.	1.947 " 1 " 10 "
1538	6.158 " 4 "	1.231 " 5 " 7 "
Total:	89.080 ps. 1 ts. 1 gr.	17.816 ps. 2 ts. 8 granos

*Almojarifazgo*: “Valieron todas las mercaderías e caballos e ganados que en los susodichos años entraron en la dicha provincia” 77.285 pesos, de los que se recaudaron para el rey, por el almojarifazgo, 5.046 pesos, 3 tomines y 6 granos.

*Quinto de esclavos*:

Anse condenado en esta Provincia en la ciudad de Coro y cabo de la Vela en los susodichos años mil e cinco piezas de indios e indias por esclavos, de los cuales perteneció a S. M. e valió su quinto, 1.499 ps, 1 ts, 11 gr<sup>3</sup>.

2 “Relación sumaria de las cuentas que se tomaron a los oficiales reales de la Gobernación de Venezuela y cabo de la Vela desde 1529, en que se pobló, hasta 2 de diciembre de 1538, en que se empezaron a tomar las cuentas por el obispo don Rodrigo de Bastidas”. Archivo General de Sevilla, est. 2, caja 2, leg. 1-14 (copia de la Academia Nacional de la Historia, *Documentos*, vol. 4, exp. 47).

3 *Ibíd.*

Las penas de cámara fueron solo de unos 340 pesos, de los cuales 231 correspondían a un negro decomisado en 1538. En definitiva, durante el período de 1529-1539 el *cargo* fue de 5.874.386 maravedíes y el *descargo* de 5.344.967; *balance*, 529.418 maravedíes, o sea que la Provincia produjo, en la primera década de su administración, más de medio millón de maravedíes para el Real Tesoro.

La fundición de oro de 1533, que montó a 39.225 pesos, siendo la de mayor importancia que consta en los libros de la tesorería colonial, sin duda es el fruto de la expedición de Alfínger, ya que justamente fue ese el año en que retornó el factor San Martín así como la diezmada tropa<sup>4</sup>. Jorge Spira trajo de la expedición que hizo hasta el Meta 5.518 pesos de oro del país, que se fundieron en Coro y dieron 4.783 pesos; pero como el metal era de baja calidad, pagados los derechos del fundidor y el quinto real quedaron de buen oro solo 1.262 pesos<sup>5</sup>.

En 1535 los oficiales intentaron por primera vez obligar a los Welser a pagar el derecho de almojarifazgo, no solo sobre las mercaderías que a partir de esa fecha introdujeron, sino desde el establecimiento de sus factorías en el país, propósito que no pudieron cumplir, pues la primera armada que vino a esta Provincia no trajo registro y no quedaba otro medio para averiguar la cantidad y clase de mercaderías introducidas que el de revisar los libros de los concesionarios; tras muchos esfuerzos lograron rescatar alguna parte de los derechos adeudados. Los oficiales convinieron también en cobrar a los alemanes el almojarifazgo del ganado caballar, carne y casabe que frecuentemente traían de Santo Domingo; pero antes de adoptar este acuerdo decidieron que el factor San Martín, que se disponía a salir para aquella isla a vender algunos esclavos indios que pertenecían al rey por recaudación del quinto, se informase sobre si esto era legal, pues

---

4 Según Oviedo y Baños, Pedro de San Martín se hallaba de regreso en Coro el año de 1532; sin embargo, Fernández de Oviedo y Valdés, que escribió su *Historia general y natural de las Indias* casi dos siglos antes que el primero, dice que San Martín llegó el 2 de noviembre de 1533, y parece ser lo cierto, pues en el año 1532 no se registró fundición alguna de oro, según el informe del obispo Rodrigo de Bastidas, siendo cierto que Alfínger recogió mucho oro en su expedición, además de los 30.000 pesos que se perdieron junto con Vascaña y los hombres que lo acompañaban; también San Martín acreció el caudal que había recibido al hacerse cargo de la jefatura de la tropa, con ciertas cantidades de oro que recogió en algunos pueblos indígenas.

5 Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, *Historia general y natural de las Indias*, Madrid, Imprenta de la Real Academia de la Historia, 1852, t. II, p. 315.

los alemanes alegaban que las introducciones procedentes de esa colonia habían sido eximidas de impuesto. La información que trajo San Martín era la de que en otras partes se cobraba al almojarifazgo de las introducciones de Santo Domingo, menos de aquellas cosas que fuesen de la labranza y cría de los vecinos de la isla. Habiéndose consultado sobre la materia al Consejo de Indias, este resolvió que los Welser debían en adelante pagar el impuesto, y asimismo cualesquiera otras personas, y en cuanto a las importaciones anteriores, que los oficiales enviasen relación de ella a la Audiencia para que esta hiciese justicia.

### **ESCASEZ DE MONEDA**

El desarrollo de la Real Hacienda tuvo su mayor obstáculo en la falta de oro y de moneda en general, por lo que se hacía imposible la recaudación inmediata de los impuestos. Para subsanar esta falta de moneda se recibía el equivalente de los derechos en los mismos efectos que los causaban; pero al vender esos efectos con frecuencia la renta sufría una pérdida sensible, pues la venta no podía hacerse sino en almoneda, según estaba ordenado, y además la escasez de numerario entorpecía la operación, pues los compradores no podían pagar al contado y era preciso darle fiado hasta con seis meses de espera. Debido a esto los oficiales preferían generalmente conceder plazos de tres meses, y aún más, para el cobro de los impuestos cuando el deudor podía dar garantía suficiente.

### **RESIDENCIA DE LA REAL HACIENDA**

Mientras no hubo más centro poblado que Coro, los oficiales pudieron sin dificultad cumplir la orden de que los tres recibieran y cobraran las rentas; pero más tarde, a causa de la fundación de otras ciudades y de lo dilatado del territorio de la Provincia, esta disposición resultó poco práctica, pues se veían obligados a trasladarse separadamente de un sitio a otro, al Tocuyo, Barquisimeto o Borburata, para recoger las rentas y conducir las a Coro. Otra molestia de no menor consideración era la de que, estando centralizada la administración en Coro y debiendo hacerse en esta ciudad el pago de todos los salarios, los curas y funcionarios de aquellos otros pueblos tenían necesidad de trasladarse a ella o procurarse la manera de hacer llegar su paga hasta su residencia, lo que les ocasionaba crecidos gastos que disminuían sus salarios en un tercio o más. Para

hacer más viable el cumplimiento de la real orden y evitar los perjuicios que resultaban a la Hacienda, ya que no se podía ejercer una atenta vigilancia de las rentas en todos los lugares de la Provincia, los oficiales resolvieron que cada uno de ellos tuviese un teniente en los cuatro pueblos existentes para 1555, con sus correspondientes cajas de tres llaves. En vista de la importancia que había tomado Borburata, convinieron en 1564 que cada año se trasladase uno de ellos a dicho puerto, pues allí se llevaba a fundir todo el oro de las minas de Buria y tocaban muchos barcos.

La ciudad de Coro resultaba un lugar demasiado expuesto a los ataques de los piratas para que sirviese de sede a la Real Hacienda. Otro tanto sucedía con Borburata, que en 1555 fue asaltada por los franceses, quienes cargaron con el arca, y años más tarde nuevos piratas franceses e ingleses la atacaron con frecuencia, hasta que la destruyeron e incendiaron totalmente, siendo abandonada en 1570 por los pobladores españoles.

Ante esta continua amenaza que cerníase sobre Coro, los oficiales se vieron precisados en varias ocasiones a trasladarse a otros lugares mejor resguardados. Ya en 1559 los oficiales habían convenido en trasladar el Tesoro Real a las cajas de Barquisimeto, pues piratas franceses merodeaban por la costa y se temía un asalto a la ciudad. Finalmente, en 1564, el tesorero Gonzalo de los Ríos y el contador Diego Ruiz de Vallejo resolvieron mudar toda la administración a Barquisimeto, por hallarse muy en el interior y situada en el centro de la gobernación, y que solamente allí estuviesen los libros *Común y General* y el de *Acuerdos*, así como los libros encuadernados de cada uno de los oficiales, para que en ellos se hiciese el cargo y el descargo; en Coro y Borburata los tenientes de oficiales llevarían sus cuentas en pliegos que debían pasar todos los años a Barquisimeto para hacer los asientos definitivos<sup>6</sup>. Este acuerdo, al mismo tiempo que salvaguardaba el tesoro ponía mayor orden en las cuentas, pues los oficiales que precedieron a Ríos y a Vallejo las llevaban por separado en los distintos pueblos donde había tenientes suyos.

A medida que la conquista y colonización se iban extendiendo, por la costa y tierra adentro, el centro de la gobernación se iba desplazando hacia el este. Fundada Caracas, el gobernador Juan Pimentel fijó en ella, en 1577, la capital de

---

6 *Libro de Acuerdos* de los oficiales reales. Boletín del Archivo Nacional, n° 113, p. 23.



la Provincia, e invitó a los oficiales reales a que se trasladasen a la nueva ciudad que, sin correr los peligros a que estaban expuestos los pueblos de la costa, era casi un puerto, pues se encontraba situada apenas a cuatro o cinco leguas del puerto de Caraballeda, en donde se sacaba y fundía mayor cantidad de oro que en todo el resto de la Provincia, razón esta que justificaba el traslado de la tesorería mucho más que el mismo peligro de los piratas; además, debido a la proximidad del mar, podían visitar los navíos que llegaban con registro. En el mismo año citado los oficiales resolvieron hacer la mudanza y dejaron en Barquisimeto tenientes de oficiales. Una vez en su nuevo asiento, establecieron una casa de fundición en la que debía habitar, para su mayor resguardo, uno de los oficiales. En esta forma Caracas pasó a ser el centro político y administrativo de la Provincia de Venezuela. El traslado de la Hacienda había sido ya convenido en el Tocuyo con el gobernador Diego Mazariegos en 1573, y con el objeto de estudiar lo que más convenía hacer, el contador Ruiz de Vallejo había efectuado tres visitas a Santiago de León<sup>7</sup>. La primera fundición de oro que se hizo en Caracas fue la del 8 de febrero de 1576, cuyo producto para el Real Tesoro recogió Vallejo en una de sus primeras visitas, junto con las demás rentas de almojarifazgo, penas de cámara y otras, que todo montó a 1.042 pesos, 5 tomines y 5 granos y medio<sup>8</sup>. Fue esta la primera contribución de Caracas para la Real Hacienda.

En 1584 los oficiales propusieron al gobernador que mandase construir una aduana y una caleta en el puerto, para que los barcos pudieran entrar y salir sin peligro de hacerse pedazos. El gobernador Luis de Rojas ordenó la edificación de las dos obras.

## **LAS ATRIBUCIONES DE LOS OFICIALES REALES**

Aunque originariamente los oficiales reales eran tres, hacia el año de 1560 fue suprimido uno de ellos: el factor o veedor. Esta reforma se hizo tanto para Venezuela como para los otros dominios españoles, de manera que solo permanecieron al frente de la Real Hacienda en las posesiones españolas en América un contador y un tesorero. Las atribuciones de estos no se limitaban a la recaudación

---

7 Ibid., p. 26.

8 Partida asentada el 3 de julio de 1577 en el *Libro Común y General*, nº 2. ANC.

de las rentas, sino que actuaban como un verdadero tribunal de hacienda, a semejanza de los oficiales de la Casa de la Contratación de Sevilla, y, en efecto, se daban el título de “Jueces Oficiales de la Real Hacienda”. De sus sentencias se apelaba ante el gobernador. Los oficiales podían aplicar las más severas penas a las personas que juzgaran. En 1596 Pedro Jácome fue condenado por ellos a servir seis años en las galeras de Cartagena de Indias, al remo y sin sueldo, además de la pérdida del navío de su propiedad y de varios negros que conducía, por habersele encontrado culpable de “arribada maliciosa” al puerto de La Guaira. El gobernador confirmó el embargo del navío y de los negros, pero dispuso la libertad de Pedro Jácome.

Hasta pasada la primera mitad del siglo la autonomía de los oficiales reales fue completa; obraban con absoluta independencia del gobernador, quien no podía intervenir en sus deliberaciones, darles órdenes ni coartar sus funciones. En realidad constituían dos poderes diferentes. Este sistema fue de mucha utilidad sobre todo durante el gobierno de los Welser, pues servía de freno a los gobernadores alemanes y hacía pesar la autoridad de España en los territorios de la concesión. La facultad de que disponía el obispo Rodrigo de Bastidas contribuía a dar aún mayor poder a los oficiales reales frente a los Welser. Pero después que el número de los oficiales quedó reducido a dos, el gobernador entró a participar en sus deliberaciones y firmaba con ellos los acuerdos, excepto en materia contenciosa, en la que el gobernador actuaba como juez de apelación. Esta intervención limitó el poder de los oficiales, cuya autoridad disminuía por la presencia del gobernador en sus reuniones, perdiendo finalmente la autonomía de que gozaron en un principio. La intervención de aquel alto funcionario llegó al punto que, a la muerte del contador Ruiz de Vallejo, acaecida en 1590, el gobernador Diego Osario, sin consultar al otro oficial, nombró por sucesor del contador muerto a Antonio Malla de Salcedo. A la muerte del tesorero Gonzalo de los Ríos nombraron el sustituto provisional el gobernador Juan Pimentel y el contador. En el tiempo en que eran tres los oficiales, las vacantes accidentales fueron llenadas por las personas que eligieron los otros dos oficiales.

Los gobernadores tenían la obligación de tomar cuentas a los oficiales reales, pero desde el año de 1548, en que gobernaba el licenciado Tolosa, hasta el de 1568, o sea veinte años después, ninguno otro volvió a examinar los libros. El contador Ruiz de Vallejo y el tesorero Gonzalo de los Ríos requirieron inútilmente al licenciado Bernáldez y a su sucesor Ponce de León; este pasó a Barquisimeto,

en donde estaba la Tesorería pero halló tantas cuentas atrasadas que le fue difícil ponerlas en claro y desistió de ello. Interesados en poner a salvo su responsabilidad, solicitaron del monarca que, cuando enviase un gobernador a Venezuela, le diese a este órdenes expresas de revisar las cajas<sup>9</sup>.

## INGRESOS EN LAS REALES CAJAS

Los impuestos que se cobraron durante el primer siglo de la colonia, según consta en los libros de la Tesorería correspondientes a tales años, fueron los siguientes: almojarifazgo, fundición de oro, composición de indios, diezmos de la mar y de la ciudad, penas de cámara, derecho de negros, composición de tierras, novenos y quintos de oro.

En 1598 el rey hizo merced por tiempo de diez años de las condenaciones de penas de cámara de toda la gobernación de Venezuela a la ciudad de Caracas, para hacer un fuerte en La Guaira y otros gastos de defensa en el mismo puerto. La cobranza de estas penas de cámara, que consistían en multas impuestas por infracción de las leyes fiscales, estuvo a cargo de las personas que designaron los gobernadores en el curso de la concesión. En 1592 el rey dispuso que todo el producto de los diezmos pasase a la Iglesia por el tiempo de seis años, para la construcción de edificios y ornamentos religiosos.

Una de las entradas más cuantiosas que tenían las reales cajas era la de los comisas de mercaderías que venían sin registrar en los buques españoles y de aquellas que hubiesen sido adquiridas de naves extranjeras. Los barcos procedentes de España generalmente traían cierta cantidad de efectos que trataban de introducir clandestinamente para evadir el pago de los impuestos, y en cuanto al contrabando extranjero, es bien sabido que se inició casi al mismo tiempo de fundarse los primeros establecimientos españoles. En 1564 el comercio de negros introducidos clandestinamente por los navíos negreros franceses era relativamente próspero, pues son numerosos los esclavos decomisados por las autoridades y vendidos luego por las mismas en almoneda.

---

9 Carta del contador Diego Ruiz de Vallejo a S. M., fechada en Nueva Segovia a 21 de abril de 1568. Archivo General de Indias, Sevilla, est. 6, leg. 12 (copia en la Academia Nacional de la Historia, vol. 6, exp. 27).

Durante el primer siglo de dominación el estado de las reales cajas era precario, pues los ingresos eran débiles; sin embargo, cubrían normalmente los gastos públicos y aun lograban enviar a España algunas partidas. Y si bien no había caudales suficientes para emprender obras de consideración, la Provincia no se hallaba sujeta a lo que recibiera de la metrópoli o de otros dominios, ya que España no le asignó situado alguno sobre las cajas de Nueva España y la provincia venezolana debía sostenerse a expensas propias, y, cubiertos los gastos de la administración, remitir el excedente a Sevilla. Ocasionalmente la metrópoli disponía que unas cajas auxiliasen a otras cuando se trataba de construir fortalezas y otros gastos de la defensa o para empresas de conquista. Esas remesas tenían un carácter accidental y en algunos casos permanente. Estas erogaciones afectaban, claro está a las cajas más ricas, particularmente a las de México y el Perú.

La forma como estaba organizada la recaudación, debía ser hartamente deficiente, como lo era la propia administración de las rentas, según se deduce por los fraudes en que fueron sorprendidos tesoreros principales y subalternos. Desde que Gonzalo de los Ríos estuvo al frente de la Tesorería, alrededor del año de 1560, hasta el final del siglo, siete tesoreros habían desfilado por las cajas y de ellos dos incurrieron en malversaciones cuantiosas. El rey tenía mandado que anualmente se hiciese una revisión del estado de las cajas. Esta revisión la efectuaba el contador por el mes de mayo. Aparte de esto, cada vez que el gobierno metropolitano lo juzgaba conveniente, enviaba un supervisor que recorría todos o gran parte de los dominios españoles para examinar las cuentas. El examen de las cajas efectuado en 1585 dio por resultado encontrarse que el ingreso durante el año había sido de 2.231.486 maravedíes, y el egreso de 1.791.746; quedaba, pues, un alcance de 439.740 maravedíes, suma de la cual no pudo responder el tesorero Diego Gutiérrez de Camargo, por lo que el gobernador Luis de Rojas resolvió que se hiciese cargo de la tesorería Juan de Rivera. También el tesorero Francisco Gómez de Obierna resultó con un fuerte déficit<sup>10</sup>.

En el año de 1591 el estado de las reales cajas de Caracas era el siguiente: los cargos se dividían en 51 partidas que montaban a 3.990.724 maravedíes, más 87 marcos y 3 onzas y 7 ochavas, 41 reales de plata corriente y un poco de oro y de plata sin marca ni ley. El descargo subió a 1.541.585 maravedíes. Quedaron

---

10 *Libro Común y General de la Tesorería*, n° 2. *Real Hacienda*, ANC.

en caja 2.449.139 maravedíes, más la plata y el oro. Como puede observarse, las entradas en este año superaron en 1.759.238 maravedíes a las del año de 1585, y por otra parte los gastos fueron menores. Con estos remanentes anuales la Provincia habría podido ocuparse del fomento de nuevas actividades, pero España no se conformaba con las ventajas que deducía del monopolio comercial, de la tenencia de estos vastos territorios y de la explotación de sus inmensas riquezas naturales; exigía además una contribución al Tesoro para el saco roto de la Corona. Los remanentes le eran enviados periódicamente, restándole así vitalidad a la Provincia. En 1592 se llevaron a España 1.113.873 maravedíes, un poco de plata y 33 pesos de oro fino. En 1651 se remitieron 10.913.592 maravedíes. En casi todos los años los libros de la Tesorería dan relación de remesas o del pago de libranzas emitidas por España contra las cajas de Caracas.

La situación de las rentas mejoraba gradualmente, pese al atraso de la comarca y al comercio en extremo limitado y tardío. Para el año de 1600 hemos constatado los siguientes resultados<sup>11</sup>:

Ingresos	10.484.925 maravedíes
Egresos	3.608.845 "
<b>Balance</b>	<b>6.876.080 maravedíes</b>

La mayor parte del excedente, que permaneció en depósito, figura en perlas y solo muy poca cantidad en plata corriente y en pedazos de oro. El aumento de las entradas es realmente apreciable en comparación con las de los años anteriores. En diez años los ingresos habían aumentado en más de un 260%, en tanto que los gastos aumentaron solo en un 100%. El incremento de las rentas públicas anotado sirve para indicar el progreso económico operado en la colonia durante la última década del siglo XVI, cuando las exportaciones venezolanas a otros puertos del Caribe comenzaron a tomar importancia, al mismo tiempo que las prerrogativas obtenidas en la importación desde España, consistentes en la reducción de un 50% en los derechos de almojarifazgo, fomentaron el comercio, permitiéndole al fisco hacer mayores recaudaciones.

---

11 *Libro Común y General* de la Tesorería, n° 3, ff. 67-70. ANC.

En las cajas de Caracas ingresaban los remanentes de las cajas de las demás ciudades de la Provincia. Los oficiales destacaban hacia el interior del país un comisionado que, después de inspeccionar los libros, recogía los fondos y los traía consigo. En 1591 la Tesorería envió a Miguel Morillo, cuyo viaje fue en extremo fructuoso, pues regresó con sumas importantes de las siguientes ciudades:

De Coro, 10 ½ lb de ámbar, que vendidas en almoneda produjeron	591.958	maravedíes
	1.219.263	” en oro
	63	marcos y 7 onzas de plata corriente y 1 marco 3 onzas de plata sin marca ni ley.
Barquisimeto	203.798	maravedíes
Trujillo	37.639	”
Tocuyo	12.093	maravedíes
Maracaibo	108.408	”
	796	pesos en oro que hacen
	437.800	maravedíes; y 3 marcos 7 ochavas de plata.
<b>Total:</b>	<b>2.510.959</b>	<b>mrs. más 67 marcos de plata</b>

La contribución de las ciudades de la Provincia era muy irregular, pero esto debe atribuirse principalmente a las dificultades de las comunicaciones; los viajes de los comisionados no estaban sujetos a una periodicidad determinada, sino que se realizaban ocasionalmente, y algunas cajas hacían sus remesas sin esperar el examen de cuentas. En 1600 entraron en la Tesorería de Caracas, procedentes de las ciudades que van indicadas, las siguientes cantidades:

De Barquisimeto	611	pesos
” Carora	370	”
” Tocuyo	214	”
” Maracaibo	2.154	”
” Trujillo	3.735	”
<b>Total:</b>	<b>7.084</b>	<b>pesos de oro, o sea 3.896.200 mrs.</b>

## LAS REALES RENTAS EN EL SIGLO XVII

El estado de las reales rentas para comienzos del siglo XVII puede verse en la siguiente relación<sup>12</sup>:

Veintena de oro	18.151	maravedíes
Diezmos	105.933	"
Almojarifazgo	534.160	"
En vales, escrituras y dinero en caja del año anterior	19.781.008	"
Libranzas sobre las cajas de tierra adentro	138.924	"
Composición de indios	10.008	"
Composición de tierras	96.928	"
Efectos recibidos en pago de deudas		
Penas de Cámara	169.140	"
Alcabala	105.408	"
<b>Total</b>	<b>21.128.907</b>	<b>maravedíes</b>

En cuanto al derecho de alcabala, una cédula de 4 de agosto de 1596 ordenaba al gobernador de Venezuela procurase que todas las ciudades, villas y lugares de la Provincia, cada una por sí o toda la Provincia por entero, tomasen en encabezamiento por tiempo limitado este impuesto. En virtud de dicha autorización, el Cabildo de Caracas se hizo cargo de la renta correspondiente a la ciudad y su jurisdicción, por nueve años, en cuatro mil reales castellanos anuales. En julio de 1624 el gobernador Julio de Meneses dio de nuevo a Caracas el encabezamiento por el mismo tiempo de nueve años, pero aumentado a 6.600 reales por año. Visto el convenio por el Consejo de Indias, este lo admitió, pero solo por seis años<sup>13</sup>. Período tras período el cabildo caraqueño recibió la administración de la alcabala, hasta el punto de terminar por considerarlo un derecho adquirido, e hizo costumbre suya el nombramiento anual del administrador de la renta. Finalmente, en 1652 el rey emitió una cédula que dio carácter legal a este ya antiguo hábito.

<sup>12</sup> *Libro Común y General* de la Tesorería, nº 5 (1608). ANC.

<sup>13</sup> Real cédula fechada en El Pardo a 30 de enero de 1625. Lib. 2, 36. ANC.

Una real cédula de 5 de octubre de 1609 ordenó que cada un año los negros y mulatos libres, tanto varones como hembras, de esta Provincia, pagasen un impuesto según lo que tasase el gobernador. En conformidad con esta disposición, Sancho de Alquiza, por una orden del 4 de mayo de 1610, pechó a cada negro o mulato libre con un peso de a dieciséis reales por año. En los libros de la Tesorería correspondientes a 1613 figuran apenas 29 contribuyentes de esta naturaleza<sup>14</sup>. Por lo que puede deducirse de esos libros, este impuesto encontró una gran oposición debido al vejamen que suponía, y suscitó numerosas querellas fomentadas por las personas de dudosa ascendencia. Los menguados recursos que proporcionaba al fisco esta disposición no se compadecían con los inconvenientes de su aplicación, por lo que hubo de ser abandonada.

Nuevas fuentes de ingreso eran buscadas afanosamente por los funcionarios de la Real Hacienda. En 1621 fue creado el estanco del tabaco, aunque con poco fruto y coronado finalmente por el fracaso. Pero el espíritu de monopolio que animaba a la Corona era demasiado fuerte para que fuese vencido por estos contratiempos, y una real cédula fechada en Madrid a 28 de marzo de 1632 ordenó se procediese a establecer el estanco de la pimienta, que administraría la Real Hacienda en la misma forma que las demás rentas, de lo cual la Corona esperaba tener “sumo aprovechamiento”<sup>15</sup> y otra cédula de la misma fecha dispuso el establecimiento del estanco de la sal en iguales condiciones que el de la pimienta. La sal de Cumaná se valuaba hasta el año de 1622 en cinco reales la fanega y pagaba en La Guaira derecho de almojarifazgo igual que cualquier otra mercadería de remota procedencia, o sea a razón de 5% de su valor.

Las rentas producidas por Venezuela cubrían holgadamente los gastos de la administración. Pero no llegaban a bastar para gastos ocasionales crecidos o para la construcción de grandes edificios públicos, iglesias y fortalezas. Del año de 1622, en que se dio comienzo a los costosos trabajos del Castillo de Santiago, en Araya, al de 1636, por los preparativos de guerra para expulsar a los holandeses de Curazao, Venezuela consumió grandes sumas de dinero. El castillo de Araya era una obra sumamente costosa, estimando algunos cronistas que en ella se invirtió un millón de pesos, cifra evidentemente exagerada,

---

14 *Real Hacienda*, lib. 11, f. 74. ANC.

15 *Real Hacienda*, t. 1, f. 63. ANC.



pues representaba para aquella época una cantidad mucho más considerable de lo que hoy podríamos pensar; y aunque su costo hubiese sido mucho menor, no es posible que lo hubieran cubierto las rentas de Venezuela, que no llegaban todas para esa fecha a 40.000 pesos al año, y mucho menos por las de Cumaná. Las cantidades requeridas debieron ser sufragadas por México o Nueva Granada; pero Venezuela también contribuyó con algunas sumas, sobre todo en la paga de las guarniciones. Los preparativos para la expedición contra los holandeses que se habían apoderado de Curazao originaron tales gastos, que fue necesario pedir contribuciones a los pueblos de la Provincia y a las cajas de otros dominios; pero estas aportaciones no constituían una asignación permanente.

## LOS SITUADOS

En 1637 el virrey de Nueva España se quejó ante el rey de que las rentas de las provincias bajo su gobierno se veían muy mermadas por tener que contribuir con 400.000 pesos anuales para auxiliar con situados a las provincias más pobres, y solicitó del monarca ordenase a sus gobernadores moderar los gastos. En atención a esta solicitud el Consejo de Indias pidió a los gobernadores que le enviasen una relación detallada de lo que se cobraba por impuestos y otros ingresos, y la manera como se invertía<sup>16</sup>. La cédula no da noticia alguna sobre las comarcas que se beneficiaban de esos 400.000 pesos, y aunque el original que hemos consultado está dirigido al gobernador de Caracas, no dice si esta Provincia recibió algunas porciones en calidad de situado, lo que es dudoso, pues no figuran tales partidas en ninguno de los libros de la tesorería colonial, en donde constan solo ingresos provenientes de los impuestos recaudados en la Provincia, arrojando siempre un balance favorable. Si México envió a Caracas algunas cantidades, estas no se consumieron en la Provincia de Venezuela propiamente dicha, ni tenían nada que ver con los gastos ordinarios de la administración y ni siquiera pasaron por la Tesorería. Ni en los libros de la Tesorería ni en ningún otro documento hemos encontrado testimonio de que Venezuela disfrutase de asignaciones de otras cajas para el pago de los salarios de sus funcionarios, versión esta que debe tenerse por falsa mientras no se pruebe

---

16 Real cédula fechada en Madrid a 21 de marzo de 1638. *Libro de Reales Cédulas Originales*, n° 216, f. 102. ANC.

lo contrario, ya que ni uno solo de los autores que hacen hincapié en la extrema pobreza de la Provincia y de los situados que recibía presenta o cita un documento en apoyo de tal tesis. Los libros *Común y General* de la contabilidad colonial, a los cuales nos atenemos rigurosamente en esta materia, pues son la única fuente segura, demuestran lo contrario. Durante el siglo xvi, y particularmente el xvii, las rentas, aunque modestas, no solo eran suficientes, sino que permitían hacer frecuentes envíos a España, muchos de ellos de consideración, como el que se hizo en 1651, de casi once millones de maravedíes.

El número de impuestos en vigencia a fines del siglo xvi aumentó en los cincuenta años siguientes, y en los libros figuran ingresos por concepto de almorjafazgo, antigua armadilla, pensión de indios de encomienda (pagada por los encomenderos), alcabala, novenos reales, penas de cámara, papel sellado, cartas episcopales en sede vacante, composiciones de tierra, Armada de Barvolento, composiciones antiguas, Santa Cruzada, derechos de esclavos, venta de oficios públicos y bienes de difuntos.

En 1650 el Cabildo de Caracas aceptó las disposiciones de la Corona sobre la creación del derecho de la Armada de Barlovento, pero estableció una tarifa diferente para *vecinos* y *forasteros*. Los primeros pagarían 4 reales sobre cada fanega de cacao que exportasen y un cuartillo sobre cada cuero; los segundos, 6 reales sobre la fanega de cacao y medio real por los cueros<sup>17</sup>. De esta manera se procuraba favorecer a las personas nacidas en el país o que hubiesen fijado en él su residencia, en oposición a los *forasteros* (españoles peninsulares o coloniales, u otras personas que se hallasen solo de tránsito).

## PRODUCCIÓN DE ORO

Fuera del comercio de perlas y de las pequeñas cantidades de oro obtenidas de manos de los indígenas, no se conoce otro tráfico en Venezuela hasta el año de 1550, pues los Welser no fomentaron en el país ningún cultivo ni cría de ganado. Tampoco llevaron a cabo, ni lo intentaron siquiera, explotaciones mineras. Después de la fundación de la ciudad de El Tocuyo y del brusco final de la empresa de los Welser, comienza efectivamente la vida colonial de Venezuela y se

---

17 *Real Hacienda*, lib. 24, f. 88v. ANC.

organiza el joven dominio. Desde El Tocuyo irradia el empuje de los españoles, que penetran en los desconocidos territorios a través de las tupidas selvas y de las montañas, llevando consigo los cultivos europeos, ganados, aves domésticas, animales de trabajo y una inquietud siempre insatisfecha de aventuras y de riquezas.

El gobernador Tolosa dedicó todo su esfuerzo a los trabajos de exploración, en busca de yacimientos de oro que se suponía existían en regiones no muy remotas. Su continuador, el gobernador Villegas, no desmayó en esta búsqueda, pues pensaba que, para mover a la gente a establecerse en las ciudades cuya fundación proyectaba, era preciso encontrar primero alguna conveniencia que ofrecerles, y esta no podía ser otra que el descubrimiento de minas de oro, de las cuales se tenían vagas noticias. En 1551 fueron descubiertas las minas de San Felipe, y esto originó la fundación de la ciudad de Nueva Segovia (Barquisimeto) y de otras villas, como Palma, de muy breve duración, Valencia y Borburata.

Estas minas de San Felipe dieron un rendimiento mayor del que se había calculado al iniciarse la explotación. Dos años después de haber sido descubiertas trabajaban en ellas más de ochenta negros esclavos acompañados de algunos indios de las encomiendas. Las operaciones de beneficio de metal se hacían bajo la inmediata vigilancia de los mineros españoles que, con el título de *mayordomos*, asistían a la labor. Fueron los esclavos de estas mismas los que se sublevaron en 1553, capitaneados por el negro Miguel, que, titulándose rey, pretendió fundar un pintoresco reinado de color en el propio corazón de América.

En 1552 el mismo Villegas descubrió otra veta de oro en la colina de San Pedro. Estas minas fueron sucesivamente labradas y abandonadas por la hostilidad de las tribus vecinas, por derrumbamientos, y finalmente por haberse agotado las vetas principales. En 1650 Francisco Fajardo descubrió las minas de Los Teques y Pedro Miranda inició su explotación en ese mismo año; pero tuvo que desistir, pues el cacique Guaicaipuro la asaltó, dando muerte a toda la gente que trabajaba en ella, Fajardo descubrió otra cerca de San Sebastián. Hasta el año de 1584 se explotaron las minas de Apa y Carapa en los valles del Tuy, y otras de menor importancia que fueron abandonadas por su escaso rendimiento.

La explotación de estas minas de oro fue en general de resultados poco halagadores, y en muchos casos apenas si daban utilidad o no daban ninguna. El quinto real resultaba un impuesto demasiado pesado, y los colonos pidieron

primero que se les bajase a un décimo y luego a una veintena. El rey accedió a estas solicitudes, y la reducción estuvo en vigencia desde mediados del siglo xvi hasta 1607, en que, de nuevo, comenzó a cobrarse el quinto; pero inmediatamente llegó una cédula autorizando la prórroga de la gracia por otros diez años<sup>18</sup>. Sin embargo, en nada se habría afectado la Provincia con la recaudación del quinto, ni se la beneficiaba tampoco con la nueva prórroga, pues para esa fecha la producción de oro se había hecho insignificante, y desapareció poco tiempo después.

Además de la veintena se cobraba el *derecho de fundidor*, equivalente al 1% del oro limpio; La mitad del producto de este impuesto era para el rey y la otra mitad para el fundidor. Pero las cantidades tratadas eran cada vez menores, por lo que el ½% que recibía el fundidor resultó insuficiente paga, y en 1591 se resolvió darle íntegro el 1%.

He aquí el valor de las fundiciones de oro en toda la Provincia durante los años que se expresan a continuación<sup>19</sup>:

1564	8.914 pesos
1565	6.627 "
1566	6.188 "
1567	7.219 "
1568	4.402 "
1569	1.541 "
1571	2.676 "
1591	2.497 "
1598	414 "
1599	1.313 "
1600	814 "

Los valores arriba indicados son del metal ya limpio, pues el oro en bruto tenía una merma de 3 ½%. Todo el oro extraído en la Provincia debía llevarse a Borburata para ser fundido; cuando la administración fue trasladada a Caracas la fundición pasó también a esta ciudad. A pesar de la rebaja del impuesto a solo

18 Real cédula fechada en San Lorenzo a 18 de julio de 1607. *Real Hacienda*, t. II, f. 10v. ANC.

19 *Libro Común y General de la Tesorería* (1563-1592), *Real Hacienda*, t. 1, ANC.

una veintena parte en lugar de la quinta, la utilidad líquida que les quedaba a los explotadores debía ser pequeña, y a causa de esto terminaron por abandonar las explotaciones para dedicarse al cultivo del tabaco y del cacao, frutos estos que alcanzaban en los mercados europeos precios en extremo tentadores, y también a la cría, vistas propias para pastos. En adelante estas dos ocupaciones, la agricultura y la cría, difícil e insegura de buscar pepitas de oro en la corriente de los ríos, o las vetas casi siempre de escaso rendimiento.

### MINAS DE COBRE

Conviene aquí que hablemos de las minas de cobre de Cocorote, ya que estas se encontraban bajo la directa administración y explotación de la Real Hacienda. De estas minas habla muy vagamente Oviedo y Baños<sup>20</sup> diciendo que eran “de grande opulencia y rendimiento”; pero la verdad es que eran pobres, y que muy poco fruto sacó de ellas la Corona. Los trabajos para el beneficio de las minas de Cocorote se iniciaron en el año de 1625, en que figuran por primera vez en el *Libro Común y General* de la Tesorería algunas partidas para la compra de bestias mulares<sup>21</sup>. En el libro correspondiente al año de 1630 encontramos una entrada de 63 arrobas y 21 libras de cobre procedente de estas minas, producto de las primeras explotaciones. En los libros del año siguiente consta la salida de 500 quintales que fueron enviados a Santo Domingo por orden de S. M<sup>22</sup>. Más tarde fue celebrado asiento con el capitán Pedro Juan Carrasquel para conducir todo el cobre que se sacara de dichas minas, y en virtud de este convenio fueron remitidas a España las siguientes tres partidas<sup>23</sup>:

1646	691 quintales 3 @ 22 libs.
1648	487        ”        6        ”
1649	713        ”        3        9        ”

<sup>20</sup> José de Oviedo y Baños, *Historia de la conquista y población de la Provincia de Venezuela*, Nueva York, 1940, p. 5.

<sup>21</sup> *Real Hacienda*, t. XI, f. 207. ANC.

<sup>22</sup> *Real Hacienda*, t. XII, f. 68 y 341v. ANC.

<sup>23</sup> *Real Hacienda*, t. XXIV, ff. 162-165. ANC.

Los libros de cuentas de las minas de Cocorote que se conservan en el Archivo Nacional permiten hacer una apreciación exacta de su importancia, que estuvo muy lejos de ser la que se les ha atribuido. En el año de 1653, que parece haber sido uno de los más prósperos, la producción fue de 555 quintales, resultado de cuatro fundiciones. Esos libros traen también una relación de las obras de vaciado que se ejecutaban en aquellos establecimientos, que consistían en campanas para las iglesias de la Provincia. Esas campanas eran de escaso peso, pues la mayor, fabricada en 1653, tenía apenas cinco arrobas. El personal empleado en esos yacimientos era, para ese mismo año, de 99 esclavos; de estos, 15 hembras. Pero también ocupaban indios, a quienes pagaban en géneros diversos. Contando los niños, la población negra de las minas se elevaba a 122 personas<sup>24</sup>. Según noticia dejada por Oviedo y Baños, las minas de Cocorote fueron empeñadas a Francisco Martín por 40.000 pesos, y este las despobló aplicando los esclavos y aperos de su labor a otras fundiciones de mayor provecho.

Otra mina de cobre en el corregimiento de Mérida, términos de la ciudad de La Grita, en la Loma del Viento, fue denunciada por el tesorero de la Real Hacienda Diego de Villanueva; este aseguraba, en el informe que envió a España, que el filón tenía nueve leguas de largo por media de ancho. El cobre se encontraba allí en forma de planchas con incrustaciones de plata a manera de largas cintas que atravesaban aquellas. Villanueva tomó algunas muestras del mineral, que llevó consigo a Sevilla, en donde el ensayador declaró que cada libra contenía trescientos maravedíes de plata. Además tenían “las dichas planchas en algunas concavidades cierta piedra azul muy necesaria a los pintores”<sup>25</sup>.

En cédula de 16 de octubre de 1610 se dieron a Sancho de Alquiza instrucciones para que se trasladara sin dilación al lugar de la mina, sacara otras

---

24 “Obras que se hacen con el cobre de las minas de Cocorote y gastos ocurridos en ella” (1653-1654). *Real Hacienda*, vol. 2.391. ANC. Según la lista de esclavos que aparece al final de este informe, los españoles ponían a los negros nombres burlescos o de acuerdo con sus características; así tenemos: Julio Mulato, Diego Moreno, Domingo Mandinga, Manuel Descalabrado, Diego Largo, Juan Capillejo, Gregorio Cortesano, María Macho, Gonzalo Mondongo, Domingo Bufón y Juan Espera en Dios. Otros nombres atendían al oficio que desempeñaba el esclavo: Juan Campanero, Gonzalo Carpintero, Antonio Boyero; y otros a su procedencia: Francisco Delamar, Gabriel Caracas, etcétera.

25 Real cédula fechada en San Lorenzo a 16 de octubre de 1610. *Real Hacienda*, t. II, fol. 53v. ANC.

muestras e hiciese nuevos reconocimientos. Al mismo Alquiza se le encomendó la explotación y se le proporcionaron esclavos e implementos, con los cuales realizó algunos trabajos. Documentos posteriores a la cédula citada mencionan estas minas; pero no hemos encontrado referencia sobre los resultados finales.

## PERLAS

Las perlas jugaron un papel muy importante en la economía colonial. Fueron la primera riqueza que Venezuela envió a la metrópoli, y el incentivo que movió a los descubridores y a los mercaderes de Sevilla a dirigirse a estas tierras. Durante mucho tiempo sirvieron de moneda, y de esta manera facilitaron el tráfico interno y el comercio con España y sus dominios. Los barcos extranjeros enfilaron en gran número hacia nuestras costas, halagados por la idea de obtener el precioso artículo a cambio de los géneros que llenaban sus bodegas.

La isla de Coche llegó a producir cada mes el valor de 1.500 marcos en perlas. El quinto que los oficiales del rey sacaban del producto de las perlas subía a 15.000 ducados, esto sin contar los contrabandos, pues con toda seguridad las cantidades declaradas eran menores a las que efectivamente se conducían, ya que se trataba de un artículo fácil de ocultar. El valor de las perlas extraídas hasta el año de 1530 subía un año con otro a 800.000 duros. Para juzgar la importancia de este comercio en Sevilla, Toledo, Amberes y Génova, debe recordarse que en ese mismo período todas las minas de América solo daban unos 2.000.000 de duros, y que la flota de Ovando pareció en aquellos tiempos muy rica porque condujo cerca de 2.600 marcos de plata<sup>26</sup>. En total la producción de Coche, en 1527, podía calcularse en 375 kilogramos de perlas por mes.

---

26 Agustín Codazzi, *Resumen de la Geografía de Venezuela*, edición de la Biblioteca Venezolana de Cultura, Ministerio de Educación Nacional, Caracas, 1940, t. II, p. 100.





— *Capítulo vii* —

## CONTRABANDISTAS Y PIRATAS



**EN LA HISTORIA DEL BANDOLERISMO MARÍTIMO** es preciso distinguir dos épocas. La primera se extiende hasta 1670, y en ella los merodeadores llevaban *patentes de corso* y sus hostilidades contra la marina española no solo se hallaban autorizadas por los soberanos de Francia e Inglaterra, sino que muchas de las expediciones de los más famosos capitanes de los siglos **xvi** y **xvii** fueron equipadas por aquellos monarcas, que tenían incluso participación en las utilidades de la empresa. El propósito era debilitar el poderío naval y económico de España y romper el hermetismo comercial en que tenía a sus colonias, sujetas al monopolio de Sevilla.

En la segunda época, que comienza en 1670, y en virtud del nuevo tratado de paz con España, Inglaterra retira las licencias, pero entonces, desafiando la autoridad del rey, muchos de los bucaneros se hacen a la mar y se convierten en piratas, asaltan las naves que encuentran a su paso e invaden las poblaciones sin otro fin que el de robar y obtener rescates.

### **HAWKINS, SORE Y JUAN DE BUEN TIEMPO**

Desde muy temprano las costas de Venezuela fueron visitadas por los mercaderes extranjeros. Ya en el año de 1500 se habían recibido en España noticias de que en el golfo de Coquibacoa naves inglesas trataban de descubrir. Apenas fundados en las costas de Coro los primeros establecimientos, fueron estos objetos de frecuentes ataques y visitas de los contrabandistas, que mantuvieron desde entonces un activo comercio con los coloniales. Las autoridades locales no podían impedir este tráfico ni atajar la insolencia de los asaltantes, pues no

disponían de los medios necesarios para vigilar las extensas costas con playas de fácil acceso ni defender los puertos.

Hacia mediados del siglo xvi las naves contrabandistas francesas abundaban frente a las costas de Coro, e introdujeron mucha mercadería y negros, siendo realmente numerosas las partidas que en 1568 aparecen en los libros de la Tesorería como producto de los esclavos negros decomisados a los residentes españoles por haberlos comprado a los mercaderes franceses, y numerosos también los decomisos de géneros diversos de la misma procedencia. Contrabandistas galos fueron los que atacaron a Borburata en 1555; e inducidos por el temor a estos, cuatro años más tarde los oficiales reales decidieron trasladar los tesoros, de Coro a Barquisimeto.

El primer aventurero inglés que llegó a las costas venezolanas fue el famoso Juan Hawkins, quien tocó en Borburata en abril de 1565 y solicitó permiso para hacer trato con los vecinos. El gobernador de la Provincia, licenciado Alonso Bernáldez, no tuvo inconveniente en autorizar a los ingleses para que comerciasen libremente, pues había gran necesidad de víveres y de mercaderías. Hawkins vendió 151 negros, una gran cantidad de paños, vinos y otros efectos, por valor de 12.528 pesos, y pagó a las reales rentas los derechos correspondientes a la introducción de negros y el 7 ½% de almojarifazgo por las mercaderías<sup>1</sup>. El Gobierno español reprobó la conducta de Bernáldez, quien fue condenado en el valor de los negros y mercancías que vendieron los ingleses, y remitido preso a España por el nuevo gobernador Pedro Ponce de León, junto con el juicio de residencia que se le siguió<sup>2</sup>.

En el año siguiente llegó el francés Juan de Buen Tiempo, quien apresó una carabela española por la que le fue ofrecido rescate. Era tal el número de contrabandistas que tocaban en Venezuela, que el contador Ruiz de Vallejo en carta al rey informa que en el solo año de 1567 llegaron a Borburata cinco armadas

---

1 Cargo fechado el 20 de abril de 1565 en el *Libro Común y General* de la Tesorería, libro nº 2, ff. 64v.-66v. ANC.

2 Carta del contador Diego Ruiz de Vallejo a S. M. dándole cuenta de los muchos corsarios que aparecen en estos puertos y daños que causan cuando no se les permite rescatar ni contratar. Fechada en Nueva Segovia (Barquisimeto), a 21 de abril de 1568. Archivo General de Indias, Sevilla, est. 53, caja 6, leg. 12 (copia en la Academia Nacional de la Historia, "Documentos relativos a la Gobernación de Venezuela", vol. 6, exp. 27).

enemigas “y con tanta seguridad se están, que inviernan en estos puertos como si estuviesen en otra parte segura, y cáusalo la poca gente de la tierra y saber que de otra ninguna parte les puede venir daño”<sup>3</sup>.

De esas cinco armadas la primera pertenecía al famoso capitán Jacques Sore, el mismo que en 1555 desembarcó en La Habana, rindió el castillo, y, como fuese atacado por los españoles y herido, incendió la catedral y el hospicio, saqueó las casas, arrasó la mayor parte de la ciudad y las haciendas vecinas, y zarpó con un cuantioso botín<sup>4</sup>. Sore entró de mano armada en Borburata realizando todo el daño que pudo, y para que no quemase el pueblo le dieron mil pesos de rescate. Tras él vino otro francés llamado Piers de Barca, cuyo único propósito era el de comerciar con los vecinos, a quienes demostró que no quería hacerles daño; tocó en el puerto de la ciudad de Coro y vendió once negros que fueron decomisados por el gobernador Ponce de León a las personas que los compraron. Este francés tomó en dicho puerto un navío que estaba allí cargado de lanas y cueros; pero lo devolvió a su dueño sin tomarle nada, después que este le hubo comprado algunos negros.

Poco tiempo más tarde llegó de nuevo a Borburata Juan de Buen Tiempo con cuatro navíos grandes y cuatro pataches. Al día siguiente de arribar este llegó otra armada inglesa con otros tantos navíos, “y el capitán decía ser deudo de Juan Hawkins y haber enviado él la dicha armada”, según informó al rey el contador de las reales cajas Ruiz de Vallejo. Los ingleses y los franceses resolvieron asociarse y enviaron a Coro un emisario a tratar con el gobernador, prometiendo dar para las cajas cien negros, que representaban un valor no menor de 6.000 u 8.000 pesos, a condición de que les permitiese vender libremente en la Provincia otros 200 negros más los efectos que traían. Pero el gobernador no aceptó la proposición y ordenó que nadie tratase con los bucaneros; estos entre tanto prendieron en Borburata al teniente Justo, al alcalde Benavides y a varios vecinos, entre ellos dos mercaderes del Nuevo Reino con mil quinientos pesos, y a todos los condujeron a las naves publicando que si no se les permitía rescatar en la Provincia los llevarían a Francia; pero en vista de que al gobernador no lo

---

3 Ibid.

4 Clarence H. Haring: *Los bucaneros de las Indias Occidentales en el siglo xvii*, París-Brujas, Desclée, de Brouwer, 1939, p. 51.

amedrantar las amenazas, los pusieron a todos en libertad, y, dando ejemplo de una muy curiosa honradez, a los dos mercaderes entregaron, a cambio de los 1.500 pesos que les tomaron, veintiséis negros que los oficiales reales, más arbitrarios que los asaltantes, dieron por perdidos a favor del rey, sobre lo que se entabló pleito ante el gobernador, sentenciando este que pagasen por cada negro treinta pesos, que era el impuesto ordinario, más algunas penas pecuniarias. El quinto capitán contrabandista que llegó en ese año de 1577 fue otro francés llamado Nicolás Valier, quien hizo grandes daños, pues quemó a Borburata y la iglesia, y se detuvo allí durante tres meses; envió a Coro una nave a requerir al gobernador a que le diese licencia para comerciar libremente en esta ciudad, bajo promesa de no hacer daño alguno. El gobernador negó el permiso, por lo que Valier dio en Coro en septiembre el día de la Natividad, robó y prendió muchos vecinos, hombres y mujeres, y destrozó las imágenes de la iglesia. El gobernador y sus hijos escaparon con mucho riesgo, y después trató con los franceses prometiéndoles 2.300 pesos a condición de que no quemasen la ciudad y soltasen los presos, oferta que aquellos aceptaron<sup>5</sup>.

Hace notar Ruiz de Vallejo en su informe, que todos estos bucaneros venían

*...muy proveídos de todas mercaderías y aceites y vinos y lo demás que en la tierra falta, y la necesidad de los vecinos por no lo tener son grandes y no bastan penas ni castigos para que dejen de comprar secretamente lo que han menester y esto, en hecho, de verdad se hace aunque no se puede averiguar, porque lo hacen de noche y los unos a los otros se encubren y no basta diligencia para que lo dejen de hacer.*

Agrega el contador que no se padecerían tales necesidades de mercaderías si se ordenara que, cuando pasase la flota para Tierra Firme, un navío tocase en esta gobernación para que los vecinos se proveyeran de lo que les hiciese falta, con lo cual no tendrían razón de quejarse “por la necesidad que tienen a comprar de los franceses”. Es de observar que, mientras en el año de 1567 llegaron a Borburata cinco armadas de contrabandistas, de las cuales dos sumaban 16 naves, en ese mismo año los libros de la Tesorería no registran más entradas lícitas que las de una nave de Tenerife con carga valuada en 1.200 pesos, y otra de Santo Domingo

---

5 Carta del contador Ruiz de Vallejo, de 21 de abril de 1568, op. cit.

con tres negros. El cargamento dejado por Hawkins, en cambio, era diez veces mayor y el más considerable que aparece en los registros desde el año de 1564 hasta el de 1584.

El 14 de abril de 1567 arribó de nuevo a Borburata el inglés Hawkins, esta vez acompañado de su amigo y discípulo Francisco Drake, con diez navíos: dos de ochocientas toneladas, otros tres navíos grandes y cinco pataches.

Ha enviado –escribe Ruiz de Vallejo, cuyo informe está fechado siete días después de la llegada de esta armada– una carta al gobernador de esta ciudad de Nueva Segovia [Barquisimeto] pidiéndole licencia para que deje libremente a los vecinos de la gobernación tratar y contratar con él, la cual licencia el gobernador ha negado, y mandado so graves penas que ninguno vaya a tratar ni contratar con ellos, y porque supo que estaban en el dicho puerto de Borburata cuatro vecinos de la ciudad del Tocuyo con alguna cantidad de dinero esperando navío para emplear, recelándose que había de venir algún corsario, los hizo venir a sus casas habrá veinte días por quitar las ocasiones de que no hablasen ni contratasen con los corsarios<sup>6</sup>.

En suma, durante el año de 1567 llegaron a las costas de Venezuela cinco armadas corsarias con un total de unos cuarenta navíos.

En 1570 Juan de Buen Tiempo, que no había faltado por estos lugares ni un solo año desde su primera visita en 1566, asaltó a Borburata con nueve barcos, se hizo dueño del puerto y se quedó en él por varios meses mientras construía una galera. Toda la Provincia se atemorizó por la presencia de este peligroso visitante, y por sus preparativos se temieron mayores excesos. El alcalde de Coro, Gaspar

---

6 Ibíd.

C. H. Haring. *Los bucaneros de las Indias Occidentales en el siglo XVIII*, p. 45, dice que Hawkins emprendió esta su tercera expedición en 1567 con seis buques, uno de los cuales había sido proporcionado por la propia reina. Zarparon de Plymouth, recogieron como 450 esclavos en la costa de Guinea, avistaron a Dominica en las Antillas por el mes de marzo y costearon el continente americano, practicando un “tráfico medianamente bueno”. Atacaron Río de la Hacha con 200 hombres, perdiendo en la refriega solamente dos; pero cerca de Cartagena los dispersó una tormenta que los arrastró al golfo de México. Tuvieron un encuentro con la flota española y solo tras muchas dificultades pudieron escapar Hawkins y Drake, después de haber perdido varios de los barcos y gran parte del tesoro que conducían.

Váez, se embarcó para Santa Marta a llevar el aviso, a fin de que esa población se aprontase a la defensa, pues existían fundadas sospechas de que el francés tenía el propósito de atacarla. En Santa Marta cundió el pánico y a las mujeres se las envió al interior de la comarca; todos los pobladores españoles fueron llamados a filas con sus armas, alistándose 89 infantes y 9 caballeros. Apresuradamente se erigieron fuertes y se cavaron trincheras. En total la ciudad disponía para resistir a la poderosa fuerza enemiga, de solo 11 cañones<sup>7</sup>. Como quedara Borburata totalmente destruida a consecuencia de este ataque, y en vista de que era un lugar demasiado expuesto, los españoles decidieron abandonarla y no se volvió a reconstruir.

Obsérvese que estos bucaneros no venían con el deliberado propósito de robar, y que atacaban las poblaciones solo cuando los gobernadores españoles les negaban licencia para comerciar pacíficamente. Esta intención se pone de manifiesto en la correcta actitud asumida por Hawkins en su primera arribada, cuando sin cometer violencias por habérsele permitido desembarcar, vendió su rico cargamento con ventaja para los vecinos, pues los precios fueron moderados, y contribuyó a las rentas con todos los impuestos que las leyes españolas ordenaban. Otros de esos aventureros, a pesar de su fama de feroces, devolvieron a sus dueños las propiedades que les tomaron solo como medio de coacción para obligarlos a entrar en tratos, y aun pudiéndose quedar con el dinero de que ya se habían apoderado, lo devolvieron en mercaderías.

La repetición de estos atentados obligó al monarca a prestar atención a la amenaza que para la seguridad del imperio y del comercio español constituían las flotas corsarias. En 1577 el rey se dirigió al gobernador Juan Pimentel en solicitud de informes sobre la conveniencia de mantener en estas costas una dotación de galeras que impidiesen los desmanes de los rivales extranjeros<sup>8</sup>. Pero esa providencia no llegó a tomarse, y las fechorías se repitieron cada vez con

---

7 Carta de Hernando de Salvatierra al gobernador de Santa Marta, Pero Fernández de Busto, fechada en Santa Marta a 15 de septiembre de 1570. Archivo General de Indias, Sevilla, est. 2, caja 5, leg. 1/22 (copia en la Academia Nacional de la Historia, “Documentos relativos a la Gobernación de Venezuela”, vol. 6, exp. 35).

8 Carta de Juan Pimentel al rey, fechada en Nueva Segovia a 14 de agosto de 1577. Archivo General de Indias, Sevilla, est. 54, caja 4, leg. 15 (copia en la Academia Nacional de la Historia, “Documentos relativos a la Gobernación de Venezuela”, vol. 17, exp. 19).



mayor daño. Las hazañas de Raleigh, Morgan, L'Olonnais y de muchos otros capitanes de menor importancia, llevaron en el siglo xvii la muerte y la destrucción a muchos pueblos prósperos de Venezuela.

En realidad no se trataba de acciones de iniciativa privada, de fechorías ejecutadas por hombres sin gobierno ni freno; no eran los corsarios “lobos sueltos” lanzados a la mar en persecución de cualquier presa. Se trataba de una lenta y desleal guerra de desgaste contra España, fogueada por las potencias rivales a espaldas de los tratados de paz, cuando los hubo, o apoyada sin reservas en los periodos de hostilidades declaradas. Sore, Hawkins, Raleigh, Drake y otros, eran verdaderos agentes de penetración comercial al servicio de sus gobiernos y de los mercaderes e industriales de Inglaterra y Francia.

## **LAS ARRIBADAS FORZOSAS**

Otro de los recursos empleados por las naves extranjeras para tocar tierra española y vender sus cargamentos era el de fingir que habían sufrido accidentes en sus arboladuras o que por vientos contrarios, tempestades, escasez de víveres u otras causas, se habían visto obligadas a buscar puerto. Las naciones competidoras de España fijaban su interés en la conquista comercial de los mercados indios; de una manera u otra procuraban hacer llegar hasta estos sus productos.

Las leyes españolas admitían la arribada por caso forzoso. Cuando un barco deseaba tocar tierra, el capitán enviaba un comisionado que solicitaba el permiso de las autoridades y exponía las razones que los obligan a refugiarse. Generalmente se permitía desembarcar las mercaderías y venderlas, y carenar la nave. Si era autorizada la descarga, pero no la venta, de todos modos los contrabandistas aceptaban la limitación, pues siempre encontraban la manera de burlar la prohibición, lo que no era difícil gracias a la falta de almacenes y a la escasa vigilancia.

Este ardid fue empleado comúnmente por las naves españolas para justificar su arribo a puertos distintos de los que figuraban en sus registros, pues los reglamentos de navegación les prohibían, bajo severas penas, desviarse de su ruta.

La frecuencia de estas arribadas forzosas era tal, que superaba la de arribadas legítimas. En 1591, por ejemplo, llegaron cuatro naves portuguesas que tenían como destino aparente el Brasil. Se les permitió negociar sus cargamentos

y pagaron de almojarifazgo 345.000 maravedíes por mercaderías de un valor de 2.300.000 maravedíes, en tanto que el valor de las mercaderías llegadas ese mismo año con registro para La Guaira, no alcanzaban sino a 1.300.000 maravedíes<sup>9</sup>. Frente a estos hechos no debe sorprender que los barcos españoles hallasen los mercados americanos abarrotados de mercancías, a pesar de la reducción de las flotas y de los viajes anuales.

Felipe II había adoptado ya en 1560 severas medidas para evitar que el comerciante extranjero se entrometiera en sus dominios bajo tales pretextos; pero la escasez de víveres obligaba a los gobernadores a pasar por encima de estas disposiciones, y la mercancía extranjera continuó entrando en todos los tiempos, en algunas épocas con tal naturalidad como si jamás se hubiesen dictado providencias en contra de este comercio. A principios del siglo XVII salían de Portugal todos los años para las colonias españolas unos 200 navíos con cargamentos de seda, paños, lanas y negros, que lograban desembarcar en las costas atlánticas mediante la simulación de casos fortuitos, o bien las conducían por tierra, a través de los territorios del Brasil y Río de la Plata, hasta Perú y Chile<sup>10</sup>. Los comerciantes peruanos llegaron a mantener agentes en Brasil, lo mismo que en Sevilla, y era tan considerable el número de portugueses que acudían a Lima, que para 1636 dominaban el comercio al menudeo. La Suprema pidió reiteradas veces el establecimiento de un tribunal de la Inquisición en Buenos Aires, para alejar “a los comerciantes herejes” que no eran otros sino los contrabandistas, sin distinción de credo, esto es, se pedía a la Iglesia sirviera a los intereses comerciales de España. En 1636 fue creada en Río de la Plata una Audiencia Real con el objeto de impedir el tráfico ilícito por esa vía, pero no debió tener éxito alguno, pues se la suprimió diez años más tarde<sup>11</sup>.

Los casos de arribadas forzosas forman un proceso largo y contradictorio. De tiempo en tiempo los soberanos reaccionaban contra esta práctica y dictaban órdenes terminantes con rigor tal, que varios gobernadores fueron destituidos y muchos empleados de la administración condenados con diferentes penas, por haber tolerado la llegada de naves sin registro y sin que hubiese causa que

---

9 *Libro Común y General de la Tesorería*, n° 2, ff. 102-103. ANC.

10 Weiss, *L'Espagne depuis Philippe II, jusqu'aux Bourbons*, t. II, p. 226.

11 C. H. Haring, op. cit., p. 148.

justificase su arribo; pero luego estas disposiciones eran olvidadas o la necesidad se imponía sobre las leyes, y no pasaba mucho tiempo sin que fuesen admitidas nuevas naves nacionales o extranjeras de arribada forzosa. Otras veces ocurrió que funcionarios demasiado celosos de los reglamentos quisieron cortar esta irregularidad; pero se vieron desautorizados y obligados a deshacer lo hecho: en mayo de 1595 llegó a las costas de Venezuela un navío portugués que había salido de Guinea con una carga de 192 negros destinados a otros dominios; las autoridades de La Guaira se inclinaron a admitirlo, pero luego el Juez de Arribadas lo dio por perdido y la carga confiscada en beneficio de la Real Hacienda. El maestre de la nave, Melchor de Acosta Montero, apeló de esta decisión ante el Consejo de Indias, y en 1599 regresó con una real cédula que ordenaba la entrega del dinero que al Tesoro hubiese producido la venta de los negros, menos el valor de los derechos que montaron a 6.240 ducados a razón de 32 ½ ducados por cabeza<sup>12</sup>.

## REPRESIÓN DEL CONTRABANDO

La legislación española abunda en disposiciones para cortar el comercio de contrabando; pero el rigor mismo de las penas demuestra que los esfuerzos de los gobernantes nada podían contra un fenómeno cuyas causas escapaban a la corta visión de los hacendistas de España. En las costas venezolanas el tráfico ilícito había ya adquirido proporciones escandalosas para fines del siglo xvi, lo que dio origen, en los primeros años del siguiente período, a numerosas represalias y medidas de extrema violencia, como la que fue adoptada con el tabaco en tiempos en que era gobernador Sancho de Alquiiza.

Para exterminar este mal que tanto daño hacia a la Real Hacienda, Felipe III ensayó los medios suaves y los duros, que se avenían mejor al carácter de su reinado y de sus consejeros. En diciembre de 1606 dio una cédula dirigida a los “vecinos y moradores de los lugares y puertos de la Provincia de Venezuela”, que,

contraviniendo a lo que por cédulas y provisiones mías está ordenado, han rescatado, tratado y contratado con enemigos de nuestra santa fe católica, ingleses, franceses, flamencos y de otras naciones que han acudido

---

12 *Libro Común y General de la Tesorería*, nº 3, f. 140. ANC.

a aquellas costas, llevándoles las mercaderías que en aquella Provincia hay falta.

El rey en esta oportunidad concedió perdón general a todos los vecinos de esta Provincia que hubiesen delinquido en materia de rescates, dispensándolos de todo castigo corporal y pecuniario. Pero a partir de la fecha de publicación de la cédula todos cuantos comerciasen con extranjeros incurrieran en perdimiento de las vidas y haciendas, lo que debía *ejecutarse invariablemente y sin remisión alguna de apelación*. De no obrarse en tal forma se procedería en contra del capitán general, a quien iba dirigida esta orden, con todo rigor<sup>13</sup>.

En octubre del mismo año ya el rey había advertido a los oficiales reales, que se hallaba informado de que, en los navíos en los cuales se conducían esclavos negros a esta Provincia y asimismo en otras naves que viajaban sueltas, es decir, fuera de las flotas, se cargaban “cosas prohibidas y pasajeros, marineros y otras personas que se quedan allá, con que se hinchan las Indias de gente ociosa y perniciosa y particularmente de extranjeros y portugueses”. A los capitanes de estos navíos no se les podía pedir cuenta a su regreso, porque respondían que habían dejado sus registros en los puertos de América. Para impedir la continuación de este abuso se mandó que los navíos que salieran de España regresaran a ella con el registro y el testimonio de la visita que se les hubiera hecho, a fin de comprobar que ninguna persona faltaba en la tripulación. Pero ocurría también que los dueños de las naves vendían estas en los puertos de Indias, de manera que no había razón para pedirles el registro. Se dispuso por lo tanto que los nuevos propietarios quedaban obligados a presentar en España el registro que hubiera llevado el vendedor, que continuaba siendo el responsable del incumplimiento o violación de estas órdenes. Los oficiales, por su parte, cuando ocurrían estas ventas, debían remitir a la Casa de Contratación una memoria de la gente que llevó cada navío y de la persona que lo adquirió<sup>14</sup>.

---

13 Real cédula dada en Madrid a 22 de diciembre de 1606. Colección de Documentos *Real Hacienda*, t. II, f. 11. ANC.

14 Real cédula fechada en San Lorenzo a 18 de octubre de 1606. Colección de Documentos *Real Hacienda*, t. II, f. 8v. ANC.

La sal de los ricos yacimientos de Araya y de La Tortuga era uno de los artículos más solicitados por los contrabandistas y los piratas. Lo desierto de la región les permitía traficar con absoluta libertad, como si se tratase de territorios propios o sin dueño. En 1605 diecinueve barcos holandeses que estaban cargando en Araya fueron sorprendidos y destruidos por una armada española de catorce galeones<sup>15</sup>. Los holandeses eran los más obstinados contrabandistas de sal, y lejos de escarmentar con esta dura lección, volvieron, sin tardanza al tráfico. La isla Tortuga era también constantemente visitada por estos arriesgados navegantes, y para estorbarles la saca de sal, en 1631 los españoles prepararon una incursión y quemaron los muelles, plataformas y otros artificios levantados allí por los holandeses, pero estos regresaron inmediatamente después que las naves españolas se alejaron y reconstruyeron las instalaciones destruidas. En 1632 el gobernador Francisco Núñez Melián tuvo noticias de que trece urcas holandesas habían cargado sal en La Tortuga y otras diez en los morros de la costa de Cumaná donde los holandeses “habían construido una fortificacioncita”, y para impedirles el tráfico apostó dos piraguas para que de nuevo quemaran los muelles y plataforma de La Tortuga<sup>16</sup>.

## **LOS EXTRANJEROS SE ESTABLECEN EN EL CARIBE**

A partir del segundo cuarto del siglo xvii el contrabando adquirió mayor fuerza cuando los ingleses, franceses y holandeses, que hasta entonces habían venido solo como corsarios y contrabandistas, se establecieron en las islas de Santo Tomás, St. Kitts, Martinica, Tortuga, Curazao y otras, descuidadas por España que, dueña de los inmensos territorios de tierra firme, para nada necesitaba de las pequeñas islas del Caribe; pero estas, en manos de sus rivales europeos, se convirtieron en centros de comercio y de agresión situados en los puntos más sensibles del dilatado imperio español. Desde allí fueron asestados recios golpes a su poderío marítimo y comercial, y arruinado mediante una tenaz y prolongada labor de hostigamiento, que finalmente dio al traste con la otrora mayor potencia del mundo.

---

15 C. H. Haring, op. cit., p. 149.

16 Real cédula fechada en Madrid a 9 de abril de 1634. ANC.

El 28 de julio de 1634 ocurrió la toma de Curazao por los holandeses, quienes desembarcaron en el puerto de Santa Ana, que era el principal, y se apoderaron en seguida de toda la isla. Echaron en tierra seis compañías, de cien hombres cada una, sin encontrar resistencia, pues solo había allí una pequeña guarnición de diez españoles. Los indios curazaos fueron trasladados a la costa de Coro. Inmediatamente los holandeses erigieron fortificaciones y se prepararon para rechazar el asalto de las fuerzas españolas, pues suponían que estas no tardarían en intentar la reconquista de la isla.

En efecto, el rey dio instrucciones al gobernador Núñez Melián para que tomase informes de todos los pormenores de la isla y de la situación de los invasores, y se concertase con el gobernador de Cumaná y el de Margarita, a fin de aprontar quinientos hombres. El rey escribió simultáneamente al presidente de la Audiencia de Santo Domingo y a los gobernadores de San Juan de Puerto Rico y de Cartagena, para que enviasen recursos a Cumaná, de donde debía salir la expedición punitiva<sup>17</sup>. En los libros de la Tesorería correspondientes a los años de 1635-1636 aparece un “cargo del donativo que diferentes personas hacen para ayuda de la guerra de Curazao y condenaciones aplicadas a estos gastos de guerra”, y una “data de las pagas y socorros hechos a los soldados e indios que se han alistado para la facción de Curazao, y otros gastos provenientes de ella”<sup>18</sup>. Para fines de 1636 esta expedición se hallaba aún en preparativos, y no hay noticias de que finalmente hubiese salido a cumplir su misión.

## **COMPLICIDAD DE LOS ESPAÑOLES CON LOS CONTRABANDISTAS EXTRANJEROS**

Acaso una de las razones por las cuales el contrabando holandés fue tan intenso, hasta el punto de llegar a superar el de los franceses e ingleses, debióse a la estrecha colaboración que le prestaron los mismos españoles. En 1656 el embajador español en Holanda envió al Consejo de Indias copia de un concierto realizado entre Antonio Beneifar, vecino de Zaragoza, y cuatro mercaderes de

---

17 Real cédula de 11 de abril de 1635. ANC.

18 *Libro Común y General de la Tesorería*, n° 12, ff. 159, 366 y 367. Colección de Documentos Real Hacienda. ANC.

Ámsterdam sobre transporte de unos ochocientos esclavos a las Indias, en dos navíos holandeses que habrían de salir de aquel puerto para dirigirse a Guinea u otra parte. Se informó a los gobernadores de las provincias americanas de estas noticias, para que se mantuviesen alerta y apresasen a Beneifar si se llegase a presentar por estas costas<sup>19</sup>.

En noviembre de 1657 el rey escribió al gobernador de Venezuela lo siguiente:

Por avisos que se han tenido de Ámsterdam, se ha entendido que de dos años a esta parte habían salido del puerto de Róterdam cerca de veinte y ocho navíos que iban a las Indias, y aunque mi embajador había hecho sobre esto sus quejas a los estados generales de Holanda, no se ponía remedio en ello, antes respondían que no podían impedir a sus súbditos el comerciar donde quieran a su riesgo, pero que tocaba a los gobernadores de esas provincias embarazarles el pasaje y entrada en los puertos dellas y que ellos tenían la mayor culpa, pues era cierto que si los mercaderes y capitanes de navíos no hallasen tan buen acogimiento en los gobernadores, no hubiera en Holanda tanta prisa para ir a las Indias, y que últimamente habían salido de aquel puerto tres navíos, el uno para el puerto de La Habana en que iba un español llamado Juan de la Cosa, natural de Castilla la Vieja; el otro al puerto de Buenos Aires, en que va un viejo de Sevilla que se nombra Marcos de la...; y que el tercero iba primeramente a las Canarias y de allí había de pasar con vinos al dicho puerto de Buenos Aires, y que además se aguardaban en Ámsterdam de Vizcaya un navío pequeño con doce vizcaínos para ir también al dicho puerto sin tocar en las Canarias, como lo han hecho la mayor parte de los que van a las Indias, y que en todos estos navíos han ido siempre algunos españoles, no porque tengan mucha parte en aquel comercio, respecto de ser casi todo por cuenta de los mercaderes de Ámsterdam, sino porque ellos mejor que los holandeses pueden tratar con los gobernadores de las costas<sup>20</sup>.

Concluye la cédula previniendo al gobernador contra cualquier irregularidad en la materia y lo amenaza con castigos en caso de tolerancia o complicidad con los contrabandistas.

---

19 *Reales Cédulas*, t. 416, f. 215. ANC.

20 Real cédula fechada en Madrid a 27 de noviembre de 1657. *Reales Cédulas*, t. 416, f. 227. ANC.

La cédula arriba citada es demasiado explícita y no deja lugar a dudas acerca de la complicidad de los mercaderes españoles con los holandeses. La presunción del rey de que esta alianza era motivada por la facilidad de que disponían los contrabandistas para tratar con las autoridades de la costa no era equivocada, pues en el juicio de residencia que el marqués de Casal, gobernador de Venezuela, siguió al teniente de gobernador de la ciudad de Coro, José Anieto, resultó contra este el cargo de haber tenido tratos con los holandeses, por lo cual el gobernador resolvió condenarlo a pagar 20.000 pesos a la Real Hacienda<sup>21</sup>.

El gobernador de Caracas Diego de Melo Maldonado, en cartas de 8 de febrero de 1685, 21 de enero y 5 de mayo de 1686, informó al Consejo de Indias de los grandes perjuicios que se seguían del comercio que los naturales de esta Provincia mantenían con extranjeros en la costa, ponderando el trabajo y dificultad que hallaba en evitarlo por la hostilidad que provocaba. Un teniente suyo en el valle de Ocumare, por haber arrestado a varios individuos culpados de este delito, fue perseguido por los cómplices de aquellos, que le quisieron matar. Informó asimismo que muchos sujetos, que era de suponer de buena posición, se valían de sus esclavos negros para llevar el cacao a los extranjeros. Melo de Maldonado envió a prender en Coro a varios delincuentes, y habiéndolo conseguido, resultó ser el principal Manuel Rodríguez, capitán y administrador de uno de los navíos del asiento de negros y a quien se suponía muy enterado de todas aquellas personas que podía haber en Curazao y Maracaibo ocupadas en este tráfico. La influencia de los contrabandistas holandeses en la administración de estas colonias se puso de relieve en esa ocasión, pues los amigos de Rodríguez recurrieron a la Audiencia de Santo Domingo y trataron de exhibir mal la administración de Melo Maldonado, logrando que la Audiencia ordenase que la causa le fuese remitida a ella, inhibiendo de su conocimiento al gobernador, quien en esos momentos se hallaba ocupado en levantar el sumario. El gobernador protestó por esta intervención que juzgó improcedente. El Consejo de Indias le dio la razón y mandó a la Audiencia abstenerse del conocimiento de las causas de comercio relativas al asiento de negros, que en primera instancia correspondía a los gobernadores, debiendo ir las apelaciones al propio Consejo de Indias.

---

21 Real cédula fechada en Buen Retiro a 5 de julio de 1690. *Reales Cédulas*, t. 419, f. 235. ANC.



Melo Maldonado pidió dos embarcaciones para vigilar la costa e impedir el comercio con los extranjeros, lo que, visto en el Consejo, pareció muy bien; pero debía adquirirlas y atender a su sostenimiento por medios y arbitrios que no salieran de la Real Hacienda, por lo exhausta que se hallaba. El rey le ordenó comunicarse con el obispo, a quien “lo mismo le prevengo porque me escribe sobre esta misma materia”<sup>22</sup>.

## NEGLIGENCIA Y COMPLICIDAD DE LOS FUNCIONARIOS

En 1692 Carlos II escribió al gobernador y capitán general de Venezuela sobre haber tenido noticia de un atentado de los holandeses en la costa de esta Provincia, y también de que en los puertos de ella se encontraban cinco fragatas holandesas comerciando. El monarca reconvino al gobernador por estos sucesos, pues

...los repetidos arrojos que en esta parte tienen los holandeses y demás naciones extranjeras proceden de los tácitos permisos que los gobernadores de Indias les dan para comerciar o de la poca diligencia que de su parte ponen para embarzárselo<sup>23</sup>.

Ambos cargos eran ciertos, pero en defensa de los funcionarios españoles en América es preciso decir que si admitían la entrada de navíos extranjeros era porque muchas veces estos resultaban como enviados por la providencia a causa de la escasez que solía sentirse por motivo, sobre todo, de las continuas guerras que Inglaterra provocaba a España como medio para debilitar su comercio, y a las cuales se dejaban arrastrar con facilidad los arrogantes jefes de la política española.

---

22 Real cédula fechada en Madrid a 27 de noviembre de 1687. *Reales Cédulas*, t. 419, f. 207. ANC.

Nótese la injerencia de las autoridades eclesiásticas en materias tan extrañas a sus funciones espirituales, y su rivalidad con las autoridades civiles, sobre las que ejercían una especie de fiscalización que originó en más de una ocasión fricciones entre los dos poderes.

23 Real cédula fechada en Madrid a 30 de diciembre de 1692. *Reales Cédulas*, t. 421, f. 106. ANC.

En cuanto a la poca diligencia para combatir el contrabando, ya hemos visto los peligros a que se exponían aquellos funcionarios que osaban enfrentarse a la numerosa y no inermes falange de contrabandistas, pues en aquella época la mayoría de los pobladores de esta Provincia, sin distinción de clase o estado, se hallaba complicada en el trato ilícito, hasta el punto que en 1681 fueron decomisadas en la iglesia de Maiquetía 1.713 varas de lienzo crudo de procedencia extranjera, según consta en la partida de comisos de los libros de la Tesorería<sup>24</sup>.

El Consejo de Indias conoció en 1688 de un juicio contra Juan de Santa María, de La Guaira, e Inés de Arévalo, de Caracas, acusados del delito de trato con los extranjeros y compra de esclavos en Curazao. El rey mismo dio órdenes terminantes para que se hiciesen averiguaciones y se procediese contra todos los que resultasen culpables, y tomadas las confesiones de los acusados, oídos sus descargos, concluida la causa y en estado de sentencia la remitiesen al Consejo para su determinación. El Consejo condenó a Inés de Arévalo a decomiso de dos negros que había comprado a los contrabandistas; en cuanto a Juan de Santa María, resultó condenado a destierro perpetuo de la Provincia de Caracas, confinándosele a servir por la fuerza en Araya en calidad de soldado raso, a ración y sin sueldo, por el tiempo de cinco años. El rey dispuso que el texto de estas sentencias fuera colocado en la puerta de las casas de los dos condenados, para que se enterasen los hijos, criados y vecinos, y sirviera así de escarmiento a los demás y de afrenta a los culpados<sup>25</sup>.

Pero el más escandaloso proceso fue el seguido contra el proveedor Pedro Jaspe de Montenegro, el hombre más acaudalado e influyente de su tiempo en la Provincia, el tesorero Bernabé de Sajo, los oficiales reales, el guarda mayor de La Guaira y otras personas. En 1673 la Casa de la Contratación de Sevilla envió al licenciado Rodrigo Navarro de Mendoza, real oidor de la Audiencia de aquella Casa, con el objeto de hacer una visita a las cajas de Caracas. De esta visita resultaron numerosísimos cargos contra los funcionarios de Hacienda arriba nombrados. A Pedro Jaspe se le acusó de que, debiendo mirar por el aumento y conservación de la Real Hacienda, por lo contrario, según constató el visitador,

---

24 Libros de la Real Hacienda, vol. 31, f. 15 ANC.

25 Real cédula fechada en Aranjuez a 6 de mayo de 1688. *Reales Cédulas*, t. I, f. 85. ANC.

los navíos y fragatas que salen para España cargados de cacao, corambre y otros frutos, llevan por alto y fuera de Registro la mayor parte de la carga que sacan del dicho puerto de La Guaira, y lo mismo los dichos navíos y fragatas que entran en el dicho puerto cargados de géneros, vinos y azúcar y otros frutos, y debiendo dar por decomiso todo lo que llevan y traen fuera de Registro, no lo ha hecho, concertándose con los dueños de los dichos navíos y fragatas a dos mil y tres mil pesos por cada una, que llaman 'buen pasaje', y para juntar dicha cantidad reparte el maestre y capitán entre los cargadores que traen por alto y fuera de registro sus mercaderías y géneros y de las fragatas que salen del dicho puerto cargadas de cacao para la Nueva España y navíos de España, a seis reales por cada fanega de cacao de lo que va por alto, los cuales los pagan los dueños y cargadores del dicho cacao al dicho capitán y maestre y se reparte entre quien gobierna y dichos oficiales reales.

Entre los cargos formulados contra los oficiales figura el de haber introducido Juan de Carcade, vecino de Cartagena, en el puerto de La Guaira, más de 400 esclavos, y que habiendo ido Juan Caballero a la costa a cargar su fragata de cacao para España, se fue a Curazao y trajo negros<sup>26</sup>.

El mismo juicio contiene cargos de negligencia en el cobro de los derechos sobre la mercancía importada de España, de permisiones contra la ley y de exportaciones que dejaron de pagar impuestos por complicidad de los funcionarios, que probablemente estaban interesados en los frutos exportados. El contrabando, pues, estaba metido en el corazón mismo del organismo estatal español, y las leyes más duras resultaban ineficaces, ya que eran las mismas personas encargadas de velar por su cumplimiento las primeras en violarlas, bien por complicidad o bien porque, antes que arrojar sobre sí innumerables odios, prefiriesen hacerse de la vista gorda.

Una de las causas, y acaso la más importante, del gran número de fraudes que hemos anotado, se encuentra en lo dilatado de las comunicaciones y en lo esporádico y tardío de la correspondencia entre España y América. El Consejo de Indias sabía que, en gran parte, el mal estaba allí, y trató en varias ocasiones de poner remedio a tal situación, pero los períodos de guerra eran mucho más

---

26 Copia de las sentencias del Consejo de Indias, en la Colección de Documentos *Reales Provisiones*, t. I, ff. 20 y ss. ANC.

frecuentes que los de paz, y tras de cada nueva turbación de las relaciones internacionales sobrevenían mayores dificultades en las comunicaciones. En 1658 se ordenó al gobernador de La Habana despachar de cuatro en cuatro meses un “navío de avisos” a España, para que se excusaran

...los grandes inconvenientes que la experiencia ha mostrado se siguen a mi servicio de las retardaciones con que llegan a mi Consejo las noticias ciertas de lo que generalmente pasa en las Indias, habiendo sucedido carecerse de ellas muchos meses continuos<sup>27</sup>.

Como consecuencia de esta disposición, se ordenó al gobernador de Caracas enviar al de La Habana, cada dos meses, pliegos y despachos con nuevas de lo que ocurriese en el distrito de su gobierno.

## **EL CONTRABANDO DE ORO Y PLATA**

Un aspecto especial asume durante los años de la colonia el contrabando de oro y plata. El material de que disponemos a este respecto no se refiere exclusivamente a Venezuela, sino que corresponde o interesa más a otros dominios de España en el continente; pero no por ello podemos pasarlo por alto, pues servirá para formarse una idea completa del cuadro de la economía colonial española. De ese cuadro general no podemos separar por un momento a Venezuela, ya que se correría el riesgo cierto de formular conclusiones falsas o de comprender mal numerosos fenómenos.

En 1640 el rey Felipe IV dirigió una severa cédula a todas las audiencias, jueces y justicias de España y de las Indias, sobre el escandaloso extremo a que había llegado

...la desorden de extraviarse tanto oro y plata como de ordinario se saca fuera destos Reinos de la que se trae en los Galeones y Flotas de las Indias, sin que todas veces se pueda castigar a los transgresores por la dificultad que tiene la averiguación y probanza dello, con que crece más el atrevimiento de los que cometen semejantes delitos.

---

27 Real cédula fechada en el Buen Retiro, a 21 de mayo de 1658. *Reales Cédulas*, vol. 416, fol. 241. ANC.

Para prevenir este mal, por consulta del Consejo de Indias el monarca dispuso que en lo sucesivo, *por falta de pruebas no se dejara de castigar tan grave delito*, y otorgó a este todos

...los privilegios que para su verificación y prueba se consideran y bastan para los delitos de hurto nocturno, adulterio, parto supuesto, simulación, simonía, fraude de la conjuración, conspiración, tratado de perpetuar, homicidio y asesinato, soborno, herejía, matrimonio clandestino, saca de moneda de plata destos Reinos y entrada de vellón, trueque a vellón y todos los demás casos privilegiados en probanzas por derecho.

Esta real orden llegó a la monstruosidad de establecer que podían ser llamadas por testigos personas de cualquier edad, pudiendo ser bastante las de catorce años, que para este solo caso quedaban declaradas como testigos hábiles, revocando así todas las leyes anteriores en contrario. Las personas que resultasen convictas, cualquiera que fuese su calidad social, debían ser castigadas sin que les valieran privilegios<sup>28</sup>.

Veinte años más tarde otra cédula ratificó la anterior. El Consejo de Indias consideró conveniente extremar la parte relativa a la calidad de los testigos, y, en consecuencia, se mandó fuese aceptada como suficiente probanza

...lo que depusieren tres testigos singulares aunque sean menos idóneos, de suerte que siendo tres los que depongan fe haya su deposición por bastante y legítima probanza destos delitos, aunque sean singulares y cada uno deponga en ellos de diferentes hechos<sup>29</sup>.

A pesar del rigor de las penas y de los procedimientos expeditos que fueron ordenados, la situación no experimentó mejoría alguna, y en 1661 el monarca se dirigió a los mismos organismos y personas citados en la cédula de 1640 y en las que le siguieron, para exigirles el fiel cumplimiento de las anteriores disposiciones, ya que, a pesar de ellas, seguían en aumento los excesos que se cometían en los puertos de las Indias Occidentales y en las islas de Barlovento,

---

28 Real cédula dada en Madrid a 30 de diciembre de 1640. ANC.

29 Real cédula dada en Madrid a 13 de diciembre de 1660. ANC.

en las que eran admitidos navíos, así de naturales como de extranjeros, que a título de extraviados y otros pretextos maliciosos arribaban a ellos, introducían su comercio sin tener licencia y sacaban por esta vía grandes cantidades de oro, plata y otros géneros preciosos. Para facilitar aún más la averiguación y castigo de los delincuentes, el rey decretó que eran bastante probanza las noticias que dieran los ministros y personas públicas, aunque no estuviesen acompañadas de pruebas<sup>30</sup>.

Las tres cédulas últimamente citadas aparecen incluidas en otra de 8 de abril de 1677, que insiste sobre la misma materia y ordena el cumplimiento de las penas y normas en ellas establecidas. Es notable observar que Fernando VI ratificó en 1747 la cédula de 1640 y las dos que le siguieron<sup>31</sup>.

Los navíos que se aventuraban hasta las dilatadas costas de esta Provincia venezolana para ejercer el comercio ilícito no eran solo franceses, holandeses e ingleses: los había también dinamarqueses, que parecían ser numerosos, pues en una real orden de 1696 se recomienda expresamente “embarazar el comercio con dinamarqueses”<sup>32</sup>. La mayor parte de las naciones europeas de la costa atlántica contribuían en este vasto e incontrolable comercio de contrabando, que minó la economía española y que terminó por debilitar, y finalmente romper, los nexos económicos entre la metrópoli y sus colonias de América.

---

30 Real cédula fechada en Madrid, a 4 de noviembre de 1661. ANC.

31 Colección de Documentos *Compañía Guipuzcoana*, t. III, folio último. ANC.

32 Real cédula fechada en Buen Retiro a 6 de junio de 1696. *Reales Cédulas*, vol. 421, f. 244. ANC.

— *Capítulo viii* —

## LOS TREINTA PRIMEROS AÑOS DEL SIGLO XVIII





### **PARA SU ESTUDIO, LA ECONOMÍA VENEZOLANA DURANTE EL SIGLO XVIII**

puede muy bien ser dividida en cuatro períodos que son un reflejo fiel de la historia misma de España; lo que demuestra hasta qué punto es imposible explicar la evolución americana si no se tienen presentes los acontecimientos europeos, debiendo cotejarse constantemente los sucesos del Nuevo Mundo con los del Viejo.

Esos cuatro períodos a que acabamos de referirnos son: el de la Compañía Real de Guinea, fruto de la influencia francesa en la política española; el del Real Asiento Inglés, que corresponde al predominio militar de Inglaterra; el de la Compañía Guipuzcoana, que podría subdividirse en dos etapas, separada la una de la otra por la revuelta de Juan Francisco León; y, por último, el período del comercio libre, que marca un importante giro en la política española bajo la influencia de las doctrinas liberales de los economistas ingleses y franceses. Esta división no puede tomarse en un sentido riguroso, ya que las operaciones de las tres grandes compañías, aparte de las otras de menor importancia que actuaron en ese siglo, no se terminan justamente al vencerse sus compromisos, y entre la llegada de la una y la salida de la otra existe un verdadero entrelazamiento, y aun llegaron a coexistir, como en el caso de la Guipuzcoana y la Compañía Inglesa.

### **LA GUERRA DE SUCESIÓN**

El siglo XVIII se inició mal para España. La muerte de Carlos II, en 1700, planteó el problema de la sucesión española en los términos más graves. El partido de la Casa de Austria no quiso darse por vencido frente al de los Borbones, y la guerra pareció desde un comienzo inevitable. El Consejo de Regencia nombrado

por el moribundo monarca para gobernar el reino hasta que llegase Felipe V veía que el conflicto se avecinaba, y desde ese mismo momento se iniciaron los preparativos para la sangrienta y prolongada lucha. Estos preparativos afectaron inmediatamente el comercio americano, pues el Consejo temía con razón el ataque a las colonias, e impartió órdenes a los virreyes y gobernadores para que se mantuvieran alerta y se aprontasen a la defensa.

El gobierno provisional prestó atención ante todo a la defensa de la Española, y a estos fines le pareció lo mejor fomentar el tráfico a dicha isla desde todos los puertos del Caribe. En consecuencia, dispuso que a las embarcaciones que saliesen de las provincias de Venezuela, Cumaná, La Habana, Puerto Rico e isla de Margarita, se les diese licencia para tocar en Santo Domingo y verificar allí su registro<sup>1</sup>. Aunque transitoria, esta orden favorecía evidentemente el comercio intercolonial, y su continuación habría aportado grandes beneficios. En la misma fecha (20 de noviembre de 1700) dictó otra orden, contraria a todo sentimiento de respeto a la determinación del individuo, y que significaba una vuelta a los antiguos métodos empleados con las poblaciones indígenas: diciendo tener noticias de que los indios guayos “que residían en los términos de Trujillo y Barquisimeto, aun cuando se habían reducido a poblaciones, perseveraban en vivir de hurtos y cometer homicidios”, dio instrucciones al gobernador para que los hiciese trasladar a Santo Domingo<sup>2</sup>. La comisión de delitos no era sino un pretexto mal disimulado: el verdadero motivo era la falta de gente para los trabajos de fortificación de la isla y el laboreo de sus minas, como en el mismo texto de la orden se insinúa. Uso arbitrario de los poderes de autoridad, pues se trataba de mudar a sitios apartados y a labores fieras a todo un pueblo habituado a las tareas mansas de la agricultura. No hubo, sin embargo, tiempo de ejecutar esta orden, por los acontecimientos que sobrevinieron y las dificultades prácticas para efectuar la mudanza.

El estado de los negocios en América no era muy próspero y firme antes del estallido de la guerra, y esta no vino sino a agravar una situación de suyo

---

1 Despacho de 20 de noviembre de 1700. *Libro de Reales Cédulas Originales*, n° 422, f. 245. ANC.

2 Despacho de 20 de noviembre de 1700. *Libro de Reales Cédulas Originales*, n° 422, f. 257. ANC.

peligrosa para el incierto poderío peninsular. Los últimos años del siglo xvii encontraron a España ocupada en sacar a los ingleses de Darién, en donde se habían establecido y amenazaban los dominios españoles. El principal daño ocasionado por esta lucha fue la paralización casi total del tráfico entre la metrópoli y sus colonias americanas. La navegación solo podía hacerse a costa de grandes riesgos, lo que obligó a las autoridades de la Casa de Contratación a reforzar las flotas y a suspender las licencias para los viajes de naves sin escolta, y aún la misma flota de Tierra Firme fue suspendida durante varios años. La comunicación entre las colonias quedó sometida a condiciones muy accidentadas: para comunicarse México con el Perú debía valerse del navío que conducía azogue de Guancabelica al puerto de Acapulco, o de las embarcaciones del comercio de vino del Perú que iban a Guatemala; el tráfico entre Santo Domingo, Puerto Rico, Cuba y Venezuela se efectuaba por medio de los barcos que viajaban a Veracruz desde las costas de Venezuela y La Habana, pues desde Cuba era fácil dirigirse a Santo Domingo y de allí a Puerto Rico<sup>3</sup>.

El erario español no disponía entonces, como no dispuso nunca, de los fondos necesarios para llevar adelante esta guerra contra los intrusos ingleses, y el rey se dirigió a Su Santidad pidiéndole fuese servido de concederle algún subsidio en el Estado Eclesiástico de ambas Américas, destinado a cubrir los gastos de una expedición marítima al istmo y formar un ejército de tierra que arrojase al invasor. Carlos II había llegado al extremo de tener que solicitar esta limosna. El papa accedió a la demanda del rey dispensándole una ayuda de un millón de ducados que debía cobrarse por décimas. El subsidio resultó innecesario, pues las fuerzas ocupantes se retiraron. Sin embargo, el Santo Padre no retiró su ayuda, según dice el real despacho, en atención a la conveniencia de “poner en defensa aquellos parajes para que no intente otra vez aquella Nación tomar pie en ellos con tan evidente peligro de la Religión Católica”<sup>4</sup>.

La Guerra de Sucesión, pues, encontró a América muy desprovista y debilitada, sin haberse podido recuperar de los daños sufridos por el entorpecimiento de su comercio. Las repercusiones del nuevo conflicto debían ser profundas, y trajeron a Venezuela años de una gran miseria, agravada, como se verá más

---

3 Real cédula fechada en San Lorenzo a 11 de abril de 1700. ANC.

4 *Ibidem*.

adelante, por el descenso de la producción agrícola a un punto tal en que faltaron los productos más ordinarios que siempre abundaron, como el maíz, la caraota y la yuca para la fabricación del casabe. Consecuencia lógica del estado de cosas reinante fue el alza de los precios a una altura en que los artículos indispensables para la alimentación del pueblo se tornaron inasequibles para la mayoría.

## LA COMPAÑÍA DE GUINEA

Uno de los primeros actos de Felipe V fue la celebración de un contrato con la Compañía Real de Guinea, empresa comercial francesa en la que estaba económicamente interesado Luis XIV, abuelo del joven monarca español. El contrato se firmó por seis años y ocho meses, y tenía como finalidad la introducción en las Indias Occidentales de un máximo de 10.000 toneladas de negros, estipulándose tres negros por tonelada. La condición primera del asiento excluía del trato a los negros procedentes de Minas y de Cabo Verde, por considerarlos poco a propósito para estas regiones de América. Pero la Compañía representó en 1704 exponiendo el error de la exclusión, y mostró cartas de algunos vecinos de Cartagena y Panamá en abono de su instancia<sup>5</sup>. Los retornos del producto de la venta de los negros podía hacerlos en sus propias naves, lo que era una concesión muy importante dado el carácter nacionalista de la economía española, o en los galeones, con registro a los puertos de España o a los de Francia: si en los primeros, debía entregar los registros a los ministros reales; si en los segundos enviar relación de ellos para que constara lo que llevaban.

La Compañía hizo a la Corona un adelanto de 264.000 pesos, que debían ser deducidos de los derechos de introducción correspondientes a los dos últimos años del contrato. La alianza política y de sangre que existía entre las dos naciones no impidió que el rey impartiese órdenes a sus funcionarios de Hacienda en América para que la deducción se hiciese de la manera más ventajosa para el Real Tesoro. Durante los primeros viajes, los asentistas dejaron de pagar derechos de entrada y salida de los frutos de permisión de Canarias y de aquellos que procedían de la venta de negros, ya los condujeran de unos puertos a otros de Indias

---

5 Real cédula de 30 de diciembre de 1704. *Libro de Reales Cédulas Originales*, n° 439, f. 57. ANC.

o bien a España, pues pretendían haberles sido exonerados; pero las autoridades aduaneras venezolanas consultaron sobre la legitimidad de este privilegio y el rey ordenó que se les cobrasen, por no estar estipulada la excepción en el contrato.

Los franceses fueron hostilizados por los oficiales reales y por los gobernadores de las provincias incluidas en el trato, especialmente en Cartagena, en donde a los factores se les molestó de mil maneras, moviéndoles a litigio, y a las naves se les causó toda clase de embarazos, obligándolas a permanecer en puerto por largas temporadas en sus viajes de retorno, o a partir antes de haber concluido la venta de sus esclavos negros. En esta actitud de los funcionarios se pone de manifiesto la resistencia que gran parte del pueblo español opuso a la penetración francesa en la economía, en la política y en las costumbres de España, provocada por el triunfo de la Casa de los Borbones. La Compañía se quejó del tratamiento hostil de que era objeto en América, y el rey emitió una enérgica cédula dirigida a todos sus gobernadores en las Indias y funcionarios de la Real Hacienda, ordenándoles dar buen trato a los empleados de la Compañía y respetar las cláusulas del contrato<sup>6</sup>. El asiento fue renovado al vencerse el plazo y terminó en 1713, cuando lo obtuvo Inglaterra por el tratado de Utrecht, pero la liquidación total de los negocios que tenía pendientes se prolongó hasta dos años más tarde.

En el primer año del contrato, la Compañía introdujo en Venezuela 778 negros en ocho navíos. De este cargamento murieron por enfermedad 18 durante los treinta días que permanecieron en La Guaira. El derecho de introducción que pagaron fue de 112 ½ pesos por tonelada de negros<sup>7</sup>.

## LA SITUACIÓN ECONÓMICA ANTES DE INICIARSE LA GUERRA

Mucho antes de producirse la Guerra de Sucesión, ya Venezuela experimentaba una gran escasez de mercaderías, pues como se vio anteriormente, este conflicto sobrevino cuando aún no había cicatrizado la herida de la lucha contra los ingleses establecidos en Darién.

---

6 Real cédula dada en Madrid a 23 de diciembre de 1704. *Libro de Reales Cédulas Originales*, n° 439, f. 55. ANC.

7 Así dice el asiento hecho en el *Libro de la Tesorería* correspondiente a 1701, n° 33, ff. 340 y 343v. ANC.

En 1701, el procurador general de Caracas, Francisco Gil Arratia, presentó ante el gobernador un informe sobre la gran falta de efectos de todo género, así sedas como armas, vinos, aceites y otras provisiones que venían de Castilla; advertía que, de no venir un navío de registro todos los años, la escasez de esos géneros sería cada vez mayor. En demostración de lo dicho por él en cuanto al estado de la Provincia, refirió que, para guardar el luto que el Consejo de Regencia ordenó por la muerte de Carlos II, fue preciso teñir de negro todas las telas que había en existencia, resto del último cargamento llegado de España y de los arribos de México, y aun así no hubo géneros suficientes para que todos los vecinos de Caracas pudiesen guardar el duelo, por lo que muchos se privaban de salir. Una botija de aceite de mala calidad costaba en esa época 14 pesos. Concluía el procurador pidiendo al gobernador se dirigiera al Supremo Consejo para que se diesen instrucciones a la Casa de Contratación de despachar con la mayor prontitud un barco de registro<sup>8</sup>.

A esta situación del comercio venían a añadirse los gastos con que la inminencia de la guerra amenazaba a la Provincia. Considerado el estado general de cosas, poco había que esperar del gobierno provisional para atender a las múltiples y urgentes necesidades. Las reales cajas se encontraban vacías, al extremo de que Francisco Berroterán, gobernador que había sido de esta Provincia, hubo de darles en préstamo 114.756 reales para atender a la infantería de los castillos de Cumaná<sup>9</sup>.

El informe del procurador podría inducir a creer que Venezuela se hallaba incomunicada con el exterior; sin embargo, en ese año de 1701 entraron a La Guaira ocho navíos procedentes de Canarias, México, Cartagena, Martinica y España, solo que el cargamento era, de Canarias, 125 pipas de vino y aguardiente por valor de 181.380 reales; de Cartagena y México, loza; de Martinica, 20 barriles de harina. El navío de España venía despachado para Maracaibo con escala en La Guaira, donde dejó mercadería por 131.530 reales, la mayor parte de ella consistente en telas, vinos, aguardiente y algún bastimento. Como se ve, excepto la harina remitida por una colonia extranjera, el resto de

---

8 Informe del Procurador General de Caracas en 1701. Colección de Documentos *Diversos*, t. II-1, f. 18. ANC.

9 Real Hacienda, *Libro Común y General*, n° 33, f. 378. ANC.

la mercadería era la menos a propósito para satisfacer las necesidades de una población sin recursos.

Las exportaciones en ese mismo año de 1701 fueron las siguientes: para México, 12.544 fanegas de cacao a un precio máximo de 136 reales la fanega, más 6 esclavos; a España se exportaron 7.396 fanegas de cacao, 2.922 arrobas de tabaco, 1.300 cueros y 250 quintales de palo brasil; la Compañía de Guinea extrajo con destino a Cartagena de Indias 781 fanegas de cacao, 12.317 cordobanes, 2.568 cueros de res, 1.398 arrobas de tabaco de Barinas, 30 arrobas de manteca, 75 botijas de miel, cierta cantidad de ajo y 150 arrobas de harina, mercancía de la que, contradictoriamente, había gran necesidad. Todo esto salió en 12 navíos que zarparon de La Guaira. El procurador se lamentaba de la escasez, pero no advertía la extracción que hacíase de aquellos mismos productos que pedía se trajeran con urgencia, patético ejemplo del defectuoso acoplamiento de la maquinaria gubernativa.

## **MISERIA DURANTE LA GUERRA**

Los efectos de la guerra se sintieron inmediatamente en Venezuela. En el año de 1702 apenas llegaron cuatro navíos procedentes de México, Santo Domingo y Curazao, a pesar de ser esta una colonia extranjera con la cual había razones de orden moral (entre otras, el contrabando que desde ella se había ejercido) para rehuir el trato; pero la gravedad del momento no permitía reparar en semejantes escrúpulos, menos aún cuando la carga no consistía en vino y sederías, sino en harina de trigo. La exportación bajó también, pues aunque a México fueron 14.214 fanegas de cacao, o sea más de lo que se le había enviado el año anterior, todas las otras partidas no suman sino 1.548 fanegas con destino a Canarias, Cartagena y Santo Domingo. Cueros salieron solamente 2.004 y tres esclavos para México.

La crisis se agudizó rápidamente, a medida que la guerra en Europa se extendía. La navegación intercolonial se redujo cada vez más y pareció llegar un momento en que había de paralizarse. En 1703 la exportación fue de 17.658 fanegas de cacao para México, a un precio que fue descendiendo de 128 a 120, 112 y 100 reales, más un esclavo; dos pipas de aguardiente y cuatro de vino para Santo Domingo. Dos barcos de Canarias trajeron en cambio 137 pipas de aguardiente y 173 de vino, tres de vinagre y pipa y media de fruta seca. Si de los dominios

españoles no se recibían sino cosas superfluas, de las colonias francesas, por el contrario, se obtenían los productos indispensables para la población, entre ellos la harina, de la que Martinica y Santo Tomás enviaron 2.600 arrobas, que es la porción más considerable que hasta entonces se había importado de esas colonias. La necesidad de harina debía ser extrema, pues el precio de la arroba subió de 20 a 40 reales, cuando Venezuela en el siglo xviii se permitía el lujo de exportarla a solo cuatro reales. El precio de 40 reales era exorbitante, ya que en los tiempos normales no pasaba de 12 a 14 reales. Tan escandalosa era esta alza que el cabildo se vio obligado a intervenir, celebrando contratos con mercaderes extranjeros para el abasto de harina a 30 reales la arroba.

Los libros de la Tesorería colonial demuestran con sus cifras la tremenda crisis que soportó Venezuela durante aquellos trágicos años, que bien podríamos llamar años de hambre, pues aunque no hemos encontrado documento alguno que nos hable de las penurias que sufrió la Provincia, el lenguaje en números de aquellos libros reemplaza con ventaja al más patético relato. En 1704 hubo necesidad de traer de Santo Domingo 737 fanegas de maíz que se pagaron al precio excesivo de 32 reales la fanega y, para asombro de nuestros contemporáneos, 1.114 arrobas de casabe a 9 reales. El casabe, alimento fabricado de la yuca, ha sido considerado siempre un alimento típico de esta tierra, como pan obligado de muchas regiones. Su escasez delata el estado de decaimiento a que había llegado la agricultura, cuando faltaban los productos en que tradicionalmente había abundado esta tierra desde los tiempos precolombinos.

Frente a estos testimonios es fácil representarse los padecimientos que debieron sufrir aquellos colonos, cuyos únicos medios de subsistencia eran los que la tierra producía, bloqueadas las exportaciones y reducidas las entradas a las pocas mercaderías que podían enviar las colonias francesas a precios subidos. Los medios adquisitivos en el exterior para atender a sus compras eran casi nulos; y para colmo, no contaban, para su propia alimentación, ni siquiera con los frutos propios de la Provincia. En los momentos en que más aguda era esta situación, desafiando los peligros del mar plagado de corsarios enemigos, llegaron dos barcos de Canarias... ¡cargados de aguardiente y vino!

La Compañía de Guinea no dejó pasar sin provecho esta oportunidad, y muy pronto llegó a tener a su cargo la casi totalidad del escaso comercio que se efectuaba. Sus naves hacían frecuentes viajes a Martinica, Santo Tomás y Cartagena, y aún condujo directamente a Francia algunas partidas de cacao, cueros y otros



productos. De Martinica se importaron 6.030 arrobas de harina, traídas por mediación del contrato celebrado por el cabildo, mejorando ostensiblemente el precio, pues descendió primero a 28 reales y luego a 24. En este año de 1704 toda la exportación de cacao apenas llegó a 8.067 fanegas, de las cuales 1.084 fueron a Francia. La salida de otros frutos fue insignificante.

En el año siguiente se produjo una notable mejoría. Llegó un navío de Sevilla, el primero desde 1701, con un cargamento valuado en 148.910 reales y compuesto de telas, aceite, víveres diversos y un poco de vino. Martinica y Santo Domingo continuaron abasteciendo de harina a la necesitada Provincia, y de Santo Domingo se trajo casabe y azúcar blanca y moscabada. La exportación de cacao subió a 11.977 fanegas valuadas a 100 reales, la mayor porción dirigida a México; pero la extracción de cueros fue muy reducida, y nula la de tabaco.

Otra nave de Sevilla con mercaderías por valor de 231.425 reales llegó en 1706 y la exportación de cacao subió a 15.860 fanegas; se exportaron en dicho año 2.151 cueros, 11 esclavos para México y hasta 100 arrobas de azúcar para la posesión francesa de Santo Tomás.

La mejoría experimentada en 1706 fue aún más pronunciada en 1707, ya que la exportación de cacao subió a 20.422 fanegas y a un precio que en los últimos meses del año alcanzó a 128 reales, el más alto desde 1700. México compró 10 esclavos y la casi totalidad de esa exportación, o sea 20.319 fanegas; las restantes 103 fueron para Martinica y Santo Domingo. México era, como se ve, el único comprador importante de Venezuela. La economía colonial estuvo vitalmente ligada a Nueva España no solo durante este período de interrupción forzosa en el tráfico trasatlántico, sino aun en los tiempos de mayor prosperidad. Ella absorbía gran parte de la producción; pero, inversamente, los retornos se hacían con muy poca cantidad de mercadería, y esto se explica porque siendo la moneda de plata mexicana considerada la mejor del mundo, los exportadores venezolanos preferían traer moneda que les servía luego para sus compras a los contrabandistas holandeses, ingleses y franceses, y, en menor proporción, para el comercio legal con España y con las colonias americanas de tráfico permitido.

El alza en el precio del cacao en México, en 1707, fue seguida en los años siguientes de una baja alarmante que se prolongó hasta 1716. El descenso se inició en los primeros meses de 1708, en que llegó a 88 reales la fanega, en el siguiente año a 64 y a solo 56 en 1712. Alarmado por esta fuerte baja que significaba

un nuevo motivo de ruina sumado a los muchos que tenían ya reducida a la miseria a esta Provincia, el Cabildo de Caracas se reunió el 18 de junio de 1708 para deliberar acerca de la proposición del procurador de que se levantara un informe sobre las causas que provocaban la depreciación del fruto en el mercado de Veracruz. Hecha la investigación, se llegó a establecer que la causa no era otra que las introducciones ilegales de cacao procedente de Guayaquil y de la Martinica francesa. El cacao venezolano resultaba más caro que aquel, pues además de los gastos ordinarios y los derechos de salida, pagaba un impuesto destinado al sostenimiento de la Armada de Barlovento<sup>10</sup>. En consecuencia, se pidió al Consejo de Indias que hiciese cumplir la prohibición que pesaba sobre Guayaquil en el comercio de Nueva España.

La situación de la ganadería durante estos mismos años era tal vez más grave que la muy crítica de la agricultura, pues aun en los tiempos mejores la arroba de carne se vendía a dos reales, de manera que una res solo llegaba a producir dos pesos o veinte reales, y únicamente en casos de extrema carestía se elevaba a cuatro reales la arroba.

España hacía muy poco esfuerzo para proporcionar los remedios que la miseria de esta colonia precisaba, pero sería una extravagancia acusarla por esto de indolencia, ya que problemas de suma importancia ocupaban la atención del gobierno de Felipe V, demasiado comprometido en la tarea de echar de Madrid a las tropas aliadas que apoyaban la Casa de Austria. Pero no dejó de dictar, en los momentos en que la situación era más grave, una cédula fechada el 6 de junio de 1707, concediendo una rebaja en los derechos de exportación: en adelante todos los caudales de plata y oro que entrasen a España pagarían solamente 6% sobre la plata y 2% por el oro acuñado; todos “los frutos nobles, medianos e ínfimos”, el 10%<sup>11</sup>.

La situación económica de la Provincia continuó en iguales condiciones hasta la terminación de la guerra. La baja en el precio del cacao, el alza de los artículos de primera necesidad hasta tres veces su valor en tiempos de paz, la disminución de las exportaciones y la falta de efectos de comercio, debieron producir la ruina

---

10 Colección de Documentos *Diversos*, t. III, f. 247. ANC.

11 Real cédula fechada en el Buen Retiro a 6 de junio de 1707. Colección de Documentos *Diversos*, t. III, f. 267. ANC.

de numerosas fortunas, ya que en 1715, cuando llegó a La Guaira una de las naves del asiento ajustado en España con el marqués de Montesacro para surtir a Venezuela y a otras regiones del Caribe, no hubo compradores suficientes; y transcurrido un año desde su arribada, aún no había podido vender toda la mercadería: fracaso este que determinó el abandono del contrato.

Mientras conservó en pie sus privilegios, la Compañía de Guinea hizo de ellos un fructuoso empleo a expensas de la pobreza de los mercaderes criollos, incapacitados para afrontar los crecidos gastos, y menos aún los riesgos, no ya del tráfico ultramarino, sino el de las mismas costas americanas. De hecho, llegó casi a monopolizar la importación, no solo de harina y granos, sino también del vino y otros artículos menos necesarios, llevándose, en cambio de estos productos, y de los negros, importantes cantidades de cueros y cordobanes, y cacao en menor escala. En 1709, de 12 barcos de salida que aparecen en los libros de la Tesorería, 8 son franceses, y españoles o americanos solamente 4. El ascenso de los negocios de la Compañía es muy claro: en 1709 sacó 1.330 fanegas de cacao; en 1710 una cantidad un poco mayor, 1.855; en 1711 llevó 2.949; en 1712 aproximadamente el doble, 5.145; y en 1713 sus extracciones sumaron 7.124 fanegas. Pero lo significativo en este comercio no es la importancia de las extracciones, sino su destino, pues algunas de estas partidas fueron conducidas a México, ruta que los mercaderes venezolanos se reservaban celosamente sin permitir la intervención de las naves metropolitanas. Los barcos de la Compañía viajaron también a Sevilla y a Vizcaya en España, y a Nantes y a otros puertos de Francia.

## **EL CONTRABANDO DURANTE ESTE PERÍODO**

Entre tanto, continuaba ejerciéndose el contrabando, pero sin la frecuencia de las épocas anteriores, no porque fuese más eficaz la vigilancia de las costas, sino a causa de la guerra que tenía comprometidos todos los recursos de las naciones europeas participantes en el conflicto, que eran precisamente las principales potencias mercantes. Era una verdadera suerte que llegasen buques contrabandistas.

No es improbable que durante el periodo de la guerra arribaran a nuestros puertos naves inglesas, no ya disimuladamente, sino con entera libertad, aunque con papeles falsos expedidos en Londres, pues pocos meses después de haberse firmado la paz, el embajador español ante el gobierno de Gran Bretaña comunicó

al que había descubierto que un español llamado Fernando de Guzmán se había dedicado en la capital inglesa a extender pasaportes, patentes y otros documentos durante la guerra, falsificando para ello no solo la firma y el sello reales, sino también la firma de todos los ministros del Consejo. Gracias a la habilidad de este individuo, a quien el gobierno inglés mantenía a su servicio, por espacio de cuatro años estuvieron pasando a América las naves de Inglaterra, siendo recibidas sin ningún embarazo, pues las autoridades españolas no sospechaban de la autenticidad de los documentos. El embajador, duque de Osuna, envió al rey para su comprobación, uno de esos pasaportes falsificados con la supuesta firma del monarca, la del ministro de Guerra y la del marqués de Bonao, y cuyo contenido se reducía a conceder facultad a un navío inglés, dejando en blanco el lugar correspondiente al nombre del navío, el del capitán y el del porte, a fin de que pudiese ir libremente de Inglaterra a cualquier puerto de las Indias, con todo género de mercaderías y tejidos, pagando los derechos establecidos según su calidad, y sacando en retorno los frutos que estimase convenientes para regresar con ellos a los puertos ingleses<sup>12</sup>.

La elaboración clandestina de aguardiente en la Provincia aumentó con perjuicio de las rentas. En La Guaira se fabricaba un aguardiente de caña, llamado *tasire*, que se hacía en alambiques clandestinos, y cuyo empleo se generalizó tanto que llegó a extinguir casi totalmente el trato con la Nueva Andalucía, pues eludía el pago de los derechos de introducción, fletes, alcabala y otros impuestos, lo que permitía venderlo a un precio muy bajo.

## **POBREZA DE LAS REALES CAJAS**

Resulta superfluo decir que la situación del Tesoro era desesperada. Los ingresos mermaron a causa de la disminución de las ventas y del escaso movimiento portuario. La falta general de recursos hizo que la población se atrasase muchas veces en el pago de los derechos. En 1708, el gobernador Fernando de Rojas y Mendoza prohibió la venta pública y secreta de aguardiente en los pueblos de Cagua y San Mateo y en sus distritos; y aunque en la orden se pretendía justificar esta medida por el celo de la salud de los vecinos, la causa no era otra que la

---

12 Real cédula de 13 de noviembre de 1713. Colección de Documentos *Reales Cédulas*, t. 1, f. 121. ANC.

incapacidad económica de aquellos pobladores para pagar los tributos que por el consumo del aguardiente adeudaban a las cajas<sup>13</sup>.

Las rentas no alcanzaban para pagar los sueldos de los empleados y afrontar los gastos de guerra. No pasaba un año sin que hubiese necesidad de acudir a algún empréstito a las cajas de depósitos de difuntos, a las de fideicomisos o a simples particulares, para poder pagar a las tropas acantonadas en La Guaira, Margarita y Cumaná, en donde había 100 infantes. De 1701 a 1710 estos préstamos ascendieron a 528.140 reales. Estos pagos a la tropa se hacían con tal atraso que el dinero tomado del depósito de difuntos en 1705 fue para pagarle a la infantería de Margarita los sueldos devengados en 1702 y 1703, montantes a 65.509 reales.

Después de haber pintado el cuadro de miseria que ofrecía la Provincia durante estos años de guerra, la casi total ausencia de comercio exterior, la baja de los precios en los frutos de exportación y el alza de los artículos de primera necesidad, la escasez de recursos de los pobladores y los elevados gastos militares, resulta innecesario hacer mayores especulaciones sobre el alcance y causa de la pobreza de la Tesorería.

## **PERÍODO DE LA COMPAÑÍA INGLESA**

Por uno de los tratados suscritos el 11 de abril de 1713 en Utrecht para poner fin a la Guerra de Sucesión, obtuvo Inglaterra el privilegio del asiento de negros para la Compañía Inglesa del Mar del Sur. Por este asiento, la Compañía se obligaba a enviar a las colonias españolas de Indias 144.000 negros en treinta años, a razón de 4.800 anuales, pagando de impuesto, por cada negro de los primeros 4.000 que llevara por año, treinta y tres pesos; los ochocientos restantes quedaban libres de derechos. La Compañía se comprometía a adelantar al Real Tesoro 200.000 escudos, y a entregar al monarca español una cuarta parte de las utilidades líquidas. Este contrato fue explotado con grandes beneficios para Inglaterra, pues le abrió a su comercio las puertas de América. Vencido el plazo de duración del contrato, fue renovado por el tratado de Aquisgrán de 1748, pero duró poco esta prórroga, pues por el tratado de El Retiro, en 1750, el rey de

---

13 Colección de Documentos *Diversos*, t. III, f. 129. ANC.

la Gran Bretaña cedió el derecho que había obtenido y abandonó la reclamación de resarcimientos por perjuicios que alegaba haber sufrido en el ejercicio de aquel, mediante el pago de 100.000 libras esterlinas<sup>14</sup>.

Si bien el asiento con Inglaterra era de un carácter general, pues comprendía todos los dominios españoles en América, en Venezuela asumió singular importancia, ya que tal como había ocurrido con la Compañía Francesa, tomó a su cargo por fuerza de las circunstancias la casi totalidad del comercio de la Provincia. Por lo tanto, puede hablarse, en cuanto corresponde a la historia económica venezolana, de un *período inglés* que termina con la llegada de la Compañía Guipuzcoana, pues esta arrebató a aquella la posición privilegiada de que disfrutaba, no permitiéndole sino la introducción de negros y la saca de muy escasos productos.

España había quedado en muy malas condiciones a consecuencia de la guerra. Todo su mecanismo económico y administrativo se hallaba dislocado y el período de convalecencia fue prolongado. Antes de ocuparse de poner en buen orden los negocios americanos, hubo de prestar atención a los complejos problemas políticos que aún quedaban sin resolver (entre ellos la cuestión catalana), a la difícil tarea de reconstruir su marina mercante y de guerra y a levantar las decaídas fuerzas de la nación. Al concluir la guerra, el comercio español se encontró impotente para impedir la penetración de su poderoso rival inglés.

La Compañía tenía autorización para introducir aquellas cantidades de mercaderías que considerase indispensables para el sostenimiento de los negros en los puertos de descarga. Pero los ingleses distaron mucho de ceñirse a esta condición, y autorizados por los funcionarios de Hacienda desembarcaron libremente en La Guaira grandes cargamentos de los más diversos géneros, que evidentemente no estaban destinados al consumo de los negros, a no ser que los ingleses trataran de proporcionar vida regalada a los esclavos en compensación por los padecimientos sufridos y por los más crueles aún que les estaban reservados en manos de sus amos coloniales, pues esos cargamentos consistían en vinos de fina calidad, jamones, almendras, aceitunas, quesos, aguardiente y harina. Además, no es infundada la sospecha de que porciones todavía mayores fueron introducidas clandestinamente.

---

14 José Canga Argüelles, *Diccionario de Hacienda*, Madrid, 1833, t. 1, p. 105.

La primera nave de la Compañía Inglesa llegó a Venezuela en 1715. Trajo negros y en retorno llevó 26 fanegas de cacao y 1.325 cueros. No arribó ninguna otra nave inglesa en ese año, pero en el siguiente arribaron tres, una de ellas con un cargamento de 1.610 arrobas de harinas, y en retorno sacaron 1.635 cueros a 6 reales cada uno y 1.080 arrobas de tabaco de Barinas a 32 reales. En 1717 los viajes fueron más numerosos; en La Guaira tocaron seis de aquellos navíos, que dejaron una carga de 22.480 arrobas de harina a 20 reales, o sea por un valor de 449.600 reales; además 20 barriles de aceitunas, 25 pipas de vino, 36 de manteca, 300 libras de queso, 30 quintales de bacalao y 20 de arenques; llevaron 4.916 cueros y 1.504 arrobas de tabaco de Barinas por un valor total de 77.624 reales, lo que está en desproporción con las introducciones de ese año, mayores de medio millón de reales, a las que habría que agregar el valor de los negros. Es probable que la diferencia la recibiesen los ingleses en moneda que la Provincia recibía de México, pero también pudo haber ocurrido que cargasen algunos frutos a espalda de los funcionarios, particularmente cacao, del que resulta raro no hayan extraído ninguna cantidad, según los libros de la Tesorería<sup>15</sup>.

En 1718 encontramos a la Compañía en una posición muy sólida. De ocho navíos que entraron a La Guaira con mercaderías, cinco eran ingleses; y de diecinueve que salieron, diez eran de esa misma nacionalidad. Los productos que sacaron de Venezuela estas naves fueron 4.583 cueros con un valor de 27.498 reales, 1.854 arrobas de tabaco de Barinas con un valor de 59.328 reales y 3.174 fanegas de cacao valuadas en 270.798, siendo de notar que 1.775 fanegas aparecen registradas para ser conducidas a México. El valor total de la extracción era de 357.624 reales.

Llama la atención el número mayor de naves de salidas sobre el de entradas. El fenómeno resulta fácil de explicar. Muchos de los navíos que venían por cuenta de la Compañía no traían otra carga sino negros, y en la liquidación de los derechos ocasionados por estos no se especifican las entradas de tales naves; además, el cargo de estos derechos en los libros se hacía en forma muy irregular. El mismo defecto se observa a menudo en la recaudación de los otros impuestos, y de ahí que para tener un cuadro completo de las importaciones, precios,

---

15 *Real Hacienda, Libros Común y General*, correspondientes a los años de 1715, 1716 y 1717. ANC.

cantidades, especies, monto de los impuestos respectivos y nombre, origen y destino de los barcos, sea necesario con frecuencia consultar las distintas partidas y sacar de una y otra parte los datos que interesen. La falta en la Tesorería colonial de una norma precisa para llevar la contabilidad dificulta la consulta y el estudio de las incidencias de la vida económica de la Provincia a través de los libros de la Real Hacienda.

En aquellos instantes, la Península era teatro nuevamente de graves acontecimientos. No bien había salido de una guerra cuando España se hallaba comprometida en nuevos conflictos, provocados por su propia imprudencia o movidos por Inglaterra, que era la única nación que siempre sacaba ventaja de tantos enredos extendiendo su dominio y dando mayor fuerza a su comercio a costa del Imperio español. Aconsejado por el abate Alberoni, y deseoso de romper a toda costa los tratados de Utrecht y de Rastadt, Felipe V envió una escuadra contra Cerdeña en 1717 y luego otra contra Sicilia en 1718, sin escuchar las advertencias que le hicieron Francia e Inglaterra de que no tolerarían semejante agresión. España se vio de esta manera sin aliados y frente a la más poderosa coalición europea, integrada por las dos potencias nombradas, y por Sabaya y Austria. No tardaron en sobrevenir desastres militares que obligaron al monarca español a firmar apresuradamente la paz de Cambray en 1720.

Las consecuencias de esta guerra se manifestaron claramente en las relaciones comerciales de la Provincia. En 1719 las naves del asiento inglés trajeron apenas 1.000 arrobas de harina, y dos de salida sacaron solamente 44 arrobas de sebo y unos 270 cueros apolillados al ínfimo precio de dos reales. Suspendido el tráfico y sin el recurso de poder acudir esta vez a las colonias francesas, los abastecimientos escasearon y la población se encontró sin víveres. Para negociar la compra de harina en Curazao tuvo que intervenir el cabildo, a fin de impedir que se produjesen alzas inmoderadas en el precio tal como lo había enseñado la experiencia de la guerra anterior; con el objeto de obtener los medios para adquirir la harina, se permitió la salida de azúcar, de la que nunca hubo en Venezuela producción abundante que dejase margen para la exportación sin detrimento del consumo interno.

La exportación de cacao, que en 1718 había llegado a 28.613 fanegas, la más alta cifra alcanzada en lo que iba del siglo, descendió en 1719 a 18.545 fanegas. De estas dos cantidades fueron para México 26.710 y 17.768 fanegas, respectivamente. Los precios se resintieron también con la nueva guerra, y de 108 reales



a que se vendió la fanega en 1717, bajó en los primeros meses de 1718 a 90 reales y hacia los últimos meses del mismo a solo 84. Al entrar el año de 1719, el precio de la fanega era apenas de 68 reales, pero luego reaccionó el mercado y subió a 88. El precio de 1717 era el mayor que se obtenía desde diez años atrás. La Provincia, pues, estaba en camino de recuperarse totalmente de los trastornos pasados, cuando se produjeron los ataques contra Cerdeña y Sicilia.

Las comunicaciones con España, que no habían podido reanudarse en forma regular desde el comienzo de la nefasta guerra de sucesión, empeoraron aún más; y de 1715 (en que llegó una de las naves del asiento del marqués de Montesacro) a 1720 no llegaron navíos de Sevilla ni de puerto alguno peninsular. Pese a esto, son manifestamente exageradas las afirmaciones hechas por muchos historiadores de que en el lapso de estos veinte años la navegación entre España y los puertos venezolanos fue enteramente nula. Gil Fortoul<sup>16</sup> afirma que de 1706 a 1721 no llegó de España ni un solo barco mercante a La Guaira, Puerto Cabello y Maracaibo. La verdad es que de 1701 a 1720 entraron en La Guaira seis navíos directamente de Sevilla en las siguientes fechas: 1701, 1705, 1706, 1712, 1715 y 1720 según consta en los libros de la Tesorería correspondientes a cada uno de esos años, existentes en nuestro Archivo Nacional. De 1701 a 1718, procedentes de Canarias, arribaron 19 navíos, y hasta 1719 inclusive llegaron en total a La Guaira 170 naves con registros de Veracruz, Canarias, Sevilla, Santo Domingo y otros puertos españoles en el Caribe, de Curazao y de las posesiones francesas de la misma zona. No están incluidas allí las naves que conducían negros o aquellas que tocaban de paso para tomar carga, lo que elevaría considerablemente su número, pues en el mismo período salieron para los puertos citados 282 navíos. Tampoco están incluidas en aquella cifra las embarcaciones que en los libros de la Tesorería se denominan “naves del tráfico”, o sean los numerosos veleros que navegaban entre La Guaira y las jurisdicciones de Cumaná, Margarita, Trinidad, Maracaibo, etcétera. En algunos de los textos para uso de las escuelas se llega a decir enfáticamente que durante este largo período de veinte años no tocaron en La Guaira más de dos naves.

---

16 José Gil Fortoul, *Historia Constitucional de Venezuela*, Carl Heymann, Berlín, 1907, t. 1, p. 74.

## ESTADÍSTICA DE LA PRODUCCIÓN Y ESTADO DE LA PROVINCIA EN 1720

Por el año de 1720 estuvo en Venezuela como juez de Comisos Pedro José Olavarriaga, quien levantó un informe muy minucioso acerca del estado de la Provincia, su producción, sus recursos naturales, comercio, consumos, política de los gobernadores, milicias y otras particularidades, acompañado de mapas de la costa y de las fortalezas militares<sup>17</sup>. Este informe constituye un grueso volumen manuscrito, y parecía estar acondicionado para su publicación; pero ha permanecido inédito hasta ahora, a pesar de que sus principales partes debieron ser divulgadas y llegaron a manos de los más influyentes políticos españoles, pues Olavarriaga figura años más tarde entre los promotores de la Compañía Guipuzcoana. Quizás en la mente del autor existía ya la idea de fomentar esta empresa, y con ese ánimo redactó el nutrido informe que dedicó al conde de la Cueva y virrey de Nueva Granada, D. Jorge de Villa Longa.

Olavarriaga se nos presenta aquí como un acucioso compilador de datos; tuvo seguramente la colaboración de todos los funcionarios de Hacienda, y esto le permitió realizar un trabajo sumamente valioso, el único que existe, entre los de su género, referente a la Provincia de Venezuela. Se revela, como un hombre práctico que sabía ya en aquella época apreciar la importancia de la estadística, y no ayuno de conocimientos. En medio de un curioso alarde de citas de los clásicos griegos y latinos, se encuentran preciosas observaciones de orden económico y hacendístico que revelan al hombre de intuición desarrollada. Al constituirse la Compañía fue nombrado su director y regresó a Venezuela al frente de los primeros barcos. A él se deben las primeras disposiciones para la instalación de las factorías e iniciación de los negocios, con tan buenos resultados que afirmó el éxito de la Compañía y dejó preparado el camino para nuevas y fructuosas operaciones y para la obtención de otros favores reales.

---

17 *Instrucción general y particular del estado presente de la Provincia de Venezuela en los años de 1720 y 1721*, dedicado al excelentísimo señor D. Jorge de Villa Longa, conde de la Cueva, virrey, presidente y capitán general del Nuevo Reyno de Granada, dirigida y compuesta por Dn. Pedro Joseph de Olavarriaga, juez de Comisos.

(El original manuscrito de este precioso informe debió ser sustraído de los archivos españoles y fue a parar a los de Londres; de allí pasó a una biblioteca de California, Estados Unidos, y finalmente fue donado al Archivo Nacional, en donde se conserva actualmente).

A pesar de su buen sentido, Olavarriaga no pudo escapar a las exageraciones en que incurrieron comúnmente los informantes venezolanos sobre la riqueza minera existente; así, llega a decir que las minas descubiertas, o aquellas de las que se tenían noticias, no eran menos estimables que las del Perú y Nueva España, y que el oro, sobre todo, era tan abundante, que aun las lluvias arrastraban granos en las barrancas de los cerros, donde los recogían fácilmente los vecinos. El cobre, según él, no era menos abundante y común, y había además minas de plata, azogue, diamantes y esmeraldas<sup>18</sup>.

La Provincia, explica, se regía por un gobernador con el título de capitán general; a su cargo estaba el cuidado de la justicia, y era el que sentenciaba los pleitos, de cuyas sentencias se ocurría a la Audiencia de Santo Domingo en los tiempos en que dependía de ella, y luego a la de Santa Fe. El gobernador tenía bajo su mando un contador, un tesorero y un secretario, quienes corrían con la Real Hacienda. El gobernador tenía derecho a nombrar corregidores en todas las jurisdicciones, en donde también eran nombrados unos oficiales subalternos con el título de tenientes o *cabos de guerra*, que eran puestos en los valles y puertos de la costa para impedir el comercio extranjero y ejercían al mismo tiempo funciones de policía. El gobernador proveía todos los cargos de capitanes y demás oficiales de milicianos de la Provincia. Admite Olavarriaga que el gobierno cometió muchos abusos que disminuyeron la buena voluntad de los vecinos:

10.000 pesos extranjeros ofrecidos han hecho perder muchas veces a la Real Hacienda hasta un millón de pesos en cinco años de gobierno, porque estos ministros han permitido ocultamente la salida de los frutos de la tierra a los extranjeros y la entrada de sus mercancías, haciendo ellos mismos este dañoso comercio, por lo que no me espanto si algunos, entre ellos, han insinuado que era imposible cortar de raíz el comercio de extranjería en esta Provincia, pero eran ellos mismos interesados a su continuación.

Aunque esto resulte cierto algunas veces, según lo hemos visto a través de numerosos documentos de distintas épocas, en boca de Olavarriaga adquiere cierto tinte interesado, pues esboza uno de los argumentos en que se apoyaron los guipuzcoanos para pedir concesiones en el comercio de Caracas, ofreciendo en cambio exterminar el contrabando.

---

18 Ibídem, Cap. I.

En todos los navíos de registro de las islas Canarias, dice el autor del informe, son traídos grupos de familias para poblar y cultivar esta Provincia; “pero aunque esta máxima sea buena y no pueda ser mejor”, se hace sin ningún provecho, porque es preciso

...dar los terrenos convenientes, suficientes y buenos, pero los gobernadores no han atendido a esto, dándoles los peores terrenos, dejándoles perecer así; esta miseria les ha forzado a buscar su vida en otra parte, y muchas veces en el comercio de extranjería.

Olavarriaga añade que, contrariamente a esa política, era necesario

...animarlos al trabajo, procurar todos los alivios posibles a este efecto mandar reconocer por persona, a qué es más conveniente emplearlo, qué frutos puede dar con más fertilidad, si estos frutos por su abundancia no disminuirán el precio o el valor de los que ya están cultivados de esta calidad.

Los naturales de la Provincia, incluyendo a las familias españolas establecidas desde los primeros años de la colonización, eran, según su opinión, flojos y perezosos; no acertaba a explicarse si porque el temperamento de la tierra les inducía a este vicio, o si esta misma tierra, dándoles con más fertilidad sus frutos, los hacía despreciar tal ventaja. Sin embargo, no parece referirse a la totalidad de la población, sino a los grandes propietarios de tierra, pues añade que lo cierto era que quienes tenían haciendas en la tierra adentro o en las costas no las atendían como debían hacerlo, confiándoselas a sus mayordomos, quienes les hurtaban sus frutos y, para evitar ser delatados por los esclavos, dejaban a estos con mucha libertad, por lo que se hacían soberbios y al menor castigo huían y aun llegaban a atentar contra sus amos, citando como ejemplo el caso ocurrido en junio de ese mismo año (1721) del asesinato de Miguel Fernández Caballero, vecino de Caracas, por un esclavo suyo al que quiso castigar. El negro huyó después de su crimen, pero fue apresado y ahorcado. Estima que para esa fecha había no menos de 20.000 negros prófugos cuyas frecuentes sublevaciones obligaban muchas veces a los vecinos a tomar las armas. El problema del ausentismo, que es a lo que se refiere Olavarriaga en este párrafo, no es suficiente para calificar de flojos y perezosos a los pobladores de esta región, ya que él mismo anota que los errores cometidos por el gobierno llenaban a aquellos de desaliento para el

trabajo. Además, los códigos de nobleza para quienes eran nobles, y el prurito de quienes no tenían títulos de imitar a los nobles, en cierto modo fomentaban el ausentismo del que era ejemplo España.

La producción y consumo de la Provincia eran los siguientes:

### TABACO

(En arrobas)

	Producción	Su gasto	Embarque
Valencia	4.000	2.000	2.000
San Carlos	2.000	500	1.500
Nirgua	2.000		2.000
Barquisimeto	4.000	1.000	3.000
Guanare	9.000		9.000
Trujillo	2.000		2.000
Coro	200	200	
<b>Suman</b>	<b>23.200</b>	<b>3.700</b>	<b>19.000</b>

### CACAO

Jurisdicciones	Producción	Árboles	Consumo
Caracas	33.161 fs.	1.679.800	1.000 fs.
San Sebastián	2.800 "	165.000	400 "
Valencia	2.834 "	1.272.900	200 "
Nirgua	5.651 "	565.100	250 "
Barquisimeto	12.116 "	807.764	500 "
Guanaguanare	30 "		60 "
Trujillo	200 "	13.000	300 "
Carora	50 "	6.000	100 "
Coro	280 "	37.000	280 "
San Carlos			200 "
Araure			200 "
Tocuyo			200 "
<b>Suman</b>	<b>67.123 fs.</b>	<b>4.546.564</b>	<b>3.690 fs.</b>

Quedaban para embarcar 63.433 fanegas

## CUEROS

Jurisdicciones	Producción	Su gasto	Embarque
Caracas	25.200	6.000	19.200
San Sebastián	2.000	2.000	
Valencia	7.200	1.200	6.000
San Carlos	3.000		3.000
Nirgua	1.200		1.200
Barquisimeto	4.000		4.000
Guanaguanare	7.000		7.000
Tocuyo	500		500
Trujillo	1.000		1.000
Carora	600		600
Coro	4.000		4.000
<b>Suman</b>	<b>55.700</b>	<b>9.200</b>	<b>46.500</b>
Producción de cordobanes	17.000		
Pieles de venados	5.000		

La producción de cacao por cada 1.000 árboles se estimaba en 25 y aun 30 fanegas en las regiones más ricas de las jurisdicciones de Caracas, pero en otras no podía estimarse sino en 15 fanegas, y aun en menos en algunos casos. En el momento en que redactaba esta relación, se estaban fundando en Coro muchas haciendas de cacao, y Olavarriaga cita a los nombres de veinte hacendados que se hallaban dedicados a sembrar grandes cantidades de árboles.

En los valles de Caracas se recogía un poco de tabaco que se empleaba todo en el consumo. De las 4.000 arrobas anuales que se recogían en Valencia, Olavarriaga estima que cuando menos la mitad, esto es, 2.000 arrobas, iba a parar a manos de los contrabandistas holandeses. Otro tanto ocurría con la producción de San Carlos y de Nirgua. Aunque el autor del informe acepta la cifra de 4.000 arrobas anuales para Barquisimeto, advierte, sin embargo, que personas dignas de fe estimaban la producción entre 6.000 y 7.000 arrobas. En muchas otras regiones del país solían recogerse algunas pequeñas cantidades que se dedicaban al uso local. En definitiva, la Provincia producía 23.000 arrobas (575.000 libras) de tabaco; y deducido el consumo quedaban libres para la exportación 19.000, de las cuales la mayoría salía de contrabando, pues ni en los tiempos de mayor exportación llegaron a embarcarse hasta entonces legalmente más de 4.000 o 5.000 arrobas.

Del ganado que se mataba para el consumo se utilizaban los cueros, con los que se fabricaban enjalmas, látigos, cordeles, botas y zurroneos para el embalaje del cacao. La industria de estos artículos adquirió desarrollo en Carora, de donde eran llevados a vender a los valles de Barquisimeto, Tocuyo, Coro, San Sebastián y Caracas; con el producto de estas ventas los mercaderes caroreños compraban cacao y tabaco en Barquisimeto, azúcar en El Tocuyo y Trujillo, géneros europeos en Caracas y cualesquiera otros efectos que necesitasen. En San Sebastián, por el contrario, no se utilizaban las pieles, porque los costos para llevarlas hasta los puertos no correspondían a su valor, prefiriendo por esto, dejarlas perder, y aun desperdiciaban la misma carne utilizable, matando mucho ganado solo para aprovecharse del sebo, “que es la manteca que se usa en estas tierras”, según refiere Olavarriaga. Es por esto, quizás, que San Sebastián aparece en el segundo lugar, después de Caracas, entre los consumidores de pieles. Los terrenos eran allí tan fértiles en pastos, que muchas reses llegaron a dar 15 y 16 arrobas de grasa. Guanare vendía 7.000 reses anuales a El Tocuyo y Barquisimeto, en donde compraba el cacao necesario para su consumo. San Carlos enviaba a la región de la costa y a Barquisimeto, ganado, sebo, manteca, carne salada, cueros y quesos, obteniendo cacao en retorno. Según los datos que aporta Olavarriaga, de 8.000 a 10.000 cueros eran vendidos a los holandeses, debiendo agregarse los que salían para los mismos en forma de zurroneos.

Trapiches de azúcar había en Caracas, Guanare, Trujillo y El Tocuyo, en cuyas haciendas se hacían muchos dulces y se fabricaba un aguardiente de caña que gozaba de la mejor fama en la Provincia. Carora tenía también algunos trapiches, pero con una producción tan limitada que no bastaba para el consumo local. Todo el azúcar que se obtenía en la Provincia, dice el autor del informe, apenas bastaba para cubrir sus necesidades, y muchas veces fue preciso traerla de comarcas vecinas.

Mulas, se obtenían unas 300 en Guanare, 200 en El Tocuyo, 200 en Barquisimeto y de 1.000 a 2.000 por año en Coro, de las cuales no menos de 1.000 eran vendidas a los holandeses.

Las siembras de algodón abundaban en todas las regiones y se tenía un conocimiento preciso acerca de cuáles eran las tierras más a propósito para su cultivo. Este testimonio de uno de los promotores de la Guipuzcoana, ocho años antes de que esta se fundara, viene a demostrar que es absolutamente falso que las primeras plantaciones las hubiera hecho la Compañía en 1767, como lo asegura

Gil Fortoul<sup>19</sup>; y no podía ser cierto, puesto que el algodón era uno de los cultivos indígenas. Olavarriaga dice que se recogía algodón en los valles de Aragua, Cagua y San Mateo, aunque no como en otros años, pues se había dejado de fabricar lienzo desde que comenzaron a introducirse coletes, listados y angaripoles. De Guanare se sacaba algodón para El Tocuyo y Barquisimeto; sin embargo, para la fecha de este informe ya había cesado este comercio. En la jurisdicción de Araure constituía el único artículo con el que contaban para su sostenimiento muchos de los pobladores. Lo había también en El Tocuyo, cuyas tierras consideraba muy aptas para sembrarlo; en Carora, en Nirgua, en San Carlos, en los valles de Turmero, Maracay, Tapatapa y Barquisimeto; entre Araure y Acarigua el terreno era de lo mejor que se conocía para su cultivo, y en efecto, se cosechaba aunque no en las cantidades de épocas anteriores, cuando había telares para hacer lienzo en Barquisimeto. Para ese momento quedaban todavía algunos de esos telares en Araure y en Acarigua, pero se trabajaba poco debido a la escasa demanda que existía en la Provincia para este tejido.

El añil se producía silvestre en Aragua, y algunas personas que lo habían beneficiado por curiosidad hallaron que el tinte era de muy buena calidad; de manera que no puede atribuirse a los guipuzcoanos el mérito de haberlo introducido en esos valles en 1768, puesto que lo había desde épocas remotas. A lo sumo, transformaron los campos de añil silvestre en terrenos cultivados.

De queso se producían unas 2.000 arrobas en San Carlos, 500 en Guanare y 1.500 en Coro.

El palo brasil, colorante muy estimado entonces, se daba abundante en Carora, desde donde se hacía fácil su conducción hasta el mar por el río Tocuyo; sin embargo, se embarcaba muy poco de esta región, y Olavarriaga considera que de la explotación de palo brasil que podía hacerse a las márgenes de este río resultarían grandes beneficios para la Corona. Se daba también en San Sebastián. Coro producía de esta rica especie más de 1.000 quintales al año, para los que no había otros compradores que los holandeses.

En El Tocuyo se desarrolló la industria de petacas de cañas; se fabricaban de 2.000 a 3.000 al año, y servían para empaquetar el tabaco de las jurisdicciones

---

19 Gil Fortoul, op. cit., t. 1, p. 77.



vecinas. En los campos de esta comarca se recogían algunas cantidades de trigo, que era molido y transformado en harina para el consumo de la región.

La pesca debía hallarse muy poco desarrollada en el país, pues el informante solo habla de 1.500 a 2.000 arrobas de pescado recogido en los ríos de la jurisdicción de Guanare, el cual era llevado seco a Barquisimeto y El Tocuyo en la cuaresma.

La villa de Araure era sumamente pobre, según las noticias dejadas por Olavarriaga, pues dice que había solo muy pocos vecinos que se mantenían con la yuca y el maíz que iban a vender a otras localidades, y a esto solamente se reducía el comercio de la jurisdicción.

### EXPORTACIÓN DE CACAO

La salida de naves y exportación de cacao, en los años de 1720 a 1730, fue la siguiente<sup>20</sup>:

Años	Para Veracruz		Islas Canarias		España		Total
	Naves	Fanegas	Naves	Fanegas	Naves	Fanegas	Fanegas
1720	11	7.017	1	870			7.887
1721	12	30.480	1	2.335	1	1.202	34.017
1722	7	26.973	2	5.257			32.230
1723	8	15.277	1	2.144	1	5.463	22.884
1724	11	23.388					23.388
1725	7	13.048	1	1.854	1	2.507	17.409
1726	2	5.282	1	1.970	1	5.512	12.764
1727	7	23.676	2	4.456	1	3.974	32.106
1728	6	22.556			1	2.494	25.050
1729	3	14.172	2	5.478	1	5.608	25.258
1730	2	6.612	1	2.993	2	13.483	23.088
	<b>76</b>	<b>188.481</b>	<b>12</b>	<b>27.357</b>	<b>9</b>	<b>40.243</b>	<b>256.081</b>

<sup>20</sup> Certificado de salida de naves de 1720 a 1730 expedido según los Registros de la Real Contaduría a pedimento del gobernador de Venezuela y firmada por Felipe José Romero, teniente de Registros y de Real Hacienda, en Caracas, a 18 de febrero de 1734. Colección de Documentos *Diversos*, t. XV, ff. 376-488. ANC.



— *Capítulo ix* —

PRIMER PERÍODO DE LA  
COMPAÑÍA GUIPUZCOANA  
(1728-1749)



### COMPAÑÍAS DE COMERCIO: ANTECEDENTES

En todos los tiempos llegaron al Consejo de Indias proposiciones para la formación de compañías comerciales que monopolizaran los negocios de las colonias americanas, con halagadoras promesas para la Corona; apenas bastaría toda una vida, según asegura Hussey, para revisar los documentos de los planes fracasados y disipados. Tanto el gobierno como la opinión pública eran opuestos a un método que con tan desastrosos resultados habían experimentado Francia e Inglaterra. Los comerciantes de Sevilla miraban con hostilidad todo intento de formar estas compañías, ya que en la práctica ellas ejercían un monopolio; y menos aún convenía a los mercaderes de América, pues estos iban a verse desplazados y subsistirían solo a costa de someterse a una condición de segundones: los intereses de unos y otros eran ya demasiado fuertes, y se encontraban representados en los más altos sitios de la monarquía para que pudiesen ser puestos a un lado sin dificultad.

El advenimiento de los Borbones al trono de España preparó el terreno para un cambio en el régimen de comercio. Felipe V trajo las ideas francesas y hallábase influido por el sistema de compañías que él conocía en su país. Urgido por el estado agónico del Tesoro y la ruina general producida por la agotadora Guerra de Sucesión que llevó la destrucción hasta el corazón mismo del imperio, desequilibrando su armazón administrativa y dejando a España desorganizada y sin recursos, no es raro que tratara de buscar auxilios por cualquier medio y de aligerar las responsabilidades del Estado.

Apenas instalado, Felipe V comenzó a recibir proposiciones para la formación de compañías de comercio, con la esperanza manifiesta de los franceses

de tomar participación en ellas. En 1703, Pontchartrain, ministro de Marina de Francia, aconsejó una íntima asociación de las dos naciones en una gran empresa comercial americana y elaboró el proyecto: en el capital tomarían parte los monarcas y vasallos de ambos países, y sería permitido el comercio francés a través de España. Durante varios años los ministros franceses estuvieron solicitando de sus colegas españoles la aprobación del plan, modificado en 1705 por el nuevo ministro francés Mesnager, que sugirió la internacionalización del comercio por una compañía española en la cual podrían tener acciones todos los poderes marítimos; los gremios o manufactureros particulares de seda, lanas u otros tejidos podrían participar con cantidades no menores de 1.000 pesos cada uno; la compañía operaría en tres partes que cuidarían respectivamente los galeones, las flotas y los barcos registrados para Buenos Aires, Honduras, Campeche, Venezuela y los presidios de Windward Islands<sup>1</sup>. Francia aspiraba por este medio a un acceso a los puertos de América. Pero el Consejo de Indias, hostil por vieja tradición a abrir el comercio americano a ninguna nación extranjera, y celoso además de la influencia francesa, se opuso al proyecto. Aunque el rey dio su voto favorable, no hay noticias de que la compañía se haya formado.

Otro proyecto presentado por Diego Murga, marqués de Montesacro, para el comercio con Honduras y Caracas, fue considerado en 1707. El Consulado y el Consejo de Indias se le opusieron, pero el marqués insistió, y siete años más tarde obtuvo la aprobación. En 1714 presentó un plan para la constitución de una compañía con un capital de 400.000 pesos de plata dividido en 100 acciones, de las cuales la Corona tomaría 25. En cada viaje las mercancías de la compañía estarían sujetas a los impuestos de alcabala, de exportación (calculado al 5%), y de importación (a 2 ½%), calculados sobre el valor en el momento de la entrada o salida de los barcos; por otra parte, las naves quedaban dispensadas del requisito de inspección militar de su dotación de artillería, municiones u otros detalles. Los extranjeros podrían comprar acciones, las cuales estarían garantizadas contra embargo en tiempos de guerra, y se les permitiría formar parte de la tripulación en calidad de simples miembros o como oficiales, pero no podrían venir a las Indias en calidad de agentes comerciales. Constituida la compañía, se hicieron los dos primeros viajes. El barco destinado a Honduras hubo de tropezar con las

---

1 Roland Dennis Hussey, *The Caracas Company, 1728-1784*, Cambridge, Harvard University Press, 1934, pp. 38-40.

dificultades que le opusieron los oficiales de Hacienda y la Audiencia, alegando que era ilegal, pues no había pasado por el Consejo de Indias. El barco destinado a Venezuela encontró similares obstáculos. El gobernador y los oficiales de la Tesorería rehusaron aceptar las condiciones del contrato y secuestraron las mercaderías, fundándose en que los papeles no habían pasado por el Consejo de Indias. Entablóse un largo litigio; y aunque la causa terminó en favor de la compañía, a esta se le había interrumpido en sus negociaciones y ocasionado graves daños.

El resultado económico de estas dos expediciones fue desgraciado. En Honduras se encontraron con un pueblo que carecía de dinero. En Caracas, un año después de suspendido el embargo, el cargamento se hallaba casi como a su llegada. El gobernador y los oficiales no permitieron que el barco tomase un cargamento de cacao para Veracruz, a pesar de que el factor manifestó que el rey tenía una cuarta parte en el capital de la empresa. El valor original del cargamento traído a Venezuela era de 66.000 pesos; transcurrieron dos años y aún faltaban por vender más de 12.000. Como las ventas habían sido hechas a crédito y contra las cosechas, se le debían a la compañía 111.000 pesos, en los que iba incluida la utilidad. Para compensar al marqués de Montesacro de las pérdidas sufridas, el rey lo autorizó a utilizar el barco para transportar cacao a Veracruz. El capitán del buque, José Rodríguez Felipe, introdujo en marzo de 1716 ante el gobernador una solicitud para cargar hierro, albayalde y otros efectos que le servirían para carenar la nave en dicho puerto<sup>2</sup>.

Esta nave del asiento del marqués de Montesacro llegó a La Guaira en enero de 1715. La liquidación de los derechos se le hizo en enero del año siguiente y produjo al fisco 754.844 reales. En este año de 1716 la Provincia sufrió una extrema escasez de artículos de primera necesidad, lo que indujo al factor a hacer un viaje a Martinica para traer harina; esta operación fue autorizada, pues servía para socorrer a la población y al mismo tiempo resarcía un poco a la compañía de las pérdidas sufridas; pero esta corrió con la mala suerte de que la harina le fuese declarada de mala calidad, valuándosela en ocho reales la arroba, cuando el menor precio a que se la vendía entonces era de 20 reales<sup>3</sup>.

---

2 Solicitud del capitán José Rodríguez Felipe para llevar libremente 10 quintales de hierro. Colección de Documentos *Diversos*, t. V, f. 1, exp. 13. ANC.

3 Libros de la Tesorería, 1716; *Común y General*, n° 38, f. 22v. ANC.

El barco hizo dos viajes a Veracruz, y en el segundo cargó hasta 7.786 fanegas de cacao. Finalmente, los promotores desistieron de esta empresa, que causó pérdida a sus accionistas. La verdadera causa del fracaso fue la siguiente: mientras España se hallaba comprometida en la Guerra de Sucesión, el comercio de contrabando se afianzó en la Provincia; de manera que, cuando llegó la nave del marqués, gran cantidad de buques holandeses merodeaban por las costas, cargaban cacao y daban en truke mercaderías a un precio más bajo del que podían ofrecer los navíos españoles, en tal forma que estos no hallaron compradores, y muy pocas personas estaban dispuestas a venderles frutos del país. Además, los mercaderes de Caracas, que consideraban el comercio de cacao con Veracruz como un privilegio de la Provincia, apoyados por el gobernador y el cabildo, insistieron ante el rey y el Consejo de Indias en contra de la concesión. El desarrollo del contrabando durante los años de la guerra fue puesto al descubierto por un extenso expediente de más de 2.000 folios, mandado levantar por el gobernador en 1718 para averiguar los excesos que se cometían en la costa y la culpabilidad de los funcionarios encargados de vigilar el comercio de extranjeros<sup>4</sup>.

## **FORMACIÓN DE LA COMPAÑÍA GUIPUZCOANA**

La Guerra de Sucesión produjo la suspensión casi total de la navegación entre España y sus dominios. Los riesgos marítimos crecieron considerablemente, pues la poderosa flota de Inglaterra y sus aliados vigilaba los mares dispuesta a caer sobre cualquier presa. No es raro que en semejantes condiciones las arribadas fueran escasas. Imposibilitada España para defender sus rutas comerciales, dejó a sus colonias expuestas a los asaltos enemigos, y, lo que era aún más terrible para la mentalidad mercantilista de sus gobernantes, al trato extranjero. Los contrabandistas no dejaron pasar sin provecho tan brillante oportunidad; y casi fue este hecho una bendición para estos territorios, pues de otra manera se habrían visto sumidos en una situación desesperada, obligados a vivir con un limitado contacto exterior, sin bastimentos ni efectos de comercio.

Venezuela se encontraba más al alcance que cualquier otra colonia de las naves contrabandistas holandesas que partían desde Curazao, y de las inglesas que operaban desde otras posesiones vecinas. Concluida la guerra, estas condiciones

---

4 Colección de Documentos *Diversos*, tt. VI y VII. ANC.



apenas variaron, pues España quedó desarbolada y muchos eran los problemas a que debía atender. Los daños recibidos no podían ser reparados fácilmente; era preciso reconstruir la nación y se necesitaban sumas considerables para emprender la tarea. Por otra parte, el cacao había llegado a convertirse en un fruto muy apreciado, y el abasto regular de sus mercados era ya una cuestión que no podía ser descuidada. Tomando en cuenta estos factores, se comprende que el terreno estaba abonado para el establecimiento de una compañía comercial que se comprometiera a combatir el contrabando, que condujera las cantidades de cacao necesarias para el consumo de la metrópoli y garantizara a la Corona fuertes ingresos. Todas estas condiciones fueron logradas por la Compañía Guipuzcoana.

La Provincia de Guipúzcoa había estado trabajando para remover toda discriminación sobre el cacao y obtener igualdad de impuesto con el puerto de Cádiz. Viendo las posibilidades que había para obtener una concesión, comisionó a Felipe de Aguirre para que tratase este negocio con el ministro Patiño. Las conversaciones tuvieron un completo éxito, y el 25 de septiembre de 1728 fueron despachados los privilegios de la Real Compañía Guipuzcoana en el comercio de la Provincia de Caracas.

La Compañía despacharía anualmente dos barcos a Venezuela, cada uno con cuarenta o cincuenta cañones, y bien equipados para la guerra. Podría cargar en España toda clase de mercadería y sus naves tocar indistintamente en La Guaira y Puerto Cabello. Tenía libertad para comerciar a través de estos dos puertos con toda la jurisdicción de Caracas; y para evitarle formalidades molestas, los oficiales reales de La Guaira nombrarían un agente que acompañaría los barcos hasta Puerto Cabello. Las naves cargarían en los puertos de Guipúzcoa, y una vez recibidos los papeles de manos del juez de Arribadas en San Sebastián, podían hacer viaje directo sin necesidad de entrar en Cádiz, como era de rigor; solo debían hacerlo a su regreso. Y esta era una visita rápida, pues se las dispensó de descargar la mercancía para su avalúo y recaudación del impuesto. Al gobernador de Caracas se le designó juez conservador de la Compañía, y poseía completa jurisdicción sobre todo lo concerniente a presas, embargos de contrabandistas y operaciones de los agentes de la empresa.

La misión de la Compañía que más interesaba a España era la que se refería a la vigilancia del litoral. Uno o más barcos serían mantenidos en Venezuela para patrullar las dilatadas costas y defenderlas contra los intrusos mercaderes extranjeros. Por lo que respecta a estas funciones los términos del contrato eran

muy extensos, pues los barcos de la Compañía podían perseguir y apresar buques contrabandistas desde la boca del Orinoco hasta Río de la Hacha. Se le dio autorización para cargar aparejos, avíos de pesca, tela para velas, hierros de todos tamaños hasta 400 quintales, armas, municiones y alimentos, sin pago de impuestos. Los navíos que apresase serían vendidos también sin que pagasen derecho alguno de alcabala, y el producto se distribuía así: dos tercios para la Compañía y lo restante para los oficiales y las tripulaciones. Los extranjeros apresados serían enviados a España al intendente de Marina. La Compañía gozaría de preferencia en la compra de mercancías apresadas, a precios justos, y podría venderlas en Caracas como traídas legalmente de España. Los barcos capturados podrían ser usados para embarques a España, igual que otras embarcaciones de registro; y las que fuesen capturadas en viaje hacia la Península serían conducidas junto con las propias, solo que el juez de Arribadas tendría jurisdicción sobre ellas.

Como la industria naviera se encontraba en penosa situación, se autorizó a la Compañía para usar en sus primeros viajes barcos construidos en el extranjero, exonerándoles del *derecho de extranjería*, impuesto que pagaban los navíos fabricados fuera de los territorios españoles. Una vez abastecida Caracas, la mercadería sobrante podía ser conducida a Cumaná, Trinidad y Margarita e intercambiada por plata, oro y frutos destinados al comercio ordinario con España.

El rey se reservaba el derecho de hacer concesiones semejantes a otras corporaciones, dejando así amenazada a la Guipuzcoana de una posible competencia, lo que la obligaba a cumplir con mayor puntualidad sus compromisos. La existencia de esta condición ha llevado a decir a muchos tratadistas que la Compañía no disfrutó de monopolio. Esta conclusión es inexacta. Aun en el supuesto de que se admitiesen otros contratistas, la concurrencia de compañías de comercio no alteraría la naturaleza misma del hecho. A la Provincia le resultaba igual, con escasas diferencias, que el monopolio fuera concedido a dos o tres concesionarios, pues subsistía en pie la falta de libertad para negociar, la coacción sobre los mercaderes (impedidos de vender al mejor postor y de adquirir de manos del más ventajoso oferente), y sobre los agricultores (que no disponían de facultad para cultivar lo que más les conviniese). El contrato establecía, pues, monopolio de derecho, aunque sin especificar cuantas personas, físicas o jurídicas, iban a beneficiarse de él. La Compañía disfrutó sola y a sus anchas del trato exclusivo durante más de cincuenta años: en su comienzo, de hecho y bajo garantía, pues en 1732 el rey emitió una cédula dándole seguridades de que ninguna otra

persona obtendría permiso para negociar con Venezuela; y finalmente, en 1742, de pleno derecho, cuando la cláusula que dejaba al rey en libertad para admitir otros concesionarios fue eliminada.

Escarmentada la Corona por la resistencia que opusieron sus tesoreros, gobernadores y oficiales reales a las compañías de comercio anteriormente formadas, declaró a la Guipuzcoana bajo su protección y despachó instrucciones a todos los funcionarios de Indias sobre no entorpecer los privilegios de aquella sino, por lo contrario, ofrecerle toda clase de facilidades para su mejor desempeño. Si algún barco o presa de la Compañía, por tormenta, escasez de alimentos o cualquiera otra causa de fuerza, se viere obligado a tocar en Maracaibo o en Santa Marta, que no estaban comprendidas en la concesión, los oficiales reales de allí no debían causarle ninguna molestia, sino ayudarle y proveerle de cuanto necesitase a precios moderados y sin llevarle impuestos.

## LA COMPAÑÍA EN ACTIVIDAD

Inmediatamente después de publicarse la cédula, fueron abiertos los libros para suscribir el capital. Las acciones tenían un valor de 500 pesos y se esperaba reunir unos tres millones de pesos; pero solo la mitad de esta suma fue cubierta. Sin embargo, estos fondos bastaron para iniciar las actividades y el 15 de julio de 1730 salieron de Pasajes las primeras naves, dos fragatas y una galera, con los agentes de la Compañía y carga. Estas embarcaciones fueron las fragatas *San Ignacio* y *San Joaquín*, de cuarenta y seis cañones, y la *Santa Rosa*, de veinticuatro. La galera llevaba montados dieciséis cañones. La tripulación total la componían 561 hombres. Llegaron sin contratiempos a La Guaira y sin dilación los agentes establecieron factorías y los guardacostas entraron en acción. Tres meses después siguió una tercera fragata.

A petición del gobernador Sebastián García de la Torre, en 1731, el contador certificó que estas naves habían conducido registrados 564 fardos, 237 cajones, 20 barriles de mercaderías y 159 cesticos con crisoles, midiendo el todo 9.511 palmos<sup>5</sup>. En el momento de presentar este informe había en puerto otras dos

---

5 Certificación del contador de las reales cajas de Caracas (1731). Colección de Documentos *Diversos*, t. XIV, ff. 283-296. ANC.

naves de la Compañía, pero como no se habían iniciado todavía las diligencias para su descarga, no fueron incluidas en él. La mercadería que trajeron estas tres naves se componía de los siguientes géneros:

Hierro en barras y planchetas	2.303 quintales 56 lbs.
Hierro en palas y hachas	228 quintales 47 lbs.
Clavazón	873 quintales 39 lbs.
Acero	21 quintales 40 lbs.
Munición de plomo	46 quintales 47 lbs.
Jamón	53 quintales 10 lbs.
Canela	29 quintales 39 lbs.
Pimienta	13 quintales 45 lbs.
Cera	403 arrobas 22 lbs.
Papel	2.050 resmas.
Libros	26 cajones.
Medicamentos	4 cajones.
Medicamentos	3 barriles.
Aguardiente	2.417 barriles.
Harina	3.210 barriles.
Hojalata	10 barriles.
Aceitunas	749 botijuelas.
Aceite	1.864 botijuelas.
Aceite de almendras	7 frasqueras.
Aros de hierro	
Cinta de plata	200 docenas.
Hilo de carrete	1.083 libras.
Listados de colchones adamascados	1.575 piezas.
Lienzos y otras telas	6.372 piezas.

La llegada de la Compañía causó gran indignación en la Provincia, no porque se sintiera afectada en su comercio ilegal, como insisten en decir algunos historiadores, entre ellos el propio Hussey, sino porque la concesión se había ejecutado sin tomar en cuenta al Cabildo de Caracas, pues este tenía motivos para pedir se le consultara o que, por lo menos, se le diese alguna intervención

en un negocio de tanta importancia. Ya se recordará que cuando se creó el asiento del tabaco en 1621 se le dieron amplias facultades al Cabildo, y lo mismo ocurrió en otras ocasiones, de modo que se había hecho un hábito al cual la Provincia no deseaba renunciar. Además, el contrato provocaba una alteración profunda de los negocios regulares, de una antigua tradición, establecidos con la metrópoli, los dominios españoles del Caribe y Nueva España y con las colonias de otras potencias, las de Francia, por ejemplo, según hemos visto en los capítulos precedentes. No eran afectados en el comercio ilegal los cosecheros y comerciantes criollos, pues oportunidades para ejercer el contrabando sobaban, sino en el tráfico legal. No solo subsistió el contrabando cuando la Compañía quiso sinceramente combatirlo, sino que más tarde ella misma participó en él, ya que la tentación era demasiado fuerte para que desdenase la ocasión de introducir mercancías extranjeras sin pasar por las aduanas. Existen testimonios de funcionarios idóneos en que aparece complicada en actos prohibidos, tanto en la introducción de efectos como en la exportación de frutos, y fue esta acusación una de las razones que más pesaron para que la Corona le retirara su favor.

Los resultados comerciales fueron halagadores desde el primer momento. A pesar de los fuertes egresos que imponía la iniciación de la empresa, los dos primeros barcos de retorno cubrieron los costos de las naves y de sus armamentos, los impuestos, la paga de las tripulaciones y demás gastos, con solo la venta de 80.000 fanegas de cacao compradas en Caracas a 10 pesos y vendidas en España a 45. El producto neto de los dos primeros retornos fue de 738.000 pesos, y tres años después de haber comenzado las actividades repartió un dividendo del 20%. No estaban equivocados, ciertamente, los cálculos de los promotores.

Y aquí se nos ocurre preguntar: ¿por qué los emprendedores guipuzcoanos eligieron a Venezuela y no otro de los muy ricos y prometedores dominios de que disponía España en América? ¿Por qué no pensaron en las provincias de Río de la Plata, que gozaban fama de tener varios millones de cabezas de ganado? Después de haber leído a nuestros clásicos de la Historia, esta pregunta no puede sorprender: ellos nos han pintado una Venezuela de la cual se habían olvidado completamente los soberanos españoles, una verdadera tierra perdida hasta cuyas costas no se aventuraba algún navío, sino muy de tarde en tarde (alguien ha dicho que en cincuenta años no llegó un solo barco), habitada por unos pocos pobladores agotados por la miseria. Pero ya hemos visto que la realidad era muy diferente. Los monarcas tenían muy presente a esta rica colonia y la navegación

no se interrumpió sino en las épocas de mayor crisis de España. Hubo un momento en que Venezuela, por su producción agrícola, llegó a ser considerada la más próspera comarca española. Y no es de extrañar, pues el tabaco llamado Orinoco, procedente de Barinas y extraído en su casi totalidad por La Guaira y Puerto Cabello, gozaba de gran reputación; y en cuanto al cacao, era calificado, y se le calificaba aún, el mejor del mundo. El cacao venezolano valía casi tanto como el oro del Perú. En España llegó a valer hasta 80 pesos la fanega; y aunque la Compañía la bajó a 45, esta seguía siendo una suma nada despreciable con la que un individuo de posición modesta, un estudiante o un amanuense, podía vivir cómodamente durante más de un mes. Consumir cacao de Caracas, que se detallaba en un peso o en un peso y medio la libra, era un lujo que solo personas de muchos recursos podían proporcionarse en tiempos en que una familia obrera en España vivía con un peso y aun menos al día. Este enorme valor del cacao hace comprender por qué los guipuzcoanos eligieron esta Provincia, y por qué se la disputaban los mercaderes que aspiraban al monopolio, como también explica, por otra parte, la resistencia que los mercaderes criollos opusieron a la Compañía de Caracas y al marqués de Montesacro.

## **LA RIVALIDAD INGLESA**

Apenas se estableció la Compañía Guipuzcoana en Venezuela, se produjeron choques entre esta y la Real Compañía Inglesa para la introducción de negros. Por el apoyo que recibió en algunos momentos, por su atrevimiento y alegatos y por la exhibición de cédulas posteriores a las que tenía la Inglesa, parece que la Guipuzcoana tuviera instrucciones secretas de hostilizar a aquella.

Apoyándose amenazadoramente en sus barcos de guerra, la Guipuzcoana puso guardias suyos en las naves inglesas que llegaban cargadas de esclavos. El factor inglés apeló de esta medida ante el gobernador y presentó en su apoyo copia de una cédula, expedida por el rey en 12 de noviembre de 1716, con ocasión de haber querido el general de la flota ponerle guardias, y en la cual se establecía que solamente el gobernador y los oficiales reales podían colocar vigilantes en los barcos ingleses. El gobernador ordenó a la Compañía retirar los guardias, pero la Compañía insistió en que las naves del asiento de negros introducían mercancías de contrabando y que las embarcaciones que traficaban desde Veracruz, Santo Domingo e islas Canarias abusaban de las licencias y tocaban y cargaban en las

colonias extranjeras. Alegó además que el rey, para contener estos desórdenes, había resuelto que los factores y empleados de la Guipuzcoana, como personas destinadas por él para el resguardo de la costa, según lo previsto en el artículo 1º del contrato, asistieran al fondeo, visita y registro de todas las embarcaciones; que a los factores del Real Asiento Inglés no se les permitiera hacer introducciones por el puerto y costas de Coro y que a sus naves no se les diese permiso para detenerse sino en La Guaira. En efecto, la cédula que exhibió el factor vizcaíno estaba fechada en Sevilla a 15 de julio de 1731. El gobernador mandó se cumpliera esta disposición y retiró su orden anterior<sup>6</sup>.

En vista de estos sucesos, los ingleses presentaron ante el monarca español una protesta por las continuas molestias que sufrían sus naves, lo que consideraban una violación del tratado que España había suscrito en 1713. Denunciaron el hecho de que, hallándose surtas en La Guaira tres embarcaciones de su tráfico, pasó a ellas el capitán del guardacostas *San Joaquín*, propiedad de la Guipuzcoana, les puso guardias además de los que ya habían montado el gobernador y los oficiales reales, y “cometió otros excesos”. Habiéndose dado a la vela una de estas tres balandras con destino a Maracaibo, cargada de negros y de géneros que le estaban permitidos, el capitán del guardacostas salió en persecución y la detuvo en alta mar, regresó con ella a La Guaira y presentándola a las autoridades pidió se la declarase *buena presa* como nave contrabandista sorprendida en pleno ejercicio, fundándose en que, cuando dicha balandra navegaba, había parecido que se apartaba de la costa e intentaba comercio ilícito. El gobernador ordenó efectuar un reconocimiento, y no habiéndose encontrado nada anormal, tan solo negros y cosas de su menester, dispuso que se quitasen los guardias y se la dejase continuar libremente su viaje. El rey despachó instrucciones para que las naves inglesas del asiento de esclavos no fuesen molestadas y se las bonificase por cualquier daño que sufrieran<sup>7</sup>.

Los ingleses continuaron sus operaciones, limitadas a la introducción de negros y a la extracción de frutos solo por el valor justo de aquellos, porque la

---

6 Autos sobre los guardias que pusieron los navíos de la Compañía Guipuzcoana en una balandra del Real Asiento de Inglaterra. Colección de Documentos *Compañía Guipuzcoana*, t. I, exp. 1º, ff. 1-22. ANC.

7 Real cédula dada en Sevilla el 7 de diciembre de 1731. Colección de Documentos *Diversos*, t. II, f. 144. ANC.

Guipuzcoana continuó vigilándolos muy de cerca, sin darles oportunidad para que introdujesen harina y otros efectos, como lo hacían en los años anteriores a 1730. Pero cuando las relaciones entre España e Inglaterra comenzaron a hacerse tirantes, creció el atrevimiento de la Compañía, y una vez que estalló la guerra prestó a la Corona servicios militares y económicos sumamente valiosos como el de cederle sus naves mejor artilladas y transportar tropas a América; además, le hizo préstamos de consideración. Los ingleses sabían muy bien que en la Guipuzcoana tenían un enemigo activo, y resolvieron castigarla por sus ofensas anteriores y por la ayuda que estaba prestando al rey. Las naves británicas que atacaron a La Guaira en 1743, siendo rechazadas por el arrojo de las milicias criollas, habían recibido órdenes de destruir cuantas cosas de mar o de tierra pertenecieran a la Compañía. Uno de los oficiales del navío atacante *Burford* escribió a un amigo suyo en Londres que la misión que les llevaba era la de

...dejar que los habitantes del país sepan que los ingleses no vinieron a quitarles sus derechos, religión o libertades, sino que de nosotros los gozarán con mayor dicha y seguridad que bajo la tiranía y crueldad de la Compañía *Guiapesco*, de la cual veníamos a libertarlos. Nosotros teníamos instrucciones de apresar todas las cosas de tierra o de mar que pertenecieran a esta compañía<sup>8</sup>.

## **DIFICULTADES CON EL COMERCIO LOCAL:**

### **POLÉMICA SOBRE EL TERCIO DE BUQUE**

Desde tiempo inmemorial los cosecheros y mercaderes de la Provincia habían venido disfrutando de la facultad de disponer de un tercio de la capacidad de carga de las naves que tocaban en La Guaira, de modo que la bodega de estas se consideraba dividida en tres porciones iguales: una para los cosecheros, otra para los mercaderes y otra para el dueño de la nave. Cuando llegaron los primeros navíos de la Guipuzcoana, intentaron aquellos hacer valer su pretendido derecho, pero los factores se negaron terminantemente a reconocerlo, apoyándose en la cédula de constitución de la Compañía. El gobernador, en su calidad de juez

---

<sup>8</sup> *Journal of the Expedition to La Guaira and Porto Cavallos in the West-Indies, under the Command of Commodore Knowles*, Londres, 1744, p. 7.



conservador de esta, la favoreció con su fallo, y por primera vez los mercaderes criollos se vieron entorpecidos en el ejercicio de un derecho que ellos tenían por legítimo.

Este incidente dio lugar a una controversia acerca de si efectivamente la Provincia había obtenido el privilegio de disponer de los dos tercios de buque. El hecho es que los mercaderes no pudieron presentar nunca la cédula que otorgaba esa gracia, y no se encontró ni en los archivos municipales ni en los de España. En realidad no existía; pero el hábito tenía antecedentes de más de una centuria, y en este argumento, a falta de la cédula, se apoyaron los coloniales para alegar sus prerrogativas.

El único documento que pudieron presentar en su favor fue una cédula de 1721 en la que el rey se refería a la estratagema empleada por los capitanes de fragatas del tráfico de Nueva España, quienes estancaban sus bodegas en su propio favor, y, después de recibir alguna pequeña cantidad de extraños, se negaban a recibir más carga alegando tenerla completa. El monarca dispuso que dichos capitanes recibieran todo el cacao que cupiere en sus navíos, hasta tenerlos completamente cargados, y luego abrir feria, tal como había sido la costumbre antes de presentarse el abuso denunciado. Para el reconocimiento de la capacidad de carga de las embarcaciones debía asistir una persona nombrada por el Cabildo, y las ventas se efectuarían según el precio de feria. Este reconocimiento debía efectuarse con asistencia del gobernador, a quien solo en caso de hallarse legítimamente impedido le estaba permitido delegar esa función en la persona de su mayor confianza. Por otra cédula de 7 de mayo de 1732 se ratificó la anterior, insistiéndose en que los capitanes de navío compraran el cacao a precio de feria. A los mercaderes y cosecheros les estaba prohibido, bajo pena de destierro y pérdida de todos sus bienes, hacer juntas y cofradías para vender en un precio determinado; pero estos alegaban que la compra y la venta eran correlativos y de una misma naturaleza, dando así a entender que, puesto que se dejaba a unos en libertad para comprar, se debía también dejar a la otra parte en libertad para vender. Debe advertirse que la Corona estaba directamente interesada en defender los precios del cacao contra las maniobras que tendían a deprimirlos, pues la baja reducía los correspondientes derechos de alcabala, en defensa de los cuales, y para evitar fraudes, estaba prohibida la venta de frutos a bordo.

En cuanto al tercio de buque, el rey se negó a concederlo en cédula de 21 de mayo de 1732, ordenando a los navíos que llegaron de España y otros lugares

que admitiesen de los extraños frutos en proporción de las obligaciones precisas de sus registros. Esta cédula estaba dirigida evidentemente a salvaguardar los derechos contractuales de la Compañía, a la cual se limitaban a recomendar

...que siempre que cómodamente pudiera auxiliar con sus navíos al despacho y tráfico del cacao y otros frutos que los vecinos de esa ciudad (Caracas) y provincia tuvieran de sus propias cosechas, los atiendan facilitándoles todos los auxilios que fuesen practicables, *sin perjuicio de sus intereses*.

Esta disposición afectaba directamente, y en primer término, a los comerciantes al excluirlos del tráfico, pues la recomendación se refería solo a los frutos embarcados por los mismos cosecheros.

La cédula citada exoneraba a la Compañía de toda obligación, y si establecía cierto cupo a la Provincia, era solo en los registros sueltos; pero estos no debieron cumplir ni siquiera esta parte de la disposición aludida, pues los cosecheros denunciaron su incumplimiento y el gobernador Martín de Lardizábal se vio obligado a dictar un bando de fecha 24 de julio de 1733<sup>9</sup>, ordenando a todos los capitanes, maestros y dueños de navío admitir los cargamentos de cacao de los cosecheros que quisieran embarcar por su cuenta y riesgo, obligándose estos a efectuar el registro de cada partida antes de llevarla a bordo. El gobernador se reservó el derecho de acceder o no al embarque de alguna de esas partidas, y amenazó a los infractores con multas hasta de dos mil pesos<sup>10</sup>.

El trato diferencial acordado en beneficio de los cosecheros planteó una nueva rivalidad entre estos y los mercaderes locales, quienes, no disponiendo de tierras para el cultivo del cacao ni siendo ese su oficio, lo compraban a los agricultores para embarcarlos por cuenta propia. Esta rivalidad dio origen a un segundo litigio en 1734, aunque ajeno a la Compañía. Los cosecheros habían adquirido ese año en España la fragata *San Prudencio*, sin duda con la intención de evadir así el tutelaje de la Compañía, y comenzaron a embarcar para Veracruz sus propios productos; pero los mercaderes les salieron al paso y, apoyándose en la cédula de 21 de mayo de 1732, que ordenaba que los cosecheros no tuvieran

---

9 Colección de Documentos *Diversos*, t. XIV, f. 238. ANC.

10 Toda la documentación correspondiente a esta materia se halla contenida en un voluminoso expediente de la Colección de Documentos *Diversos*, t. XIV, ff. 184 y ss. ANC.

la tercera parte de buque, pretendieron interpretar esta disposición en el sentido de que se refundiesen en beneficio de los mercaderes las dos terceras partes de bodega a que la Provincia alegaba tener derecho. El gobernador dispuso que el capitán del *San Prudencio* debía recibir de los mercaderes hasta 750 fanegas de cacao para conducir a San Juan de Ulúa, de la Nueva España. Esta cantidad no representaba sino una pequeña parte de la capacidad de carga del navío, resultando de esta manera los cosecheros ganadores en el litigio<sup>11</sup>.

Aunque las reales disposiciones citadas parecían dar por terminado el asunto, la verdad es que la Provincia no renunció nunca a su derecho de ocupar un tercio de buque. Nada conforme con las cédulas dadas en contrario, reclamó una y otra vez el reintegro de este privilegio de una antigüedad de más de cien años, que sucumbió con la llegada de la Compañía. Venezuela concedía tal importancia a esta materia que Juan Francisco León la incluyó entre los principales puntos de la representación que envió desde Panaquire al gobernador Julián de Arriaga en 1750<sup>12</sup>.

## PRIMERAS EXPORTACIONES DE CACAO

Ya establecidas las factorías de la Compañía en Venezuela, el gobernador Sebastián García de la Torre ordenó en 1731 constituir una Junta de Comercio para que determinara a cuánto montaba el consumo de géneros en la Provincia y la exportación de cacao. La junta se reunió el 24 de octubre de ese mismo año y estimó el consumo de géneros europeos en 600.000 pesos, cifra que representaba el total de la mercadería española y extranjera que era capaz de absorber la Provincia. Para conducir esa cantidad bastaban dos navíos al año, de manera que, suponiendo que el contrabando hubiera sido eliminado, no habría razón para que España enviase mayor número de barcos.

Esa misma junta calculó en 45.000 o 46.000 el número de fanegas de cacao que quedaban libres para exportar, descontado ya el consumo interno que estimó en 12.000 fanegas. De la primera cantidad, 15 o 16.000 iban para Nueva

---

11 Expediente del litigio entre cosecheros y mercaderes sobre el reparto de buque *San Prudencio*. Colección de Documentos Diversos, t. XV, ff. 376-487. ANC.

12 Expediente de la *insurrección del capitán Juan Francisco León*, t. 1, ff. 119 y ss. ANC.

España; de 5 a 6.00 para las islas Canarias; los navíos ingleses a cambio de negros llevaban 3.000; para las islas españolas de Barlovento, Santo Domingo y Puerto Rico, se enviaban 1.000. De manera que libres para remitir a España quedaban de 19 a 20.000 fanegas anuales<sup>13</sup>.

El gobernador pidió al contador que certificase las cantidades de cacao que se hubiesen conducido a España y México en los dos últimos años. El contador dio el siguiente informe<sup>14</sup>:

#### CACAO LLEVADO A ESPAÑA

1730	oct. 7	San Francisco Javier	5.983 fanegas	58 libras	
"	nov. 11	Ntra. Sra. del Carmen	7.569	"	74 "
1731	junio	Santa Rosa	4.162	"	21 "
<b>Suman</b>			<b>17.715</b>	"	<b>43 "</b>

#### CACAO LLEVADO A VERACRUZ

1730	oct. 9	Santo Cristo	2.924 fanegas	10 libras	
"	nov. 18	Ntra. Sra. de la Europa	2.686	"	5 "
"	nov. 29	Ntra. Sra. del Carmen	3.817	"	82 "
1731	abril 19	Ntra. Sra. de la Tecla	4.669	"	37 "
"	julio 18	San Francisco Javier	1.503	"	38 "
"	julio 21	Ntra. Sra. del Rosario	6.097	"	44 "
"	oct. 3	El Nazareno	1.759	"	37 "
"	oct. 5	Ntra. Sra. de la Soledad	2.948	"	48 "
<b>Suman</b>			<b>26.405</b>	"	<b>81 "</b>

En 1733, el gobernador Martín de Lardizábal pidió al teniente de registro un informe sobre los avalúos de las cargas de cacao que hubiesen salido ese año por La Guaira. Este funcionario certificó que las cargas que salieron de febrero a abril

13 Colección de Documentos *Diversos*, t. XIV, ff. 283-96. ANC.

14 Certificación dada por el contador de las reales cajas de Caracas a pedido del gobernador Sebastián García de la Torre. Colección de Documentos *Diversos*, t. XIV, ff. 283-296. ANC.

se valoraron en 144 reales (18 pesos) la fanega; las que salieron del mes de abril al 7 de octubre fueron valuadas en 136 reales (17 pesos), y en 120 reales (15 pesos) las que se embarcaron desde el 8 de dicho mes hasta diciembre<sup>15</sup>.

Fundándose en los datos recogidos por su antecesor en la gobernación y por él mismo, Lardizábal dictó, con fecha 14 de enero de 1734, un auto declarando que en el último año (1733) habían salido de la Provincia para diferentes partes 54.148 fanegas de cacao, de las cuales solo 13.187 fanegas y 9 libras eran de la Compañía; las restantes correspondían a mercaderes y cosecheros, a quienes acusaba de no quererle vender el fruto a la Compañía, con lo cual dejaban sin provisión de cacao a España, ya que la cantidad enviada a aquel reino en el año indicado era insuficiente para su consumo. A fin de impedir que en adelante se repitiese esto, Lardizábal fijó en 21.000 fanegas la cantidad de cacao que de la Provincia podía salir para México; no estando permitido sacar para las islas Canarias sino hasta 4.000 fanegas, resultaba un sobrante de unas 30.000 fanegas para enviar a España, sobre el cual podía operar libremente la Compañía, ya que los cosecheros se encontraban obligados a vender de cualquier modo esa cantidad. Y como si este favor fuese poco, declaró que los precios de 18, 17 y 15 pesos eran excesivos<sup>16</sup>. Sin embargo, no decretó ninguna baja ni era preciso, pues esta sobrevendría como una consecuencia de la medida adoptada. Fue una bonita manera de poner la soga al cuello de los cosecheros y de atar el extremo libre al carro de la Compañía. El yugo de esta sobre la Provincia quedó asegurado en esta forma y se inició así una dura tiranía que había de conducir a graves trastornos económicos y políticos.

Debe notarse que no le fue asignada ninguna porción a la Compañía Inglesa; esta, como había poco dinero en la Provincia, y como a ella le convenía más invertir el producto de la venta de negros en cacao y otros productos, hacía habitualmente esta operación de trueque, con lo cual obtenía un doble provecho. Pero el gobernador carecía de facultades para impedir este tráfico. Los ingleses continuaron las extracciones de cacao y el paquebot *Príncipe Don Carlos*, que llegó en abril de 1734 con 92 negros, dio estos a cambio de 1.150 fanegas de cacao.

---

15 Certificación del teniente de registro, fechada el 11 de diciembre de 1733. Colección de Documentos *Diversos*, t. XIV, f. 311. ANC.

16 Colección de Documentos *Diversos*, t. XIV, f. 314. ANC.

El factor solicitó permiso para retornar además otras 1.444 fanegas de cacao y 163 petacas de tabaco, producto de introducciones anteriores. La proporción del trueque variaba, pues de los 92 negros 8 de ellos produjeron solo 80 fanegas, en tanto que otro cosechero dio 113 fanegas por 9 negros: todo dependía de la calidad de los esclavos. Cuando los ingleses recibían el pago en plata, invertían esta en cacao, pagándolo a 16 pesos la fanega puesta en La Guaira<sup>17</sup>.

A pesar de la manifiesta parcialidad de Lardizábal, la Guipuzcoana no logró inmediatamente precios por debajo de los que este gobernador había declarado excesivos. En la lista certificada de precios hecha por el contador de Caracas a petición de Juan Francisco León, que figura en el expediente levantado contra la Compañía en 1749, se observa que el precio, que era de 15 pesos para enero, fecha en que Lardizábal dictó el auto citado, se mantuvo en 136 reales (17 pesos) durante los meses siguientes y no bajó de los 15 pesos sino a partir de diciembre de 1737, fecha en que se inició un descenso rápido y ruinoso.

## **DISPUTA SOBRE EL COMERCIO CON NUEVA ESPAÑA**

No satisfecha aún con las ventajas que había logrado, como eran las de disponer de un considerable margen de cacao para la exportación, el monopolio de que disfrutaba para la introducción de toda la mercadería europea que consumía la Provincia y el poder creciente que sobre ella ejercía tanto en lo político como en lo económico, la Compañía hizo gestiones para arrebatar a Venezuela el único comercio que a esta le quedaba: el de México.

Gracias a las medidas conjuntamente adoptadas por el gobierno local y la Compañía, el precio del cacao se hallaba tan abatido en 1738 que bajó no ya a 14, sino a 11 pesos. La situación de los cosecheros, en especial la de los menores, debía de ser desesperada, y la Compañía trató de aprovechar el momento para sus fines. Propuso entonces hacerse cargo de toda la producción de cacao de la Provincia y conducirlo a Veracruz, pagándolo a razón de 14 pesos en lugar de 11. No se comprende el motivo de esta oferta que elevaba el precio en tres pesos, a no ser que se admita que la situación de baja había sido deliberadamente provocada por los directores. Los colonos cayeron en la celada, si no es

---

17 Colección de Documentos *Diversos*, t. II, exp. 8º, ff. 176-215. ANC.

que la Compañía se había asegurado una mayoría dentro del ayuntamiento. Lo cierto es que en octubre del citado año se reunió el cabildo para considerar la supresión de la carrera a Veracruz y aceptó la proposición de la Guipuzcoana, que debía hacerse cargo de tan pesada obligación en sacrificio propio y sin otro espíritu que el de producir el bienestar en la Provincia, según expresión de los factores.

El marqués del Toro y el conde de San Javier, que se sintieron los más afectados con este acuerdo, puesto que eran los principales cosecheros de cacao y propietarios de naves que traficaban entre Venezuela y México, protestaron de la resolución del cabildo y llevaron su demanda hasta la misma corte, logrando que el rey negara su aprobación al plan.

Los directores de la Compañía no se dieron por vencidos, e intentaron una nueva estratagema. Hicieron una representación ante el monarca, en 1740, diciendo que los mercaderes y cosecheros se encontraban con abundancia de cacao y escasez de caudales y que, a causa de no querer aventurar el envío de este fruto en embarcaciones menores por el riesgo a que irían expuestas con motivo de la guerra entre España e Inglaterra, no podían colocarlo en Nueva España. La Compañía estaba impedida por mandato real de hacer este tráfico, pero queriendo ella prestar este servicio —decían los factores— para que los agricultores no sufrieran atraso en sus haberes y abandonaran el cultivo de las tierras, propuso a la Corona le permitiese armar la fragata *Santa Ana*, capaz de montar cincuenta cañones y la cual tenía registro para navegar del puerto de Pasajes al de La Guaira, de manera que pudiese ir de un punto a otro de la Provincia y tomar carga para Veracruz. Los vecinos debían ocupar la mitad de la bodega con frutos de su propiedad y de la otra mitad dispondría la Compañía a su arbitrio. La nave tenía capacidad para 12.000 fanegas, pero como los armamentos ocupaban un tercio, podía cargar solo 8.000. Pidió también licencia para conducir a Caracas, en el viaje de retorno, así el producto de la carga como los caudales que estuviesen detenidos en Nueva España. La Compañía puso como condición que si el rey aprobaba el proyecto, debía ordenársele al cabildo que, sin discutirlo, se conformase a él. La proposición pareció prudente al Consejo de Indias, y todos los puntos contenidos en la representación fueron aprobados, menos el último, ordenando, por lo contrario, “proceder al cumplimiento y práctica de esta disposición que se informe de ella al Cabildo de la ciudad de Santiago de

León de Caracas oyendo a los cosecheros”<sup>18</sup>. Era justamente lo que no deseaban los factores de la Compañía, pues, como era de sospecharse, las razones aducidas por esta carecían de todo fundamento.

El marqués del Toro, por sí y en representación del conde de San Javier, de los vecinos y cosecheros de la Provincia y de los capitanes y dueños de navíos de la carrera de Veracruz, protestó de las diligencias hechas por el gobernador para que la Compañía obtuviese carga para la *Santa Ana*, y opuso a las pretensiones de la Guipuzcoana otra cédula de 22 de febrero de 1741 que ordenaba que no se hiciera “novedad en el modo y forma de traficar los cacao de esta Provincia a la Nueva España”. Había entre las dos órdenes una contradicción evidente que resulta difícil de explicar.

El cabildo se reunió el 20 de mayo para considerar la cédula de 21 de enero y acordó llamar a junta general a todos los cosecheros de Caracas para informarlos y consultarlos, tal como lo mandaba la disposición real. Esta junta se reunió el 24 del mismo mes, y en ella el marqués del Toro expuso que no había escasez de cacao en Veracruz, como afirmaban los factores, y esto le constaba por carta que había recibido de aquel puerto; además se hallaban varias embarcaciones en La Guaira preparadas para zarpar con destino a México. Se adhirieron a la opinión del marqués del Toro Juan Primo de Ascanio, Miguel de Aristiguieta, catorce señoras viudas que dieron su parecer por escrito y veinte individuos más. Aceptaron la cédula Gaspar José de Salas, maestre de campo don Diego de Liendo, maestre de campo don Juan de Solórzano, teniente general Lorenzo de Ponte Villegas y Francisco Montero Bolaños. El cabildo acordó un voto de gracias al rey y presentar al gobernador Gabriel de Zuloaga copias de las actas. El plan había fracasado; pero como hubieran faltado a la reunión varios cosecheros principales se acordó que el escribano pasase a la casa de cada uno de ellos y los notificara de la real cédula, tomando por escrito sus opiniones. No fue esta sino una maniobra de los capitulares adictos a la Compañía para obtener de todos modos la aprobación.

Las personas notificadas, todas ellas dueñas de haciendas de cacao, fueron las siguientes: Domingo Antonio de Tovar, Fernando de Tovar, maestre de campo

---

18 Real cédula dada en El Pardo el 21 de enero de 1741. *Documentos de la Compañía Guipuzcoana*, t. I, f. 98. ANC.



Ruy Fernando de Tovar, Francisco Galindo y Zayas, Francisco Javier de Oviedo, capitán Juan Sánchez de Yélamos, María Petrona Moreno, Bernardo Vélez Cosío, Antolín de Liendo, Manuela de Lamar, María Josefa de Bertodano, José Gabriel García de Valdespino, Francisco Gómez de Castro, Juan Romana y Rores, Carlos José de Soussa, Teodora Navarrete, Nicolás Colón, Miguel de Ascanio, licenciado Mauro de Tovar, Antonio Hernández Martín, José Antonio Gascón, Feliciano de Sojo Palacios, Antonio de Ascanio, el marqués de Mijares, Agustín Piñango, José de Tovar, Tomasa Arguinzonis, Nicolás Tachón, María González, Josefa y Mariana Ramírez, Sebastián de Archederra, José Joaquín de Vidosola, Miguel Blanco y Uribe, el marqués del Valle de Santiago, Gabriel José de Landaeta, Pedro Rengifo Pimentel, Luis Arias Altamirano, Luis José Piñango, Juan Antonio de Zeballos, Juan Antonio López, capitán Luis de Nieves, Benito José de Muros, Sebastián Mondragón, Antonio José Muñoz, Juan José Piñate, Gaspar Pérez Estévez, capitán Domingo Velázquez, Pedro Tiburcio Obelmejía, Juan Gabriel Lovera y Añez, José de Bolívar, Juan Félix Blanco de Villegas, Diego Landaeta y José Felipe de Arteaga.

De estas cincuenta y cuatro personas, el marqués del Valle de Santiago y cinco más eran opuestas a la concesión, cinco se abstuvieron de opinar y quince no pudieron ser notificadas por encontrarse ausentes. Las restantes veintiocho aceptaron la disposición real. Parecía de esta manera que la mayoría de los cosecheros estaba de acuerdo con el viaje de la nave y el gobernador autorizó su salida.

El factor principal de la Compañía, Nicolás de Aizpurúa, en carta enviada al gobernador, atribuyó la resistencia opuesta por los cosecheros a influencias del marqués del Toro, por ser este el principal propietario de navíos del comercio con Veracruz, y por:

...complacerle y por benevolencia como hombre que en esta ciudad se tiene por poderoso y necesario, le siguieron otros de dichos cosecheros, manifestando la misma oposición, y también, sin embargo, que de dicho viaje de la referida fragata *Santa Ana* no puede ser no tan solo de utilidad alguna a la Compañía, sino antes bien, de quebranto por los muchos costos<sup>19</sup>.

---

19 Representación del factor principal Nicolás de Aizpurúa, por ante el gobernador, fechada en Caracas el 19 de junio de 1741. Colección de Documentos *Compañía Guipuzcoana*, t. I, ff. 96-172. ANC.

Desgraciadamente para la Compañía, no eran exactas las apreciaciones del factor. Consultados ochenta y cinco cosecheros sobre las cantidades que estaban dispuestos a embarcar, resultó que solamente tres respondieron afirmativamente, prometiendo carga por un total de 240 fanegas. Los restantes contestaron que no tenían cacao, agregando algunos de ellos altaneramente que, aunque tuvieran, no lo habrían embarcado en nave de la Compañía. En vista de este fracaso, el factor desistió del viaje y solicitó licencia para regresar el navío a España, la que obtuvo en julio del mismo año de 1741<sup>20</sup>. De esta manera concluyó un interesante episodio de nuestra historia económica, en el cual es de observar la solidaridad que existía entre los cosecheros venezolanos frente a la competencia de la Compañía, ya que en todo momento consideraron a esta como un poder extraño usurpador de los derechos de la Provincia.

Para hallar explicación a la actitud del cabildo, cabe pensar que la Compañía tenía en su seno agentes fieles, colocados allí para servirle ciegamente, pues de otra manera no se comprende que el ayuntamiento hubiera aprobado la supresión del tráfico con Veracruz y el viaje de la fragata *Santa Ana*. Sin embargo, de nada le valió tener a su disposición un cabildo complaciente, ya que la oposición ofrecida por los hombres más influyentes de la comarca resultó, en estas dos ocasiones, mucho más fuerte.

## **BAJA DE LOS PRECIOS**

La exportación de cacao para España durante la segunda década fue muy variable y, en suma, inferior a la carga conducida a México. La diferencia de un año al otro era muy considerable y constituía un serio obstáculo para la estabilidad del comercio. Los agricultores no tenían seguridad alguna de si podrían o no colocar sus cosechas, y estaban sujetos a que la Compañía estuviese en capacidad de absorber toda la producción de la Provincia. Estos bruscos saltos significaban pérdidas crecidas para los cultivadores, pues ocurría que en algunos años la exportación era muy pequeña y, aun cuando el fruto no se

---

20 Expediente original en la Colección de Documentos *Compañía Guipuzcoana*, t. I, ff. 96-172. ANC.

perdiera totalmente, era preciso hacer gastos para atender a su conservación. Por otra parte, sus caudales en esta forma se estancaban y ellos necesitaban de nuevos recursos económicos para atender a las siguientes plantaciones y al mantenimiento del personal que empleaban en la labranza. Tantos y tan continuos trastornos sembraban la desconfianza y la Provincia tenía razones para sentirse inquieta.

En las cifras que damos a continuación, y de cuya exactitud no cabe la menor duda, ya que se trata de una certificación dada por el teniente de registros Lorenzo de Arroyo en 1750 a solicitud del cabildo, en el expediente levantado contra la Compañía<sup>21</sup>, pueden verse esos altos y bajos de la extracción de cacao para España en el período 1740-1749:

Años	Embarcaciones	Fanegas	Libras
1740	5	40.341	80
1741	5	21.119	45
1742	2	4.168	84
1743	5	19.001	71
1744	4	11.347	23
1745	2	8.092	47
1746	4	28.070	56
1747	4	21.137	31
1748	1	11.192	11
1749	3	6.731	83
<b>Suman</b>		<b>171.202</b>	<b>91</b>

En el mismo período la exportación de cacao para México, más las pequeñas partidas enviadas a las islas Canarias y del Caribe, fue<sup>22</sup>:

21 Certificación de Lorenzo de Arroyo, fechada en Caracas a 21 de marzo de 1750. Colección de Documentos *Diversos*, t. XVII, ff. 227-247. ANC.

22 Certificación de Lorenzo Arroyo, fechada en Caracas a 15 de abril de 1750. Colección de Documentos *Diversos*, t. XVII, ff. 255-282. ANC.

Años	Fanegas	Libras
1740	23.912	51
1741	14.013	85
1742	21.377	56
1743	19.474	109
1744	28.859	41
1745	32.014	100
1746	39.851	
1747	28.346	10
1748	35.007	14
1749	15.467	76
<b>Suman</b>	<b>258.324</b>	<b>102</b>

Como se habrá notado, en una misma década la Compañía exportó 171.202 fanegas, y los mercaderes criollos 258.324, lo que significa una diferencia a favor de estos de 87.122 fanegas. Hasta el momento de la revuelta de León, la Compañía no podía alegar que a ella se le debiese el aumento de las exportaciones de cacao, como lo aseguró más tarde en su “Manifiesto”, puesto que los embarcadores locales la aventajaban con exceso. Los despachos a España, de 1740 a 1749, no presentaban síntomas de estabilización, pues apenas se levantaban un poco, volvían a caer. La excusa de que no cargaba más porque los cosecheros no le proporcionaban suficiente cantidad, no puede ser admitida, ya que aun en los años de mayor exportación a México de ninguna manera se llegó a alcanzar el número de fanegas en que se había calculado la producción libre para exportar. En 1740 se extrajeron en total 64.253 fanegas, de las cuales la compañía llevó 40.341, y en 1742 apenas sacó 4.168, que sumadas a la exportación a México dan 25.545 fanegas, o sea 38.708 menos que dos años atrás. No pudo ser que la producción bajase tanto; podría decirse que fue a causa de la guerra con Inglaterra, pero la misma situación se repite años después de haber terminado el conflicto. Si la Compañía no exportaba mayor cantidad de cacao, era porque no estaba en capacidad para sostener la regularidad de sus envíos, o bien porque no quería hacerlo, ya que a ella le habría sido fácil adquirir la mayor parte de las cosechas, pues tenía a su disposición todos los medios legales y ejecutivos para alcanzar este fin.

Comparando las dos estadísticas, se comprende la razón del empeño de la Compañía en acaparar el tráfico a Veracruz, que prometía un mercado tan bueno como el de España y con vías marítimas mucho más cortas y menos expuestas a los riesgos de la travesía atlántica, larga, difícil y además plagada de piratas y corsarios enemigos.

A cada descenso de la exportación seguía una caída de los precios, que empeoraban de un año al otro. Esta influencia deprimente comenzó a sentirse desde el mismo momento de la llegada de la Compañía a Venezuela y no se detuvo sino a partir de la revuelta de León en 1749. El movimiento de los precios puede seguirse muy bien a través de una certificación dada por el contador de Caracas a pedido de este jefe revolucionario, quien la exhibió como una prueba concluyente de los males que la Guipuzcoana había causado al país. El documento de referencia contiene una prolija enumeración, mes por mes, y aun día por día, de los diferentes precios alcanzados por el cacao en los veinte años comprendidos entre 1730 y 1749.

Durante gran parte del año de 1730, el precio se mantuvo firme en 160 reales (20 pesos), aunque en algunos meses oscilo entre 136 y 152 reales. Pero en el año siguiente el precio más generalizado es el de 136 reales (17 pesos), y algunas veces alcanzó los 160. Con ligeras variaciones, la misma situación se reproduce en los años que siguen, pero de todos modos se observa que las alzas son cada vez menos frecuentes. En 1734 se estabiliza en 136 reales, y en los dos últimos meses sube a 144, precio este que se conservó en 1735 para bajar en el siguiente a 128 reales (16 pesos); en el 37 baja 8 reales e igual cantidad en el siguiente. En 1739 el precio es apenas de 96 reales en todo el año. Pareciera que ya no era posible un mayor descenso; sin embargo, sigue bajando y en 1741 lo encontramos estabilizado en 72 reales. Algunas ligeras reacciones se producen en 1742, pero vuelve a caer para llegar a 64 reales en 1747. Podemos resumir los precios durante ese período así:

1730	20 pesos
1731	17 "
1732	18 "
1733	17 "
1734	17 "
1735	18 "

(continúa)

(continuación)

1736	16 pesos
1737	16 "
1738	14 "
1739	12 "
1740	12 "
1741	9 "
1742	10 "
1743	10 "
1744	10 "
1745	10 "
1746	9 "
1747	8 "
1748	9 "
1749	9 "

Estos últimos precios no eran remuneradores. Por el contrario, daban pérdidas a los cosecheros. El conde de San Javier calculó en 1745 de esta manera el costo de producción del cacao: 10.000 árboles, que daban 100 fanegas, necesitaban por lo menos la atención de diez trabajadores, cuyos jornales durante doscientos días, al sueldo corriente de 3 reales diarios, sumaban 750 pesos. El mayordomo debía recibir 200 pesos; las herramientas y otros gastos aumentarían el costo en 100 pesos más, y el acarreo a Caracas de las 100 fanegas resultantes, otros 100 pesos<sup>23</sup>. En definitiva, 100 fanegas de cacao venían a costarle al cosechero 1.150 pesos, o sea a 11 pesos y medio la fanega. En ese año, por propia confesión, la Compañía había pagado solo a 8 y a 10 pesos y medio, como máximo, la fanega. El cálculo del conde de San Javier parece coincidir exactamente con el que posteriormente hizo Humboldt. El transporte a Caracas costaba efectivamente un peso la fanega. Pudo haber exagerado algo en el costo de las herramientas; pero en cambio no incluyó otros gastos, como los de embalaje, ni dejó un margen para la estimación de las averías y otros riesgos. No hay duda de que los embarques a España efectuados por la Compañía producían pérdida a los agricultores, a quienes no quedaba otra oportunidad para resarcirse que las ventas en México, que hacían por su propia cuenta.

---

23 Hussey, op. cit., p. 97.

Se dirá: ¿por qué se le entregaba cacao a la Compañía si causaba pérdida? Con no vendérsela a ella todo estaría resuelto. Pero debe considerarse el poder de una empresa monopolista que llega a tener en sus manos todos los resortes de la economía de un país. La Guipuzcoana disponía de los medios para tiranizar a su antojo a cosecheros y mercaderes, ambos muy estrechamente vinculados en aquella época, y muchas veces indiferenciados por ejercer simultáneamente una y otra función. La Compañía era el único importador autorizado de artículos europeos, y al mismo tiempo el más poderoso capitalista establecido en la Provincia. Tenía agentes comerciales en los principales centros productores, y guardias armados que recorrían los campos. En condiciones tan privilegiadas, no es de extrañar que asumiera el control absoluto de la comarca. Ella hacía adelantos a los cosecheros, no en dinero, sino en mercadería cara en pago de la cosecha próxima, la que de esta manera quedaba comprometida y embargada. A esos cultivadores no les quedaba otro recurso que el de admitir esta tutela, pues se encontraban sin defensa ante el opresor financiero. Los grandes propietarios de tierras podían proteger mejor sus intereses, ya que ellos eran dueños de naves en que conducir a México sus cosechas; pero los pequeños agricultores, que formaban legión, ¿qué podían hacer? El cacao para estos desventurados era la única moneda de que disponían para obtener a cambio alimentos y vestidos que solo la Compañía podía darles. Era una cadena que sufrían con la misma paciencia que el obrero mal pagado de hoy, obligado a soportarla o perecer, hasta que surge el conflicto social. Esto explica la impopularidad de la Compañía y el odio profundo que le profesaba el pueblo, que, desesperado, acudió al motín y a la emboscada. Pocos brotes revolucionarios han tenido la espontaneidad del que capitaneó Juan Francisco León, y es inútil que se pretenda ver en este suceso, como falsamente lo han hecho algunos historiadores con una opinión muy simplista de los movimientos sociales, una vulgar lucha de los contrabandistas contra la autoridad policial.

## **NUEVAS CONCESIONES**

La guerra con Inglaterra, durante la cual la Compañía prestó a España valiosos servicios, colocó a la Guipuzcoana en el más elevado punto de influencia y de poder. Una cédula de 6 de diciembre de 1739 concedió a los directores y empleados los mismos privilegios y franquicias de los soldados y marinos de

Indias; pero después, por exigencia de la misma Compañía, la inmunidad de la jurisdicción de los jueces ordinarios fue extendida solo a los directores, secretarios, contador, tesorero y otras personas a sueldo fijo. Otra cédula de 10 de agosto de 1746 declaró que el Consulado y comercio de Cádiz no tenían control sobre la Compañía, que de esta manera alcanzó un grado de soberanía jamás obtenido por empresa ni particular alguno. También recibió otros favores menores: a los tripulantes de sus naves, y a ella misma en algunas oportunidades, se les exoneró del pago de impuesto por la introducción de mercaderías en España; se le permitió también a la Compañía tomarse largos plazos para la liquidación de sus deudas en el Real Tesoro.

Pero las concesiones más importantes que obtuvo fueron la inclusión de la Provincia de Maracaibo dentro de los términos del contrato y la anulación del artículo 5º, que dejaba en libertad al rey para conceder otras licencias de comercio con Caracas. Ya en 1732 la Compañía había expuesto al rey que necesitaba de la seguridad de que ninguna otra entidad mercantil o persona obtendría concesiones en Venezuela. El rey no quiso esa vez anular el molesto artículo, y aunque dio una cédula garantizándole que ninguna otra licencia sería librada, los directores no se dieron por satisfechos<sup>24</sup>.

La jurisdicción de Maracaibo tenía una producción de cacao estimada en 6.000 fanegas anuales, y una considerable cantidad de tabaco de Barinas, muy solicitado en los mercados extranjeros. La explotación de dicha Provincia había sido encomendada, en tiempos anteriores, a un tal Juan Choriú. El asentista se comprometía a someter los indios de Perijá y a fundar una ciudad con no menos de cien vecinos españoles. A cambio de esto obtuvo el derecho de enviar hasta seis navíos de 100 toneladas cada año; pero solo cuatro navíos llegaron a zarpar de Cádiz en 1723, 1732, 1735 y 1738. La primera de esas naves naufragó en el viaje de retorno. La última, habiendo encallado sobre las costas de Puerto Rico, trasbordó su carga a una embarcación holandesa; fue reparada, pero encontrándose ya a la vista de Cádiz, un barco de guerra inglés la apresó.

En 1739, tres hombres, Juan Garda Romero, Alonso Garda y Manuel de Arreaga, propusieron al Consejo de Indias emprender la repoblación por españoles y la supresión del comercio extranjero en Maracaibo. Ofrecieron un depósito

---

24 Hussey, op. cit., Cap. III.



de 20.000 pesos y otras seguridades. El Consejo de Indias comunicó la idea a otro comerciante interesado en la región y a la Compañía de Caracas, la que al instante informó que podría guardar la costa y dar a la Tesorería y a los habitantes de Maracaibo mayores ventajas que ningún otro particular. Propuso, en consecuencia, que sus privilegios fuesen extendidos a dicho territorio por un tiempo de doce años. Dos mil quinientas fanegas de cacao serían destinadas al tráfico de Veracruz, y las restantes 3.500 conducidas a España en un navío anual junto con algunas cantidades de tabaco. Salvo pocas enmiendas, el Consejo aprobó el plan el 19 de agosto de 1739.

Por esa misma época, renovó la Compañía sus aprensiones sobre el artículo 5º del contrato. Argumentó que, a pesar de haberle sido asegurado el monopolio por la cédula de 1732, de todas maneras esta seguía siendo revocable, en tanto que los asientos atribuidos al marqués de Montesacro y a Juan Ruiz de Colorado habían envuelto la exclusión de toda otra persona. Esta vez la representación tuvo un completo éxito; en septiembre de 1741 convino el rey en eliminar el artículo. La cédula fue formalmente promulgada el 11 de julio de 1742.

## **ACUSACIONES CONTRA LA COMPAÑÍA**

La oposición a la Compañía fue vigorosamente expresada desde el establecimiento de esta. Primeramente se le había entorpecido la venta de los efectos que trajo de España en la expedición inicial, y luego, negándose a darle carga, los cosecheros trataron de hacerle fracasar en su viaje de retorno. La Compañía salió airosa de estos primeros trastornos, y pudo realizar negocios prósperos; la oposición no amainó, sin embargo, y tanto en la Provincia como en la metrópoli continuó atacándola con violencia. Apoyándose en el favor real de que disfrutaba por el éxito de sus primeras operaciones y por los servicios que prestó durante la guerra, la Compañía triunfó sin dificultad sobre sus enemigos. Pero más adelante la situación cambió para ella. El levantamiento de León puso al desnudo una verdad que España ignoraba, provocando una lluvia de protestas contra la Compañía, cuya eliminación fue pedida por personas influyentes en el Consejo Real y largamente considerada por este. Pero se dijo que los venezolanos habían procedido en forma sediciosa, impropia de vasallos fieles, y el temor de que la Provincia creyese que había impuesto por la fuerza su voluntad sobre la del rey, impidió que la liquidación se decretase.

La Compañía se vio obligada a poner en juego todos los resortes de la política para salvarse de la tormenta, y se apresuró a publicar en el mismo año de la revuelta un “Manifiesto” donde presentó un balance de su actuación, como es de pensar, enteramente favorable. Según este documento de la Compañía<sup>25</sup>, que cita Hussey, de 1700 a 1729 inclusive salieron de Caracas 642.023 fanegas de cacao para España, islas Canarias, México y otros lugares permitidos. Durante el período más corto de 1730 a 1748 inclusive, fueron exportadas a los mismos lugares no menos de 858.978 fanegas. Ninguna cantidad había sido embarcada directamente a España de 1706 a 1721, y solo 20.348 fanegas de 1725 a 1729, en contraste con las grandes cantidades llevadas regularmente por la Compañía. Al mismo tiempo, España se había beneficiado por los bajos precios. Anteriormente a 1728 había un precio medio de 60 pesos quintal en los puertos de desembarque, aumentado luego con el pago de algunos impuestos y el transporte al lugar de su consumo; en dicho año, la fanega llegó a valer 70 pesos y los comerciantes temieron aún mayores alzas. Los primeros barcos de la Compañía vendieron sus retornos de cacao a 45 pesos la fanega; el lote siguiente a 52 pesos; en 1736 lo bajaron a 48 y 42; de 1737 a 1739 el precio fue de 40 pesos, pero en el último año, por resolución de la Junta General, se le bajó primero a 36 y luego a 30. Afirmaba la Compañía haber desenvuelto un nuevo producto de exportación, el tabaco de Barinas, del que había llevado a España 29.202 arrobas en el mismo lapso; lo que no es mucho, puesto que la producción anual se estimaba en unos 8 o 9.000 quintales. Además, es absolutamente falso que a ella se le debiese el desarrollo de este comercio, cuya antigüedad es anterior a la del cacao. Durante todo el siglo xvii, España recibió cantidades considerables del tabaco de Barinas.

Hussey reconoce que su libro ha sido dedicado al trabajo de la Compañía desde el punto de vista español, aunque los intereses americanos no se han encontrado totalmente ausentes. Pero cabe observar que los argumentos presentados por la Compañía para demostrar los beneficios que produjo a España son en su mayoría opuestos al punto de vista venezolano.

---

25 Este “Manifiesto” aparece fechado en Madrid a 11 de octubre de 1749, y aunque lo firma el primer director de la Compañía, Dn. José de Iturriaga, fue escrito por el padre Nicolás Gallo, quien lo incluye en el t. 6º de su *Colección de varios papeles sueltos*, Madrid, 1781, pp. 83-169.

En primer lugar, la Compañía abarató los precios en la Península, vendiendo el cacao a 52, 48, 45, 42, 40, 36 y 30 pesos, de 70 a que había llegado antes de 1730. Esta baja la efectuó a costa del productor venezolano. En su primer viaje de retorno pagó la fanega en Caracas a 18 y 20 pesos y la vendió en España a 45; en 1747 la pagaba en Venezuela a solo 8 pesos y la vendía en 30, de lo que resultaba que la rebaja de 15 pesos en España recaía casi íntegramente sobre el cosechero, y sobre la Compañía apenas en 3 pesos; aún así salía favorecida, pues el menor precio le permitía hacer mayores ventas.

Antes de la llegada de la Compañía, la Provincia participaba directamente en los elevados precios de España, pues existía un grupo de capitalistas y terratenientes criollos, entre ellos el marqués de Mijares, el del Valle de Santiago, el del Toro, el conde de San Javier, los Tovar y muchos otros, que se hallaban en capacidad de dar salida a sus frutos. La Compañía los desplazó a todos en el comercio con la metrópoli, perjudicando al mismo tiempo a los mercaderes de Cádiz que actuaban como intermediarios o que enviaban sus naves a los puertos venezolanos.

El comercio con Veracruz difería del español en que no era ejercido por un reducido número de personas, pues en los libros de la Tesorería colonial hemos podido comprobar que un cargamento se componía de innumerables partidas de toda magnitud, tomando parte los ochenta o más cosecheros de la región. El precio en Veracruz era de 25 pesos la fanega; deducido el flete (cinco pesos), quedaban 20 al cosechero para cubrir el costo y hacer alguna utilidad. Así se comprende la tenacidad que la Provincia puso en la defensa de este tráfico que la Compañía quiso arrebatarle.

Las cifras indicadas en el “Manifiesto” sobre la extracción de cacao en el lapso de 1700 a 1729 son exactas, y corresponden con las que nosotros hemos extraído de los libros de la Tesorería. Pero los autores de ese documento se cuidaron de advertir que en esos años está comprendida la Guerra de Sucesión, de cuyos efectos perturbadores nos hemos ya ocupado. Es indudable que las exportaciones aumentaron en los 18 años siguientes. Sin embargo, la Compañía no podía pretender que ese resultado se le debiese a ella y no al impulso tomado por la Provincia misma. Existen razones para afirmar lo segundo, pues, ya se ha visto, las exportaciones efectuadas por los mercaderes y cosecheros venezolanos a México en los años de 1740 a 1749 superaron abrumadoramente a las de la Compañía para España. En los diez años anteriores, las exportaciones de aquellos habían sido aún mayores, manteniendo un promedio de 30.000 fanegas anuales.

De manera que en los 19 años que van de 1730 a 1748 inclusive, el número de fanegas que salió en barcos que no eran de la Compañía se elevó a unas 540.000; y por manos de esta solo 318.978, de las 858.978 fanegas que salieron en total. Los directores no dijeron que la Compañía hubiese extraído toda esta cantidad, pero lo expresaron de tal manera, que sus lectores lo interpretaron así. Fue este falso argumento uno de los que más influyeron en su favor, y los historiadores han continuado inclinándose ante él sin examinarlo.

Un método semejante emplearon al referirse a la importación de negros. Ellos informaron que de 1715 a 1730 solo fueron introducidos en la Provincia 1.792 negros, y en los nueve años siguientes 3.292. La Compañía no podía alegar participación alguna en estas cifras, puesto que el asiento inglés impedía la contratación de esclavos por manos extrañas<sup>26</sup>. Ni siquiera estaba en capacidad de pretender que ella hubiese estimulado la compra, pues, por el contrario, desde que puso pie en la Provincia trató de entorpecer el negocio de los asentistas, cuya presencia le molestaba porque estos efectuaban sus ventas a base de trueque por cacao y tabaco, contribuyendo en cierto modo a mantener los precios elevados.

Otro de los cargos que se le hicieron fue el de que no cumplía a satisfacción su compromiso de atender al abasto de la población. La escasez de artículos de primera necesidad se dejó sentir con mucha frecuencia, siendo preciso autorizar a mercaderes locales, y aun a los ingleses del asiento de negros, para ir a buscarlos a las colonias extranjeras vecinas.

Tres años después de la llegada de los primeros barcos de la Compañía, la Provincia se hallaba sin harina. Eran momentos críticos aquellos, pues una epidemia de viruelas azotaba nuestros campos y ciudades. El Cabildo se reunió el 8 de junio de 1733 para considerar el asunto y llamó a los panaderos para que diesen testimonio. Uno de ellos declaró que “la necesidad que hay de harinas de trigo es manifiesta y urgente a causa de las viruelas que aún se están padeciendo, y que no hay islas españolas circunvecinas de donde se puedan traer”. El informe del justicia ratificó la anterior declaración, añadiendo que, precisamente a causa de dicha enfermedad, la población tenía necesidad de consumir alimentos nobles como el pan de trigo. Entre otras personas que fueron llamadas a dar testimonio, se encontraba el historiador José de Oviedo y Baños, quien certificó

---

26 Hussey, op. cit., p. 88.

que, en efecto, había extrema escasez de harina y urgencia de traerla a causa de la epidemia<sup>27</sup>.

Habiéndose hecho un examen de las existencias en Caracas, se halló que uno de los panaderos tenía una carga de harina de El Tocuyo, y en los almacenes de la Compañía solo había 60 barriles de los 2.070 que había traído la *Santa Rosa*. En vista de lo apremiante de la situación, el tesorero de la Real Hacienda dijo que el despacho a su cargo no tenía objeción que hacer a la introducción de harina de las colonias extranjeras amigas, para el socorro de la ciudad; pero los frutos que se extrajeran para permutarlos debían pagar derechos dobles; la harina pagaría un impuesto de 21 reales por barril, como era costumbre, agregando que *así se había procedido en anteriores ocasiones*. Jaime Colett, factor del Real Asiento Inglés, se comprometió a traer la provisión necesaria y venderla al público a razón de 20 reales la arroba; la transportaría de las colonias extranjeras por no haberla en las españolas. El Cabildo y el gobernador aceptaron las condiciones y le dieron autorización para traer 500 barriles de 7 a 8 arrobas cada uno. El factor de la Guipuzcoana dijo más tarde tener 175 barriles en Caracas y 25 en La Guaira, en total 200 barriles, que estaban originariamente destinados al consumo de la factoría, pero que él ponía a disposición de la ciudad. Se le dio licencia para vender esa harina a 18 reales la arroba, aunque *solo a las personas a quienes diese boletas el comisario que por el Cabildo se había de nombrar*, estableciendo así un riguroso racionamiento<sup>28</sup>.

La misma situación volvió a presentarse el año siguiente. El Cabildo se reunió en mayo y resolvió sacar a licitación un contrato para la conducción de 700 barriles de harina de las colonias extranjeras, dando autorización, de acuerdo con el gobernador y el tesorero, para llevar cacao y tabaco en la misma proporción del costo de aquellos. Se presentaron cinco aspirantes: el primero de ellos, Bernabé Pérez Chirinos, ofreció vender la arroba a 22 reales, pero como los otros ofrecieron precios más bajos, redujo el suyo a 17, 15 y 13 reales, sucesivamente, llevándose la contrata<sup>29</sup>.

---

27 Expediente sobre escasez de harina. Colección de Documentos *Diversos*, t. XIV, f. 379. ANC.

28 Expediente sobre escasez de harina (1733). Colección de Documentos *Diversos*, t. XIV, ff. 377-406. ANC.

29 Colección de Documentos *Diversos*, t. XVI, ff. 404-433. ANC.

En 1748, el Cabildo de Caracas representó diciendo que durante el tiempo del gobernador Zuloaga los factores habían comprado harina de chalupas holandesas cambiando una fanega de cacao por un barril de 8 arrobas. El cacao les costaba solamente 8 pesos y 4 reales en La Guaira; el acarreo de la harina hasta Caracas aumentaba el costo de esta en 2 pesos, de manera que el barril costaba 10 pesos 4 reales; sin embargo, la Compañía lo vendía en sus almacenes a 23 pesos. Las repetidas quejas del Cabildo ante Zuloaga corrigieron esto solo parcialmente, pero su sucesor Castellanos ordenó se vendiese a 15 pesos y 4 reales<sup>30</sup>.

Otro de los daños ocasionados por la Compañía a la Provincia fue el perjuicio que causó a los establecimientos comerciales existentes en el momento de su llegada. Tanto en Caracas como en Puerto Cabello y Maracaibo, como centros de distribución, funcionaban casas que sostenían relaciones con las ciudades interiores y con los minoristas de la misma localidad. La Compañía, al enviar a sus factores, desplazó a los mercaderes criollos mayoristas, que vinieron a quedar reducidos a la simple condición de satélites. Además, su voracidad era muy grande, y quiso entrar en el comercio minorista, solicitando del rey se le permitiese establecer una o dos tiendas para vender al menudeo, a fin de que “resultase una rebaja de precios en beneficio de los pobres”. El rey aprobó la rebaja de precios dispuesta por la Compañía en los géneros toscos, para que en proporción los rebajaran los mercaderes detalladores, pero se negó a autorizar el establecimiento de las tiendas, “pues si los mercaderes se excediesen, puede y debe V. E., como gobernador, señalar precios equitativos y proporcionados al que vende la Compañía”<sup>31</sup>. La solicitud había sido hecha por intermedio del gobernador, quien expuso muchas razones en favor de la proposición. Esta real orden evidencia los poderes de que disponía el representante del rey en la Provincia para intervenir en los negocios y regularlos.

Hussey, que ha investigado en los archivos españoles y en los de Francia y Londres, como nadie lo había hecho antes, la vida de la Compañía de Caracas en medio de la “tupida y aburrida masa de insinuaciones, acusaciones y defensas”, ha formulado el siguiente juicio:

---

30 Hussey, op. cit., p. 99.

31 Real orden fechada el 1º de julio de 1753. Colección de Documentos Reales Órdenes, t. II, f. 138. ANC.

La Compañía de Caracas frecuentemente fue culpable de dirigir su monopolio en perjuicio de la colectividad, culpable por su intervención en el comercio legal de sus competidores, y merece reproches por su política de precios. Ciertamente, algunas veces creó escasez de mercancías y falta de mercado para los productos de Venezuela. Con frecuencia sus agentes fueron hombres dominantes, bruscos y sin tacto. Los ministros reales, con algunas excepciones, fueron criaturas suyas; pero la Compañía hubiera sido odiada igualmente si no hubiera tenido nada de esto. Los venezolanos vieron su mayor pecado en su oposición al comercio de contrabando<sup>32</sup>.

Disentimos de la parte final de este juicio, y creemos haber demostrado ya suficientemente, y se verá aún mejor más adelante, que la repulsa a la Compañía se fundaba en razones más sólidas y profundas.

Antes de la revuelta de 1749, la Compañía tuvo que soportar la desconfianza de la Corona en vista de que no rendía cuentas, sino que por cualquier motivo las aplazaba de un año al otro. En 1741 había suspendido los dividendos, y los accionistas estaban descontentos. Se acusaba a los directores de hacer negocios personales. En noviembre de 1748 la Corona ordenó la reunión de la Junta General Ordinaria en la Sala del Consulado de San Sebastián y se le dio un reglamento, regulándose los llamados “gastos secretos”, pues surgió la sospecha, escandalosamente expresada en el proyecto original de ese reglamento, de que la Compañía daba honorarios al obispo y al gobernador de Caracas. Manuel de las Casas, representante de la Corona en los consejos de la Compañía y autor del proyecto, al expresar los términos originales, decía:

Creo que S.M., no está ignorante de esto desde que durante siglos pasados ha visto que quienes van a América con un sueldo que apenas cubre sus necesidades, vuelven con dos, cuatro y ochocientos mil pesos fuertes. Esto es conocido y no le veo remedio<sup>33</sup>.

---

32 Hussey, op. cit., p. 99.

33 Hussey, op cit., p. 113.





— *Capítulo x* —

INSURRECCIÓN DE JUAN FRANCISCO LEÓN  
(1749-1752)



## **LEVANTAMIENTO DE NEGROS Y OTRAS SUBLEVACIONES CONTRA LA COMPAÑÍA**

La revuelta que en 1749 dirigió el capitán Juan Francisco León ofrece características muy particulares, pues las causas del movimiento fueron puramente económicas, y ni por la mente del caudillo ni por la de los hombres que lo indujeron a pedir la expulsión de la Guipuzcoana, tanto principales como plebeyos, pasó la idea de alterar el orden político establecido.

Es forzoso, por consiguiente, estudiar aquí esta revuelta, así por haber estallado el resentimiento popular contra los opresivos sistemas comerciales de la Compañía, como por las consecuencias que esta actitud desafiante de los pobladores trajo para la economía venezolana; y también por los males económicos puestos al descubierto durante el proceso que le fue seguido a León, y en el expediente levantado por el Cabildo para demostrar que la Compañía había sido perjudicial al país.

Pero esta revuelta no es, apenas, sino una de las muchas manifestaciones de oposición de la Provincia al monopolio de la Compañía, aunque sí fue la más sensacional y de mayores proporciones y resultados.

La historia de la oposición está llena de episodios sangrientos y diversos. No podríamos ocuparnos de todos los sucesos en un capítulo, pues hay material para más de un grueso volumen. Desde el momento mismo de la llegada de los concesionarios, la Provincia perdió la tranquilidad de que había disfrutado hasta entonces. Varias rebeliones y asonadas la conmovieron, y la rivalidad entre los colonos y los vizcaínos dio motivo a innumerables expedientes y disputas en el Cabildo. En los pueblos del interior y en los campos se produjeron atropellos

repugnantes, de los que fueron protagonistas funcionarios de la Guipuzcoana, cuyas *compañías de volantes*, cuerpos armados a su servicio aunque pagados por el Real Tesoro, recorrían los caminos sembrando la zozobra y muchas veces la muerte. Ante el rey llegaban quejas constantemente, y nunca como en aquella época Venezuela ocasionó tanto trabajo a los tribunales y al Consejo de Indias.

Con manifiesto desagrado vio Venezuela llegar a sus costas las naves de la Compañía en 1730, y su primera respuesta violenta fue la sublevación de Andresote, zambo del Yaracuy, quien se levantó en armas en 1732 y llegó a apoderarse del control de los caminos a Nirgua y San Felipe, estableció un campo en la costa y desde allí mantuvo comercio con los holandeses. Las ciudades de la región no opusieron resistencia al paso de los revoltosos, cuya acción era sin duda mirada con simpatía aún por las clases más encopetadas, no porque desearan su triunfo, sino porque creían que la revuelta haría desistir al rey de sus propósitos. El caso es que, por el rigor empleado en combatir al insurgente, el gobernador Sebastián García Torres tuvo que entrar en pendencia con personas de muy elevada posición en Caracas; se vio en un lance personal con el exgobernador Carrillo, a quien hirió; se le hicieron graves cargos, y contra él llegaron representaciones ante el monarca. La Corona envió a Lardizábal con el título de “Juez pesquisador y Comandante General” para que averiguara lo ocurrido y estableciera responsabilidades. Lardizábal tomó la dirección del gobierno a fines de 1733 y juzgó al gobernador García Torres culpable de exceso en la represión, de participar en el comercio ilícito y de haber hecho oposición a la Compañía, que también había representado contra él; García Torres, en efecto, para cubrirse de los ataques de la Provincia y calmar su enojo, adoptó algunas medidas que a su vez desagradaron a los factores, y de este modo se colocó entre dos fuegos. Lardizábal, en las averiguaciones que abrió a su llegada, halló que era muy grande el número de personas complicadas en el asunto y recomendó conceder una amnistía general, como en efecto se hizo.

En las diligencias que practicó el teniente y justicia mayor de San Felipe, Juan Ángel de la Rea, en los días de la sublevación, puso en claro la inteligencia que existía entre los sublevados y muchas de las personas de la ciudad, que ponían a aquellos al corriente de todas las medidas adoptadas por el gobierno. Consecuencia de esto era el auge que tomaba el movimiento. Rea tuvo noticias de que Miguel Cordero, pardo vecino de Caracas, había tenido comunicación con los insurrectos y que, amparado por estos, ejercía comercio con los extranjeros.

Cordero fue hecho preso en unión de un mulato criollo de nombre Juan Jerónimo Vázquez. La causa terminó con la ejecución de Cordero; a Vázquez la pena de muerte le fue conmutada por servicio perpetuo en las obras públicas de la ciudad. La complicidad existía, pues mientras los reos se encontraban detenidos en la cárcel de San Felipe, los negros hicieron varias tentativas armadas para rescatarlos; pero fueron rechazados<sup>1</sup>.

## **ATROPELLOS COMETIDOS POR LA COMPAÑÍA**

No eran solamente los contrabandistas los que se sentían heridos en sus intereses por la presencia de los guipuzcoanos, como podría pensarse por los acontecimientos relatados. Toda la Provincia estaba en su contra, y este desacuerdo se manifestó formalmente por medio del expediente que en 1733 comenzaron a seguir Domingo Galindo y Manuel Blanco, apoderados del Cabildo de Caracas, sobre los perjuicios que causaba la Compañía.

Inmediatamente después de su llegada se registraron abusos cometidos por empleados vizcaínos que se extralimitaban en sus funciones. Ya en 1732 había provocado quejas su conducta, y el rey se vio obligado a dictar una cédula ordenándole no excederse del contexto de las instrucciones. La Compañía alegaba tener facultades para celar el comercio ilícito en mar y en tierra, y colocó guardias o “espías públicos” en los sitios donde sospechaba el fraude. Sin examinar el fundamento de las noticias que recibían sobre introducciones ilícitas, los dependientes de la Compañía penetraban en las casas particulares y efectuaban registros. Estos abusos se hicieron tan frecuentes y escandalosos, que el gobernador informó al Consejo de Indias; este dispuso que el registro de las casas en que hubiese sospecha o evidencia de fraude debía hacerse con el auxilio de las Justicias, y que mientras estas no llegaran al lugar, la Compañía podía colocar guardias<sup>2</sup>.

---

1 Expediente levantado por Alejandro Blanco y Villegas, Silvestre Liendo y Juan Vicente Bolívar, apoderados del Cabildo de Caracas, sobre lo perjudicial que había sido el establecimiento de la Compañía Guipuzcoana (1750). Colección de Documentos *Diversos*, t. XVII, f. 471. ANC.

2 Real cédula dada en Sevilla el 30 de abril de 1733. Colección de Documentos *Compañía Guipuzcoana*, t. II, f. 38v. ANC.

El obispo José Félix Valverde, en auto de 20 de mayo de 1734, denunció y condenó enérgicamente los excesos cometidos en Coro por varios comisionados de la Compañía para celar el contrabando. Estos comisionados, acompañados por varios mulatos y zambos —escribe— no dejaron fechoría que no cometieran en aquella región; cita, entre otros casos, el de uno de esos agentes, nombrado Juan Pérez Bello, que entró al hato de José Hilario Alvarado y cargó hasta con la ropa y prendas de la mujer; a un hermano de este, que se hallaba enfermo, le dio tormento para que dijese si había mercadería oculta. Alvarado fue encontrado poco tiempo después muerto, “lanceado con diversas heridas”. Uno de los empleados de la Compañía, con escolta de treinta hombres, estafó a todos los habitantes del paraje nombrado Casicure, quitó 4.000 pesos a Cristóbal de Navas, y como este se quejó en Coro, Díaz se retiró a Tucacas, de donde salió una noche con diez hombres armados, cayó sobre la casa de Navas, le saqueó a su antojo e hizo preso, amenazándole con quitarle todo cuanto poseía si no le entregaba 10.000 pesos. Otro miembro de esas mismas comisiones dio muerte a Alfonso Heres y a un indio de Jacura<sup>3</sup>.

En el año de 1736 se siguió en Carora un juicio contra Buenaventura Fernández Pavón, juez de comisas de la patrulla volante de aquella región, y contra sus hermanos Gabriel y Enrique y sus compañeros Cristóbal Miguel, Bernardino Rangel, Gabriel Suárez y otros, por varios delitos que perpetraron. Habiendo el alcalde de la Santa Hermandad apresado a José Gómez y Miguel Suárez en la cárcel real de esa población, se arrojaron sobre ella Buenaventura Fernández Pavón y demás compañeros armados de trabucos, apuntando a los pechos de los soldados de la guardia, a los que privaron de defensa y movimiento, en tanto que otros rompían los candados del calabozo y sacaban a los presos. Luego mandó cerrar por fuera la cárcel y dejó dentro a los de la guardia, poniendo a los libertados al amparo e inmunidad del convento de San Francisco. Realizado esto, se retiró a su casa, en donde se hizo fuerte “con mucha copia de hombres armados con armas de fuego con orden expresa de que cuando vieran venir al solar de dicha casa algunos de los alcaldes con gente o sin ella, los matasen a balazos”. Circuló la especie de que los Pavón tenían la intención de poner fuego a la ciudad, por lo cual las mujeres retiraron sus joyas “de las casas de cogollo o paja y las depositaron en las pocas

---

3 Expediente levantado por Alejandro Blanco y Villegas, etcétera. Auto del obispo José Félix Valverde, de 20 de mayo de 1734.

que había de teja”. Las autoridades reales los atacaron y dieron muerte a uno de los amotinados; los demás, viendo la inferioridad en que se hallaban, resolvieron tomar refugio en el templo de San Francisco; pero antes de retirarse mataron a dos individuos que tenían encerrados y con grillos. Finalmente, vencidos, se entregaron a sus sitiadores. Los alcaldes de la ciudad los pasaron a todos por las armas<sup>4</sup>.

## **OTRAS REVUELTAS Y CONSPIRACIONES**

Un nuevo motín se produjo en San Felipe el 4 de enero de 1741 en contra del nombramiento de Ignacio Vasasábal como teniente y justicia mayor. A las seis de la mañana de ese día, frente a la casa de habitación del regidor Bernardo de Matos, en donde el teniente justicia se hallaba preso “a violencia y pedimento y concurso general de todas gentes, grandes y chicos”, y en donde se hallaban también los alcaldes ordinarios Santiago Moneda y Pablo Arias y el procurador general Manuel Fernández Bello, se juntó el pueblo “con voces y griterías diciendo: ¡Justicia! ¡Justicia! ¡No queremos a don Ignacio Vasasábal de teniente! ¡Qué se vaya porque de no les hacemos cargo a los alcaldes y regidores que están obligados a defender el daño común!” Otra voz decía: “No puede ser tal teniente porque es contra la voluntad del rey”. Otro gritaba: “Lo que menos en que ha entendido ha sido en quitar el trato ilícito, porque en eso ha tenido poco que hacer”. Y otro: “Porque es un borracho público y que no se entretiene en otra cosa más que en hacer registrar carguitas de papelones, carnes y otras inmundicias y que sea a caballo o a pie, a todos los hace venir para injuriarlos y maltratarlos”. Aunque las autoridades trataron de calmar a los amotinados, no lo consiguieron, pues estos pedían a gritos que se diese cuenta al gobernador, que ellos costearían todos los gastos. Viendo que el tumulto crecía, las autoridades deliberaron formar junta con Sebastián de Olasiregui, factor de la Compañía en dicho lugar, y con los sacerdotes, para que fueran a persuadir a Vasasábal de que se fuese y evitase “una diablura” por parte del pueblo. El teniente justicia convino en abandonar la ciudad. Uno de los testigos llamados a declarar en el juicio que se siguió más tarde dijo que Vasasábal no había hecho cosa alguna para eliminar el

---

4 Expediente levantado por Alejandro Blanco y Villegas, etcétera; ff. 553v., 568v.

contrabando; otros testimonios coincidieron en esta acusación; pero Olasiregui defendió a Vasasábal y se empeñó en aminorar la culpabilidad que a este le había correspondido en los disturbios<sup>5</sup>.

Los revoltosos emplearon armas que les suministraron los holandeses, y llegaron a obtener el dominio de la ciudad. El gobernador despachó a Urrelos a sofocar la revuelta, y cuando este entró en San Felipe halló que entre los dirigentes del motín estaban los alcaldes, los regidores y el escribiente del Cabildo. El gobernador Zuloaga recomendó a la Corona quitar a San Felipe el estatuto de ciudad, reduciéndola a calidad de pueblo hasta que hubiese cesado el comercio ilegal, y prohibir a los cosecheros la venta de sus cosechas mientras no hubiesen informado al agente real. El monarca aceptó la recomendación, y el 10 de marzo de 1742 dictó una cédula quitándole temporalmente a San Felipe el estatuto de ciudad y ordenando el castigo de los culpables. El Consejo de Indias, al concluir el examen del asunto, declaró que “todos los ciudadanos y el Ayuntamiento faltaron a la subordinación y al respeto”, y dispuso hacer indagación sobre las acusaciones contra Vasasábal<sup>6</sup>.

Según el gobernador de Caracas, estaba proyectada otra revuelta anterior a la de 1749, y habían sido discutidos episodios de largas luchas en las que estaba complicado Alejandro Blanco Uribe, conde de San Javier. El 2 de enero de 1745 el gobernador escribió al rey diciéndole que personas clericales y seglares de reputación le habían informado que el conde de San Javier y otras personas principales se habían unido, especialmente con los canarios residentes en la ciudad y otros vecinos de fuera de ella, para conspirar y elegir como alcaldes y procuradores de Caracas a personas que les fueran afectas; si el gobernador se les oponía, acudirían a los medios de fuerza, y si una vez obtenido un resultado favorable en las elecciones el gobernador intentaba bloquear el programa que proyectaban, ellos le detendrían y le expulsarían de la Provincia con todos los guipuzcoanos y sus sostenedores. Solo esperaban para actuar una coyuntura que hiciera aparecer envueltos en el movimiento a las clases más bajas y a los canarios. Si la

---

5 Ibidem, ff. 509-543.

6 Roland Dennis Hussey, *The Caracas Company, 1728-1784*, Cambridge, Harvard University Press, 1934, pp. 115-117. Este autor dice “Basarzábal”, pero en los expedientes originales se lee “Vasasábal”.



conspiración existió realmente, el propósito que se perseguía con esto último era el de poner a la Provincia a cubierto de los castigos que sobre ella pudiesen recaer, y descargar toda la responsabilidad sobre los canarios. Esta torcida intención pudo haber estado en la mente de los conspiradores, pues Juan Francisco León, que más tarde dirigió la revuelta, era precisamente canario, y gran número de personas originarias de aquellas islas aparecieron como sus cómplices más destacados.

Zuloaga comprendió que le faltaban tropas para dominar la situación. Solo disponía de unos pocos soldados en el presidio de La Guaira, los que no podrían ser movilizados dentro de la ciudad sin riesgo de una convulsión popular, por lo cual permitió la elección de Francisco de Solórzano, marqués de Mijares, y de Fernando Lovera para alcaldes, y de Nicolás de Ponte para el cargo de procurador general. Los tres habían sido nombrados por San Javier, y dos de ellos eran primos suyos<sup>7</sup>. Sin embargo, no hay confirmación de que efectivamente el conde de San Javier tuviese la intención de provocar un movimiento de esa naturaleza, aunque sí pudo haber tratado de influir en las elecciones, pues un Cabildo que representara los intereses de la Provincia, y particularmente la del grupo de capitalistas y terratenientes, y en donde estuviese eliminada la intervención de la Compañía, constituía un punto de apoyo muy fuerte para combatir a esta o por lo menos contrarrestar su poder. Ya se vio que, en 1738, un Cabildo integrado en su mayoría por servidores de la Compañía convino en cederle el comercio de Veracruz, y en otras oportunidades le permitió entrometerse en este tráfico. El marqués del Toro y el de Mijares, y también el conde de San Javier, se vieron obligados en esas ocasiones a colocarse de frente al Cabildo.

## **CARACTERÍSTICAS DEL MOVIMIENTO DE JUAN FRANCISCO LEÓN**

El movimiento que capitaneó León tuvo dos fases. La primera corresponde a 1749-1750, cuando, mediante una jornada cívica, se logró que el gobernador dictase algunas disposiciones tendientes a la expulsión de los vizcaínos; y la segunda a 1751, cuando, restablecida la Compañía en todos sus privilegios, a León no le quedó otro camino que el de tomar las armas.

---

7 Ibidem, p. 118.

Es difícil saber si se puede llamar “insurrección” el movimiento en su primera fase, pues no se trataba de derrocar a la autoridad constituida, y mucho menos de erigir un orden político distinto del establecido. La lucha asumió aquí el aspecto de una manifestación popular seguida luego de un verdadero plebiscito, con el único objeto de obtener de la misma autoridad la derogación de un contrato oneroso para la Provincia, pretendiendo al mismo tiempo no hacer nada que pudiese ser juzgado fuera de ley; el intento era muy difícil de realizar, dado el carácter del régimen español, en extremo celoso del principio de autoridad y de la soberanía real. La convocatoria a cabildo abierto tenía por finalidad borrar toda apariencia de insurrección y dar al movimiento una base legal.

En esta primera fase, León fue acompañado abiertamente por toda la nobleza y el pueblo. Apenas si quedó persona principal de la Provincia que no le expresase su solidaridad en cuanto a la denuncia de los excesos y perjuicios ocasionados por la Compañía. Los nobles de Venezuela, que eran al mismo tiempo los más poderosos terratenientes, sentíanse afectados por los privilegios que la Corona había otorgado a la Compañía, y los pequeños agricultores, los artesanos, los comerciantes y la masa consumidora en general, sentíanse aún más lastimados por el monopolio que les obligaba a aceptar precios ruines por el cacao y otros frutos de la tierra, y a pagarlos muy elevados por los artículos europeos. Pueblo y nobleza se encontraban, por consiguiente, necesariamente unidos en la lucha contra la Compañía. Pero cuando llegó el momento de enfrentarse a las propias órdenes del rey, esto es, de convertirse francamente en insurrectos, los nobles y demás principales desaparecieron del primer plano de la escena, aunque continuaron moviéndose entre bastidores, pues no entregaron a León al rigor de las autoridades ni le abandonaron del todo, sino que le dieron su ayuda para que escapase, y el indulto que más tarde le dispensó el rey se debió seguramente al respaldo que había tenido, y fue una especie de política para no agraviar más a la nobleza criolla, ya bastante disgustada por el restablecimiento de la Compañía en sus fueros principales.

Este movimiento, como ya hemos indicado, es un caso ejemplar del papel determinante que juega la economía en la historia de los pueblos. Juan Francisco León fue un mero accidente. La Provincia sentía la necesidad de pronunciarse contra la Compañía, y hervía en odio contra los factores de esta y sus empleados. Solo hacía falta una persona que se decidiese a ponerle el cascabel al gato. Las gentes principales de Caracas, no queriendo exponerse, se dieron a la tarea de

buscar a alguien que aceptase la responsabilidad. ¿Por qué escogieron a León? Ignoramos las circunstancias que concurrieron para hacerle jefe de esta aventura, y sería cosa de mucho interés averiguarlo. Un hecho cierto es que hubo poca iniciativa de su parte para asumir la dirección, pues uno de los prisioneros que le fueron tomados en la segunda fase del movimiento, al comparecer ante los jueces, declaró que ni él ni León tuvieron la culpa del levantamiento; “la causa son las muchas cartas que los más de los días recibía el dicho León de Caracas”. Quizás el incidente de Panaquire dio la coyuntura que no encontró San Javier en 1745 para complicar a las clases bajas de la población y a los canarios.

## LA INSURRECCIÓN

Juan Francisco León desempeñaba el cargo de teniente cabo de guerra y juez de Comisas en el pueblo de Panaquire. Fue destituido, aparentemente sin motivo, y en su lugar el gobernador Luis Francisco Castellanos designó al vizcaíno Martín de Echeverría, quien se presentó el 2 de abril de 1749 con una patrulla de doce hombres a tomar posesión del distrito. Los pobladores de Panaquire se opusieron a que León entregase el cargo, pues temían los excesos de aquellos. Viendo el recibimiento hostil que se le hacía, Echeverría se retiró. León escribió al gobernador pidiéndole nombrase a otra persona que no tuviese nexos con la Compañía, y continuó en el desempeño de sus funciones en espera de nuevas órdenes<sup>8</sup>.

No tardó León en marchar sobre Caracas acompañado por una gran muchedumbre compuesta de pobladores de Panaquire, Caucagua, Guatire, Guarenas y otros pueblos. El 19 de abril llegó a Chacao, desde donde escribió, con fecha 20 de abril, al gobernador exponiéndole, “en nombre y representación de la nobleza y la plebe”, las pretensiones que lo llevaban.

---

8 Carta de Juan Francisco León de fecha 3 de abril de 1749. *Expediente de la insurrección de Juan Francisco León*, t. I, f. 5v. ANC.

El poder que se abrogaba León de actuar en calidad de representante de todas las clases sociales de la Provincia aparece reconocido en los mismos documentos oficiales, y en uno de los autos librados por el gobernador se lee: “Vista esta representación que hace el capitán don Juan Francisco León, *en nombre de la nobleza y plebe de esta ciudad*”. *Ibidem*, f. 3.

El intento directo —dice— es la destrucción total de la Compañía Guipuzcoana, se entiende no solamente privar las mercaderías o factoría de la gente vizcaína, sino también el que no ejerzan estos los empleos de tenientes o ministros de justicia que actualmente ejercen, no tan solamente con privación, sino que en toda la Provincia no ha de quedar de esta raza persona alguna, que todas se han de embarcar en el primer vaje o nao que se hallare en la bahía y en defecto se aprontará, a costa de dicha gente vizcaína, nao para el asunto.

Pide que se embarque a Juan Martín de Olayón por haber sido “ministril o sirviente de la Compañía”, y que no se acepten las naves guipuzcoanas cuyo arribo se esperaba, y que en adelante solo debían recibirse las que viniesen con registro de España en la forma anteriormente usada<sup>9</sup>.

Ya nadie se paraba en el primer objeto del levantamiento. El fin a que entonces se aspiraba se hallaba muy lejos de ser la humilde solicitud de que se nombrase a persona grata para desempeñar un cargo sin relieve en un apartado pueblecito del interior de Venezuela. Se pedía con claridad y energía la vuelta a la política comercial de antes de 1728. Una insignificante discordia local habíase convertido en una causa nacional.

León recibió una delegación del cabildo compuesta por Juan Nicolás de Ponte y Solórzano, alcalde ordinario, José Felipe de Arteaga, José Miguel Jelder y Juan Tomás Ibarra, regidores, y Francisco de Tovar y Blanco, procurador general, acompañados de algunos vecinos principales, del teniente general Lorenzo Ponte y Villegas y del marqués de Mijares, con instrucciones de averiguar los motivos de la presencia de León y de su gente. León les respondió que al día siguiente haría su entrada en la capital; ya muy próximo a esta, el gobernador le envió otra delegación formada por un canónigo de la catedral y dos capuchinos, quienes obtuvieron del caudillo la promesa de que se situaría en la plaza de Candelaria a esperar el resultado de sus representaciones; sin embargo, temeroso de que el gobernador huyese, avanzó hasta la plaza principal de Caracas frente al palacio Arzobispal, en donde se situó en la tarde del mismo 20 de abril. Desde allí, acuartelada su gente, dirigió el proceso que siguió.

---

9 Carta de Juan Francisco León, fechada en Chacao, a 20 de abril de 1749. *Ibíd.*, f. 7.

León dio al gobernador seguridades de su obediencia al rey y de que solo deseaba la expulsión de los vizcaínos por medios pacíficos, con lo que logró que aquel permaneciese en la capital. El gobernador le nombró un abogado, José Pablo de Arenas, para que tramitase su asunto; y por medio de este, León solicitó se convocase el Cabildo de Caracas para que certificara si el comercio y residencia de la Compañía había sido conveniente y útil o gravoso y perjudicial al real patrimonio en los dieciocho años que llevaba en la Provincia. Debía llamarse a dar su parecer a todas las personas nobles y ancianas de la ciudad.

El gobernador, asustado, convino o aparentó convenir en todos los puntos de la demanda. Aprontó naves para embarcar al factor principal, dependientes y domésticos de la Compañía, y aun a otros particulares vizcaínos y navarros que no pertenecían a aquella; dio órdenes para que los tenientes justicias cesaran en sus empleos y se reintegraran a sus labranzas, y autorizó la convocatoria del cabildo, materia esta sobre la cual insistió León, pues con ello buscaba un apoyo jurídico al movimiento, a la vez que un respaldo más eficiente y numeroso. León hizo también activas gestiones para que todos los cabildos de la Provincia se reunieran y se pronunciaran en contra de la Compañía; para lograr este propósito, despachó emisarios a todas las ciudades del interior. Como viera que el gobernador había decretado la expulsión de todos los vizcaínos, pertenecieran o no a la Compañía (esto, conforme a lo que él le había pedido), rectificó su anterior solicitud para que no se expulsase a los particulares, o sea a los que trabajaban independientemente.

El Ayuntamiento se reunió en cabildo abierto el 22 bajo la presidencia de los alcaldes Miguel Blanco Uribe y Nicolás de Ponte, con asistencia de noventa y siete personas, entre quienes se hallaban los marqueses de Mijares, de Torre Casa, del Valle de Santiago y del Toro; varios miembros de las distinguidas familias Solórzano, Tovar, Ibarra, Jelder, Herrera y otros; en general todas las personas notables de Caracas se encontraban allí, y unánimemente suscribieron el acuerdo por el cual se indicaban como los principales perjuicios ocasionados por la Compañía, el tener a la Provincia con escasez constante de ropas, frutos y efectos de España; el elevado precio a que vendía estos; le exigua extracción de cacao y de tabaco y la ninguna de corambre, productos estos de los cuales había gran abundancia, pues —dice el acta— la cosecha anual de cacao excede de 80.000 fanegas, y en cuanto al tabaco y la corambre, producía grandes cantidades la provincia como lo demostraban:

...las excesivas porciones que de uno y otro han sacado, durante la guerra, las ochenta balandras extranjeras que, con motivo de la necesidad de dicho bastimento de pan, vino y aceite, y de la de pertrechos y municiones de guerra, se recibieron y permitieron descargar estos y otros varios efectos en los puertos de La Guaira y Cabello, por los años pasados de mil septicientos y cuarenta y tres, hasta mayo de mil septicientos cuarenta y siete.

El cabildo hizo también responsable a la Compañía por la baja de precios del cacao que, de 22 pesos que valía la fanega para el tiempo de su establecimiento, había llegado al ínfimo de 8 pesos<sup>10</sup>.

Una vez obtenida esta manifestación del cabildo, León expuso al gobernador que todo cuanto había ejecutado lo había hecho en “nombre del común” que a ello le había movido, y le pidió declaración pública de que en sus gestiones no había habido acción particular que pudiera calificarse de conspiración, rebelión “ni otro semejante exceso”; y encontrándose dispuesto a retirarse con su gente, puesto que consideraba cumplido ya el objeto que lo condujera a Caracas, pidióle librase providencia para que nadie sufriera molestias.

Ya se había reintegrado León a sus labores, cuando tuvo noticias de que en la noche del 2 de mayo el gobernador Castellanos, faltando a su palabra de permanecer en la capital, se había fugado a La Guaira. Esto planteaba a León, y muy principalmente a la Provincia, una situación difícil, pues corría el riesgo de aparecer a los ojos de la metrópoli como en rebeldía contra la autoridad de España. León se trasladó a Caracas y siguió a La Guaira en donde visitó al gobernador, obteniendo nuevas promesas acerca de la expulsión de la Compañía; hizo además que resolviera algunas peticiones sobre el rendimiento que la Compañía había producido al Real Tesoro, la publicación en los puertos de La Guaira y Puerto Cabello del bando de Caracas y la entrega de copias de los informes de todas las factorías<sup>11</sup>.

El gobernador se dirigió al Ayuntamiento en demanda de un informe de la *admirable* conducta que como primera autoridad había asumido durante los

---

10 Acta de la sesión del Cabildo de Caracas.

11 Aristides Rojas, *Orígenes venezolanos*, Caracas, 1891, p. 255.

sucesos del 19 al 22 de abril, y el cabildo, sin medir la importancia de este paso ni sospechar del empleo que se le daría a la certificación, convino en dársela. Ya en sus manos el documento Castellanos envió una carta al rey describiéndole lo sucedido como una sublevación de la Provincia, y solicitó el envío de ayuda inmediata para sofocar la revuelta.

Viendo León que pasaban los meses y la Compañía continuaba en pie, acudió de nuevo al empleo de la coacción y marchó sobre Caracas con un ejército de más de 8.000 hombres<sup>12</sup>, acampando en la ciudad el 1º de agosto. Siguió a La Guaira y puso sitio al gobernador con el propósito de rendirlo y deponerlo. Para evitar un rompimiento, varios notables de Caracas, entre ellos algunos clérigos, bajaron al puerto y mediaron entre el gobernador y León; este tuvo que conformarse con nuevas promesas de Castellanos, que simuló plegarse a la voluntad de aquel, y remitió a Macuto a todos los factores y empleados de la Compañía que se encontraban en La Guaira, con la supuesta orden de abandonar cuanto antes la costa venezolana. León dispersó su ejército el 7 de agosto y regresó a Panaquire.

## **POLÍTICA PACIFICADORA DE ARRIAGA Y REFORMAS ECONÓMICAS PEDIDAS POR LEÓN**

El 1º de septiembre del mismo año llegó a La Guaira el oidor de la Real Audiencia de Santo Domingo, doctor Francisco Galindo Quiñones, con el encargo de pacificar a Venezuela. León obtuvo que le oyese en juicio; y en el proceso que se abrió presentó testimonios de los atentados cometidos por la Compañía, sus abusos y perjuicios ocasionados al país. Para esto acudió a los informes de los ayuntamientos, de las comunidades religiosas y de los hombres más respetables de la Provincia, y al propio tiempo trató de defenderse de los cargos que pudieran hacersele como jefe de la revuelta<sup>13</sup>.

Seguía su curso este proceso, cuando llegó en noviembre el jefe de escuadra Julián de Arriaga y Rivero, en reemplazo de Castellanos, acompañado de un ejército de 1.500 hombres de fuerza veterana y un piquete de caballería. Arriaga traía

---

12 Arístides Rojas, (ibídem, p. 257) dice que eran 9.000 hombres; pero en el expediente, que hemos revisado, solo declara León que eran “más de 8.000”.

13 Ibídem, p. 260.

poderes para actuar de la manera que estimase conveniente; después de estudiar la situación, juzgó lo más prudente conceder un indulto general, pues toda la Provincia parecía culpable, y prometió contribuir al alivio de la agricultura y del comercio. De este modo los pobladores se tranquilizaron y quedaron en espera de que el rey decidiese la suerte de la Compañía. León, que se había acogido al indulto, insistía en la necesidad de suprimirla y continuó exigiendo el cumplimiento de cuanto se le había prometido. En enero de 1750 dirigió a Arriaga una representación que constituye en sí el programa de política económica que inspiró el movimiento. Debido al interés de este documento, y para mayor claridad, presentamos numeradas sus partes esenciales. Las demandas de León, aspiración de toda la Provincia, eran las siguientes:

1. Que se permita la fluctuación de precios de acuerdo con la oferta y la demanda.
2. Libertad para conducir el cacao desde los campos donde se producía a cualquiera de los puertos de salida.
3. Libertad para venderlo al mejor postor.
4. Libertad para conducirlo a los puertos del reino, principalmente a Veracruz, y ampliación del cupo fijado para los embarques a México;
5. Reforma del “mal inventado Padrón por el cual se repartía en tiempo de dicha Compañía la tercera parte de los buques (bodegas) de cada vajel de Nueva España entre todos los cosecheros de la Provincia”. La tercia parte debía darse por entero a los cosecheros, y han de ser estos “los que única o principalmente deben comerciar este fruto”. Esto es, pedía la exclusión del intermediario, del comerciante de la ciudad. Debía borrarse:

...el repartimiento por Padrón, pues si esto a la primera vista parece que iguala a todos los cosecheros, distribuyendo a cada uno una muy diminuta porcioncilla según los árboles que tiene, con todo, en la realidad, los desiguala a todos, pues siendo cierto que son muchos más los que en toda la Provincia, porque ignoran las ocasiones o por faltarles comodidad según las distancias de los lugares, dejan de embarcar el cacao que los que lo embarcan, y aun a los mismos que embarcan el cacao desiguala este Padrón, pues siendo así que no en todas ocasiones pueden todos embarcar, sucede que el que dejó de hacerlo alguna vez no puede en otra



suplir aquella falta ni recuperar el logro perdido, porque en cada ocasión no puede embarcar más que aquello que en ella se le reparte...

6. Eliminación del impuesto de un peso por cada carga de cacao que se conducía de tierra adentro, pues el rey no quería que se impusiera ningún gravamen sobre el cacao, como se deducía “de una Real cédula en que desaprobó una gabela de cuatro reales que un señor gobernador había impuesto contra dichos cosecheros para la fábrica de un muelle en La Guaira”.

7. Que no se haga excepción de género o fruto que no se pueda comprar o permutar por plata o frutos u otros efectos según convenga a los contratantes.

8. Libertad de navegación. León se pronuncia contra el reglamento relativo a la salida de naves para Veracruz y pide se reciban lícitamente todos cuantos lleguen, y la mercadería que traigan, se reparta entre los “vecinos”; y que solamente la que estos no quieran o no puedan comprar se venda “a otros extraños”<sup>14</sup>.

9. Abolición de las restricciones que pesaban sobre el tabaco.

10. Que se haga efectivo el cumplimiento de la prohibición, para los funcionarios que administran justicia, de ejercer el comercio, y que nadie sea obligado a comprar lo que otros le quieran vender, “sino que libremente compre o venda lo que quisiere, pues el comercio es libre y solo tiene fuerza de obligación después de celebrado con libertad de contrato”.

11. Que se coarte e impida “como por reales órdenes se manda, la saca del aguardiente de caña, pues esta trae los perjuicios de aumentar mucho el precio del dulce”, y por distraer en un ejercicio inútil a muchas personas.

12. Para solucionar el problema del comercio clandestino con los extranjeros, propone se introduzcan por la vía lícita todos los géneros indispensables, pues la Compañía no había traído en ningún tiempo la cantidad necesaria, sino una décima parte, y ella misma había ejercido el contrabando.

13. Indemnización por los daños causados. Finaliza esta interesante exposición con una larga requisitoria contra la Compañía; y después de hacer

---

<sup>14</sup> Nótese la diferenciación entre *vecinos*, individuos propios del lugar, y *extraños*, todos los que no lo eran; indicio muy expresivo del naciente nacionalismo.

reseña de los perjuicios que había ocasionado, concluye pidiendo que se le obligue a restituir a la Provincia “todo aquello que por su causa ha perdido y dejado de aprovechar en el precio del cacao, en los embarques de este fruto y en las compras de los efectos que han venido de fuera”<sup>15</sup>.

## FINAL DE LA REVUELTA

Desgraciadamente la política pacificadora de Arriaga quedó interrumpida con la llegada, a comienzos de 1751, del brigadier Felipe Ricardos, quien trajo órdenes para el restablecimiento de la Compañía y el castigo de los responsables de la revuelta de 1749. Arriaga pasó a ocupar el cargo de ministro de Marina y de Indias en el gabinete español. El nuevo gobernador puso en ejecución medidas de carácter represivo extremadamente severas, redujo a prisión a gran número de personas y emprendió la persecución de León y de todos aquellos que le prestaron ayuda.

A este desafío León respondió con las armas. Al primer período del movimiento, caracterizado por una actitud pacífica, aunque amenazante, del pueblo venezolano frente a las autoridades españolas, sucedió un segundo período de violencias y luchas armadas que asumió el aspecto de una verdadera insurrección, pues no se trataba ya de una lucha dirigida contra la Compañía, sino de resistencia a las órdenes de los poderes políticos centrales. Los revolucionarios de Barlovento, de los valles de Aragua y de la costa se pusieron de acuerdo y acudieron con armas a la llamada de León. El primer choque sangriento se produjo en Caucagua entre las tropas del gobierno y un grupo destacado por León al mando de su hijo Nicolás, quien logró entrar en Caucagua el 15 de agosto, pero fue obligado a retirarse el 20 del mismo mes. Se produjeron movimientos de León en Maracay, Cagua, Guacara, San Diego y Los Guayos, pero las medidas adoptadas por el gobierno impidieron los disturbios. Según se dijo entonces, “un caballero de los Llanos había escrito a Juan Francisco León que midiese almud y medio de maíz y los contase, que tantos hombres como granos tendrá en su favor”<sup>16</sup>. En todas

---

15 Expediente de la insurrección de *Juan Francisco León*, t. I, f. 119 ANC.

16 Confesión de Mathías de Oballe, 5 de enero de 1752. *Expediente de la insurrección de Juan Francisco León*, t. II, f. 228. ANC.

partes de la Provincia se manifestaron tendencias a incorporarse a las fuerzas revolucionarias, y se produjeron también levantamientos en los pueblos de indios.

Mal podían combatir grupos mal armados de hombres sin ninguna o, por lo menos, con muy escasa disciplina, contra un ejército de tropa veterana bien provisto de armas. La derrota de León era inevitable, y este se vio precisado a huir con el vano intento de colocarse fuera del alcance de las autoridades españolas. Ricardos obró con suma violencia e impuso el terror entre los pobladores, llenó las cárceles, pasó por las armas a muchos de los comprometidos, desterró aun a los venezolanos que habían servido a España en 1743 durante el combate de La Guaira contra los ingleses, y puso a precio por miles de pesos la persona del capitán León, y el doble por su cabeza<sup>17</sup>. Acosado, León se entregó, y el 9 de febrero de 1752 rindió declaración en la sala capitular. Su casa fue arrasada y sembrada de sal. Tanto él como su hijo fueron enviados a España bajo condena, pero más tarde el rey convino en devolverles la libertad bajo condición de alistarse en el ejército que se dirigía a combatir en las colonias españolas del África. En las acciones que se libraron ambos se distinguieron, alcanzando su hijo Nicolás el título de señor de Capaya. León murió en la Península, libre y en pleno goce de sus derechos. Nicolás regresó a Venezuela y entró en posesión de los bienes que le habían sido embargados a su padre.

## **AYUDA DE LA PROVINCIA Y ARMAS DE LOS HOLANDESES PARA LEÓN**

¿Con qué dinero, con qué medios sostuvo y armó León a sus hombres?

Tan pronto como llegó a Caracas con su ejército, las personas acomodadas crearon un bolso, y se organizaron comisiones que recolectaron entre los comerciantes, los artesanos y demás gente, recursos suficientes para atender a las necesidades del momento. Una parte de estos fondos fue destinada a costear el viaje a España, por vía de La Habana, del yerno de León, Juan Álvarez de Ávila, quien en unión de otros venezolanos debía solicitar del monarca la abolición de la Guipuzcoana<sup>18</sup>.

---

17 Arístides Rojas, op. cit, p. 263.

18 *Ibidem*, p. 255.

Pero el movimiento de León no se desarrolló con los únicos recursos de la Provincia. Las declaraciones de los testigos y de los amigos del caudillo, que figuran en el expediente, ponen en claro que las armas las obtuvieron los insurgentes de manos de los holandeses, que se las dieron a cambio de cacao, y que proporcionaron navíos para facilitar la fuga a Curazao de gran número de personas comprometidas. Toda la cosecha del valle del Tuy fue invertida en la compra de armas. La ayuda holandesa no se limitó a proporcionar el armamento. Una pequeña flota de once naves bien artilladas, integrada por nueve balandras de 18 cañones y dos naves de 33 y 36 piezas respectivamente, prestó apoyo desde el mar a los revolucionarios, y mantuvo bien vigilada la costa. Varias piraguas que iban a La Guaira fueron apresadas en la boca del Tuy por algunas unidades de esa flota.

En la lista de los comprometidos figura un gran número de isleños, que se distinguieron como los más diligentes propagandistas. Debe señalarse que los isleños se ocupaban sobre todo de la agricultura, por lo que no debe extrañar que fueran enemigos tan encarnizados de la Guipuzcoana.

En el juicio resultaron comprometidos también algunos militares. El grueso de la tropa era de negros, mulatos e indios. La labor de agitación realizada por los organizadores del movimiento se hizo alrededor de la consigna de expulsión de la Compañía, que interesaba en primer término a los agricultores; pero se trató además de mover a otros sectores, no ya del campo, sino de la ciudad, que, según parece, eran reacios a formar parte de los revolucionarios y aun se oponían al plan; tal se deduce de la declaración de uno de los testigos:

...para obligarles más a los que viven de sastres, zapateros y barberos y otros oficios mecánicos que hacían resistencia a la congregación y venida, les persuadía (León) que aunque no tuviesen haciendas de cacao ni sembrasen tabaco, expulsada la Compañía gozarían de mayores beneficios en la compra de sus géneros y la estimación de sus trabajos, pues al barbero que le daban medio real por cada barba, le darían dos, porque habría más dinero, y a este respecto los demás oficios<sup>19</sup>.

Algunas de las declaraciones tomadas a testigos y prisioneros dejan comprender la complicidad del marqués de Mijares y del conde de San Javier, pero esto

---

19 Confesión de Mathías de Oballe, op. cit.

no llegó a comprobarse, o bien lo silenciaron las mismas autoridades españolas. Sin embargo, no hay fundamento para dudar que fuera cierto, pues vistos los antecedentes de la revolución y sus motivos, era de esperarse que estos dos nobles figurasen entre sus promotores y sostenedores económicos.

## **REPRESENTACIÓN DEL ALFÉREZ QUINTERO DE TOLEDO**

En febrero de 1750, el alférez Juan Quintero de Toledo, morador del pueblo de San José de Cagua, en representación y con poder otorgado por los vecinos de esa villa, expuso ante el gobernador que con motivo del “clamor de la justicia” (la marcha de León sobre Caracas) vinieron las gentes de dichos valles a las cercanías de esta ciudad, de donde destinaron personas que compareciesen ante el gobernador a representar así los agravios que de la Compañía y sus factores habían recibido, como los que les habían causado los tenientes justicias nombrados a contentamiento de los guipuzcoanos. Acompañó al exponente el sargento mayor Lorenzo de Córdoba. Arriaga los recibió y les prometió poner remedio a los males denunciados.

Con respecto a la conducta de los tenientes justicias, expusieron que estos habían estancado a su favor el comercio en los valles de Aragua. Todo el que compraba una res vacuna debía pagar a dichos tenientes un real, gabela injusta e ilegítima que pasaba de uno a otro funcionario cuando se sucedían en el cargo. A los vecinos, fueran pobres o ricos, les era difícil emplear ningún arbitrio para incrementar sus negocios, pues si escogían el comercio del aguardiente y otros licores de las islas Canarias cuya introducción estaba permitida, los tenientes se les adelantaban y ponían en las pulperías de sus pueblos el aguardiente que ellos compraban por sus propios medios, obligando al pulpero a recibirlo al precio de dos pesos por cada frasco, que debía pagar al contado, y a su vez prohibiendo a los vecinos venderlo al por mayor, contraviniendo así lo dispuesto en las leyes de Indias, que ordenaba a los jueces y especialmente a los corregidores de los pueblos de indios mantenerse alejados de todo comercio por sí o por terceras personas. No obstante encontrarse violando estas disposiciones, no temían ser reprendidos por los superiores, pues contaban con el auxilio de los factores y aun eran parientes de estos los que cometían tal desafuero.

Ningún vecino, fuera criador de ganado mayor en gran número o tuviese en su estancia solo unos cuantos animales, podía pasar a venderlos a la región de la

costa sin antes pagar al teniente cinco pesos por la licencia de salida; el teniente del lugar de destino cobraba por la entrada 18 reales, todo fuera del derecho de alcabala y el de corral, de lo que resultaban tan crecidos costos e impuestos, que el criador salía perdiendo en la venta.

Componiéndose la población de los valles de Aragua de personas pobres e infelices, como eran mulatos, negros e indios, que por suma pobreza se sujetaban a ganar un salario de 2 pesos por semana, irrisoria cantidad que ni siquiera recibían en plata sino en papelón, maíz, jabón, velas y algunos géneros comestibles, procuraban, para convertirlos en plata, conducirlos a otros parajes donde escaseaban. El teniente del lugar les quitaba un real por extenderles licencia de salida; y una vez que llegaban a la costa, debían presentarse ante su teniente, quien compulsaba los documentos para cerciorarse de que no habían vendido nada en el trayecto, y luego apremiaba al conductor para que le vendiera los efectos a él mismo o a su pulpero, asignándole precios a su voluntad sin que aquel tuviese libertad para vender a quien le conviniese ni de dar su mercadería a algún pariente, por ser un estanco general el que pesaba sobre el vecindario,

con tanta crueldad que el que por descuido no sacaba la licencia, se le descaminaban los mismos frutos de la tierra, de cuyos hechos solo se oían los clamores de dichas gentes, por verse todos estrechados, destruidos y consumidos a causa de los dichos tenientes, teniendo sufrimiento en fuerza de la lealtad.

Los mercaderes que ordinariamente llevaban mercadería de Caracas para venderla en aquellos valles, eran obligados por el teniente a pagarle 15 pesos mensuales, cualquiera que fuese la cantidad de mercadería que condujesen, pues de otra manera se exponían a que les fueran decomisadas, aunque portasen licencia del gobierno superior.

Todo esto redundaba en perjuicio para los pueblos de indios, pues, constreñidos como se hallaban a comprar en las tiendas de los tenientes justicias a precios excesivos,

pudiéndose vestir con ocho reales no lograban hacerlo ni con dos pesos, por cuya consideración tenía prevenido S. M., por las leyes de Indias, no se establecieran tiendas en los pueblos de indios por los graves daños y perjuicios que les hacía la malicia de los mercaderes, no siendo de menor

atención los otros daños que contra los dichos miserables indios se verificaban por haberles tenido prohibido no poder comerciar con ganados mayores ni permitirles que, para alivio de sus mujeres e hijos, pudiesen comprar una res y matarla, solo porque como el indio no puede ni debe pagar derecho alguno, perdía el teniente la gabela.

Además, por las cosechas no se les pagaba sino la mitad del legítimo precio.

En vista de los referidos agravios experimentados por aquel vecindario y expuestos por el sargento mayor, ordenó el gobernador a los tenientes de La Victoria y Turmero que por ningún pretexto llevasen el real que hasta entonces se hacían pagar de todo vecino que mataba alguna res para su consumo y que, por las guías que daban para la conducción de puntas de ganado a la costa, no cobrasen 5 pesos sino 1 cuando aquellas no excediesen de 50 cabezas, y 12 reales pasando de 60. En cuanto a los mercaderes que saliesen de Caracas a vender mercaderías a aquellos valles, no se les debía cobrar ningún nuevo derecho por el establecimiento de su tienda, pues estas gabelas iban contra el consumidor. Mandó también el gobernador que en cada pueblo se estableciese una pulpería de “vendeje” cuyo pulpero no pagase nada por licencia del teniente y estuviese obligado, sin tener en su pulpería cosa alguna de aquel, a recibir de todo vecino los comestibles que le llevase para su venta, cobrándose el pulpero una comisión proporcionada, según el tanto por ciento acostumbrado.

Restaba ahora exponer “los considerables perjuicios que la referida Compañía Guipuzcoana ha causado en aquellos valles en todo el tiempo de su existencia”. Esta parte de la exposición estuvo a cargo de Quintero, quien dijo que, estando obligado la Compañía a comprar todos los frutos de la Provincia, el tabaco lo había despreciado en tal forma, que no solo no lo había pagado a los precios regulares, sino que, dándolo por malo con el auxilio de un reconocedor que le era parcial, se negaba a recibirlo, y cuando lo aceptaba, pagábalo “en ínfimo precio, dando en cambio sus efectos por el más alto y subido y en aquellos que quería y no de los que el vendedor necesitaba”. La arbitrariedad llegaba a tal punto que, el tabaco dado por malo era arrojado al mar sin que el propietario tuviese libertad para impedirlo, ya que de pretenderlo se exponía a sufrir agravios contra su persona, por el absoluto y despótico poder que tenían los factores. A consecuencia de este método, los mercaderes y los labradores se mostraron recelosos tanto de la compra como de la siembra; y de este modo gran parte de los cultivos, fueron abandonados.

Quintero solicitó del gobernador obligase a la Compañía a recibir todo el tabaco que le llevasen a sus factorías, pagándolo al precio corriente, y que los efectos y géneros que diesen en pago fuesen tasados a un precio moderado y sin obligar al comprador a llevar los géneros que los factores quisieran darle, sino los que más le conviniesen. Para evitar el fraude en el reconocimiento del tabaco, pidió Quintero se dejase a cargo de una o dos personas nombradas por la Provincia y otras tantas designadas por la Compañía. Esta Junta debería juzgar la calidad del tabaco y fijar su precio de acuerdo con la distancia desde donde hubiera sido llevado; practicado el reconocimiento, solamente se debía rechazar el de mala calidad, pero de él podría disponer su dueño, a quien se le devolvería, y no arrojarlo al mar como antes se efectuaba.

Arriaga no autorizó la formación de esta Junta, pero ordenó a los factores de San Felipe y Puerto Cabello pagar el tabaco a los precios corrientes y devolver a sus dueños el que por falta de calidad o por no convenirse en sus precios no admitieran; no debían subir los precios de los géneros que diesen a cambio por encima del arancel establecido, ni obligar a nadie a tomar el que quisiesen los factores, pues a este respecto debía existir absoluta libertad<sup>20</sup>.

## **EFFECTOS DEL MONOPOLIO SOBRE LA REAL HACIENDA**

En la representación del alférez Juan Quintero de Toledo se encuentran explicadas las principales causas que movieron a la Provincia a pronunciarse contra la Compañía y a enfrentarse a los mismos ejércitos del rey. Tiene importancia este documento porque descubre los motivos de fricción entre los monopolistas y la masa misma: labradores, criadores, arrieros, pequeños propietarios del campo, indígenas, bodegueros, etcétera. Se presenta allí a la Compañía en sus relaciones directas con el pueblo y los agravios que este recibía.

El otro aspecto, el de las relaciones entre la Compañía y los grandes propietarios, ha quedado expuesto a través de otros documentos de los cuales nos hemos ocupado al referirnos al discutido derecho al tercio de buque que los cosecheros

---

20 Autos y diligencias de la representación del alférez don Juan Quintero de Toledo, proveído en Caracas a 20 de febrero de 1750. Colección de Documentos *Diversos*, t. XVII, ff. 251-270. ANC.



pretendían tener, las tentativas de la Compañía por apoderarse del comercio con Veracruz y la obstinación de los cosecheros en defenderlo para sí; en general, ha sido expresado en todos los incidentes del comercio de cacao y de tabaco. Pero falta examinar de qué manera se reflejó el ejercicio de la Compañía sobre la Real Hacienda durante los primeros veinte años.

Uno de los primeros pasos de León fue el de pedir certificaciones oficiales sobre diversos aspectos de la administración pública, con el objeto de demostrar que la Compañía había sido perjudicial tanto a la Provincia como al Real Tesoro. Esas certificaciones demostraron, como ya vimos, las escasas exportaciones a España efectuadas por la Compañía y su ruinoso política de precios.

La poca extracción de cacao y la baja de los precios afectaban directamente a la Real Hacienda, ya que proporcionalmente mermaban las rentas de almojarifazgo, alcabala, Armada de Barlovento y antigua armadilla. De ahí que el cuadro de ingresos, presente, como el de las exportaciones, muchos y profundos desniveles. En el año de 1730, en que se estableció la Compañía, entraron a las reales cajas 98.917 pesos. En los siete años siguientes, los ingresos aumentaron, pero en 1738 descendieron por debajo del nivel anterior, y aunque experimentan nueva reacción, vuelven a caer en forma alarmante: en 1741 apenas llegan a 62.028 pesos; comienzan a reponerse con dificultad y lentitud y en el período 1745-1747 alcanzan un límite superior al que habían logrado en años anteriores. El período de depresión podría atribuirse a los efectos de la llamada guerra de la pragmática contra Inglaterra y Austria, iniciada en 1739 y concluida con la paz de Aquisgrán en 1748; pero no deja de llamar la atención que los ingresos hubieran subido precisamente durante los tres últimos años del conflicto. Como esos años corresponden a los de más baja exportación a España y aumento de los embarques a México, forzoso es admitir que se debió a este comercio ejercido por los cosecheros de la Provincia, y no al de la metrópoli, a cargo de la Compañía.

El cuadro de las rentas durante los primeros veinte años de permanencia de esta en Venezuela es el siguiente<sup>21</sup>:

---

21 Informe del contador Lorenzo Rosel de Lugo, de acuerdo con los libros *Común y General* a su cargo, a petición del capitán Juan Francisco León. *Insurrección de Juan Francisco León*, t. I, ff. 58-62. ANC.

1730	98.917 pesos
1731	110.096 "
1732	109.109 "
1733	116.591 "
1734	108.581 "
1735	127.637 "
1736	115.392 "
1737	103.421 "
1738	94.877 "
1739	113.250 "
1740	90.123 "
1741	62.028 "
1742	69.818 "
1743	81.727 "
1744	87.737 "
1745	127.816 "
1746	128.506 "
1747	122.786 "
1748	88.931 "
1749	77.349 "

Como podrá apreciarse, la conclusión final no favorece a la Compañía, ni los ingresos fueron tan considerables en los años en que hubo aumento, como los factores decían. El producto de las rentas en los veinte años fue de 2.034.692 pesos; tomando por base el año de 1730, habría sido de 1.978.340 pesos, o sea una diferencia de 56.352, que en definitiva vendría a ser la utilidad que la Compañía había producido a la Real Hacienda durante el largo período de veinte años. Para tan poco provecho, no valía la pena el sacrificio impuesto a la Provincia y el otorgamiento de una concesión que tantas revueltas, litigios y derramamiento de sangre había producido.

Los ingresos, con especificación de cada uno de los ramos, durante los dos últimos años, fueron los siguientes:

Maravedies		
	1748	1749
Almojarifazgo	3.853.454	6.477.107
Alcabala	4.775.757	4.250.383
Armada de Barlovento	3.360.413	2.305.357
Antigua armadilla	4.653.554	2.041.655
Novenos de diezmos	1.293.608	1.813.423
Penas de cámara	188.632	101.699
Venta de oficios	40.800	278.800
Media annata de oficios	1.461.168	468.631
Media annata de embarcaciones	71.101	55.232
Comisos y decomisos	1.103.545	969.597
Papel sellado	191.794	1.380.264
Hacienda de otras cajas	1.924.569	12.852
Tributo de indios	398.684	299.200
Composición de pulperías	594.456	530.672
Multas para la fortificación de La Guaira	43.350	
Mesadas eclesiásticas	27.013	52.276
Multas para la guerra	163.200	
Restituciones a la caja		1.972
<b>Suman</b>	<b>24.145.129</b>	<b>21.039.120</b>
<b>Egresos</b>		<b>25.403.995</b>

También se pagaron por las cajas diversas cantidades no indicadas en los gastos ordinarios, sino por reales cédulas y órdenes. Así, desde 1740 a 1750 se habían sacado 250.655 pesos para sueldos y demás gastos de los trescientos infantes venidos a la Provincia el 7 de abril de 1740; 29.211 pesos en gastos ocasionados por las embarcaciones que llegaron de El Ferrol, guardacostas de Campeche, balandra de la Armada de Barlovento y tartana que vino de Cádiz; 181.772 pesos en gastos de fortificación en La Guaira; 209.728 por gastos de la misma naturaleza en Puerto Cabello; 20.097 enviados al virrey de Santa Fe; 27.979 remitidos al monarca; 17.823 pagados por reales cédulas y libranzas del rey, y 5.828 pesos a diferentes personas por partes que les tocaban de los oficios rematados<sup>22</sup>.

22 Informe del contador Rosel de Lugo, en el expediente levantado por Alejandro Blanco y Villegas, etcétera, op. cit. Colección de Documentos *Diversos*, t. XVII, ff. 185-226. ANC.

Las deudas de las reales cajas eran las siguientes: al cura de La Vega 816 pesos; al de San Diego 1.095; a los de los pueblos de Caucagua y Capaya, 783; al de Petare, 539; al de Valle de la Pascua, 831; al de Baruta, 834; a los de los pueblos de Guacara y Los Guayos, 831; al de San Mateo, 277; al de Cagua, 737; a los de los pueblos de Choroní, Chuao y Cuyagua, 1.247; al de Caraballeda, 311; al de La Victoria, 415; al de Carayaca, 670. A los cien infantes de Cumaná hasta el fin del año 1749 se les debían 140.530 pesos. Al situado de Margarita, 41.650; al gobernador que fue de dicha isla, José Alvear y Velasco, 2.295; al gobernador de la isla de Trinidad, 6.919; a Esteban Liñán y Tera, gobernador que fue de esta isla, 31.905 pesos. Al presidio de Maracaibo, 125.182. A los padres misioneros, 11.200; a los padres capuchinos de Guayana, 21.600; a los padres misioneros de Cumaná, 4.900; a los padres de la Regular Observancia de las Misiones de Píritu, 6.454 pesos. A la fábrica de la catedral de Caracas, 12.000. Al caudal depositado en el marqués del Toro y Agustín de Train, perteneciente a José Domingo Oyarzábal, 5.786; al caudal de Cristóbal Barreda, 7.315; al apoderado de Nicolás Pardo de Lugo, 715; a la Mesa Capitular de la catedral, 1.307; a los bienes de Luis Ramos, 2.600; a los interesados en los caudales traídos de Veracruz, 33.798; y otras varias partidas que suman 126.665 pesos<sup>23</sup>. Resumiendo, esta deuda se dividía así:

	<b>Pesos</b>
A los curas de la Provincia	9.574
Deudas fuera de la Provincia	347.672
A las misiones	44.154
Préstamos tomados	63.551
Al caudal de la contaduría	125.028
A los preceptores de gramática	1.637
<b>Suman</b>	<b>591.602</b>

Esta deuda representaba una cantidad 7.6 veces mayor a los ingresos del último año, que habían sido solo de 77.349 pesos. Quiere decir que las reales cajas se hallaban en completa bancarrota, con escasos ingresos e incapacitadas para

---

23 Ibidem.

cumplir con las obligaciones menudas de la administración. Los directores, en su “Manifiesto”, silenciaron este aspecto desolador del Tesoro. En cambio, las entradas para el año de 1730 alcanzaron a 29.064.270 maravedíes (106.853 pesos), de los cuales habrá que deducir 5.550.301 maravedíes que no provenían propiamente de rentas, sino de la venta de la vacante del ilustrísimo D. Juan José de Escalona y Calatayud, y 68.000 maravedíes producto de la venta de un taller y tres platillos<sup>24</sup>. Quedaban, de todas maneras, líquidos como renta 23.445.979 maravedíes (86.190 pesos); los egresos sumaban 16.463.989 maravedíes (60.529 pesos). Restaba, pues, un remanente de pesos 25.661, y las cajas no tenían deuda alguna. El cuadro fue muy diferente al que siguió después de iniciarse la Compañía.

Agregan los apoderados del Cabildo que la Compañía no solo no había sido útil al real erario, sino que lo había perjudicado con muchos gastos superfluos, como lo demostraba una de las copias certificadas negadas por el gobernador, puesto que los ingresos por comisas ejecutados por la Compañía de Volantes no solo no habían producido el medio millón de pesos anuales que se aseguró al rey, sino que ni siquiera cubrían la mitad del suplemento que la Real Hacienda había hecho para los sueldos de ese cuerpo. También había perjudicado al Tesoro al no sacar las 40.000 fanegas de cacao a que estaba obligada, dejándose así de pagar los derechos de salida de Venezuela y los de entrada en España. En cuanto a los precios, dicen que valiendo en Nueva España 50 y 60 pesos la fanega, se pagaba en Caracas a 7 y 8 pesos, precio impuesto por los factores “con estanco general y arbitrios para que dichos precios no subiesen”, cuando debía valer 20 o 25 pesos la fanega en Caracas de acuerdo con los precios de venta en Veracruz, resultando un desfalco para el erario y un grave desaliento para los productores.

A consecuencia de todo esto, las reales cajas se hallaban en atraso y empeñadas en fuertes cantidades de pesos, sin haber podido pagar durante mucho tiempo ni los situados ni los estipendios de los curas doctrineros, ni otras asignaciones que sobre sí tenían, llegando la falta de caudales a ser tan urgente que en varias ocasiones hasta se habían retenido los sueldos de los ministros de la Real Hacienda, el del contador, como también el del mismo gobernador.

---

24 Ibidem.

En cambio, antes del establecimiento de la Guipuzcoana, las cajas se encontraban en tal holgura que podían cumplir con todas las obligaciones que sobre ellas pesaban<sup>25</sup>.

Los funcionarios que padecían a consecuencia de este atraso se atrevieron muchas veces a manifestar su rencor a la Compañía; y esto se vio, sobre todo, durante el período de la revuelta de León y en los años anteriores. En varios casos de apresamientos de naves por barcos de la Compañía, se observa la resistencia de las autoridades de la Hacienda a reconocerlas como “buenas presas” y la tendencia a considerarlas como pertenecientes al rey, lo que dio origen a dilatados juicios<sup>26</sup>.

## OPINIONES DE ALGUNOS AUTORES SOBRE LA REVUELTA

La revuelta de Juan Francisco León ha sido juzgada de muy distintas maneras por nuestros historiadores. Baralt exalta la intención del movimiento, pero condena a León por no haber sido capaz de aprovecharse mejor de las circunstancias que lo favorecían y conducir el pueblo en efervescencia a un destino más elevado. Dice que León:

parecía hombre mejor para reprimir revoluciones que para hacerlas, según era de profundo su respeto a las autoridades y grande el horror con que veía toda especie de violencias o desacato hecho a la majestad de las leyes y de los tribunales. No carecía ni de valor ni de seso; mas para ser caudillo de un levantamiento popular confió demasiado en la sola justicia de su causa; creyó demasiado en las promesas de los opresores y cometió el error de hacer a estos dispensadores del remedio que pudo poner él mismo con las armas<sup>27</sup>.

---

25 Ibidem, ff. 100-134.

26 Expedientes 1º y 3º sobre apresamiento de dos balandras holandesas en las costas de Cumaná y una en las de Chuao. Colección de Documentos *Compañía Guipuzcoana*, t. II, ff. 1-45 y 233-323. ANC.

27 Rafael María Baralt, *Resumen de la Historia de Venezuela*, desde el descubrimiento hasta el año de 1797, París, 1938, p. 417.

Con todo el respeto que nos merece la palabra de Baralt, no podemos dejar de advertir que es un juicio errado. Podríamos llegar a convenir con él en que León carecía de las condiciones necesarias para erigirse en caudillo de un levantamiento popular, pero ocurre que León no pretendió hacer la revolución, ni era ese el pensamiento de los hombres prominentes de la Provincia que lo estimularon. El movimiento, desde su comienzo, estaba lleno de contradicciones que lo condenaban al fracaso, ya que no se podía ir en contra de la Compañía y al mismo tiempo hacer protestas de fidelidad al rey, puesto que la Compañía estaba en funciones por mandato expreso de la Corona, obligada por compromiso contractual a sostenerla. Emplear la violencia para obtener la anulación de la real cédula de 25 de septiembre de 1728 era atentar contra los poderes absolutos del monarca, quien, en defensa del principio español, de autoridad según el cual las disposiciones reales debían ser obedecidas ciegamente, se creía en la obligación de reprimir cualquier brote de oposición sin importarle la índole de esta ni las causas que la motivaran. No existían razones para confiar en una conducta diferente en esta ocasión, sobre todo gobernando el inflexible Fernando VI, el que dijo un día a su altiva e intrigante madrastra Isabel Farnesio: *Lo que yo determino en mis reinos, no admite consulta de nadie antes de ser ejecutado y obedecido*<sup>28</sup>. En una contradicción semejante a la que se produjo en el levantamiento de 1749 incurrieron los hombres de 1810; pero los auténticos revolucionarios de entonces comprendieron el error y lo resolvieron proclamando la República.

León no habría podido lanzarse al desconocimiento de la autoridad aunque lo hubiese querido, pues los hombres que le prestaron ayuda y lo respaldaron habrían sido los primeros en oponérsele. Todos ellos deseaban la eliminación de la Guipuzcoana, pero evitaban a todo trance colocarse fuera de los términos de la ley y acarrearle disgustos con la metrópoli. De ahí la convocatoria a cabildo abierto, la formación de expediente para demostrar los perjuicios ocasionados por la Compañía a la Provincia y a la Real Hacienda, las repetidas manifestaciones de que no se trataba de una insurrección o asonada ni se buscaba el agravio de la nación y majestad del rey, y el empeño de los letrados en hallar una fórmula que estableciera la legalidad del procedimiento coercitivo que se empleaba. Por

---

28 Antonio Ballesteros Beretta, *Síntesis de Historia de España*, Barcelona, 1936, p. 382.

otra parte, es dudoso que León hubiese podido por sí mismo, y con las armas, poner el remedio que pedía de los gobernantes, ya que el momento no podía ser más inoportuno para tal intento: España se encontraba en paz con sus enemigos exteriores, y su poder y estabilidad interna se acrecía bajo la prudente dirección de los ministros José de Carvajal y su sucesor el marqués de la Ensenada.

Aunque Baralt reconoce que este suceso sirvió para descorrer el velo que encubría las operaciones de la Compañía y produjo otros efectos que favorecieron el comercio y la agricultura, tales como la formación de una junta para la tasa de los frutos y la fijación de los precios a que debían venderse las mercancías europeas, condena duramente a León al decir: “Si hay gloria en combatir la tiranía, en crear resistencias populares que la destruyan, en no envainar la espada cuando una vez se ha sacado contra ella, León no la tuvo”. Rojas<sup>29</sup> refuta este juicio por considerarlo no solo injusto, sino falso, pues Baralt no conoció el desenlace de este drama político.

Arístides Rojas fue el primero en presentar completo el proceso de este movimiento, pues los historiadores que le precedieron no tuvieron noticias de la parte final y hacen diversas conjeturas sobre la suerte que corrió León. Rojas examinó el expediente que se le siguió al cabecilla y pudo, de esta manera, reconstruir totalmente el curso de la revuelta y dar una información exacta de lo ocurrido. Sin embargo, resultan exageradas sus apreciaciones en cuanto a su alcance y significación histórica, pues llega a decir que no fue la expedición de Miranda la precursora de la revolución de 1810, ni tampoco la que dirigieron Gual y España, ni los motines de los indios guajiros al oeste del lago de Maracaibo. Según Rojas, fue León el precursor de la independencia venezolana, y el levantamiento que dirigió, *la cuna de la revolución americana*. Llevado de esta idea, trata de encontrar similitudes de nombres y fechas de los incidentes de uno y otro acontecimiento. De esta manera concluye que el 19 de abril de 1749, día en que León y su ejército llegaron a Chacao, se corresponde con el otro ya famoso 19 de abril de 1810; y establece relación, por los apellidos, entre los hombres que se opusieron a la *tiranía* de la Guipuzcoana con los que actuaron sesenta y dos años más tarde: “Si aquellos, sostenidos por la opinión, llegaron a pedir el extrañamiento de factores vascongados, supieron sus descendientes rechazar al gobernador Emparan, dar

---

29 Arístides Rojas, op. cit., p. 271.



la espalda a las pretensiones de la Junta de Cádiz y echar por tierra la autoridad constituida”<sup>30</sup>.

Rojas incurre en contradicción al referirse a estos sucesos de 1749 y al tratar, en otro capítulo de su obra, sobre los beneficios que aportó la Compañía en el desarrollo de nuestra economía colonial. Este autor atribuye a los guipuzcoanos haber fundado el “principio de una época inmortal”. Con su fecunda imaginación pinta un cuadro aterrador de la Venezuela de antes de 1730, que cambia como por milagro con la llegada de las primeras naves vascongadas. Según él refiere, las producciones de estas ricas zonas eran totalmente ignoradas por España, no había elementos productores ni aliciente alguno para el trabajo. Era este país un nido sombrío de contrabandistas, de aldehyelas dispersas y de hombres sin ninguna cultura, aislados completamente del resto del mundo y perdidos para la civilización. El gobierno de la Península no había soñado siquiera que pudiese ser combatido el contrabando de los holandeses. La costumbre había hecho del crimen una necesidad social, y los pobladores vivían en la más absoluta negligencia. “¿A quiénes debía pertenecer la gloria de destruir semejante estado de atraso? ¿Quiénes debían ser los varones fuertes, los emprendedores esforzados que abrieran para Venezuela el principio de una época venturosa?”. La Compañía Guipuzcoana. Ciertamente que era preciso poseer gran valentía para correr el riesgo de establecerse en una tierra de bandidos y sin riqueza alguna. Pero lo que Rojas no explica es cómo fue posible que con solo los dos primeros cargamentos de cacao la Compañía hiciera una utilidad líquida de 738.570 pesos, o sea una suma igual a la mitad del capital con el que se fundó la empresa. Rojas califica a los pobladores que trataron de oponerse a los guipuzcoanos, de “partidas de hombres ignorantes y corrompidos” que, azuzados como una jauría por los holandeses, cometieron robos y asesinatos. Pero la firme actitud del Gobierno y la protección que este prestó a la Compañía pusieron fin a tantos desmanes con la muerte dada a sus autores; y desde ese instante entró todo en el orden normal y “la Compañía continuó en su grande obra de civilización”. Le atribuye el cultivo del algodón, que es planta indígena; del añil, que crecía silvestre; el comercio de tabaco, que existía desde siglo y medio atrás; el fomento de la cría de ganado, que había llegado a una época de verdadera prosperidad en 1730; y, en fin, la

---

30 Ibidem, p. 242.

fundación de ciudades, el aumento de la población y el bienestar de todos los habitantes. En sus apreciaciones posteriores, Rojas dice, ingenuamente, que para realizar tan vasta transformación de un país arruinado en una nación floreciente, de bandas de facinerosos en una sociedad pacífica en hombres bondadosos amantes del trabajo y respetuosos de la ley, bastaron veinte años<sup>31</sup>.

En efecto, pasan esos veinte años y los hombres que acompañaron a León son entonces dechado de ciudadanos, apoyados en su aventura por nobles con títulos de Castilla y por venerables patricios, que persiguen un ideal patriótico y desinteresado. Habla Rojas de “los días en que un poder tiránico, la Compañía Guipuzcoana, se apodera de la colonia disponiendo de sus productos, de sus rentas y de su gobierno”. Los revolucionarios, lo que piden “es la expulsión de los agiotistas, de los tiranuelos vascongados”. Tales eran las “santas miras de este movimiento”. Si a Rojas le escasearon primero palabras para exaltar los beneficios prestados por la Compañía, en este otro capítulo le faltan para condenarla.

Más consecuente es Gil Fortoul, quien hace una defensa apologética de la Compañía, pero acusa al propio tiempo, y sin disculpas, a León, a los hombres que le siguieron y a cuantos de alguna manera le ayudaron, tildándolos de falsos y ambiciosos. León no fue —dice— sino el instrumento de una oligarquía criolla que pretendía, con la expulsión de los guipuzcoanos, conservar intactos los privilegios que como señores de la tierra y amos de esclavos tenían desde los tiempos de la conquista; privilegios que rara vez emplearon en fomentar la agricultura o el comercio, ni en mejorar la triste condición de las clases menesterosas<sup>32</sup>. Pero no dice en qué ocasión hizo la Compañía algo en servicio de esas clases menesterosas, ni presenta un solo documento en apoyo de su tesis. No

---

31 Ibidem, pp. 172-183.

32 José Gil Fortoul, *Historia Constitucional de Venezuela*, Berlín, 1907, p. 80.

Las cifras que da Gil Fortoul en la p. 76 de su obra, en las que se apoya para hacer una cálida defensa de la Compañía, fueron evidentemente tomadas de una exposición presentada por el factor general de la Compañía en abril de 1768, Contenida en el t. XXXIX, f. 264, de la Colección de Documentos de la Gobernación y Capitanía General de Venezuela, sección *Diversos*, en el Archivo Nacional. De esa misma exposición tomó el dato, que ya nosotros demostramos ser falso, de que a los puertos venezolanos solo llegaron cinco navíos de España en veinte años. Gil Fortoul aceptó, sin examen ni crítica previa, un documento de cuya veracidad era preciso dudar por tratarse de una defensa de parte interesada.

podría hacerlo, ya que fue precisamente la parte baja de la población, campesinos, bodegueros, tenderos, simples trabajadores, los más resueltos enemigos de los guipuzcoanos. Los que él llama oligarcas actuaron las más de las veces tras de bastidores, aunque en otras salieron al frente y no disimularon sus sentimientos de oposición, como tampoco abandonaron “cobardemente en la desgracia” al cabeza de la revuelta, pues el expediente del Cabildo de Caracas contra la Compañía fue levantado en 1750, o sea entre la primera y la segunda insurrección, lo cual equivalía a darle su apoyo; y la misma conducta fue mantenida hasta la total expulsión de la Compañía<sup>33</sup>.

Mijares ve en este movimiento una manifestación del sentido de nacionalidad ya formado y desarrollado. No una aristocracia, sino una burguesía relativamente numerosa, eslabonada desde “el mantuano” de Caracas hasta el tendero y el oficial de milicias de Aragua, aparece entonces como representativa y prueba su capacidad para la acción política gradual. Una verdadera susceptibilidad nacionalista sería la causa inicial de la oposición de nuestra oligarquía a los vizcaínos, y cita en su apoyo la jactancia y el rencor con el que le era enrostrado a estos que la defensa de la Provincia, y especialmente de La Guaira, contra los ingleses, fue obra de las milicias criollas, porque era evidente que todos los de la Compañía huyeron. En el requerimiento de Nicolás de León a uno de sus adeptos, “pues ya ve vuestra merced que nos toca la obligación de defender nuestra patria porque si no la defendemos seremos esclavos de todos ellos”, descubre que el *ellos* se encuentra empleado como expresión de repulsa agresiva, en la cual está ya en evidencia el *nosotros*, la conciencia de la nacionalidad<sup>34</sup>.

---

33 Augusto Mijares, *La interpretación pesimista de la sociología Hispanoamericana*, Caracas, 1938, p. 68.

34 *Ibidem*, p. 72.



— *Capítulo xi* —

RÉGIMEN DE REGULACIÓN DE PRECIOS  
Y TÉRMINO DE LA COMPAÑÍA



## REFORMA DE LA COMPAÑÍA Y CONCESIONES A LA PROVINCIA

En marzo de 1751 le fueron dadas al teniente general Felipe Ricardos, junto con su nombramiento de sucesor de Arriaga, las instrucciones finales sobre la revuelta de Juan Francisco León, que comprendían la detención de este y de Domingo Aguirre, Juan Félix Blanco, Miguel Blanco Uribe, Juan de Ávila, el yerno de León y Juan Nicolás de Ponte. La Compañía debería continuar, pero reducida a las condiciones de la cédula que la creó en 1728. El rey anuló todas las órdenes en contra, ampliaciones o alteraciones hechas por él mismo, su padre, el Consejo de Indias, el gobernador de Caracas o alguna otra autoridad. A los cultivadores, vecinos y nativos de la Provincia, se les garantizó una vez más el derecho de comerciar con Veracruz y otros países permitidos, en barcos con bandera española. El gobernador, para disminuir rozamientos, oiría las disputas entre marineros y armadores para hacer justicia o enviar información, y vigilaría la conducta de los factores a fin de que vendiesen las mercancías tan baratas como fuese posible. El Consejo de la Compañía debía residir en Madrid y no en San Sebastián, como hasta entonces, y se la obligó a asegurar que cada año conduciría a España el cacao suficiente para el consumo. Finalmente, el rey ordenó un cambio más importante. En adelante, un comité formado por el gobernador, un regidor y el factor de la Compañía, debía fijar cada año el precio justo del cacao y otros productos del suelo, de modo que cubriese los gastos de cultivo y diese alguna utilidad al productor<sup>1</sup>.

---

1 Roland Dennis Hussey, *The Caracas Company, 1728-1784*, Cambridge, Harvard University Press, 1934, p. 152.

Estas reformas fueron muy bien recibidas en la Provincia y bastaron para sofocar el descontento. Ricardos pudo escribir poco tiempo después al rey diciéndole que tenía informes de que la satisfacción era sincera, principalmente por la orden para fijar precios con la ayuda de un regidor<sup>2</sup>.

El hecho de que la reforma relativa a la fijación de precios provocara tanta satisfacción, hasta el punto de apaciguar los ánimos, demuestra definitivamente que si algún motivo de descontento existía no era a causa de la molestia que la Compañía producía en el comercio ilícito. Y debe notarse que fueron los funcionarios adictos a la Compañía los que alegaron que la oposición de la Provincia tenía sus causas en el contrabando; pero ni Arriaga ni Ricardos repiten esta versión. Ya en 1750 existía en España misma el convencimiento de que la revuelta había sido provocada por los excesos cometidos por la Compañía, y todos los miembros del Consejo estaban conformes en que era preciso sujetarla para evitar mayores males. Algunos pidieron la supresión absoluta, pero el principio de mantener la autoridad real impidió el triunfo de esta tendencia. Aunque la Compañía no fue suprimida, y la mayoría de sus privilegios sostenidos, de todos modos su “Manifiesto” había fracasado al querer demostrar que había acabado con el contrabando y que solo por esto se la odiaba en Venezuela. Los efectos inmediatos obtenidos por la reforma y los sucesos posteriores confirmaron que la Guipuzcoana había sido la única responsable; y si después hubo continuas discusiones sobre precios, los remedios estaban más a la mano.

A fines de 1752, un cabildo abierto pidió al gobernador participación de los venezolanos en la Compañía. La asamblea de esta, en ese mismo año, convino en admitir a los americanos y se les asignaron 300 acciones de 500 pesos para la Provincia de Caracas y 100 para la de Maracaibo. Los directores dijeron al rey que la Compañía tenía abundancia de capital y que esta oferta era un favor para los coloniales. La asamblea convino también en hacer una revisión de sus jerarquías en Venezuela. En adelante, un director de la corporación permanecería en Caracas, y se designó a Vicente Rivas; factores principales fueron nombrados para La Guaira, Puerto Cabello, San Felipe y Caracas. Todos serían pagados, como hasta entonces, por un fondo común del 5% de ventas y 4% del valor de las compras. De este fondo, el 24% pertenecería al director y una parte igual

---

2 Ibidem, p. 153.



al factor principal de La Guaira. Los factores de Puerto Cabello, Caracas y San Felipe, tornarían respectivamente 20, 18 y 14%. Habría además un contador con un sueldo anual de 2.000 pesos y dos empleados a 1.000 pesos cada uno<sup>3</sup>.

Otras concesiones fueron hechas a la Provincia. En septiembre de 1754 se le aseguró a los vecinos, para sus propios usos, un sexto de bodega en los barcos de la Compañía, y en abril siguiente se amplió en favor de esta el comercio de Maracaibo al permitirle conducir desde Caracas mercadería española.

### **AUMENTO DE LAS EXPORTACIONES DE CACAO**

Entre tanto, la Compañía había reanudado su comercio normal; y en cumplimiento de su compromiso elevó en forma apreciable sus exportaciones de cacao a España. Ya en 1750 comenzó a hacerlo y sacó 27.701 fanegas; y aunque bajó en el siguiente a unas 20.000, subió progresivamente, y en 1754 exportó 46.698 fanegas; pero a partir de ese año descendió hasta llegar a 20.896 dos años después. Sin embargo, inmediatamente sus actividades tomaron nuevo impulso, y en 1763 sacó 50.319. Y en 1764 llevó 52.889 fanegas. Son estas las cantidades mayores que la Compañía había extraído desde su fundación. En solo los quince años comprendidos entre 1750-1764 condujo a España 500.313 fanegas, o sea casi dos veces sus extracciones de los veinte años anteriores. Este fue un efecto directo e inmediato de la revuelta de Juan Francisco León, ya que en el largo litigio suscitado por tal motivo quedó bien demostrado que la Compañía no había sacado las cantidades suficientes para el consumo de España, ni en forma proporcionada a la producción de la Provincia. El éxito de la revuelta consistió en el aumento de las exportaciones, que desde entonces cubrieron la casi totalidad de la producción; la Provincia comenzó a gozar de alguna prosperidad, y los precios se elevaron correlativamente hasta alcanzar altos niveles. El cuadro de las exportaciones para España, Veracruz, Canarias e islas de Barlovento, durante el período indicado, es el siguiente<sup>4</sup>:

---

3 Ibídem, pp. 165-166.

4 Exposición de Martín de Goicoechea, factor principal de la Compañía, fechada en Caracas, en abril de 1768. Colección de Documentos *Diversos*, t. XXXIX, ff. 250-277. ANC.

<b>Años</b>	<b>Fanegas</b>	<b>Libras</b>
1750	58.793	44 $\frac{3}{4}$
1751	48.231	25 $\frac{1}{2}$
1752	60.756	76
1753	48.384	72 $\frac{1}{2}$
1754	70.061	101 $\frac{1}{4}$
1755	40.989	2 $\frac{3}{4}$
1756	59.442	12 $\frac{1}{2}$
1757	60.986	27 $\frac{1}{2}$
1758	66.367	103 $\frac{3}{4}$
1759	56.527	102
1760	56.819	42
1761	64.817	82 $\frac{3}{4}$
1762	36.667	32
1763	80.661	5 $\frac{1}{2}$
1764	66.118	89
<b>Suman</b>	<b>875.641</b>	<b>50 <math>\frac{1}{4}</math></b>

Estas cantidades se distribuían así:

<b>Años</b>	<b>C. Guipuzcoana</b>		<b>Veracruz</b>		<b>Islas Canarias</b>		<b>I. Barlovento</b>	
	<b>Fanegas</b>	<b>Libras</b>	<b>Fanegas</b>	<b>Libras</b>	<b>Fanegas</b>	<b>Libras</b>	<b>Fanegas</b>	<b>Libras</b>
1750	27.701	42	21.416	55	8.803	42	872	15
1751	20.924	36	19.228	83	4.176	40	3.901	85
1752	27.984	17	27.974	18	2.827	59	1.970	92
1753	33.420	108	12.416	53			2.547	21
1754	46.698	66	15.364	22	4.949	23	3.050	100
1755	29.430	89	9.500				2.058	21
1756	20.896	2	30.003	37	6.006	99	2.535	87
1757	28.615	26	20.668	44	9.132	27	2.579	43
1758	34.706	88	17.059	69	13.552	98	1.048	68
1759	43.534		12.249	77			744	4
1760	31.724	47	13.485	44	10.844	58	765	1
1761	30.974	100	28.306	27	4.687	51	849	14
1762	20.593	43	13.984	98			2.089	
1763	50.319	42	16.864	7	11.160	87	2.316	21
1764	52.889	27	12.357	28			868	37
<b>Suman</b>	<b>500.313</b>	<b>97</b>	<b>270.889</b>	<b>71</b>	<b>76.141</b>	<b>38</b>	<b>28.196</b>	<b>64</b>

Al mismo tiempo, la Compañía comenzó a conducir cacao de Maracaibo. El primer lote entró en el *San Cristóbal*, que llegó a España en 1757.

## **DIFICULTADES ECONÓMICAS DE LA COMPAÑÍA**

A pesar de la aparente prosperidad de que gozaba y de los beneficios reales obtenidos, vino finalmente casi una quiebra. La Compañía presentó al rey en 1757 largas quejas sobre su penosa situación, y decía ser su principal dificultad el contrabando. Los holandeses pudieron desembarcar mercancías en Venezuela un 35% más baratas que las de la Compañía, cuyos viejos barcos guardacostas nada podían hacer para impedir este tráfico, y el comercio de Maracaibo la había ayudado en muy poca cosa. El cacao costábale, puesto en España, por lo menos 34 pesos la fanega, pero desde 1749 lo había vendido a solo 30 y 33 pesos. También hubo desencanto con el tabaco vendido en los países del norte de Europa, donde los directores habían esperado un gran mercado y se encontraron con la fuerte competencia holandesa. Las cosechas venezolanas dieron de 6.000 a 7.000 quintales cada año, pero las ventas alcanzaron 9.172 quintales en cuatro años; el precio había bajado el 50% y la Compañía quizás debió quemar parte de sus existencias. En otra representación decía que toda la Provincia se había dedicado al cultivo del tabaco. Mientras la cosecha había sido hasta 1751 de 8.000 a 9.000 quintales, en 1755 produjo 16.000. Las ventas de la Compañía, incluidas las del norte de Europa, dieron solo un promedio de 6.000, y mientras tanto tenía almacenados en Europa 12.000 quintales, y mucho más en América<sup>5</sup>.

La Compañía pidió, en consecuencia, algunos cambios, que incluían la vuelta de la residencia del Consejo Directivo a San Sebastián, nombramiento de un nuevo gobernador en Venezuela y, como lo más importante, la abolición de la Junta que fijaba los precios en Caracas. El cacao procedente de esta debía venderse en España a 40 pesos y el de Maracaibo a 43. El rey rehusó la mayor parte de estas demandas; sin embargo, permitió vender el cacao de Caracas a 35, con la correspondiente equivalencia para el de Maracaibo. Pero en 1758 la Corona fue más complaciente y recomendó al gobernador prestar ayuda a la Compañía para recoger sus viejas deudas; luego modificó el sistema de 1752, permitiendo

---

5 Hussey, op. cit., p. 181.

a la corporación aceptar el tabaco solo en la cantidad y calidad que requiriera su comercio y se dieron instrucciones al gobernador para limitar la plantación proporcionalmente a la cantidad que necesitara la Compañía<sup>6</sup>.

El malestar económico de que se lamentaba la Compañía quizás tenía su origen en causas extrañas a sus negocios coloniales. La Compañía se había hinchado de responsabilidades en España. En 1735 se había hecho cargo de administrar la Fábrica de armas de Plasencia. En 1752 comenzó la fabricación de tejidos en Valdenoceda, en Burgos, y luego extendió esta industria a Rioja y León. Estableció un molino de harina en Campos y dos destilerías de aguardiente en Estella y en Viana de Navarra. Además comprometió más de medio millón de reales en una compañía ballenera, que tuvo que liquidar con una pérdida de más de 350.000 reales. También intentó entrar en el comercio de esclavos, pero fracasó. El radio de acción era demasiado vasto y los reveses sufridos quería remediarlos a costa del comercio de cacao, bajando los precios en Venezuela y subiéndolos en España. La Provincia pagaba, como se ve, las correrías de la Compañía en la metrópoli.

## **GRAN INCREMENTO DEL CONTRABANDO**

Después de 1752, el contrabando holandés tomó un vigor poco corriente, y ni la Corona ni la Compañía pudieron tomar medidas drásticas para evitarlo. La Compañía se quejó ante el rey del gran número de introducciones ilícitas. Con esto no hacía sino confesar su fracaso e inutilidad, pues el exterminio de este trato fue la causa esencial que movió a la Corona a suscribir el convenio de 1728. Estas quejas son también un mentís a cuantos, al defender aquella, citan entre los grandes servicios prestados a Venezuela y a España el haber eliminado, o por lo menos reducido, las actividades de los contrabandistas.

La Compañía misma era responsable de esta situación, ya que las ventajas que ofrecían los holandeses a los mercaderes venezolanos no se limitaban solo a venderles la mercancía europea un 35% más barata; pagaban, además, mucho mejor el cacao, al doble algunas veces. El cónsul español en Ámsterdam, Agustín Moreno Henríquez, escribe a Gálvez en 1778 que los holandeses burlaban a

---

6 Ibídem, p. 184.

los guardacostas ayudados por coloniales amigos, y que, mientras la Compañía pagaba solo 8, 10 o 12 pesos por cada fanega de cacao de 110 libras, los contrabandistas valoraban la fanega de 90 libras a 24 o 26 pesos en las costas de Venezuela, y a 30 o 32 puestas en Curazao. Concluía el cónsul proponiendo como remedio el establecimiento del comercio libre.

El gobierno provincial no permaneció indiferente ante el aumento del contrabando y tornó algunas medidas para ponerle freno. En 1772, el gobernador marqués de la Torre hizo publicar un bando por el cual hacía saber que, para transitar mercancía hacia el interior de la Provincia, era preciso presentarse ante el factor de la Compañía para el reconocimiento de la factura y la expedición de la licencia. Todos aquellos a quienes se les encontrasen efectos sin licencia serían procesados como contrabandistas. El bando no hace honor a su autor, pues acude a métodos muy bajos para lograr su propósito:

Y para que se logre el fin a que se dirigen estas providencias (las innumerables cédulas sobre el contrabando y castigo de los culpables), se publicarán en los referidos lugares todos los años y se fijarán en los parajes públicos para que llegue a noticia de todos, *especialmente* a los esclavos, esclavas, criados y criadas libres; los que delataren y descubrieren a los contraventores, a los referidos esclavos y esclavas se les dará inmediatamente la libertad, que se les facilitará del caudal de los que fuesen aprehendidos, por acusados, o de los bienes que les cojiere [sic]; y además se les dará cincuenta pesos del mismo fondo; y a los criados y criadas libres se les gratificará con doscientos pesos del mismo fondo que a los antecedentes<sup>7</sup>.

El contrabando había llegado a tal extremo que de 500.000 pesos a que montaban las ventas de cacao venezolano en México, 450.000 pasaban a las colonias extranjeras, según estimación que hizo Abalos en el tiempo en que fue contador, de acuerdo con los registros y cuentas de la Tesorería desde 1766 hasta 1775; o sea que de 10 partes 9 pasaban al comercio extranjero y solo una al español<sup>8</sup>.

---

7 Bando publicado en 1772. Colección de Documentos *Diversos*, t. XLII, f. 198. ANC.

8 Carta de José Abalos, de 25 de mayo de 1775, citado en una real orden de 4 de octubre de 1777. Colección de Documentos *Reales Órdenes*, t. VI, f. 56. ANC.

Esto demuestra bien a las claras cuán débil era la dependencia económica entre España y sus colonias.

## LA JUNTA FIJADORA DE PRECIOS

La junta encargada de fijar a la Compañía los precios a que debía comprar los frutos de la Provincia quedó establecida después de la llegada de Ricardos, y llegó a convertirse en un campo de lucha, al mismo tiempo que de conciliación, entre los intereses de los concesionarios y de los cosecheros; servía, en todo caso, para contener las ambiciones de la Compañía, que nunca admitió de buena gana esta reforma. Estaba constituida por el gobernador, un diputado del cabildo y el factor principal. Debe observarse que al Cabildo de Caracas se le daban de esta manera poderes de representación en toda la Provincia, cuya defensa frente a la Compañía ejerció durante veinte años. Políticamente, esta centralización resultaba peligrosa para el gobierno español, pues fomentaba el espíritu de unidad y estimulaba al cabildo caraqueño a pretender también la representación en materia política.

La junta se reunía en enero de cada año, y cada una de las partes presentaba sus alegatos. El gobernador trataba de armonizar las pretensiones de ambas, y en caso de no llegarse a un acuerdo informaba al rey para que este decidiese. Los precios fijados regían para todo el año. Resultado inmediato de este sistema fue el alza de los precios. De 7 u 8 pesos, la fanega de cacao subió a 12 en 1758, y de 1761 a 1763, a 14 pesos en Caracas, 14 ½ en La Guaira y 13 ½ en Puerto Cabello. La carga de ocho arrobas de tabaco de Guanare, puesta en Puerto Cabello, fue justipreciada en 38 pesos; la de Araure en 34; la de Nirgua en 23 y la de Valencia en 13. Los cueros de vaca en La Guaira a 5 reales cada uno; los de toro o novillo a 6 reales<sup>9</sup>.

En la junta celebrada el 5 de enero de 1764 hubo una prolongada sesión, pues el diputado del cabildo se esforzó en demostrar la necesidad de que se aumentasen los precios del cacao a 16 pesos en Caracas y respectivamente en las otras factorías. Hizo consideraciones sobre el beneficio de que debía disfrutar el

---

9 Acta de la junta del 19 de enero de 1763. Colección de Documentos *Diversos*, t. XXXVI, f. 87. ANC.

cosechero para subsanar las costas en la labor del fruto, y las pérdidas que había sufrido por la escasez de las cosechas. El factor, por su parte, pretendía que se bajase el precio establecido el año anterior, y en compensación ofrecía vender la canela a cinco pesos la libra. Prometía también hacer el transporte del cacao en barcos de la Compañía según la siguiente tarifa de fletes: desde la ensenada de Higuerote, 4 reales la fanega; desde el valle de Cúpira, 5 reales; desde Turiano 3 y desde Puerto Cabello hasta La Guaira, 4 reales. No habiendo discusión sobre los precios del tabaco y de los cueros, se confirmaron los ya establecidos. El fallo real no favoreció a ninguna de las partes, y quedó el mismo precio de 14 pesos<sup>10</sup>.

En 1765 todas las tarifas fueron ratificadas. La Compañía convino en reducir el flete para la costa occidental, fijándolo en 3 reales la fanega, incluso para el trayecto Puerto Cabello-La Guaira<sup>11</sup>. En los dos años siguientes no se hizo novedad alguna; pero en la junta de 1768, el diputado del cabildo pidió nuevamente que se subiera la fanega de cacao a 16 pesos en Caracas, con igual relación de aumento en La Guaira y Puerto Cabello. El factor dio sus razones en favor del mantenimiento del precio de 14 pesos. No pudo llegarse a un acuerdo y el gobernador dispuso que los litigantes hicieran acopio de documentos y justificaciones para enviarlas al rey, a fin de que este decidiese; en tanto llegaba la real resolución, continuarían en vigencia los precios establecidos en las juntas anteriores.

El diputado adujo tres razones: la escasez de las cosechas, el atraso en que se hallaba la Provincia y la ventaja de la estimación del fruto en los mercados a donde era conducido. La escasez había impuesto dilaciones en el despacho a España y Veracruz. Siendo la extracción anual de 80.000 fanegas, no se habían podido sacar ni 60.000. El atraso general que se experimentaba en la Provincia era debido a la aguda sequía que se sintió en 1767, y a los incendios que, a consecuencias de la poca humedad del suelo, se produjeron en los campos, arruinando extensos sembrados y gran número de árboles frutales muy difíciles de reponer. A estos males se agregaba el aumento de la epidemia de viruelas. En cuanto a la estimación del fruto, dijo el diputado que en Cantabria costaba

---

10 Acta de la junta del 5 de enero de 1764. Colección de Documentos *Diversos*, t. XXXVI, f. 228. ANC.

11 Acta de la junta de enero de 1765. Colección de Documentos *Diversos*, XXXVII, f. 173. ANC.

una fanega 50 o más pesos y en la Nueva España había llegado a venderse a 40; también los precios habían subido en Santo Domingo y otros lugares.

Refiriéndose a la escasez de la cosecha dijo que, debiendo salir para España antes de noviembre de 1767 más de 20.000 fanegas, habían transcurrido ya varios días de diciembre sin haberse podido despachar más de unas 6.000. De las dos naves (el *Santo Cristo* y la *Soledad*) que debían emprender viaje en abril, la primera no pudo zarpar sino hasta muy entrado diciembre, y la segunda hasta enero de 1768. Alegó el diputado que, en tanto la Compañía se negaba a elevar el precio, en Veracruz, de donde era preciso surtirse de moneda que era casi la única que circulaba en el país, había quien pagase mejores precios; sin embargo, no se permitía a los cosecheros despachar a la Nueva España la cantidad que era necesaria,

...obligándose a la Provincia a vender por menos lo que hay quien pague a más, y sacrificándose la provisión necesaria de moneda de toda una importantísima provincia al interés de la Compañía, sin que haya bastado a esta para nuestro daño haber negociado con nuestras mismas partidas y en perjuicio nuestro, tomando para sus cargazones prestadas gruesas partidas de cacao de las que estaban puestas en cuenta de la Provincia para ir a Veracruz<sup>12</sup>.

En 1767 la Compañía tenía que remitir a España 50.000 fanegas; pero, según informó el diputado, solo pudo embarcar unas 24.000.

El factor principal de la Compañía, Martín de Goicoechea, en vista de las razones expuestas por el diputado del ayuntamiento, introdujo a su vez una representación para probar que en ese año (1768) no había tal escasez, sino que, al contrario, era uno de los más florecientes; para demostrarlo presentó el análisis de las exportaciones en los quince años que van de 1750 a 1764.

Dijo Goicoechea que en 1762, que fue el año de la guerra, la cosecha había sido más que regular; sin embargo, no se extrajeron sino 36.667 fanegas, y en los almacenes de las factorías quedaron más de 24.000, “habiendo la Compañía hecho el sacrificio de comprar ese número a precios corrientes de feria al cosechero, sin que este experimentase atraso, y se puede decir con verdad que para

---

12 Exposición de Miguel Blanco de Villegas, diputado del cabildo, ante la Junta de Regulación de Precios. Enero de 1768. Colección de Documentos *Diversos*, t. XXXIX, ff. 186-195. ANC.



él no hubo guerra”. De esta manera, si en 1763 salieron 80.661 fanegas, fue porque además de la buena cosecha de ese año se unió lo que la Compañía tenía almacenado desde el año anterior.

Aún más esfuerzo –continúa el factor– hizo la Compañía el año siguiente de 1764, pues no habiendo producido la Provincia sino 66.114 fanegas, sin otros respectos antecedentes, sacó 52.889 fanegas; y ¿por qué? porque para Veracruz no fueron más de 12.357 fanegas, y 868 a las Islas de Barlovento, sin que hubiese salido nada para Canarias<sup>13</sup>.

Cuando la Junta General de la Real Compañía –dice Goicoechea– en el año pasado de 1761 propuso a Su Majestad la baja de muchos renglones de su comercio, que con efecto se estableció en beneficio de esta Provincia, y el aumento de precios en el cacao al respecto de catorce pesos fanegas en esta ciudad, que también se estableció desde dicho año, propuso asimismo que, en atención a que lograba el cosechero en el precio de 14 pesos, que la misma provincia deseaba, una ganancia de más de 16% desde el ordinario precio a que antes corría, se suspendiese la junta que para el señalamiento de precios se hacía anualmente en esta ciudad, mientras no obligase a su celebración un año de notoria calamidad; todo esto con el fin de que se cortasen los recursos experimentados todos los años y que el cosechero pudiese girar sus frutos sin tener que sujetarse a la resulta de dicha junta, con la ganancia y prontitud a que inspiraba un precio útil y tan ventajoso, por el que aspiraba el Muy Ilustre Ayuntamiento en común beneficio de la Provincia como el más proporcionado a su felicidad.

Esto fue en sustancia lo que la Junta General de la Compañía propuso, por conducto de Julián de Arriaga, a Su Majestad, que en la real orden de 21 de marzo de 1761 hizo saber a esa junta, por medio de su presidente José Moreno Hurtado, del Consejo de Indias,

...que inteligenciado Su Majestad de lo expuesto por la Compañía y de lo que asimismo había expresado el cabildo secular de Caracas en incidentes de estos asuntos, atendiendo Su Majestad a los beneficios que la

---

13 Exposición de Martín de Goicoechea, cit. Colección de Documentos *Diversos*, t. XXXIX, ff. 250-277. ANC.

Compañía proporciona a aquellos naturales en la subida de cacao y baja de los géneros, permite aumente en España tres pesos en quintal; y por lo respectivo a la suspensión de la junta anual, dice Su Majestad que no conviene en que se altere el método de asignación anual de precios, pues no pudiendo atraer ventaja a la Compañía, ...no debe esperar alteración; solicita una novedad en lo que no le interesa, con perjuicio de aquel testimonio público en que se comprueba la equidad con que Su Majestad ha permitido una regla igual para ambas partes<sup>14</sup>.

En esta polémica suscitada en la junta de precios el año de 1768, después de considerar los alegatos del factor y del diputado, el rey dio su fallo en favor de la Provincia y ordenó que la Compañía pagase a 16 pesos la fanega de cacao<sup>15</sup>. De esta manera se obtuvo un alza que colocó al comercio venezolano en una situación próspera, con un precio para el cacao doble del que existía antes del establecimiento de la junta y casi semejante al de 1730, que era de 17 pesos. Esto basta para demostrar la utilidad que para el país tuvo la creación de este organismo regulador, fruto de la revuelta de León.

Pero los cosecheros no se dieron por satisfechos, y en la junta celebrada en 1769, el diputado por el cabildo, Lic. Diego Obelmejía, insistió en que el precio de 16 pesos era todavía insuficiente, y que debía elevarse. El factor, en cambio, solicitó rebaja de un peso. Se convino provisionalmente en sostener los precios en vigor mientras el rey resolviese sobre las demandas de uno y otro representante. El diputado pidió al factor declarase qué cantidad fija de tabaco podía comprar la Compañía, y este respondió que la Compañía tenía suficiente y no podía comprar más; pero luego que lo necesitara podía tomar de 5.000 a 6.000 quintales por año. Habiéndose discutido sobre los precios del algodón prometió el factor que la Compañía pagaría cada quintal de 100 libras, desmotado y puesto en Caracas o en Puerto Cabello, a 18 pesos 6 reales, durante el año de 1769. Se comprometió también a vender la harina, por solo este año, a un peso y 6 reales menos la arroba, con lo que venía a quedar el precio de esta en 18 pesos. El rey dispuso que no se alterasen los precios del cacao. Probablemente el diputado

---

14 Exposición de Martín de Goicoechea, op. cit.

15 Real orden de 4 de junio de 1768. Colección de Documentos *Diversos*, t. XXXIX, f. 280. ANC.

no pretendía seriamente obtener el aumento pedido, sino anular de antemano cualquier tentativa de la Compañía de solicitar rebaja.

En efecto, en la junta del año siguiente, el diputado dio su conformidad a los precios fijados, aunque presentó quejas sobre alteraciones fraudulentas de estos, hechas en algunas compras efectuadas por la Compañía. En cambio, el factor pidió que se bajase la fanega a 14 pesos, pues el alza de los dos últimos años se había efectuado en razón de una escasez que ya no existía, habiendo por lo contrario perspectivas de abundancia. Pero el gobernador aprobó que se sostuviesen los precios ratificados el año anterior por el rey. El diputado por Guanare para la fijación del precio del tabaco reclamó que la Compañía no compraba toda la producción de aquel distrito, que se estimaba en 1.700 cargas anuales; a lo cual contestó el factor que la Compañía no estaba obligada a comprar sino el tabaco que necesitara. Dijo tener órdenes de la dirección de enviar de 4.000 a 4.500 petacas por año, y se quejó de que los cosecheros se habían dedicado de modo especial, en los últimos años, a este cultivo en forma tal que, cogiéndose en toda la Provincia hasta el año de 1751, apenas de 8.000 a 9.000 quintales, en 1755 la cosecha alcanzó a 16.000, de los cuales no se despachaban para el norte de Europa más de 6.500, encontrándose la Compañía con una existencia de 12.000 quintales en sus depósitos europeos; esto la determinó a dar órdenes de no recibir más tabaco sino en la cantidad y calidad que conviniese<sup>16</sup>.

Existían temores de nuevas guerras en el momento de celebrarse la junta correspondiente a 1771, y aunque tanto el diputado como el factor estuvieron de acuerdo en mantener los precios, este hizo la salvedad, relativa al cacao, de que en caso de estallar el conflicto debía efectuarse una rebaja, por lo menos de un 25%. No estuvo conforme en esto el diputado, y respondió que el precio de 16 pesos la fanega no debía estar condicionado por la paz, pues durante las guerras las ventas no sufrían menoscabo, sino que tendían a aumentar. El gobernador dispuso que no se hiciese novedad aún en caso de guerra, y a pesar de que dejó a las partes en libertad para acudir ante la Corona con sus demandas, estas no lo hicieron y aceptaron su dictamen<sup>17</sup>.

---

16 Acta de la junta de enero de 1770. Colección de Documentos *Diversos*, t. XL, ff. 134-157. ANC.

17 Acta de la junta de enero de 1771. Colección de Documentos *Diversos*, t. XLII, f. 46. ANC.

El interés de estas discusiones, que siempre había estado fijo en el comercio del cacao, se desplazó hacia el tabaco cuando, en la junta de 1772, el factor anunció que la Compañía se encontraba dispuesta a recibir, desde el año siguiente en adelante, hasta que lo estimase conveniente, 4.500 petacas distribuidas en esta forma: 1.200 de Guanare, 700 de Araure, 1.000 de Nirgua, 600 de Valencia y 1.000, divididas en tercias partes, de los partidos de San Carlos, San Felipe y Barquisimeto. La junta no quiso asumir la responsabilidad de establecer los precios y resolvió dejarlo para más tarde, e invitar a los cabildos de las ciudades interesadas en este comercio a que enviasen representantes. El Cabildo de Barquisimeto se negó a admitir la proposición del factor de atribuirle un tercio de las mil petacas que se ofrecía comprar de las tres jurisdicciones nombradas, fundándose en que era una de las regiones del país que más tabaco producía<sup>18</sup>.

Un nuevo aumento en los precios de cacao fue pedido por el diputado en la junta de 1774, apoyándose en que había nuevamente tal escasez, que la Compañía, para poder reunir las cantidades que necesitaba, se había visto obligada a pagarlo a 17 pesos en vez de 16, pues los precios fuera de la factoría eran más elevados. El diputado aspiraba a que el cacao fuese pagado ese año a 19 pesos, a lo cual objetó el factor que el precio de 16 pesos había sido fijado para que se repusieran los cosecheros de la sequía de 1765, y que habiéndose repuesto ya sobradamente, el precio debía regresar a su nivel anterior o sea 14 pesos. Como en otras ocasiones, el gobernador pidió a las partes que expusieran por escrito sus razonamientos para someterlos a la consideración del rey, y mientras no llegase su fallo se conservarían las mismas tarifas vigentes<sup>19</sup>.

En su alegato, el factor José de Amenábar hizo alusión a cuestiones muy importantes. Explicó que en la Provincia existía, formada desde mucho tiempo atrás, una clase constituida por mercaderes que disponían de abundante caudal y de mucho crédito, lo que les permitía pagar en buena plata. Los cosecheros preferían vender a esos mercaderes, y la Compañía, que pagaba en efectos de comercio y no en plata, se encontraba en dificultades para reunir las porciones

---

18 Acta de la junta de enero de 1773. Colección de Documentos *Diversos*, t. XLIII, f. 169. ANC.

19 Acta y documentos de la junta de 1774. Colección de Documentos *Diversos*, t. XLV, ff. 208-248. ANC.

de frutos suficientes con las cuales atender a sus obligaciones en España y, según las propias palabras del factor, se vio obligada a cambiar de método y trajo plata de sobra para pagar en metálico todo el cacao que le llevasen, privando así de aquella ventaja a los particulares. Los mercaderes, aprovechándose de la preferencia dada a la plata, sobre los efectos, ofrecían precios bajos, y aun así eran preferidos; de este modo, al propio tiempo obtenían cacao más barato y en mayores cantidades que la Compañía. Pero una vez que esta comenzó a pagar, como ellos, en buena moneda, recurrieron al medio de ofrecer precios por encima de la tarifa. Fue entonces cuando la Compañía, para anular esta nueva ventaja, tuvo que salirse de la tarifa a imitación de aquellos.

Amenábar se lamentó de los inconvenientes de la tarifa, y propuso imponer su cumplimiento también a los particulares, pues las decisiones de la junta no tenían carácter obligatorio sino para la Compañía y dejaban en libertad a los mercaderes locales para regularse por las variaciones del mercado.

Cuando se instituyó esta junta —dijo— no había caudales tan crecidos que compitiesen con la Compañía, ni se previó que había de llegar el caso de que los mercaderes particulares igualasen y aun alterasen por temporadas el precio de feria, como está sucediendo años hace y es casi imposible que deje de suceder.

Es esta una confesión de que existía ya una clase capitalista en la Provincia, contra la cual la Compañía no podía competir sino muy difícilmente. De haberse sabido interpretar esta declaración, habría bastado para hacer comprender al gobierno español que la existencia de la Compañía y de los grandes privilegios de que gozaba en Venezuela carecían de toda justificación, pues la Provincia disponía de suficientes recursos para ejercer su propio comercio, y esos privilegios no podían servir sino para encajonar una economía que pugnaba por romper la estrecha cárcel del monopolio y desarrollarse libremente. Por otra parte, la exposición del factor daba la razón al diputado del cabildo en su demanda de un mayor precio; sin embargo, el rey dispuso que no se hiciese novedad.

Empleó Amenábar, aunque sin éxito, el argumento artificioso de que si se abarataba el cacao se desarrollarían otros cultivos muy útiles, pues entonces los caudales, no encontrando beneficio en este fruto, buscarían otra fuente de producción.

En el día —dijo— se está entablando el cultivo y perfección del añil con feliz principio. Esta es una labor que mantendría mucha gente, quizás más útil a la República que la que se ocupa en el cacao, y por consiguiente, sería una industria ventajosísima de esta Provincia. Pero sin embargo no tengo duda, ni me parece que nadie la debe tener, en que el desproporcionado precio del cacao ha de impedir este ramo de agricultura y de industria...

Con el añil que aquí se trabaje entraría en el comercio una nueva cantidad que ha de hacer bajar el precio actual de este ingrediente en Europa; por consiguiente, debería tener aquí un precio muy cómodo al comerciante, y de lo contrario, no siendo tan útil a los empresarios este como el que tiene el cacao, no se puede dudar de quien tenga caudal que emplear preferirá la hacienda de cacao a la siembra y labor del añil; y aquí como la desproporcionada subida de aquel impedirá el establecimiento y progresos de este.

Concluye Amenábar con una crítica (que ha continuado repitiéndose hasta nuestros días) a las porfiadas tendencias de los agricultores venezolanos hacia el monocultivo:

Esto mismo está sucediendo en el algodón, que apenas hay rincón en donde no se vea una mata de él. La Compañía ha deseado y procurado su cultivo y beneficio. Tiene señalado un precio aún mayor que el que convendría para venderle útilmente en Europa. Pero ni por esto ni porque haya tanta gente ociosa en la Provincia, ni porque en la mayor parte sea ocupación propia de mujeres, no ha podido conseguir este ramo de comercio, y no hay más razón sino que los que tienen algún caudal solo aspiran al cacao, como si Dios hubiera negado a esta tierra virtud productiva para todo lo que no es cacao...

Lo mismo sucede con el trigo, de que quizás produciría mucho esta Provincia, si a su siembra se aplicaran algunos caudales, sin estar dependiendo de Europa como hoy lo está. Finalmente lo mismo pasa con el azúcar, que aunque la necesidad y gran consumo de ella asegura la buena venta de dulce y papelón, con todo eso hay tan poca que cuesta más que en España<sup>20</sup>.

---

20 Exposición del factor José de Amenábar, introducida ante el gobernador el 18 de enero de 1774. Colección de Documentos *Diversos*, t. XLV, ff. 236-247. ANC.

La crítica era justa; pero es de lamentar que se dirigiese a un fin torcido, como era el de abatir el precio del cacao en provecho de la Compañía bajo el pretexto de fomentar cultivos de mayor rendimiento. Un estímulo eficaz se habría encontrado en el alza de los precios para el añil, el trigo, el algodón y el azúcar, en la exoneración de impuestos y otras medidas que despertasen el interés de los cosecheros.

Evidentemente, la tasa de 16 pesos la fanega era artificiosa y no correspondía a la verdadera situación del mercado, puesto que de ordinario era vendida a un peso más y los competidores se disputaban el grano. El informe del factor confirma tal estado de cosas. Por eso el diputado del cabildo, en la junta de 1776, insistió en la necesidad de que fuese elevada a 17 pesos. El factor opuso nuevamente su demanda de que se la rebajase a 14; se trabaron en una larga polémica en la que repitieron los mismos argumentos tratados, sin llegar a ninguna conclusión diferente, pues el gobernador decidió que continuase en vigencia la misma tarifa. Habiendo uno de los litigantes pedido al tesorero un informe de las exportaciones en el año anterior, este certificó lo siguiente<sup>21</sup>:

En el año de 1775 no zarpó con destino a Veracruz ningún navío, y las salidas de frutos para España, islas Canarias y de Barlovento, fueron en total:

Cacao	58.923	fanegas
Caraotas	18	"
Cueros de novillo	28.007	"
Cueros de vaca	9.051	"
Tabaco en rama	110.307	libras
Tabaco ambirado	2.285	"
Añil	8.710	"
Tacamahaca	2.682	"
Zarzaparrilla	50	arobas
Raíz de bonia	138	"
Aceite de palo	25	"

(continúa)

---

21 De las actas y otros documentos de la junta de 1776. Colección de Documentos *Diversos*, t. XLIX, ff. 373-412. ANC.

(continuación)

Carne	4.461 arrobas
Queso	34 "
Azúcar	6 "
Café	4 quintales
Jabón	10 "
Dulces	1 cajón
Velas de sebo	2 cajones
Cebollas	46 "
Cordobanes	389 docenas

### FOMENTO DE LA AGRICULTURA: CAFÉ, AÑIL, ALGODÓN, AZÚCAR

Por fortuna para Venezuela, el gobierno de Carlos III no se inspiraba en los mismos principios del reinado de los Felipe, y prestó poco oído a las recomendaciones del factor Amenábar, que, en pocas palabras, proponía provocar la ruina de los cultivadores de cacao para que por fuerza abandonasen su cultivo y se dedicasen al de otros frutos. Felipe III, que autorizó la acción de Alquiza en 1606 y mandó talar todos los sembrados de tabaco para impedir que fuese a dar a manos de los contrabandistas, no habría titubeado en aplicar el remedio aconsejado. Pero Carlos III prefirió ensayar otros procedimientos para el fomento de la agricultura.

Ya anteriormente a la representación del factor, el Consejo de Indias había prestado atención al desarrollo de la siembra y comercio del café. En 1767 el intendente de la isla de Cuba escribió al rey diciéndole que había observado que muchos hacendados se aplicaban a sembrar este fruto para el gasto de sus casas. La cosecha se recogía en Navidad, y cada arbolillo daba una producción de tres libras. No dudaba el intendente que en Cuba pudiera desarrollarse este cultivo, tan precioso entonces en España, donde todo el café se recibía por medio del comercio extranjero. Agregaba que, efectivamente, de las cosechas cubanas se habían dirigido algunas cortas porciones a España y Tierra Firme, y concluía pidiendo que se habilitase el comercio de este fruto concediéndole libertad de impuestos. El Consejo de Indias estudió la representación y convino en acordar la gracia pedida, haciéndola extensiva a Venezuela por el término de cinco años,



con la intención de excitar a los agricultores de este país a dedicar sus tierras al cultivo del café<sup>22</sup>.

En cuanto al añil, en 1777 previno el rey al gobernador acerca de la buena calidad del que se cultivaba en esta Provincia, según lo había demostrado el reconocimiento de las muestras que remitió a España, José Carlos de Agüero. Le comunicó también que se habían tomado las correspondientes providencias para que la Compañía comprase todo el añil de buena calidad que le presentasen los cosecheros. El justiprecio se haría cada año con acuerdo de labradores y mercaderes. Para promover su cultivo y comercio, redujo a la mitad los derechos de extracción, y autorizó su venta en los países extranjeros<sup>23</sup>. Estas dos últimas concesiones eran muy importantes, y son un resultado legítimo de las corrientes económicas, que durante el gobierno de ese monarca renovaron el anquilosado sistema fiscal español, mediante la aplicación de los avanzados principios que preconizaban los eruditos economistas franceses e ingleses. La Compañía solicitó un año más tarde que el comercio de añil se dejase en completa libertad entre vendedores y compradores, no sometiéndose su precio al dictamen de la junta cuya constitución había sido ordenada en la real disposición citada arriba. El rey dio su conformidad a esta solicitud, de manera que los precios se regulasen por la oferta y la demanda; y para estimular aún más las siembras, dispuso libertar el añil de toda contribución, tanto a su salida de Venezuela como a su entrada en España<sup>24</sup>. Todavía en 1786 el añil no pagaba derecho de exportación.

El azúcar conducido en embarcaciones españolas desde La Habana a los puertos habilitados de la metrópoli disfrutaba de entera libertad de derechos. Por resolución de 23 de abril de 1777, el Consejo de Indias hizo extensivo este privilegio a todas las demás provincias de América. De acuerdo con esta regla, el azúcar que se extrajese de Venezuela pagaba una sola vez el impuesto de alcabala,

---

22 Real cédula fechada en Madrid a 16 de junio de 1768. Colección de Documentos *Reales Cédulas*, t. XI, f. 114. ANC.

23 Real orden transmitida por José de Gálvez al gobernador de Caracas, Luis de Unzaga y Amezaga, fechada en 13 de abril de 1777. Colección de Documentos *Reales Órdenes*, t. VI, f. 15. ANC.

24 Real orden de 20 de octubre de 1778. Colección de Documentos *Reales Órdenes*, t. VI, f. 286. ANC.

tal como era la práctica establecida para La Habana, con lo cual quedaban sometidos a iguales circunstancias los hacendados de una y otra región; y para que también gozasen de igualdad en los fletes, pasó orden, con fecha 18 de junio de dicho año, a la dirección de la Compañía para que hiciese la misma rebaja que obtenían los comerciantes habaneros, de manera que el costo del transporte de una caja de 16 arrobas quedaba reducido a 4 o a 4 ½ pesos<sup>25</sup>.

El algodón fue declarado libre de todo derecho de introducción en España, según gracia concedida en 1766 y ratificada por real orden de 1773, con el fin de fomentar su cultivo y comercio<sup>26</sup>.

Una revisión general de los aranceles se imponía necesariamente, pues dadas las condiciones de interdependencia comercial, resultaban perjudiciales para la economía española. En 1774 los diputados de Galicia y principado de Asturias y la Junta de Comercio de Barcelona hicieron presentes las ventajas que prometía el comercio con las islas de Barlovento, con Yucatán y Campeche, si se removían algunos embarazos que impedían que se cargara en los puertos de la Península, por las limitaciones que contenía la Real Instrucción de 1665, y si se relevaban del pago de impuestos varios frutos de América “que no se conducen porque con el citado gravamen no tienen salida, respecto de traerlo los extranjeros a precios más cómodos”. El rey dictó una disposición dando permiso a los barcos que salieran con destino a esos lugares para poder variar de rumbo y descargar donde más les acomodase; dispuso también que el palo de Campeche y demás maderas, fueran o no para tintes, la pimienta de Tabasco o malagueta, el pescado salado, la cera, el carey y el achiote, quedarán libres de derecho de entrada en Cádiz y demás puertos habilitados, y libres también de derechos de extracción si salieran para dominios extranjeros<sup>27</sup>.

El objeto principal que movió a la Corona a la creación de la Intendencia de Venezuela fue el fomento de la agricultura, y muy especialmente el Consejo de Indias consideró que el desarrollo de la producción agrícola no podía lograrse si

---

25 Real orden dada en Aranjuez a 18 de junio de 1777. Documento suelto, est. 24. ANC.

26 Real orden dada en Aranjuez a 14 de junio de 1773. *Boletín del Archivo Histórico de la Provincia de Mérida*, n° 2, abril de 1943, p. 29.

27 Real orden de 20 de julio de 1774. Colección de Documentos Reales Órdenes, t. IV, f. 253. ANC.

no se daba igual estímulo al comercio; por lo cual impartió órdenes a la Compañía para que comprara y extrajera de las provincias e islas de su concesión

todos los frutos y producciones que sean consumibles y estén admitidos en el tráfico general de Europa, pagándolas a los precios regulares que se establezcan, y a dinero de contado o en aquellos géneros y frutos de España que convengan a los interesados y quieran voluntariamente admitir<sup>28</sup>.

Pero la medida más importante adoptada por el monarca fue el permiso concedido en 1777 para la introducción de negros y exportación de frutos, con excepción del cacao, para las colonias extranjeras en calidad de pago<sup>29</sup>. La mano de obra esclava continuaba siendo la base fundamental de nuestra economía; de ahí que todo propósito de estímulo al trabajo de la tierra tuviera que partir de las facilidades para elevar el número de negros, a cuyo cargo corrían las principales tareas que requerían un duro esfuerzo en la roturación del suelo y beneficio del fruto. Esta orden fue puesta en ejecución por el intendente Abalos y halló muy buena acogida por parte de los cosecheros y mercaderes, quienes se apresuraron a sacar el mejor partido de la oportunidad que se les brindaba. El intendente otorgó en un solo día doce licencias para la exportación de 20.500 cabezas de pescado, 4.000 arrobas más de pescado, 381 mulas, cueros, tabaco, ganado en pie, carne salada y otros productos, y es evidente que por este medio los grandes propietarios adquirieron un elevado número de negros procedentes de las vecinas Antillas francesas y holandesas. El aumento de brazos permitió trabajar mayores extensiones de tierra, ampliar los cultivos existentes e intentar otros nuevos.

## OTROS DEBATES SOBRE PRECIOS

Después de los sucesos reseñados en la junta de precios, la regulación de estos no volvió a presentar incidentes importantes hasta 1779, año en que, a causa de la nueva guerra con Inglaterra, el rey dispuso que a la Compañía no se le suspendiera

---

28 Real orden dada en Madrid a 26 de junio de 1777. Colección de Documentos *Reales Órdenes*, t. VI, f. 13. ANC.

29 Real orden fechada en Aranjuez a 13 de junio de 1777. Colección de Documentos *Intendencia de Ejército y Real Hacienda*, t. III, f. 1º. ANC.

su giro para proveer estas provincias y se le permitiese subir los precios de los géneros europeos, por los mayores gastos de seguros y armamentos; y que por las mismas razones subiera el precio del cacao en España hasta 46 pesos<sup>30</sup>.

Una junta integrada por el intendente, un representante de la Compañía y otro del Cabildo de Caracas, había elaborado una tarifa que abarcaba todos los artículos de importación, concediéndoles un aumento de 7 ½% para los tiempos normales y 15% para los de guerra. En la Provincia de Caracas se aplicó sin que surgieran mayores dificultades; en Maracaibo, por el contrario, dio lugar a un largo debate que se prolongó hasta 1781.

El Cabildo de Maracaibo introdujo ante el intendente Abalos una representación que es una de las más duras requisitorias que se hicieron contra la Compañía.

En esta —dice— todo se ve lánguido, pues desde el año de 1752, habiéndose extendido el comercio que hace, desde el de 28, con esa de Caracas la Real Compañía Guipuzcoana a ella, bajo el mismo pie y reglas con que ofreció hacerlo y lo practicaba, aunque al principio tenían alguna equidad los precios, fueron sucesivamente los factores de esta creciéndoles, con aquiescencia de los gobernadores<sup>31</sup>.

Ya porque no tuvieran presente la tarifa que debía servirles de pauta, ya porque no hubiera reclamación por parte del público, que no conocía la existencia de esa regulación, el caso es que no hubo protesta alguna hasta el año de 1776, en que el síndico procurador pidió al Cabildo de Caracas le hiciese dar testimonio de los precios establecidos. No conservando copia de la tarifa, el ayuntamiento caraqueño la requirió del factor, pero este se negó a exhibirla bajo pretexto de que no la tenía, y el Cabildo de Maracaibo tuvo que aplazar sus demandas.

Pero habiéndose roto las hostilidades, y en cumplimiento de las órdenes llegadas de España, el intendente libró un despacho sobre el aumento que debía verificarse en los precios, e incluyó la tarifa que observaba la Compañía en Caracas y La Guaira, aprobada por el rey desde 1750, o sea dos años antes que

---

30 Real orden de 31 de julio de 1779. Colección de Documentos *Reales Órdenes*, t. VII, f. 109. ANC.

31 Representación del ayuntamiento de Maracaibo, de 24 de octubre de 1780. Colección de Documentos *Intendencia de Ejército y Real Hacienda*, t. IX, f. 187. ANC.

el contrato de la Compañía hubiera sido extendido a Maracaibo. Informado en esta forma el cabildo, solicitó que el gobernador de la Provincia y subdelegado de la intendencia ordenasen al factor vender al precio de tiempos de paz todos los géneros y efectos que tenía en existencia, residuo de la carga anual conducida desde el puerto de Pasajes en la fragata *San Vicente Mártir* que había llegado en 1778, cuando aún no existía amenaza de guerra; y asimismo los que iban a ser conducidos desde Curazao con autorización del intendente, por cuenta y riesgo de los holandeses, en calidad de pago por los productos de la Provincia con los que habían de retornar.

El factor rechazó esta pretensión, ponderando los beneficios que la Compañía prestaba a la Provincia y los esfuerzos que realizaba para surtirla a pesar de los elevados costos y de la mayor dilación de los viajes; alegó que la tarifa, en sus renglones de primera necesidad, no estaba conforme con el aumento de los gastos desde La Guaira a Maracaibo, y, pese a las objeciones hechas por el cabildo, logró persuadir al gobernador para que formase una junta compuesta por este, el auditor de guerra, el factor y el síndico procurador. El factor, que lo era Bernardo Ángel de Lizaur, deslumbró a los demás miembros de la junta con sus argumentos, y obtuvo que se rebajasen a menos de la tarifa los precios de algunos artículos cuyo uso estaba limitado a las personas acaudaladas, elevando en cambio los de consumo general. El Cabildo pidió la nulidad de las resoluciones tomadas por la junta, alegando que el síndico procurador había actuado sin autorización ni facultad legal, “pues la que le confiere a los síndicos del común la Ley Municipal, solo es para defender los derechos y acciones populares, y de ningún modo para enervarlos”; además la voluntad del Cuerpo era que se cumpliese la tarifa impuesta en Caracas, y así lo había pedido sin acto en contrario. Adelantándose a la intención del Cabildo de intervenir sobre lo ajustado, el gobernador se dirigió al rey dándole cuenta del arreglo y pidiéndole su aprobación. La tarifa reformada fue puesta en vigencia inmediatamente, sin prestar atención a las repetidas protestas del Ayuntamiento.

Convencido el Cabildo de la inutilidad de sus quejas, resolvió apelar ante el Consejo de Indias por mediación del intendente, a quien envió un largo informe acompañado de gran número de documentos relacionados con el asunto. Solicitaba que la Compañía vendiese sus géneros a los mismos precios de Caracas, o bien que, reflexionándose sobre lo que convenía al estado y felicidad de la Provincia, se le concediese el comercio libre, igualándola así a aquellas

otras a las cuales se les había dispensado tan útil prerrogativa; aseguraba que esta medida serviría de fomento al comercio y a la agricultura y produciría grandes beneficios al Tesoro y a la comunidad:

Es seguro, Señor Intendente, esta Provincia es de un benigno cielo y sus tierras fértiles, aptas para preciosos frutos de que abundaría si sus naturales encontrasen fomento, pues tiene cacaos, tabacos, maderas excelentes, algodón, tintes, añil, y producirían cuanto se quisiere plantar en ellas; pero las irrupciones hostiles que padecieron de los bárbaros indios motilonos desde fines del siglo pasado hasta el año de setenta y tres que se pacificaron, los que se hicieron dueños del terreno donde estaban plantadas las mejores haciendas, y en otras resultó temiendo su ferocidad, abandonarlas sus dueños, sobre los muchos negros que mataron en tal grado que vino a reducirse una Provincia que en otros tiempos era de fondos considerables, a un cuerpo cadavérico, porque sin labranza y cría, y con un extenuadísimo comercio exterior, por mano de la Real Compañía Guipuzcoana que le ha dado la ley a su antojo, no le ha quedado, aun con el alivio de la pacificación motilona, utilidad ni modo para irse restableciendo, ni esperanza de retrotraerse a su antiguo ser, viéndose como un Tántalo entre las aguas morir a impulsos de la sed, y con las frutas sobre sí, sin ser dable tomarlas para saciar la hambre que le hace desfallecer<sup>32</sup>.

Sin embargo, el litigio no llegó hasta el Consejo de Indias, pues Abalos declaró que el gobernador, en su calidad de subdelegado de la intendencia, carecía de competencia para resolver sobre la materia consultada, resultando en consecuencia que la reforma no tenía ningún valor legal. El intendente escribió al subdelegado ordenándole en forma terminante que no le permitiese a la Compañía vender los artículos que con permiso de aquel despacho condujera a Caracas a un precio mayor que el contenido en la tarifa vigente en la Provincia de Caracas. Los frutos y efectos conducidos por la Compañía desde España debía venderlos con un aumento de 7 ½% en tiempos de paz y 15% durante la guerra<sup>33</sup>. A pesar del lenguaje categórico en que estaba escrita, esta orden no fue acatada; el cabildo

---

32 Representación del Ayuntamiento de Maracaibo, firmada por Bernardo Doria, Pedro Navarro, Pedro Fernández Carrasquero, Nicolás José Antúnez Pacheco y Domingo de Vega.

33 Orden del intendente al gobernador y subdelegado de Maracaibo. Colección de Documentos *Intendencia de Ejército y Real Hacienda*, t. IX, f. 187. ANC.

denunció la inobediencia, y en febrero de 1781 abrió un expediente sobre la dudosa conducta del gobernador y el alza inmoderada de los precios; dice que “no pudiendo la corporación mostrarse indolente a los repetidos clamores del público, instauro por tercera vez súplica a fin de que tenga efectivo cumplimiento el decreto de la Intendencia”<sup>34</sup>.

## EL COMERCIO DURANTE LA GUERRA DE 1779

Ya antes de la declaración de guerra a Gran Bretaña, y temerosos de la tormenta que se anunciaba, los dueños de los registros de Canarias cesaron en su comercio; en el tráfico a Veracruz se había producido un retardo en la salida de la nave de turno. Quedaba, pues, un excedente considerable de cacao, y los cosecheros no tuvieron más recurso que acudir a la Compañía, que compró todo el que le llevaron hasta hacer acopio de más de 40.000 fanegas; pero una vez declarada la guerra, también la Compañía cerró sus compras.

Enterado el Ayuntamiento de esta negativa, pasó oficio al gobernador solicitando declarase que, en observación de la contrata de 1728 y de una real orden de 26 de junio de 1777, estaba obligada la Compañía a recibir y pagar todos los frutos comerciales que se le presentasen. El intendente ordenó a la Compañía y también a los consignatarios de los registros de las islas Canarias que recibiesen dichos frutos, y en particular el cacao, pagando una parte en géneros y otra en dinero.

El comienzo de las hostilidades tomó a la Compañía con muy escasas reservas de artículos para el abasto de la Provincia, y con tan pocos fondos, que se había visto obligada a tomar prestados de los vecinos de Caracas, 30.000 pesos para poder continuar sus operaciones de compra. Los rumores que se habían esparcido antes del rompimiento, y el temor de que los corsarios ingleses, que se aprovechaban de tales tiempos, principiasen a cometer actos hostiles contra las embarcaciones españolas, habían hecho que la Compañía procediese con suma lentitud en su comercio, al grado de que al iniciarse el año de 1779 no tenía ninguna embarcación de su giro en estos puertos, y en los siete meses que mediaron

---

34 Representación del Ayuntamiento de Maracaibo en febrero de 1781. Colección de Documentos *Intendencia de Ejército y Real Hacienda*, t. XI, f. 252. ANC.

hasta la declaración de guerra únicamente llegaron dos naves, una de las cuales se incendió en La Guaira cuando aún tenía a bordo parte del cargamento<sup>35</sup>.

Aunque existiese la obligación, por parte de la Compañía, de comprar todos los frutos que se le presentasen, era difícil que bajo aquellas circunstancias pudiese cumplirla, pues se hallaba impedida por la casi imposibilidad de efectuar despachos a la Península y por la falta de moneda. El mismo intendente, que al principio había urgido el acatamiento de las disposiciones reales, comprendió las dificultades que surgían para hacerlo y tuvo que contemporizar. Al escribir al monarca sobre la escasez de moneda, dice que:

...la corriente en toda la Provincia, que es la *macuquiña*, no tiene otro medio de adquirirla la Compañía que el de las ventas que celebra de sus géneros y viveres: a proporción que se disminuye el número de estos se acorta el ingreso en sus factorías.

Los mercaderes a quienes vendía esos efectos solamente se desharían de su moneda metálica por los renglones que con ganancias les prometiesen su más pronta readquisición; pero siendo estos en tan corto número, y concurriendo a disminuirlos las transacciones con los cosecheros, brevemente se habrían consumido y a la Compañía no le quedaría arbitrio alguno para obtener dinero, y el que hubiera podido reunir habría sido en tan poca cantidad, que muy pronto cesaría la compra de frutos, “que era a lo que aspiraba el factor principal”.

Pero el Cabildo se negaba a escuchar razones; y sin importarle los graves trastornos que disculpaban a la Compañía de la interrupción momentánea de sus compromisos, continuó exigiendo que las factorías admitiesen sin reparo todos los productos de su tráfico habitual, pues

...prevaleciendo en los capitulares sobre todo la aversión que profesan a la Compañía y a toda providencia que no se dirija a destruirla y aniquilarla, dejaban correr a rienda suelta en sus actas los sentimientos de su implacable enemiga, que no perdona medio, ocasión ni modo de explicarse<sup>36</sup>.

---

35 Carta del intendente Abalos al rey, fechada en Caracas a 4 de abril de 1780. Colección de Documentos *Intendencia de Ejército y Real Hacienda*, t. VIII, ff. 271-281. ANC.

36 *Ibidem*.



La disputa entre el Ayuntamiento, la Compañía y el intendente, que trataba de mediar en el conflicto, llegó a términos muy acalorados. Finalmente, Abalos, como se dijo, resolvió que la Compañía y los consignatarios de los registros de las islas Canarias recibiesen el cacao en permuta de sus efectos. Sin darse aún por satisfecho con esta orden, el Cabildo, cuya conducta motivó la protesta del intendente, pidió que la Compañía abriese sus almacenes al público durante quince días, para que los vecinos y cosecheros se proveyeran de la mercadería que trajo el navío *San Miguel* que llegó a La Guaira el 26 de agosto. Pero esta instancia fue declarada improcedente.

La actitud del Cabildo a lo largo del proceso fue altanera, desenfadada y aun irrespetuosa; incluso acudió a la coacción para obligar al intendente a aceptar sus demandas. A pesar de ser Abalos hombre de carácter enérgico, impulsivo y celoso de su autoridad, hubo de soportar la arrogancia de los capitulares y ceder a sus instancias. Debe observarse la intervención, día a día mayor, del Cabildo caraqueño en todo cuanto se relacionase con la economía de la Provincia; su influencia había crecido desde el momento mismo en que se le asignó un papel principal en la fijación de precios. A partir de entonces comenzó a actuar con cierta independencia, y trató de ampliar el radio de su injerencia en la administración pública, bajo el pretexto de tener a su cargo la defensa del común. El intendente hizo notar al rey que el Cabildo de Caracas se abrogaba la representación de toda la Provincia, a pesar de que ninguno de los cabildos de las demás ciudades le habían dado tal autorización. El peligro para la Corona de que la función representativa, acordada en materia de precios, despertase codicia de excederla a otras más importantes y fomentase el espíritu de nación en la joven colonia, se había cumplido.

Dura en sus términos dirigidos contra el Cabildo, pero justificable desde el punto de vista español, la carta de Abalos es un precioso documento rico en sugerencias para el sociólogo que trate de investigar los orígenes de la nacionalidad venezolana. Con tales antecedentes de autonomía, no es de extrañar que cuarenta años después, más maduro el espíritu de unidad y con una mayor experiencia en el ejercicio de las funciones cívicas, el Cabildo se atreva a enfrentarse a Emparan; no era la primera vez que desafiaba a las altas autoridades o empleaba con ellas modales poco corteses; el bastón de mando del gobernador había dejado de inspirar respeto o temor desde hacía muchos años.

El intendente escribe al rey:

En la sustancia ha sido temeraria su pretensión [del Cabildo], y su empeño en sostenerla, obstinado. El modo de manejarse, explicarse y formar las respectivas representaciones y acuerdos que produjeron el Ayuntamiento y Procurador en este expediente se ha desviado muy mucho de la regularidad y moderación que debía caracterizar la sinceridad de sus procedimientos; aquel, con la representación de cuerpo, se ha entrometido a contradecir, censurar y reprobar los arbitrios y medidas que me ha dictado la prudencia; conducían en el presente tiempo al común beneficio de esta Provincia y que no experimentase decadencia su fomento, que estrechamente se ha dignado Vuestra Majestad encargarme. Su espíritu díscolo, enemigo de la paz y lleno de ambición por autoridad que no le compete, en todo quiere que se cuente con él y tener parte bajo el especioso pretexto y voluntario erróneo concepto de que los negocios e intereses del público están puestos a su cuidado; se ha aprovechado del nombre de este y del de comunidad para desfogar los injustos resentimientos que tal vez han contraído como particulares para insultar a vuestros Ministros y esparcir especies perjudiciales en el pueblo para conmover, conspirar y apandillar a este, infundiéndole que está desatendido y despreciado; y en fin, no perdona medio de manifestar los sentimientos de que está poseído, y ha dado pruebas en todos los tiempos. A este intento se apropió las funciones que son peculiares del Procurador General, y este, adoptando sus mismos sentimientos y prevenido de lisonjeras esperanzas, ha procedido uniforme con aquel, siguiendo ciegamente sus dictámenes, tomando su consentimiento y comisión para comparecer en juicio como su apoderado, y sacrificando su principal encargo de defensa de los derechos del público a las pasiones de los individuos del Ayuntamiento, a cuyos acuerdos se refería unas veces en sus representaciones, y las que producía de su cabeza era solo en el nombre e hijas de aquellas. Esta inteligencia y colusión, junto también con la representación que se abrogó por todas las provincias sin que por algunas de las ciudades, villas y lugares que comprende se le hubiese autorizado ni conferido poder, le daba valor también a insultar al Tribunal y sus Ministros.

Abalos concluía pidiendo se tomaran las providencias necesarias a fin de que el Cabildo y el procurador se limitaran a sus deberes y dieran mejores pruebas

de su fidelidad y obediencia a las órdenes del rey “y de las que expiden en su cumplimiento como fieles ejecutores los Ministros que le representan”<sup>37</sup>.

## **COMERCIO CON ESPAÑA A TRAVÉS DE CURAZAO Y HOLANDA DURANTE LA GUERRA**

España, como todas las naciones, fue siempre renuente a permitir el comercio de sus colonias con los países extranjeros. Sin embargo, en tiempos de extrema escasez, principalmente durante las guerras, dejó a sus colonias efectuar algún trato con los países neutrales o amigos, pero lo admitía solo con un carácter temporal, como casos de fuerza. Desde los primeros años del gobierno de Carlos III este criterio aislacionista comenzó a sufrir modificaciones que alcanzaron su esencia misma; no obstante, Venezuela no disfrutó sino muy tardíamente de las corrientes librecambistas que apuntaban en la metrópoli.

La guerra con Inglaterra en 1779 produjo un notable cambio de conducta, pues habiéndose cerrado toda posibilidad de efectuar el comercio marítimo por las rutas ordinarias, varias cédulas (de 8 y 27 de febrero y de 16 de septiembre de 1780) abrieron a Venezuela un nuevo canal comercial a través de los países neutrales; para iniciar este tráfico se comenzó por autorizar a la Compañía para tratar sobre el rescate de las naves que le habían arrebatado los ingleses o la contratación de tres barcos que saldrían de Cádiz en el próximo convoy: podría comerciar vía Curazao y Holanda por intermedio de una casa de Ámsterdam. El cacao negociado en esta forma debía ser conducido a España, en tanto que el tabaco y las pieles podrían ser vendidos en los Países Bajos; pero ninguno de los barcos podría conducir mercancía de la clase prohibida en la regulación de 1778. Los efectos tomados en Holanda pagarían en Caracas todos los impuestos establecidos en aquella regulación para los artículos de procedencia extranjera, tal como si hubiesen pasado a través de España, y los productos vendidos en Holanda en los viajes de retorno tendrían que ser declarados en España para su tasación y para el cobro de los derechos correspondientes<sup>38</sup>.

---

37 *Ibidem*.

38 Hussey, op. cit., p. 287.

Pero mucho antes de haberse recibido estas órdenes, ya Abalos había comenzado a dar licencias para el tráfico con Curazao, en proporción mayor a medida que la tirantez internacional se agudizaba, sirviéndose de él en calidad de conducto para mantener ininterrumpidamente el comercio con España y abastecer a Venezuela. Abalos había sido en un principio opuesto a que se permitiese comercio alguno con dicha isla, como medida de represalia por haber servido ella de base de operaciones de los contrabandistas desde que se establecieron allí los holandeses. Pero abandonó esa idea y abrió las puertas no solo a la Compañía, sino también a los comerciantes y cosecheros de la Provincia, con lo que precipitó la disolución de aquella, pues —como se verá luego— la Compañía protestó contra esta medida y pidió se definiera su situación; la respuesta de la Corona fue el retiro de los privilegios de que disfrutaba, dejándola así equiparada con los particulares.

Este tráfico se efectuó en la mayor parte, y acaso podría decirse que totalmente, por intermedio de la firma curazoleña de David Morales, que estaba relacionada con la casa de Pedro Martens e hijo, de Ámsterdam. David Morales era un acaudalado comerciante que disponía de navíos y que, según parece, era uno de los individuos que financiaban el contrabando desde Curazao, pues, aun ya permitido el comercio con esta isla, fue acusado de haber introducido ilícitamente una fuerte partida; había pruebas que le condenaban, pero tal era su influencia o tanto se necesitaban sus servicios, que el intendente se limitó a escribirle en términos enérgicos reprochándole su mala acción. Más tarde envió a Caracas a un hijo suyo, que arregló con el intendente la mejor forma de hacer los despachos a España.

La Compañía se sirvió de Morales para el traslado a la Península de los frutos de la Provincia, aunque halló algunos tropiezos para iniciar el trato por las condiciones que el intermediario pretendía imponerle, por lo que resolvió enviarle un apoderado suyo que llegó a un acuerdo. Hacia fines del año de 1779, la Compañía dirigió una representación al intendente Abalos pidiéndole una modificación en los derechos de exportación; estos derechos ascendían al 21% y, sin embargo, resultaban moderados, pues si se hubiesen aplicado las disposiciones del Reglamento de Comercio Libre, según el cual sobre cada libra de cacao pesaba un impuesto de 10 maravedíes, habría debido pagar algo más de un 31%. Llevada esta solicitud a los tribunales, el resultado fue adverso a la Compañía<sup>39</sup>.

---

39 Colección de Documentos *Intendencia de Ejército y Real Hacienda*, t. VIII, ff. 215-218. ANC.

En enero de 1780 dirigió Morales una carta a Abalos con las instrucciones que debían seguirse para los embarques y el costo de la conducción de una fanega de cacao. El flete de La Guaira a Curazao era de 4 pesos; como iba a granel, había que ponerla en sacos a un costo de 4 reales; en la isla pagaba un derecho de entrada de 12 reales; para despacharla a Holanda los embarcadores cobraban una comisión de 5%. El flete de Curazao a Ámsterdam era de 3 pesos. La carga podía dirigirse a cualquier persona de dicho puerto, pero Morales, naturalmente, recomendaba a Martens, de quien decía ser persona que gozaba de “la confianza de toda España y conocido por una de las primeras casas de Ámsterdam”. Aquí, la fanega de cacao pagaba un pequeño derecho de entrada, más una comisión de 2 a 3% que pedían los consignatarios por recibirlo y reembarcarlo a España, para donde navegaban continuamente 300 navíos, de manera que no podía haber temor de que demorase en llegar a su destino final. El flete de Ámsterdam a España era de 12 reales. En el momento en que se escribían estas instrucciones, había en Curazao dificultades para obtener bodega, a causa de la gran cantidad de frutos que concurrían de las colonias francesas, cuyo gobierno había adoptado el mismo recurso; sin embargo, Morales ofrecía cabida para 6.000 fanegas que se comprometía a despachar en un navío de su propiedad. Recomendaba a los mercaderes venezolanos hacer el seguro en Ámsterdam, en donde era más barato, pues en Curazao no se conseguía póliza a menos de 6% en tiempos de paz<sup>40</sup>. Abalos prometió aprovechar la oferta y disponer lo necesario para el envío de las 6.000 fanegas que podían conducirse a Europa<sup>41</sup>.

De acuerdo con los costos indicados, el precio de una fanega de cacao, calculando su precio en La Guaira a 16 pesos, venía a ser de 23 pesos y 1 real en Curazao, 28 pesos en Ámsterdam, y 29 ½ pesos en España; añadiendo ese pequeño derecho que pagaba en Holanda y cuyo monto no está especificado, acarreo y otros gastos, su costo final se podría estimar aproximadamente en 31 pesos. Si se agregan los propios gastos de la Compañía, el costo resultaba un poco mayor; de todas maneras, para esta se hallaba asegurado un gran margen

---

40 Carta de David Morales fechada en Curazao a 19 de enero de 1780. Colección de Documentos *Intendencia de Ejército y Real Hacienda*, t. VIII, f. 199. ANC.

41 Carta del intendente Abalos a los señores H. E. Hetvz y David Morales, de Curazao. Fechada en Caracas a 11 de febrero de 1780. Colección de Documentos *Intendencia de Ejército y Real Hacienda*, t. VIII, ff. 219 y ss. ANC.

de utilidad, pues una real orden la había autorizado para vender a 46 pesos la fanega<sup>42</sup>.

Los productos que en estas condiciones salían para España pagaban en Venezuela los derechos de extracción tal como si hubieran salido directamente, y dejaban además asegurados los derechos correspondientes para el caso de que se efectuasen ventas en las colonias extranjeras. El transporte debía realizarse con tornaguía, so pena de tener que pagar el impuesto de extranjería.

Las relaciones con Curazao no se limitaron al tránsito. Abalos autorizó el trueque de cacao, añil, tabaco y mulas, por harina y mercaderías holandesas. Las naves de Morales, abusando de la autorización, condujeron efectos fuera de licencia y se les permitió desembarcarlos en atención a hallarse ya en puertos venezolanos; pero el intendente lo reconvino suavemente, rogándole no permitiese en adelante el embarque de tales géneros, por ser “este un asunto que comúnmente se censura”. Más tarde, a mediados de 1780, Abalos dio permiso a Morales para llevar a Coro ropa y víveres, de los que había tremenda escasez, hasta por un valor de 10.000 pesos, que fueron pagados en palo brasil, ganado, mulas, aves, panelas y algunos otros productos. Realizada esta operación en pocos meses con éxito, solicitó licencia para repetirla en iguales condiciones<sup>43</sup>.

El 12 de enero de 1781, los directores de la Compañía escribieron a Gálvez acerca de los resultados obtenidos en el comercio por conducto de los holandeses. Sobre la base de viejas e incompletas informaciones de Caracas, ellos esperaban que llegasen a España, vía Holanda, unas 7.000 fanegas de cacao. Un barco holandés, el *Wasseberg*, acababa de entrar en San Sebastián con un poco más de 2.000 fanegas; por lo tanto, los directores deseaban la ratificación del reglamento y el permiso para vender a los precios del mercado. Decían que seguramente el cacao costaría 50 pesos la fanega descargado en España, lo que no era cierto según el cálculo de los costos del transporte enviado por Morales, y que las personas particulares estaban vendiéndolo de calidad pobre a 70. Tres días después, el rey confirmó los impuestos. Las existencias aumentaron a principios de febrero en 1.500 quintales llevados a Ribadeo por una embarcación

---

42 Real orden de 31 de julio de 1779. Colección de Documentos *Diversos*, t. VII, f. 109. ANC.

43 Cartas de Abalos a David Morales, fechadas en Caracas a 12 y 18 de septiembre de 1780. Colección de Documentos *Intendencia de Ejército y Real Hacienda*, t. IX, ff. 97 y 99. ANC.

holandesa destinada a Róterdam, pero desviada de su ruta por el viento. La declaración inglesa de guerra contra los Países Bajos, a fines de 1780, dificultó mucho el comercio a través de Holanda. En contestación a la notificación real de esta nueva dificultad, la Compañía indicó que Francia acababa de proclamar a Grenada como puerto libre, e informó que la empresa danesa Danish West Indies Company que controlaba las islas de Sant Thomas y Sant Croix, se había aproximado a los directores para ofrecer refugio bajo su bandera al comercio español, y pidió que sus barcos pudieran entrar en los puertos hispanoamericanos. Seis días después, el rey concedió a la Guipuzcoana licencia para el comercio con las islas francesas y danesas<sup>44</sup>.

La Compañía hizo uso de la oportunidad de comerciar a través de los territorios y naves de Dinamarca; un permiso real del 25 de mayo de 1782 le permitió despachar tres barcos daneses, uno de Altona en Holstein y dos desde Cádiz. Por tales medios se realizó un comercio próspero. A principios de julio de 1781 entró en España una corriente de cacao procedente del norte de Europa; al comienzo, la mayoría llegó de los Países Bajos en barcos holandeses. La Compañía afirmó, en noviembre de 1781, que tenía 25.000 fanegas en Curazao esperando embarque, además de 7.000 en Europa. La información tenía un atraso de varios meses. De hecho, la ocupación inglesa de Curazao, un poco después de esto, terminó con la captura de las existencias que allí había y de los barcos holandeses y venezolanos. Después, muchos de los cargos retornaron a España en barcos de Ostende bajo la bandera imperial. Gran Bretaña debía conocer la estratagema, pero no se atrevió a intervenir sobre tan flagrante abuso por un miembro de la Liga de Neutralidad<sup>45</sup>.

## **FIN DE LA COMPAÑÍA GUIPUZCOANA**

Aun en vísperas del primer golpe al estatuto especial de la Compañía, esta mantenía relaciones cordiales con la Corona, por lo menos aparentemente. Entre las influencias que pesaron en el ánimo del secretario de Estado, Gálvez, para terminar con el monopolio, el historiador Hussey señala los repetidos informes

---

44 Cédula de 18 de enero de 1781. Citada por Hussey, op. cit., p. 287.

45 Hussey, op. cit., pp. 289-290.

enviados a España por el intendente Abalos denunciando el abatimiento de la Provincia y el daño que causaba el monopolio; llegó incluso a acusar a la Compañía de ejercer el contrabando y de ser el principal obstáculo para el progreso de la Provincia. Los cargos eran de los más graves que podían hacerse a la corporación, y Abalos movió en su apoyo todos los territorios colocados bajo su jurisdicción. El Consejo recibió abultados expedientes, representaciones y protestas de todas las autoridades municipales y eclesiásticas, y también de los particulares, respaldados por la autoridad del intendente, que este había dejado bien firme en España. Estas representaciones coincidían en pedir la anulación de la Compañía y el establecimiento del comercio libre.

Pero sería exagerado atribuir a la sola influencia de Abalos el fin de la Compañía. Otros informes de funcionarios españoles en Europa hacían ver la necesidad de terminar con el contrato. La causa principal debe verse en el criterio que predominó en el gobierno de Carlos III, colocado en el camino de la libertad de comercio desde su decreto de 16 de octubre de 1765. A nadie debía sorprender que un paso más fuera adelantado en este camino. Sin embargo, nada hacía sospechar que los acontecimientos se sucedieran de manera tan brusca, pues poco tiempo antes de serle retirados los privilegios, la Compañía había recibido favores que ampliaban aquellos. En 1776 se ordenó que cuando se llegara el caso de permitir a los naturales la extracción de sus frutos para islas españolas, no se verificaran esas licencias sin que antes lo supieran los factores, para que celaran el contrabando y también para que la Compañía pudiera cargar alguna parte del cacao por cuenta suya como cualquier otro vecino de la Provincia; y en caso urgente y de absoluta necesidad de víveres, solo debía darse permiso a las embarcaciones de la Compañía para que fueran a buscarlos a otras colonias, justificándose siempre las causas legítimas que motivasen este recurso<sup>46</sup>.

En 1776, la Compañía recibió un monopolio para Margarita y Trinidad, pero su primer barco no salió hasta abril de 1778. El retraso dio motivo inmediato para la pérdida de esta nueva concesión: el secretario de la Tesorería preguntó a Gálvez si la orden de monopolio se hallaba en vigor desde la nueva regulación

---

<sup>46</sup> Real orden de 31 de mayo de 1776. Colección de Documentos *Reales Órdenes*, t. V, f. 145. ANC.



de febrero o deberían ser garantizadas las licencias para el abastecimiento de esas islas. Gálvez comunicó que podían darse licencias. Las provincias colocadas bajo el control de la Compañía fueron expresamente excluidas de la regulación de 12 de octubre de 1778; pero poco tiempo después, el 3 de diciembre del mismo año, cuando los directores pidieron a Gálvez la licencia usual para el *San Miguel*, listo ya para zarpar con destino a La Guaira, al extenderla Gálvez les comunicó que este barco, y los otros que desde ese momento presentare la Compañía para las provincias de sus viejas y nuevas concesiones, quedarían sujetos a la nueva regulación y reglamento de tarifas de 12 de octubre<sup>47</sup>.

Esta resolución fue comunicada al gobierno de Caracas por real orden del 21 de diciembre del mismo año, y para evitar dudas declaró el rey que los puertos de La Guaira y Maracaibo debían regularse, como los de Cartagena y La Habana, por las reglas del estatuto de comercio libre, tanto para el pago de los derechos en las aduanas de Cádiz y San Sebastián, al tiempo del embarque de los frutos y géneros, como para el aumento de precios que debía considerárseles a estos en América para la exacción del derecho del almojarifazgo<sup>48</sup>.

No terminó con esto el monopolio, pero sobre la Compañía recayeron los impuestos y formalidades exigidos a otros comerciantes. Sus principales ventajas habían recibido un golpe mortal. Después se le obligó a pagar impuesto sobre el abastecimiento de los guardacostas, y los litigios con los oficiales reales fueron frecuentes. Una vez que se vio que la Compañía perdía el favor real, fue hostilizada sobre todo por el intendente, que no dejó pasar oportunidad alguna para cercenarle sus derechos.

La guerra de 1779, con las privaciones que trajo, precipitó el fin de la Compañía. Abalos volvió a la carga con mayor vehemencia, exponiendo que la existencia de la Compañía entorpecía el desarrollo de las provincias más aún en las circunstancias graves por las que atravesaba el Imperio español. En enero de 1780 llegó al Consejo una carta del obispo de Caracas, don Mariano Martí, sobre la pobreza de los habitantes, y esta carta, junto con otras llegadas de Cumaná

---

47 Hussey, op. cit., p. 274.

48 Real orden de 17 de enero de 1779. Colección de Documentos Reales Órdenes, t. V, f. 317. ANC.

y de Caracas en respaldo de una comunicación de Abalos, fueron consideradas por el Consejo; el 24 de enero de ese mismo año, Gálvez recomendó la extensión del comercio libre, y cuatro días más tarde una real cédula, así lo notificaba al intendente. Las provincias venezolanas quedaban de esta manera en plena libertad para comerciar con todos los puertos habilitados de España, en las mismas condiciones que los otros dominios españoles. El rey advirtió al intendente que no era necesario extinguir la Compañía, pues sus fondos y barcos podían ser útilmente empleados en el mismo comercio<sup>49</sup>.

Para atender al abasto de estas provincias se autorizó al intendente para enviar cacao a Curazao a cambio de los productos más necesarios, y fue permitido asimismo el comercio con las colonias extranjeras amigas; pero de acuerdo con una orden anteriormente citada, debía hacerse en los barcos de la Compañía. El intendente resolvió ampliar esta autorización y publicó un bando concediendo libertad para entrar en este tráfico a cuantos quisiesen hacerlo. Al tener conocimiento de esta medida, los directores de la Compañía pidieron al rey, en 10 de febrero de 1781, que definiese de una vez por todas su situación y confirmase la posesión del monopolio en el comercio con Caracas y las posesiones extranjeras amigas, durante la guerra, o que relevara a la Compañía de la obligación que aún tenía de custodiar las costas permitiéndole negociar en las mismas condiciones que los particulares. Cinco días más tarde, Gálvez comunicó la decisión del rey de rescindir el contrato. La corporación podría comerciar con España o con las colonias amigas durante la guerra, pero sin privilegios. El servicio de guardacostas sería continuado por cuenta real, tomando para este objeto las embarcaciones de la Compañía como parte del pago de la crecida deuda de 122.350 pesos que aquella tenía pendiente con la Tesorería<sup>50</sup>.

Desde la declaración de guerra hasta 1781, solo un barco llegó a España, procedente de Venezuela, y cuatro desde esta fecha hasta la terminación del contrato. En todo ese tiempo, llegaron de España a Venezuela tres naves, pero una tuvo que arribar a Curazao y desde allí enviar su cargamento. Las otras dos llegaron a La Guaira y una de ellas, la *San Miguel*, fue apresada en su viaje de retorno, lo mismo que otra, la *Concepción*. A estas pérdidas se agrega el incendio

---

49 Hussey, op. cit., p. 278.

50 Ibidem, p. 281.

en La Guaira del *San Julián*. Otras naves que habían salido en convoy desde Cádiz fueron apresadas por la flota enemiga de Rodney en 1780<sup>51</sup>.

De esta manera, cuando llegó la paz, la Compañía se hallaba lesionada, no solo por la anulación del contrato, sino también por la pérdida de varios de sus barcos. No pudo competir con los particulares a pesar de su vasta organización y de su capital, y el balance final de 31 de agosto de 1784 reveló el bajo nivel a que había descendido.

En la junta general de la Compañía celebrada el 6 de mayo de 1784, propuso Cabarrús la creación de la Compañía de Filipinas, que se iniciaría con la Guipuzcoana y con los restos de las de La Habana y San Fernando. Fue organizado el nuevo plan, que recibió la aprobación real, y por cédula de 10 de marzo de 1785 quedó fundada la nueva compañía; se hizo entonces la disolución oficial de la de Caracas, la mayor parte de cuyas acciones pasaron a aquella. La Compañía de Filipinas sufrió muchas calamidades, pues le correspondió el período más trágico de la historia de España; sin embargo, prolongó su vida hasta 1834, en que fue disuelta por cédula de 6 de septiembre<sup>52</sup>.

La cesación del comercio exclusivo de la Compañía tuvo efectos inmediatos: las exportaciones de cacao a Europa, de 35.000 a 40.000 fanegas anuales a que las tenía estancadas la Compañía, subieron a 80.000, 90.000 y 100.000 fanegas. Los defensores del comercio libre explicaron que este considerable aumento no debía ser atribuido a la salida de grandes reservas acumuladas anteriormente, sino que tales exportaciones correspondían a la producción normal del país, y

---

51 *Ibídem*, pp. 284-285.

52 Agustín Codazzi, en su muy conocido *Resumen de la Geografía de Venezuela*, afirma que por el Decreto de Comercio Libre de 1778 quedaron unidos los puertos de América a los de la Península, y que en virtud de él quedó disuelta la Compañía Guipuzcoana. Hay aquí un doble error, pues, primeramente, de ese decreto quedaron expresamente excluidos los puertos de Venezuela, Cumaná, Guayana y Maracaibo, precisamente en razón de estar concedidos a la Guipuzcoana; y en segundo lugar, esta no fue disuelta hasta 1785. Incurre en otro error, todavía mayor, al decir en su citada obra que la Compañía de Filipinas cesó en 1780, cuando esta no fue creada sino cinco años más tarde.

Estos errores se repiten en Aristides Rojas (*Orígenes venezolanos*, Caracas, 1891) en términos aún más graves, pues llega a asegurar que la Guipuzcoana dejó de existir en 1775 “para ser sustituida con la de Filipinas, la cual a su turno desapareció en 1778”. Ambos autores, pues, registran el deceso de la Compañía de Filipinas muchos años antes de que se fundara.

que esto era una prueba más de las negociaciones ilícitas que desde años atrás venía haciendo la Compañía para defraudar a la Real Hacienda<sup>53</sup>.

Anulados sus privilegios, la Compañía no se entregó cruzada de brazos; para recuperarlos en el terreno de la práctica, sus agentes adoptaron el eficaz medio de desacreditar a toda costa el comercio libre, y para ello trataron de que los frutos del país no alcanzasen ni siquiera los precios que la Compañía les tenía fijados. Las circunstancias no podían ser más favorables para su plan. No había en la Provincia comerciante alguno que pudiese por sí solo fomentar empresas ultramarinas, tanto porque el comercio libre al principio solo fue concedido pasivamente, como también porque los comerciantes nacionales o extranjeros, alejados como habían estado de las prácticas comerciales, carecían de los conocimientos y de las relaciones necesarios para establecer comercio con España. Las casas de Cádiz, de Sevilla y de los otros puertos de la Península, alejados del tráfico con esta Provincia por espacio de más de cincuenta años, carecían igualmente de las nociones precisas para disponer sus expediciones, pues ignoraban cuáles eran los artículos de consumo de la Provincia, las cantidades que necesitaba, los frutos que en ella se producían y el volumen de su producción; ignoraban también a qué casas comerciales de Caracas podían dirigirse, cuáles de ellas eran dignas de crédito, de qué capitales disponían; faltaba, en fin, el intercambio de noticias, lo mismo que todas esas condiciones indispensables para el establecimiento de relaciones seguras y de un tráfico regular entre un mercado y otro.

A la sombra de estas favorables circunstancias, pudo darse la paradoja de que la Compañía, ya bautizada con el nombre de Filipinas, retuviera virtualmente el comercio de esta Provincia, haciendo bajar o subir a su arbitrio los precios. Si los comerciantes de Cádiz aventuraban algunas expediciones, venían consignadas a sujetos que habían sido dependientes de la Compañía, quienes aplicaban los mismos procedimientos de que esta se valía, comprando y vendiendo según su tarifa. Si por accidente se presentaba en los puertos venezolanos un buque de registro de Barcelona, los propietarios de las mercaderías o sus representantes, como solamente trataban de arreglar sus expendios según la costumbre del país,

---

53 Representación introducida por mandato de la Junta General de Agricultores reunida en Caracas el 7 de noviembre de 1797, y firmada por el conde de San Javier, por sí y por encargo de Martín Herrera, ausente, Manuel Felipe de Tovar y Martín de Jerez. Colección de Documentos *Diversos*, ff. 257-305. ANC.

los hacían por la tarifa que, muy gentiles y diligentes, les suministraban los agentes de la Compañía; y estos mismos, al tiempo de regreso de la nave, les abrían sus almacenes y les daban a precios de costo los frutos que necesitaban para su habilitación, evitando por todos los medios que se entendieran directamente con los cosecheros o mercaderes del país. Mediante este sistema de *dumping*, conservaban siempre abatidos los precios, al punto de que muchos labradores echaban de menos la Compañía y deseaban incautamente que volviera su dominación<sup>54</sup>.

---

54 Ibidem.

Este libro se terminó de producir  
en el Departamento de Publicaciones de  
la Gerencia de Comunicaciones Institucionales  
del Banco Central de Venezuela  
en Caracas, Venezuela,  
durante el mes de octubre de 2017





BANCO CENTRAL DE VENEZUELA

---

Con su publicación en 1946, este libro fue el iniciador formal de la historia económica en Venezuela. Visionario e innovador, este es “el primer tratado de historia moderna y científica en la que no había ya héroes, ni el escenario era el de la guerra, ni el personaje principal el hombre, sino la institución, el comercio, la economía nacional, base de nuestra organización y germen de nuestro ser nacional.” Estas reflexiones y compilaciones de Eduardo Arcila Farias, continúan siendo la referencia fundamental para el estudio económico de la Colonia venezolana.

Este primer tomo contiene el contexto general de las particularidades históricas de los aspectos institucionales, legislativos, jurídicos y administrativos de España en el momento de la conquista; la iniciación del comercio colonial; el régimen de encomienda y repartimiento; el comercio en los siglos XVI y XVII; el comercio del cacao; el desarrollo de las reales rentas; contrabandistas y piratas; los treinta primeros años del siglo XVIII; primer período de la compañía Guipuzcoana, su régimen de regulación de precios y término; y la insurrección de Juan Francisco León.

---